UTOPÍA DE LA NUEVA AMÉRICA

Ignacio Hernando de Larramendi

COLECCIONES MAPFRE 1492

En el siglo XVI, españoles y portugueses sentaron las bases de la que podría ser la Edad Universal del siglo XXI. La internacionalización del mundo a la que asistimos significa la necesidad de una nueva concepción integral de la humanidad. Los problemas no van a resolverse ya en el marco de pequeños círculos, como en la Edad Media y la Moderna, sino a escala planetaria. Así, el continente americano, de Norte a Sur, comprenderá una Angloamérica con mayor impregnación por lo hispánico e Iberoamérica con influencia cultural anglo. Para lograr que este intercambio sea fecundo ambas partes necesitan reflexionar e intercambiar y conjugar sus fuerzas para llegar a la «Nueva América» con estructuras políticas inevitablemente piramidales, que permitan conservar en cada caso sus propios trazos originales. Este libro es producto de una honda reflexión y especial conocimiento que Ignacio Hernando de Larramendi tiene de las gentes y realidades iberoamericanas e incluso de las de Angloamérica.

Ignacio Hernando de Larramendi (Madrid, 1921). Licenciado en Derecho. Asegurador. Presidente de la Fundación MAPFRE América. Obras: *Tres claves de la vida inglesa* (1951), *Anotaciones de sociopolítica independiente* (1976). Numerosos artículos y conferencias sobre Seguros y Gerencia Empresarial.

Colección América 92

UTOPIA DE LA NUEVA AMERICA

Reflexiones para la Edad Universal

Colección América 92

UTOPÍA DE LA NUEVA AMÉRICA
Reflexiones para la Edad Universal

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

1.ª Edición: marzo 1992
2.ª Edición: junio 1992
© 1992, Ignacio Hernando de Larramendi
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-463-1 (rústica)
ISBN: 84-7100-464-X (cartoné)
Depósito legal: M-11191 -1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

IGNACIO HERNANDO DE LARRAMENDI

UTOPÍA DE LA NUEVA AMÉRICA

Reflexiones para la Edad Universal

EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

Agradecimientos 9
Prólogo 11
Introducción 19

GEOGRAFÍA DE LA NUEVA AMÉRICA

I. Iberoamérica 41
II. Angloamérica 65

REFLEXIONES

I. La sociedad occidental hoy 87
II. La sociedad occidental mañana 103
III. España 119
IV. Europa 137
V. Iberoamérica hoy y mañana 153
VI. España e Iberoamérica 183
VII. Estados Unidos 201
VIII. Estados Unidos y España 219
IX. La Nueva América: utopía para un milenio 241
X. El Nuevo Orden Universal 259

Epílogo 279

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que me han ayudado en la elaboración de este libro. En primer lugar a Dori Sanz, que muy pacientemente ha transcrito y corregido varias veces el texto; a los historiadores Eric Beerman y Daniel Restrepo, que me han ayudado en algunos capítulos, y a todas las personas cuyos comentarios y sugerencias me han servido para corregir su contenido, en especial Julio Castelo, presidente de MAPFRE Mutualidad, José Luis Catalinas, director de la Fundación MAPFRE América, y José Andrés-Gallego, director científico de las Colecciones MAPFRE 1492.

Muy entrañablemente recuerdo a mis innumerables amigos en América desde hace treinta años, gracias a los cuales he ido adquiriendo conocimiento de este continente y sus habitantes, el cual me ha permitido escribir el libro con experiencia directa, extendida en todo el continente. A mis grandes amigos ya fallecidos con quien siempre he comentado los temas de este libro: el chileno universal, Santiago Brurón; y el español, también universal, que se negó a pisar fuera de nuestras fronteras, Miguel Virgós.

Pero, sobre todo, rindo homenaje a la labor de los miles de misioneros españoles —son ahora casi 15.000— que desinteresadamente desarrollaron y están desarrollando una extraordinaria tarea de ayuda a los humildes, pobres, a veces miserables, y que con ello reparan con su propio sacrificio personal cualquier daño que haya podido causar España desde 1492.

PRÓLOGO

Por Pedro Grases

Cuando se llega a cierta edad, como yo, con 82 abriles cumplidos, se ha vivido y acumulado una larga experiencia, con gran variedad de circunstancias de todo color, particularmente en mi generación, que está signada por el triste episodio de la Guerra Civil de 1936-1939. Nacido en 1909, el desbarajuste peninsular me cogió a dos meses de mis 27 años de edad y me empujó al exilio hacia el suelo acogedor de Venezuela, donde recuperé las ilusiones truncadas en plena juventud. Así recomencé mi vida y, por fortuna, pude reanudar mis ocupaciones en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas, hogar de formación de profesores, y luego en la Universidad Central de Venezuela, al fundarse en 1946 la Facultad de Humanidades. Anoto esto para señalar que ahora llevo conmigo una carga de experiencia, en particular en el trato de los humanos. Pienso que es esencial para sobrepasar los avatares de la existencia haber puesto la confianza en los amigos que el azar va poniendo en el camino. Confieso que aprecio en altísimo grado a los amigos que hoy frecuento, como timbre de gloria en el modesto transcurso de los años que he acumulado. Me han llevado a poner fe en el prójimo como un privilegio, tanto los que traté en la infancia, como en la juventud, como en los años de madurez, hasta el día de hoy.

Afirma don José Ortega y Gasset que «sólo en días de juventud nacen las amistades profundas, de verdad». Creo que es certera la afirmación del filósofo español, pero no es verdad absoluta, para lo cual me baso en el sentimiento de fraternidad amistosa que siento hacia Ignacio Hernando de Larramendi y Montiano, a quien he conocido hace pocos años. En los primeros momentos de nuestro encuentro predo-

minó en mí el sentimiento de asombro ante su persona y su obra, pero ha sido seguido –sin perder la admiración hacia este hombre– por una profunda amistad ante su carácter y bondad. Se inició nuestro trato a propósito del magno proyecto editorial de la Fundación MAPFRE América, a causa de la recomendación de amigos comunes que actúan en el campo de los seguros, pero que me conocían en mi actividad de maestro y escritor. Se trataba de dar forma y definición a este proyecto con la publicación de un importante número de volúmenes monográficos para evocar la fecha del V Centenario del descubrimiento de América. Han sido muy frecuentes nuestras sesiones de trabajo para fijar temas y colaboradores, en las que aporté los nombres de autores y especialistas americanos –del Norte y del Sur– con quienes he tenido intimidad durante mi larga permanencia en el continente colombino. Mis dos años de profesor visitante en la Universidad de Harvard, en 1945 y 1946, junto a repetidos viajes por los Estados Unidos y por la totalidad de las repúblicas hispanohablantes en el Sur, y por otra parte la constante relación con colegas y *scholars* que de toda América han sido consultores e investigadores de temas americanistas, que han acudido a mi casa para utilizar la biblioteca que fui reuniendo por años hasta lograr una colección de sesenta y seis mil volúmenes centrados en asuntos especialmente venezolanistas, me han permitido gozar de la amistad y confianza de un buen número de especialistas con quienes he mantenido relación ininterrumpida. He tenido siempre como primera obligación atender la correspondencia y servir a los estudiosos de la historia y cultura hispanoamericana. Toda mi experiencia la puse a disposición de Ignacio y veo con alegría que no me equivoqué en mis consejos. Hay un buen grupo de obras que se están publicando por recomendación mía. Creo que he hecho un buen servicio a la iniciativa, pues son títulos integrados en la fabulosa empresa para testimoniar el respeto al encuentro de la cultura del Viejo Mundo con los países que hoy constituyen las repúblicas del continente colombino.

La asiduidad de la relación con la persona de Ignacio H. de Larramendi ha creado unos nexos de cordialísima amistad. Como si fuese antigua. Mantengo la viva admiración inicial, junto al más sincero afecto. Más ahora que he podido comprender su modo de ser y su acción en la empresa MAPFRE que ha conducido hacia el éxito, a lo largo de 36 años, desde 1955. Mi fuente de información biográfica sobre su persona ha sido la espléndida introducción que puso el mayor

de sus hijos varones, Luis Hernando de Larramendi, al libro *Ignacio H. de Larramendi y Montiano*, editado en Madrid, en 1991, donde figura como cuerpo del volumen una excelente selección de textos de Ignacio, bajo el rubro de «Pensamiento empresarial», seguida de la historia documentada de MAPFRE. Tiene el volumen, además, la relación de sus «Principales publicaciones y conferencias», donde se refiere a tres libros y a más de cien títulos de conferencias y artículos sobre temas de su especialidad. No es, pues, un autor bisoño.

La «Introducción» al referido libro es una emocionada estampa interpretativa como jefe de un hogar modelo. Surge de ahí una personalidad de altos quilates en rigor moral y de claros juicios; excelente padre. Recio en sus ideas enlazadas con la tradición familiar, con profundo sentido de patria en la doctrina del carlismo tan fuerte en el siglo XIX, que es fragua de caracteres. Su esmerada educación recibida en Madrid lo prepara para su acción en la vida, que es una sucesión de etapas de estudio y esfuerzo hasta llegar en 1955 a la dirección de la empresa MAPFRE, que no andaba muy boyante. Es impresionante el relato de las iniciativas que consolidaron la institución, con audaces pero bien medidas resoluciones que empujaron el desenvolvimiento hacia el éxito alcanzado. No es tema para estas palabras preliminares a un libro de especulaciones reflexivas, el tratar de logros gerenciales en asuntos de seguros, pero sí cabe anotar que la lectura de las sugerencias, iniciativas y argumentaciones siempre acusa profundidad de análisis, comprensión de la sociedad, de su porvenir, con precisa visión de futuro, al lado de consideraciones de carácter general por encima de los tratadistas de economía. Domina la idea de negocio y provecho; veo en él un pensador que ajusta sus conclusiones en el más hondo problema social y humano.

Ha llegado Ignacio a sus 70 años con una labor cumplida. La mención del nombre de MAPFRE despierta en la sociedad actual, en España y más allá de sus fronteras, un eco de respeto y admiración ante una institución bien realizada. En plena capacidad de acción, se retira de la conducción del negocio para dedicarse a la «vertiente cultural», que siempre ha cultivado.

Junto a su capacidad ejecutiva, es hombre de profunda meditación, que quizás es lo mismo. Sorprende siempre en su conversación con observaciones atinadas sobre un vasto espectro temático, en particular en las referencias sobre la marcha de las sociedades en nuestro

tiempo. Trata de problemas económicos, institucionales, culturales y políticos en una vasta gama de preocupaciones, que comprende particularmente España, su situación en Europa, y muy concretamente el Hemisferio Occidental americano, de Alaska al estrecho de Magallanes, con profundo conocimiento de las repúblicas que lo integran y con un amplísimo trato personal con una impresionante relación de gentes e instituciones. Con mucha frecuencia desenvuelve en sus análisis la interpretación del momento actual en cada país, pero sobre todo en la consideración de sus privativas características como sociedad y como Estado. Con su singular movilidad ha recorrido la geografía del mundo colombino en repetidos viajes, de los cuales depende la razón de sus juicios, que abarca desde los hechos económicos hasta los acontecimientos de cultura y educación vistos, con precisa penetración y agudeza.

Acaso sea un rasgo que identifica su personalidad la rapidez con que capta la fuerza de un argumento o de una insinuación. Apenas se enfoca en la conversación un asunto, se anticipa a la conclusión, de manera exacta y contundente. Por tanto, la acuidad de percepción y la inmediata asimilación de una idea dan a su frecuentación una facilidad que abrevia cualquier explicación. Ésta es sin duda la razón de que pueda realizar una labor ciclópea ante el proceso más lento y menos comprensivo de la generalidad de los mortales. He tenido esta sensación en los repetidos encuentros en los años recientes en que he gozado de su trato. Además, debe añadirse su prodigiosa memoria, capaz de retener la más fugaz referencia.

Son cualidades particulares de un carácter singular. Dice su hijo Luis en la «Introducción» a la que me he referido que «jamás levanta el tono de voz», ni siquiera en una censura apasionada. Corresponde a su talante de hombre de razonamiento y equilibrio, que lo define como ser humano.

* * *

Escribo estas líneas para que sirvan de presentación o prólogo al libro que ha escrito Ignacio con el título de *Utopía de la Nueva América. Reflexiones para la Edad Universal*, en el cual desarrolla toda una teoría de futuro para el Universo, sobre las orientaciones que prevé para el mundo a partir del próximo siglo XXI. Conozco la gestación del

volumen desde que fue proyecto y he vivido las sucesivas elaboraciones de sus capítulos, sometidos a la vertiginosa y reiterada tarea de corregir y completar la expresión de su pensamiento.

La ordenación del tomo es una lección de clara sindéresis expositiva. Explica el propósito de la obra en una breve pero clara y magnífica introducción, para pasar seguidamente a unos primeros capítulos de información geográfica: «Geografía de la Nueva América»: «Iberoamérica» y «Angloamérica»; sigue con la parte tercera «Reflexiones»: «La sociedad occidental, hoy» y «La sociedad occidental, mañana»; continúa con el estudio de «España»; «Europa»; «Iberoamérica, hoy y mañana»; «España e Iberoamérica»; «Estados Unidos»; «España y Estados Unidos»; para llegar a los capítulos conclusivos: «La Nueva América, utopía para un milenio»; y «El Nuevo Orden Universal». Un epílogo da remate al libro.

La obra es el resultado del acopio de experiencias y meditaciones, animada siempre con una apasionada fe en el futuro del continente americano visto en su integridad, el cual no ha tenido oportunidad hasta hoy de ser factor determinante en la vida de nuestro planeta, que podemos afirmar, sin vacilación, necesita un cambio de orientación política, económica, cultural y en particular de las normas de ética y de creencias. La violenta y elocuente transformación que ha vivido el mundo en los últimos años, en Europa particularmente, y en los otros continentes, plantea con urgencia la reconstrucción de la conciencia institucional y el cambio de bases de las sociedades, también sometidas a unas alteraciones vertiginosas, desconcertantes y desestabilizadoras. No hay duda de que las naciones requieren una modificación y cambio en sus fundamentos y en la posición relativa entre los Estados. Han fracasado estrepitosamente los ensayos de las postguerras mundiales, pues, seguidas de las amenazas de la guerra fría, han visto desarrollarse, entre otros, el conflicto del Medio Oriente, el de Yugoslavia, etc., como evidencia dramática de que la paz no se vislumbra en un próximo futuro, sino que se espera la participación de ideologías que renueven y rectifiquen la decadencia y la confusión en que ha caído el universo. Ahí está la misión y el destino protagónicos del continente americano.

Ignacio Hernando de Larramendi ensaya su interpretación y desarrolla su consejo. Tiene autoridad para ello, no por ser político ni por haber aportado ideas filosóficas renovadoras del pensamiento contem-

poráneo, sino por tener una vida vivida, gran aportación con sanos principios, con conducta ejemplar, y por haber demostrado una aptitud de organización y de manejo de una gran empresa, que ha conducido a un espléndido triunfo. Son datos que le otorgan respeto y crédito, y el libro es fruto de una sana meditación, amparada en la autoridad de buen ciudadano y excelente jefe de un hogar ejemplar. Es la voz de una mente lúcida e inteligente, impulsada por el amor al prójimo y con los años de acumulación de la realidad observada en gran número de países. Es la opinión de un ser pensante, que contribuye con este aporte a un examen de la vida de la humanidad sobre la Tierra, en pro de la convivencia entre las naciones.

El calificativo de utopía en su libro es manifestación de humildad, que acaso sea el rasgo que menos se aprecie en los ideólogos y politólogos de nuestra época, que pretenden formular diagnósticos prepotentes para encaminar al mundo, sin pensar en la sencillez de la vida ni en la creencia solidaria que es indispensable para que cada una de las comunidades en todo el orbe coopere en el bien de los demás.

Si la palabra «utopía», desde que la consagró Tomás Moro (1478-1535) a principios del siglo XVI, se ha tomado en el significado de una república imaginaria o quimera irrealizable, también se ha visto como expresión equivalente a «ideal» o «anhelo humano» que tiene visos de profecía posible. Y hasta hay quien ha dicho que «las utopías de hoy son las realidades de mañana» (Karl Mannheim). Por otra parte, nadie negará que los cambios ocurridos en la Tierra en los últimos cinco años o quizá menos, si se hubieran formulado hace una década por algún creador de utopías, se hubiesen tomado por fantasías imposibles. Ante lo que estamos presenciando en los últimos meses, acaso los hubiésemos tachado erróneamente de utópicos exaltados e imaginativos, por considerar que vaticinaban hechos irrealizables.

Y, sin embargo, estamos presenciando una transformación de la historia realmente increíble hace poco tiempo.

* * *

El porvenir de la humanidad debe instaurarse sobre nuevas bases que garanticen la solidaridad entre los vivientes, asentada en la fraternidad de sentimientos y el profundo sentido humanístico. O sea, recuperar el fondo cristiano, ético, de la existencia, al inicio del tercer

milenio de nuestra civilización. De otro modo, la humanidad no verá decidido un proyecto de existencia que la aleje de la actual fiebre de progreso, que no conduce a una felicidad de valor absoluto. Los inventos técnicos son descubrimientos de inteligencia, pero sin corazón; por ello, no conducen a la paz espiritual. Creo urgente modificar el rumbo hacia el que se ha disparado el hombre para encontrar la auténtica calidad de vida sobre la Tierra. Ya predijo Alejandro de Humboldt (1769-1859) en sus *Cosmos* que no se libraría el ser humano de la amenaza de sus inventos que no podría controlar. Acaso lo más ilustrativo en este siglo que agoniza es el terror ante el terrible riesgo del peligro atómico, que obliga a vivir en permanente zozobra.

El equilibrio de las fuerzas contrapuestas, tensas, entre el Este y el Oeste, con la carrera diabólica hacia quién llegaba a ser más destructor, que es la característica más triste derivada de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), es el espectáculo más inhumano que ha dado el talento falto de sensibilidad y de caridad. Expresó el dolor de su hallazgo el propio Einstein (1879-1955), creador de la fórmula de la desintegración atómica. Sobre el miedo no se puede edificar nada satisfactorio, alentador y permanente; es más, sobre apoyos inestables sólo cabe esperar la sucesión ininterrumpida de crisis bélicas, catástrofes sociales, miseria, hambre y pestes. Es el panorama que estamos contemplando en la segunda mitad de este novecientos.

Hay que restablecer en el universo la comprensión y la solidaridad entre los pueblos, en la política y en la vida diaria, dejando olvidado el juego de las potencias, abriendo la posibilidad de vivir en libertad en cada ser humano. Hoy se perfila el dominio mundial de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero, ¿no sería más fecundo acudir al fondo humanístico que ha sido el aporte del mundo hispánico, particularmente a partir del Renacimiento? Aunque lejos de los avances científicos y técnicos que corresponden a otras culturas modernas, ha puesto su ideal en la perfección de la condición humana, por ejemplo en la figura de Alonso Quijano *el Bueno*, nuestro Quijote, modelo de generosidad y bondad.

¿No será ésta la misión de la América Hispana en el siglo XXI? Veo en la compenetración y unidad con Norteamérica la vía de intervención positiva y aun de definición de la «Edad Universal» para asegurar el porvenir.

* * *

Como apoyo a la tesis que en la obra se formula, encuentro que la teoría de Ignacio Hernando de Larramendi tiene un antecedente que es una concepción paralela a la que emite en su libro.

Se trata de la visión de Simón Bolívar expresada en Hispanoamérica por el Secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Muñoz Tébar, pero sin duda alguna como idea del propio Bolívar, cuando la empresa de la independencia empezada en Caracas en 1811 había sufrido su primer fracaso y se encontraba en condiciones precarias, y proclama en un documento fechado el 31 de diciembre de 1813 que la independencia de la América Hispana habrá de crear el *equilibrio del universo*, tan sacudido en esos días por la lucha imperialista de Napoleón, enfrentado al liberalismo sostenido por Inglaterra, en brava contienda, que no terminaría hasta Waterloo en 1815. En situación muy comprometida en Hispanoamérica cuando la liberación era puro sueño o ilusión, concebir que la libertad del continente americano habría de ser la base del «equilibrio del universo» es una utopía en su más pleno significado de fantasía de la imaginación. Califica el proyecto utópico de «grande idea», que siempre estuvo animado a conseguir, aun después de la liberación del continente en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824.

La fuerza de la imaginación en las concepciones utópicas ha empujado la evolución del mundo.

Cuando puede leerse en este libro la afirmación del papel futuro que la historia reserva al continente americano hacia la «Edad Universal» que Larramendi contempla para el siglo XXI y sucesivos, estamos realmente ante una utopía muy próxima a la que Bolívar proclama en 1813. Frente a la pasividad de la resignación ante un orden establecido, hay que saludar con beneplácito y alegría que se expresen planes y doctrinas hacia un mundo distinto y mejor.

Tal es el alma de la obra que Ignacio Hernando de Larramendi entrega a los lectores como voto de esperanza, con la solidez de su experiencia vivida y su interpretación del porvenir en estos años agónicos de nuestro siglo XX.

Pedro Grases
3 de febrero de 1992

INTRODUCCIÓN

1. Las Colecciones MAPFRE 1492 se refieren generalmente al pasado; este libro es una excepción y mira al futuro, a lo que puede ser la Nueva América del siglo XXI y del tercer milenio, la de los dos vecinos, enemigos y amigos, condenados a vivir y sobrevivir juntos, que forma una unidad continental abocada a estrechar lazos recíprocos, no olvidando sus relaciones históricas y venideras con su patria y con Europa. España, estando en ella, se desgaja hasta el punto de que América, al menos la parte hermanada por el idioma, comienza realmente en los Pirineos, aunque Europa acabe en Gibraltar, como también Angloamérica podría pensarse que comienza en el canal de la Mancha.

El año 1992 celebra la hazaña de los españoles, que iniciaron una etapa de la historia con el descubrimiento y posterior colonización de América. También la tragedia para unos pueblos, hasta entonces sometidos a permanentes luchas y rivalidades, que fueron desbordados por los españoles; hecho decisivo para nuestra civilización y la historia del mundo, cualesquiera que sean sus consecuencias triunfales o amargas.

Cada uno elige los motivos de la «celebración», pero es justificable conmemorar los cinco siglos de un acontecimiento que cambió la faz de la humanidad, y propulsar el estudio de lo que entonces se inicia. Será la naturaleza y carácter de los estudios, la fruición de lo que se hizo bien o el arrepentimiento de lo que se hizo mal, lo que permita calificar la naturaleza de la celebración.

Personalmente, querría que se ofreciese la gran aportación de España a la historia mundial, sin olvidar que ésta es siempre la historia de la opresión, de la explotación y del genocidio, y lo ha sido desde

hace centenas de siglos hasta nuestros días; ha ocurrido con los españoles y los ingleses en América y con todos los pueblos en todo momento, y todavía, de uno u otro modo, sigue y seguirá ocurriendo. Que nos rasguemos más o menos las vestiduras es simplemente hipocresía o escándalo farisaico. En todo caso, ni deseo en este libro, ni he deseado promoviendo las Colecciones, una valoración ética de acontecimientos y situaciones, sino su exposición y comentario, con uno u otro sentido, para que las generaciones posteriores comprendan mejor el pasado, en algún caso lleguen a entenderlo, y en otros hagan conjeturas de futuro, todas las cuales serán incompletas e inexactas, como lo serán las que yo hago en este volumen.

Hay años claves para la historia del mundo, años en los cuales se produce algún hecho que transforma y cambia su evolución lógica. De los conocidos, no hay ninguno como 1492. Parece que en la historia, aproximadamente cada quinientos años, se produce un hito espectacular: el nacimiento de Cristo; seiscientos años después, Mahoma y el Islam; en el año 1000, con el milenarismo dramatizado, el comienzo de la Alta Edad Media que preparó la Europa actual, y en 1492 el Descubrimiento de América. No sabemos lo que nos depara 1992 o el año 2000, pero por los acontecimientos que estamos observando y por todo lo que está ocurriendo también será otro de estos hitos.

El año 1492 ha sido fundamental para la historia del mundo, pero sobre todo para la de España. En ese año preciso se producen tres acontecimientos sin demasiada conexión entre sí, que a su vez dan lugar, poco más tarde, a otro entrañable para los españoles, como fue la unidad moderna de nuestra nación:

— El fin de la Reconquista, terminando la presencia musulmana en la península Ibérica, en esa fecha ya reducida, y completando la decisión casi inigualable de voluntad de un pueblo y de unos creyentes para recuperar su patria y su fe. No existe otro caso de tan extensa y permanente tensión para finalidad semejante. España está marcada por ese largo período, del que proceden muchas de sus características.

— La expulsión de los judíos, por lo que habían representado en nuestra historia y por lo que representaban en aquel momento, pues su salida hizo desaparecer de España su principal núcleo científico e intelectual.

— La llegada a América, la apertura a la civilización existente de un Nuevo Mundo, que abría perspectivas poco imaginables y que casi

completaba el mapa de pueblos, muchos hasta entonces aislados y desconocidos entre sí. En la historia de nuestra humanidad el acontecimiento más decisivo es el encuentro de América y Europa y la posterior gran epopeya de cristianización de Iberoamérica. Representa más que cualquier otro análogo futuro, ya sin nuevos pueblos con los que encontrarse.

Además, 1492 preparó la unidad de España, entrañable para nosotros y para Europa, aunque pueda discutirse si aquélla no llegó hasta la posterior incorporación del Reino de Navarra. Para España ofrece una visión distinta, un modo diferente de hacer las cosas, que ha importado, importa y pienso que importará a los españoles, para los que 1492 puede considerarse el año de la dignidad nacional, fecha principal de su historia, cualquiera que sea su efecto en las restantes.

En este libro, como autor, dejo mi «careta» de presidente de la Fundación MAPFRE América e impulsor de las Colecciones MAPFRE 1492, para tratar de América del Norte, Centro y Sur, donde en mi vida empresarial he creado vínculos personales y profesionales. La participación en actividades de sus diferentes países me ha llevado a profundizar en su realidad, sus problemas y sobre todo, su futuro, incógnita difícil de despejar, para así poner un modesto grano de arena a su identidad. También deseo contribuir a un equilibrio real en un mundo cambiante, que no sabe ni puede resolver por sí mismo sus problemas, y constantemente cree descubrir panaceas y paraísos por los que explota y mata y que siempre resultan falsos, con ejemplos recientes en este propio siglo XX. Pero la humanidad sigue sin saber a dónde va, ni los problemas que necesita resolver para lograr una cierta paz, aunque sea precaria. La sorpresa por nadie prevista de la Guerra del Golfo, cuando los cambios en la Unión Soviética abrían un horizonte tranquilizador, y la evolución posterior de ambos hechos, son prueba de la impotencia de los humanos y de los acontecimientos que surgen cada vez que parece se da un avance que permite prever un período tranquilo. Aun después, muy últimamente, ha surgido la Guerra de Croacia, aún no reconocida como tal, y quién sabrá lo que depara el destino hasta que este libro llegue a los lectores, en especial con la desmembración del fugaz Imperio Soviético que, por apoyarse en una mentira explotada por la propaganda no ha parado de ser una pompa de jabón.

Hasta el siglo xv había mundos completamente separados y desconocidos entre sí, que muy lentamente se iban acercando a través de grandes viajes, como el de Ibn Battuta, de nuestra vecina Tánger, y posteriormente Marco Polo, de la República de Venecia, siempre mirando al Oriente. También hacia él fueron los navegantes portugueses, a los que tanto debe Europa y el mundo de la «Edad Moderna». Por primera vez en la historia de nuestra Tierra, esto no ocurre, o sólo en fracciones mínimas. El mundo ya es uno, con pequeñas excepciones. Ésa es la gran conquista, la gran aportación, el gran descubrimiento del siglo xx, cuyos efectos, positivos y negativos, van a determinar la trayectoria del próximo milenio y ya lo están haciendo en estos años antes de llegar a él.

La ciencia y la investigación han hecho posible que las comunicaciones sean automáticas e instantáneas, que los viajes sean fáciles y ampliamente posibles y que lo que ocurre en cualquier parte del planeta, trágico o anecdótico, trascendental o frívolo, pueda ser inmediatamente, con retraso de minutos, conocido por otros pueblos y países, por sus altos directivos sociales o económicos y por el más modesto hogar o individuo. Esta universalidad es un hecho sociológico aún no comprendido ni previsto en todas sus consecuencias posibles, que permite calificar una nueva etapa de la humanidad, la Edad Universal [1].

2. La palabra «colonialismo» tiene carácter peyorativo por razones, en general, relacionadas con acontecimientos históricos de estos dos últimos siglos. No lo tuvo igual en la época inicial de América, ni para los ingleses ni para los españoles. Se ha transformado en uno de esos vocablos que los especialistas de «agiprop» lanzan como cerbatanas al contrario, palabras con finalidad destructiva que impactan sin analizar su contenido ni su valor o adecuación en cada caso.

La época colonial es un hecho histórico, antecedente de la que será la «Nueva América». No procede glorificar la colonia ni defenderla de sus ataques, sino hacer ver lo que pasó, analizar alguno de sus procesos y que esto sea útil; la historia es para el futuro mucho más que para el pasado. La que sólo contempla éste, nace esclerótica; la que busca ayudar al futuro, ofrece savia fructífera. En todo caso, la crítica hay que

[1] Hasta ahora la historia de la humanidad se distinguía, *a posteriori*, por períodos de tiempo; ahora, *a priori*, no cabe hacerlo así y debemos usar la característica más importante de la futura humanidad, que no existía en ninguna de las anteriores.

aceptarla aun cuando sólo tenga aspectos negativos, los muchos de esta clase de toda pieza histórica, como los tienen la creación de la actual trama política de Estados Unidos, la actual situación de Israel a costa de territorios en que residían otros pueblos y toda la historia de África, de la India o, más atrás, la creación del Imperio Romano.

No es fácil que en todos los libros que se publican en las Colecciones MAPFRE exista preocupación específica por la objetividad. Cada autor tiene el derecho y el deber de ofrecer sus puntos de vista, aunque no sea «imparcial». Los impulsores de las Colecciones habrían faltado al suyo si hubiesen impedido la libre expresión de los autores, los hubiesen elegido exclusivamente por un determinado punto de vista o los hubiesen buscado para apoyar «su» criterio. Todo dentro de la difícil ecuanimidad de quienes, caso mío y en general de los españoles, estamos profundamente involucrados en un proceso que forma parte de nuestra historia, en que es aceptable exteriorizar lo mejor y no detenerse sólo en aspectos negativos.

Este libro, precisamente por ser el mío y por mi protagonismo en la Fundación MAPFRE América, querría que fuese un grito de amor y de esperanza para la Nueva América, un deseo de contribuir a algo que no sé si es probable pero sí que es posible y que sobre todo dependerá de la voluntad de los propios americanos, con la colaboración de quienes nos sentimos unos de ellos. También debería ser un grito de caridad para quienes han sufrido en el proceso de transformación de América. Los que están sufriendo y los que sufrirán merecen el principal recuerdo, ya que participan en la historia con dolor; no con glorias, sino con penas, y además «todos» los tratamos de olvidar y relegar, aunque nos creamos lo contrario. También querría que fuese un estímulo para que España no olvide lo que ha creado y que es parte de ella misma. América está en España; los españoles somos iberoamericanos y no dejamos de ser españoles; no hemos promovido una colonia explotada, sino traspasado a otra tierra una parte de nuestro cuerpo y de nuestra alma, que sigue estando con nosotros pero que sin América estaría incompleta. Es más profundo lo que España tiene de América que lo que España tiene de Europa, aunque deba ser partícipe ejemplar en las dos comunidades futuras del mundo, la Gran Nueva Europa y la Gran Nueva América.

Este libro hace futurología, y con ella sólo hay algo seguro: quien la hace se equivoca. La vida humana, individual y colectiva, es más

variada y sorprendente de lo que cualquier persona imaginativa puede suponer. Pero es útil pensar en lo que puede ser el futuro, para así hacer que uno mismo y otras personas estemos un poco, no demasiado, preparadas para él.

Se llama futurólogo a quien predice lo próximo, cambios en tecnología y ciencia, grados de riqueza, grado de relaciones humanas, internas o internacionales. En la predicción del comportamiento de hombres y pueblos siempre se fracasa. Hace años expresé en público que, en las empresas, los departamentos de planificación eran inútiles y era preferible no crearlos por varias razones; una de ellas, por el hecho de que los mejores equipos de economistas con medios estadísticos ilimitados de las industrias del acero, del automóvil y del petróleo tuvieron fenomenales equivocaciones, que en el petróleo al menos se repitieron poco tiempo después, con problemas para quienes invirtieron o gerenciaron guiados por sus predicciones. Existen otros ejemplos flagrantes. Ningún «tanque de pensamiento» ni las instituciones dedicadas a ello predijeron el cambio en los países del Este. No sirvieron los poderosos equipos de información y espionaje, la famosa CIA entre otros, para advertir a sus gobiernos; la «Trilateral» no ofreció en su informe inmediato antecedente ni el más pequeño anuncio de lo que podría ocurrir. Y todavía más recientemente no se predijo ni la gravísima crisis del golfo Pérsico, ni la desintegración soviética, los *turning points* de la época actual, que harán de estos años la verdadera entrada en el siglo XXI y en una nueva edad de la humanidad, la «universal» de que antes he hablado.

Pero a pesar de todo es imposible prescindir del futuro, sobre todo para este libro que comenta las relaciones que se deberían producir entre «Ibero y Angloamérica», y lo que podría ser la «Nueva América» de nuestro tercer milenio.

3. La generación que nació a principios de los años 20 es ejemplo de una humanidad que ha abierto la caja de Pandora y ha aprendido a cambiar con rapidez inigualada en el resto de la historia. Un empleado de banca utilizaba en 1920 los mismos métodos que en 1850, y así ocurrió hasta 1950 aproximadamente; ahora, cada cinco años tiene que modificar radicalmente su modo de actuación. Esto es aún más destacado en la vida científica, que dicen que cada 20 años cambia más que en los previos 2.000 años. Como ejemplo aislado, casi contrario, cito que los trabajos del Nobel español, Santiago Ramón y

Cajal, en el campo de la fisiología cerebral, han servido para la formación de médicos desde principios de siglo hasta hace unos quince años aproximadamente, momento en que dejaron de utilizarse como texto en las mejores universidades americanas; y fueron preparados por un médico rural del Alto Aragón, entre parto y parto, y sin medios técnicos ni financieros.

Ahora se ha aprendido el camino del cambio, y los que repercuten en la humanidad son increíblemente variados y sorprendentes, pues la rapidez es el signo de nuestra época. Pero es imposible saber cuáles son los que se van a producir; casi solamente que va a haberlos y que van a ser inesperados. Lo único seguro es que no han de ser extrapolación de los anteriores, ni tampoco los que indican quienes se mueven en la órbita de los países ricos, que confunden lo que va a ocurrir con lo que ellos querrían que ocurriese para continuar una sociedad cómoda en la que viven con muy pocos deberes y sacrificios.

Vivir en la «edad del cambio»; en eso está la fuerza actual de la humanidad, pero también su debilidad. El hombre ha llegado a creer que puede eliminar el riesgo de su vida, que ha aprendido a dominar la naturaleza y a predecir la evolución económica, pero es mentira.

No se sabe hasta qué punto el hombre va a estar en condiciones de afrontar una sociedad con tanto cambio, ni si se está creando una sociedad dominable por el hombre o ésta acabará siendo tan compleja que produzca crisis muy superiores a todas las anteriores, con una propia descomposición occidental. Para conservar el «carácter humano» parece necesaria la lentitud de transformación. El cambio brutal hace hostil a la sociedad. Por eso la conveniencia del análisis de lo que pasará si el «hombre arrogante» crea una sociedad que se escapa de quienes la han concebido, incluso con repercusiones más dramáticas que las de cualquier catástrofe natural.

La sociedad española era cristiana cuando yo nací, y también en 1936, cuando el pueblo navarro acudía en alpargatas a defender su religión, arriesgando de modo absolutamente voluntario su vida; ahora, el pueblo navarro asiste con indiferencia a cualquier clase de blasfemia sobre lo que parecía que eran sus sentimientos más queridos. Existía hace relativamente pocos años un sentimiento del pudor personal que ha desaparecido; así se promueve oficiosa u oficialmente lo contrario al sentido lógico de la decencia que había imperado durante 2.000 años y en el mundo entero. Estos dos son los cambios más dramáticos y persona-

les que he contemplado, a los que podría añadir la casi desaparición del sentido de familia en las clases más próximas a la mía.

He podido conocer en mi vida guerras terribles entre países irreconciliables, en las cuales los vencedores han acabado derrotados y los odios ancestrales han desaparecido, como es el caso de las relaciones entre Francia y Alemania o el de la derrota de japoneses y alemanes en el año 1945, cuando ahora parecen los dos países con más brillante futuro. Igualmente, pero sobre todo, he visto casi el comienzo del gran mito marxista, de comunidades políticas que con métodos científicos iban a cambiar al hombre; y después, su desaparición absoluta sin el menor rastro. Ese marxismo, al que se había incorporado prácticamente la totalidad de la «inteligencia» como «único camino digno del hombre actual», carece ya de influencia en la vida social; nadie se atreve a defenderlo ni a recordarlo, salvo algún dirigente aislado como Fidel Castro en Cuba, pues China mantiene sólo una fachada para dominar a una sociedad muy compleja, cuya estructura no puede modificar. Recuerdo que hace unos quince años, visitando los países del Este y la Unión Soviética, pensé y comenté que en esos países había desaparecido la influencia marxista, cuando en el mío se deificaba el comunismo [2].

En otro aspecto, España, que todavía tenía conciencia cristiana y se apoyaba en estructuras basadas en esa influencia, se ha transformado en un país agnóstico, en que Cristianismo e Iglesia Católica no pasan de ser un reducto, quizás importante todavía, pero que los gobernantes consideran marginal.

Difícilmente el futuro deparará cambios tan importantes, aunque el siglo XXI contemplará la «digestión» de los últimos grandes avances técnico-científicos que todavía no han mostrado sus previsibles consecuencias sociológicas.

4. El próximo siglo podría ser umbral de la humanidad universal integrada, que se comenzó en el siglo XV de modo espectacular, por portugueses y españoles. Las denominaciones históricas son subjetivas y variables, pero repito que después de una Edad Media y una Edad

[2] Como anacronismo, en la España de hoy aún parece crimen de la Guerra Civil haber evitado que España se convirtiera en una pieza soviética, e impedido que estuviese hoy en la situación de Cuba.

Moderna, se abre la *Edad Universal*, y a pensar en ella, con América como principal protagonista, se dedica este libro, pues el mundo, por primera vez, se ha hecho ecuménico y, de ese modo, universal. Estaba segmentado por naciones de diferente naturaleza, con relativamente poco contacto entre sí; ahora vivimos y vamos a vivir en una sociedad plenamente internacionalizada, pero no es fácil intuir lo que esto represente en la práctica [3].

Esa universalidad prepara una nueva concepción integral de la humanidad, inevitable salvo algún tipo de conmoción catastrófica, física, sociológica o espiritual, de características difícilmente imaginables o predecibles. No debemos pensar en ella excesivamente, aunque, si ocurriese, sería manifestación de la voluntad del Todopoderoso, nuevo misterio para esta época de suficiencia del hombre, que se cree titular de toda sabiduría y hasta capaz, en su ingenuidad, de manejar sus propias decisiones.

La historia, como he dicho, es siempre la historia del genocidio, la opresión y la explotación, pero también es siempre la obra de Dios; por eso no puede haber estudio más importante que la «teología de la historia», análisis de las relaciones colectivas del hombre con Dios, influencia de Dios en la historia, y su interpretación como lucha permanente del hombre contra ese Dios que guía la vida de la humanidad con tres instrumentos principales:

— Los santos, hombres y mujeres con virtudes extraordinarias, aun sin especial capacidad intelectual, que han transmitido su ejemplo. Los santos existen, los reconocidos y los de la vida diaria. «Sólo los santos son de izquierda», aunque no de la de orgullo exacerbado personal o de exclusiva preocupación «por ciertos aspectos durante algún tiempo», como medio de llamar la atención y no con fin de fraternidad efectiva. Los santos siempre son humildes, caritativos y entregados a su prójimo como modo de llegar a Dios.

[3] En la revista *The Harvard Business Review*, por los años 50 se hablaba de que las empresas iban a estar sujetas a grandes procesos de centralización a consecuencia de la aparición de los ordenadores. Ha ocurrido exactamente lo contrario y la microinformática está creando una estructura empresarial, con miles de centros de actuación autónoma, en tanto los «dinosaurios empresariales» están acabando como sus antecesores prehistóricos.

—Los profetas, como en el Antiguo Testamento, personas con condiciones intelectuales y elevada entrega a lo sublime, que logran un seguimiento general y producen alto impacto social, fuera y dentro del Cristianismo, que han actuado como «voceros» de Dios, o de antidiós, cambiando cada uno en su momento y en algún aspecto el curso de la historia. Éste es el caso de Buda y de Mahoma, quizás en lo moderno de Carlos Marx y sin duda de otros muchos, como también lo es de Francisco de Asís, Domingo de Guzmán e Ignacio de Loyola.

—Los dementes, individuales o colectivos, como indudablemente Napoleón, Hitler, Sadam Hussein y otros protagonistas grandes y pequeños de la historia, que han servido para trazar líneas distintas y cambiar su curso. Cualquier otro aspecto sociológico, filosófico o psicológico es inferior al impacto de la acción de ciertos hombres en los que, junto a su extraordinaria capacidad, existe un desligamiento de la realidad y una actuación alejada del sentido común y en muchos casos, no siempre, precisa inclinación por el mal.

Ante nosotros, todos nosotros —blancos, negros y amarillos, jóvenes y viejos, cristianos, musulmanes y agnósticos—, se abre una crisis brutal, no se sabe bien de qué género o clase, que hace imposible cualquier predicción de futuro. La crisis del tercer milenio puede destrozar y dejar en ridículo no sólo a este autor, sino a los más poderosos y engreídos o profundos sabios o filósofos. Esta crisis brutal es consecuencia lógica de la sociedad que entre todos hemos hecho («el libre de pecado que tire la primera piedra»), de que es ejemplo especial la España de 1992 en la que termino este libro.

5. Para muchos, quizás una mayoría en la España actual, la única sociedad deseable es la que aspira, con exclusión de límites y valores espirituales o signos reconocidos de «corrección», a la máxima satisfacción individual de bienestar material, bien entendido que esto es en gran parte subjetivo y además no es homogéneo entre grupos étnicos, ni entre países, ni entre clases sociales. En los 25 últimos años nos hemos encontrado de repente que una generación ha descubierto que el hombre occidental había estado en el error durante más de 20 siglos, hasta que ellos mismos, la generación actual, se han dado cuenta del error y han definido el nuevo ideal. Al menos esto se desprende de la actitud de numerosos articulistas, ensayistas y políticos.

El disfrute de este hedonismo, antecedente de esta actitud arrogante, está limitado a unas cuantas capas sociales o países que el des-

tino, la suerte o la utilización de medios colectivos en beneficio propio ha dotado de una situación privilegiada, pero que no es asequible a los que no están en esas condiciones, a los no privilegiados.

Los avances científicos que han tenido, están teniendo y lógicamente tendrán repercusión sociológica en la salud, en la longevidad y en la protección contra la enfermedad, contrastan con campañas que de vez en cuando afloran «por no considerar suficiente el grado de salud o de esperanza de vida». Se critica que no se haya suprimido absolutamente la enfermedad; se olvida, además, que esta presión da lugar a un retroceso en otros países, aunque también hayan en lo absoluto mejorado por ósmosis tecnocientífica.

La libertad sin límites y el «mercado» que resulta del enfrentamiento de patrimonios humanos, han elevado la renta per cápita media de los españoles, de los europeos, de los angloamericanos y de algunas muy limitadas capas sociales de otros países, pero no el bienestar de la humanidad en conjunto. Esto no lo resolverá el «mercado», sino factores cuya concreción es para mí un misterio. Es probable que cada «punto» de aumento del bienestar de unos pocos, menos del 10 por ciento de la humanidad (los que tienen más de 10.000 dólares de renta per cápita), repercuta en la reducción absoluta o relativa del bienestar del restante 90 por ciento. Ese 10 por ciento debería buscar con su sacrificio que disminuya el 90 por ciento deprimido [4], pero no lo hace. Y esto impide que surja la «nueva solidaridad» que necesitará el siglo XXI. Hablar de ello, también es utopía que las generaciones consumistas no pueden comprender.

La gran tragedia de la sociedad actual es que está estructurada para un «egoísmo sectorial», triste es decirlo, principalmente de la raza blanca, con movimientos centrípetos en que se promueven excesos de derechos individuales y primacía de intereses personales, que se difunden inmediatamente a quienes carecen de todo, considerando la envidia como base suprema de construcción social, que puede ser tolerable y

[4] Decía, creo, el famoso líder sindical de Estados Unidos, John Lewis, que la política de los sindicatos se resumía en una sola palabra: «más». Eso ha llegado a todos los países y, entre ellos, al nuestro, que ha proclamado (en el período del general Franco) el principio «divino» de que los derechos de los trabajadores son «sagrados» y nunca se pueden reducir sus conquistas sociales, gran falacia que pone a unos pueblos contra otros en nombre del derecho de algunos a la mejora sin cortapisas.

hasta útil para un área o pueblo limitado en cuanto estimula la obtención de bienes materiales, pero es intolerable en el conjunto de la humanidad o para su gran parte, que en ninguna circunstancia puede «acercarse» a lo que le muestran todos los días y de lo que en cada momento se ve más distante.

Existe un círculo vicioso, de nuevo misterio e incógnita, y surge la duda de si la humanidad va a resolver por sí misma este conflicto, entre la indigencia de unos y los derechos ilimitados de otros, no ya en pequeños núcleos, como ocurría en las Edades Media y Moderna, sino en su gran conjunto. No conozco solución ni panacea precisa, pero no cabe duda de que para acercarse a ella algunos hombres deberían dejar de creerse superiores y reconocer que la desigualdad injusta no puede resolverse por sí misma, como parece suponer la sociedad actual.

6. Este libro va a tratar principalmente de un área geográfica, la del gran continente americano, y de hacer un análisis de sus sociedades, distintas entre sí, como son distintas íntegramente las de Estados Unidos y España, y las de España y otras de Europa. Pero el problema, la crisis actual larvada y futura, es más amplio, y será universal, como el de la «edad» que ahora comienza.

El gran continente americano, de Norte a Sur, por muchos aspectos integrado o integrable, contemplará una Angloamérica, en especial Estados Unidos, que se ve y se verá «invadida» de hispanos, abriendo camino en ella a una sociedad menos egoísta, con más solidaridad y menos sentido de superioridad. Iberoamérica, de un país a otro, se verá a su vez «invadida» por la cultura de los anglos, que en alguna parte necesita, pero que propicia la creación de clases superiores, que se desentienden de su realidad, que pueden llevarla a la situación de Sudáfrica. Ambas áreas del continente necesitan reflexionar sobre cómo intercambiar y conjuntar sus fuerzas para llegar a estructuras políticamente coordinadas, en que sus conocimientos tecnológicos, sus recursos naturales y sus diferentes mentalidades se integren política y socialmente, conservando sus propios trazos originales.

Algo semejante debería ocurrir en la Nueva Europa que llega hasta el Ártico, y en África, penetrada por el Islamismo. La crisis del siglo XXI no sólo influirá en las áreas específicas de cultura cristiana y musulmana, sino también en Extremo Oriente, con Japón, India, China y países con influencia étnica y económica de esta última, conjunto que,

a pesar de divisiones internas, aumentará su peso relativo en la humanidad. Los orientales han sabido adaptarse y utilizar las técnicas occidentales, combinándolas con capacidad de sacrificio individual, sentido colectivo y voluntad de trabajo; están comenzando su singladura, para lo que necesitan en su objetivo natural y político de expansión hacia el Norte de la Nueva Europa, el continente de África e incluso la Nueva América. Pero Japón está comenzando a ser un nuevo *ghetto* blanco, con hedonismo y complejo de superioridad, que alterará quizás este panorama y posiblemente origine turbulencias en el área asiática.

Estos movimientos parece que se podrían producir como consecuencia de una actuación pacífico-expansiva, pero las guerras paranoicas de la primera mitad del siglo XX muestran lo que late en la humanidad y avisan de lo que puede algún día ocurrir. Además, son aleccionadoras algunas de sus causas, pues la política bélico-expansiva de Alemania y Japón en los años 30 surgió de la convicción en su eficacia socio-política.

Y aún queda África, el gran continente con condiciones de vida muy difíciles, que surgen de sí misma y no del colonialismo. Véanse los casos de Liberia y Abisinia, carentes de historia colonial y que se están desintegrando como otros países de ese continente que sí fueron colonizados. África es compleja en la evolución de la humanidad y no es fácil que se asiente hasta mucho después del siglo XXI, y menos aún con la trágica repercusión actual del SIDA. En todo caso, parece inevitable en ella la importancia de su Norte musulmán y la influencia asiática, catalizadora de nuevas estructuras, cuando Europa y América reconozcan su incapacidad para influir en este continente.

7. Lo anterior y otros muchos aspectos que podrían incorporarse constituyen la base social en que se asienta la humanidad. Por supuesto de modo especial la occidental, que más conozco, y la española que aún conozco mejor. Espero que estas consideraciones sean útiles como preámbulo del desarrollo y ampliación de ideas para contribuir, por poco que sea, a hacer posible o al menos despertar, junto a la realidad de Europa, interés por lo que debería ser —y sin duda en algún momento será— la «Nueva América», ese continente con vida propia e identidad común, que debe refundir las dos o incluso tres Américas actuales y conseguir la integración social de sus distintas razas, con alto contenido autóctono a través del mestizaje, y hacer con ello posible una unidad política real que respete la de sus muy diferentes naciones

y tenga siempre en cuenta sus respectivas idiosincrasias. La Nueva América es el gran objetivo de este libro Dios quiera que aporte algo útil.

Comienzo el libro con una información geográfica de Iberoamérica y Angloamérica que las describe sistemáticamente, con datos estadísticos, elaborados y coordinados para facilitar el conocimiento de lo que representan. Parece sencillo, pero no lo es tanto. Se carece generalmente de datos recientes sintetizados de los dos conjuntos. Salvo para la geografía física, no existen visiones globales de Iberoamérica.

A esa presentación geográfica, eminentemente factual, siguen diez «reflexiones» sobre aspectos relacionados con el objeto del libro; «futuro de América en el próximo milenio» comentando la sociedad occidental, para algunos el único mundo civilizado; España y Europa, de donde procede la actual América; relaciones entre y con los dos subcontinentes, para llegar a una perspectiva de la Nueva América, de Tierra de Fuego a Alaska y Canadá, y el entorno jurídico en que convivirían sus naciones en la «Edad Universal».

GEOGRAFÍA DE LA NUEVA AMÉRICA

El nombre de América apareció por primera vez en una pequeña obra, *Cosmographie Introductio*, editada en 1505, en la que se daba por descubridor de estas nuevas tierras al navegante italiano Américo Vespucio. Se proponía en este libro el nombre de «Ameriga» o «América», derivado del latín *Americus*, que tuvo mucha difusión en Europa y sirvió de base a otros geógrafos que elaboraron mapas en donde aparecía el nombre de América [1]. Es un continente hasta ahora separado en dos conjuntos, «Ibero» y «Anglo», que, con algo más de 39 millones de kilómetros cuadrados (4 millones menos que Asia), casi 20 en Angloamérica y poco más en Iberoamérica, constituye el 36 por ciento de las tierras emergidas del mundo y sólo tiene el 14 por ciento de la población mundial.

El objeto de este libro es «reflexionar» utópicamente sobre el futuro de una América unida políticamente, meta lejana que exigiría circunstancias hoy irreales. Como preámbulo a las diez «reflexiones» conviene una visión de lo que denomino, quizás arbitrariamente, «geografía», con análisis comparativo de algunas situaciones, principalmente físico-políticas. La visión es parcial, poco profesional e imperfecta, con datos estadísticos deficientes, dispersos y hasta contradictorios en algunos casos, especialmente en áreas humanas y sociales. Las dificultades encontradas para obtener información fiable en este campo hacen pensar en la conveniencia de un proyecto estadístico en los países iberoamericanos e incluso en un plan básico informativo, integrado en un gran

[1] Este proceso se describe detalladamente en el libro de Bonifacio del Carril, *El Bautismo de América*, EMECE Editores, Buenos Aires, 1991.

«banco de datos» que permita a cada usuario ordenarlos en forma conveniente para análisis y presentación al público [2].

No es posible estar satisfecho de la precisión de los datos ofrecidos, que yo no admitiría en un estudio económico empresarial [3], pero facilitan a lectores no especializados una visión general suficientemente homogénea de países y conjuntos de ellos.

En cada área geográfica de América, «Ibero» y «Anglo», comento algunos aspectos destacados, pero prescindo de la situación económica, relaciones comerciales y distribución de recursos naturales (salvo existencias de petróleo). Antes de esos comentarios, y en este momento, presento cuadros comparativos de algún aspecto característico, que no necesitan explicación, como ocurre con las buenas fotografías, por ejemplo, del *National Geografic Magazine* o del *Hola*, más representativas en general que sus textos.

Con idea de una posible o conveniente coordinación futura, he agrupado la información de los países iberoamericanos (aparte de los dos de mayor volumen de habitantes, México y Brasil, unidades por sí suficientes) en las siguientes áreas: Austral, con Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Perú; Bolivariana, con las Guayanas, Venezuela, Colombia y Ecuador; y Centranti, que agrupa Centroamérica y Antillas, con las siguientes naciones: Nicaragua, Guatemala, Costa Rica, Belice, Honduras, El Salvador, Panamá, República Dominicana, Cuba, Haití, Jamaica, Bahamas, Barbados y Puerto Rico. En todos los cuadros se utiliza esta agrupación, del mismo modo que en Angloamérica, cuando es posible (como habitualmente se hace en las estadísticas in-

[2] La información de los cuadros preparados procede de anuarios y libros de referencia especializados: *Statistical Abstract of Latin American*, de la UCLA, en California; *Statistical Abstract of Latin American*, de las Naciones Unidas; *Statistical Abstract*, de la Unesco; *Europa World Year Book*; *USA and the Canada* y *South America, Central America, and the Caribbean*, editados los tres últimos por Europa Publications. También hemos utilizado *World Resources 1990-1991*, de la Universidad de Oxford; *Economic and social Latin America 1990 Report*, del Banco Interamericano de Desarrollo; y las publicaciones españolas *Anuario Iberoamericano* de 1990 y 1991 y la *Guía del Tercer Mundo*, del Instituto de Estudios Políticos para África y América Latina.

[3] Existen contradicciones en los datos ofrecidos por fuentes estadísticas solventes sobre población en distintas ciudades; por ejemplo, para la ciudad de Bogotá, en 1985, se citan 4.235.000 y 3.975.000 habitantes. También existen dificultades para obtener datos con menos de cinco años de antigüedad (en algunos casos casi diez) en ediciones de 1991.

ternas de Estados Unidos), se agrupan los Estados por regiones: Nordeste, Centro-Norte, Sur y Oeste [4].

ALGUNOS INDICADORES 1989

ÁREAS	Km² (millones)	HABITANTES (millones)		PIB		DEUDA EXTERNA		TURISMOS (por 10 hab.)	RESERVAS DE PETROLEO (millones m³)
		1989	2025	Total Miles de millones ($)	Por hab. Miles ($)	Total Miles de millones ($)	Por hab. Miles ($)		
EE.UU.	9,3	248	300	5.200	20,9	532	2,1	6,0	473
Canadá	9,9	26	32	510	19,1	(A) 199	7,6	4,0	93
Angloamérica	19,2	274	332	5.710	20,8	731	2,1	5,0	566
Austral	6,4	81	138	167	2,0	109	1,3	0,6	35
Bolivariana	2,7	62	115	118	1,9	64	1,0	0,4	149
Brasil	8,5	147	246	336	2,2	114	0,8	1,0	32
Centranti	0,7	54	98	50	0,9	35	0,6	0,2	1
México	1,9	87	150	169	1,9	96	1,1	0,6	150
Iberoamérica	20,2	431	747	840	2,0	418	0,9	0,7	367
Nueva América	39,4	705	1.079	6.550	9,4	1.149	1,6	2,6	933
CEE	2,3	327	327	4.017	11,7	*	*	3,6	154
España	0,5	39	42	339	8,6	34	0,9	2,6	2
Gran Europa	27,3	786	864	7.615	9,7	*	*	2,0	876

Fuentes: *Economic and Social Progress in Latin America*, Washington, 1990. *The Europa World Year Book 1990, World Resources 1990-91*, Oxford, 1990.
(A) Deuda externa canadiense según datos de «Canada's International investment position», catalogue 67-202, p. 42, 43.
* No se han conseguido datos fiables sobre deuda externa de la CEE ni de la Gran Europa.

[4] Esta geografía de la Nueva América ha sido preparada con la colaboración del historiador colombiano Daniel Restrepo Manrique.

RAZAS (%)

ÁREAS	BLANCOS	INDIOS	NEGROS	MESTIZOS	MULATOS	OTROS
Austral	80,0	7,0	–	10,0	–	3,0
Bolivariana	18,0	10,0	5,0	58,0	7,0	2,0
Brasil	53,0	0,1	11,0	12,0	22,0	1,9
Centranti	26,5	11,0	7,0	38,0	16,0	1,5
México	15,0	30,0	–	55,0	–	–
Iberoamérica	22,0	9,0	3,0	58,0	7,0	1,0
Angloamérica [5]	82,3	0,7	11,0	–	–	6,0
Nueva América	45,6	6,0	6,1	35,1	4,2	3,0

Fuente: *Anuario Iberoamericano,* 1991.

EDUCACIÓN SUPERIOR

ÁREAS	ESTUDIANTES (millones) *	% del total de población	UNIVERSIDADES (número)
Austral	2,1	2,6	131
Bolivariana	2,1	3,4	99
Centranti	1,5	2,8	58
México	2,5	2,9	63
Brasil	1,5	1,0	123
Iberoamérica	9,7	2,3	474
Angloamérica	12,8	4,7	1.166
CEE	8,0	2,3	554
España	1,0	2,5	47

Fuente: *Statistical Year Book,* UNESCO, 1990.
(*) Alumnos matriculados en universidades e instituciones varias del tercer ciclo.

[5] Datos aproximados según informes proporcionados por la *International Union for the Scientific Study of Population* con sede en Bélgica. El 6,0 por ciento de «otros» corresponde fundamentalmente a orientales. Obsérvese la ausencia de mulatos y mestizos. La población hispana –término que no se considera relacionado con la raza– es el 6,3 por ciento del total, distribuidos en blancos, negros y otros.

COMUNICACIONES

ÁREAS	CARRETERAS		FERROCARRILES		AEROPUERTOS COMERCIALES			TELÉ-FONOS (por 10 hab.)	TELE-VISORES (por 10 hab.)
	Miles de km.	Km de vía por mil km² de área	Miles de km.	Km de vía por mil km² de área	N.º	Por 1 millón de hab.	Por 100.000 km²		
Austral	87	13,7	51,5	8,0	119	1,4	2,0	6	1,1
Brasil	133	16,0	29,8	3,5	110	0,7	1,3	7	1,9
Bolivariana	80	30,0	4,8	1,7	131	2,1	4,8	4	1,1
Centranti	31	45,0	10,4	15,0	55	1,0	8,0	2	1,0
México	124	65,0	26,1	14,0	72	0,8	3,7	7	1,2
Iberoamérica	455	22,5	122,6	6,0	487	1,1	2,4	6	1,4
Angloamérica	5.739	299,0	371,7	19,3	900	3,3	4,6	73	7,0
CEE	2.589	1.125,0	204,0	88,6	287	0,8	12,4	55	3,7
España	178	356,0	12,0	24,0	31	0,8	6,2	39	3,6

Fuente: *Anuario Iberoamericano*, 1991. *Statistical Year Book*, UNESCO, 1991.

DISTRIBUCIÓN DE CIUDADES POR NÚMERO DE HABITANTES

ÁREAS	Más de 2 millones	1-2 millones	500.000 1 millón	200.000 500.000
Austral	2	3	4	20
Bolivariana	3	4	5	10
Brasil	5	8	6	32
Centranti	0	1	4	7
México	2	1	4	15
Iberoamérica	12	17	23	84
Angloamérica	21	20	22	*
C. Europa	6	8	27	108
España	2	0	4	15

Fuentes: *Europa World Year Book*, 1990. *USA and Canada*, 1990.
* No disponemos de datos completos.

DISTRIBUCIÓN DE CIUDADES POR NÚMERO DE HABITANTES EN ÁREAS DE ANGLOAMÉRICA

ÁREAS	Más de 2 mill.	1-2 mill.	800.000-1 millón
Nordeste	4	3	2
Centro-Norte	5	4	1
Sur	6	5	9
Oeste	4	6	1
Canadá	2	2	1
Angloamérica	21	20	14

Fuente: *USA and Canada*, Londres 1990.

EJÉRCITO Y FUERZAS DE SEGURIDAD 1987

ÁREAS	EFECTIVOS MILITARES Y FUERZAS DE SEGURIDAD				GASTOS MILITARES		
	MILITARES (miles)	FUERZAS DE SEGURIDAD (miles) (A)	TOTAL	Por 100 habitantes	GASTOS (miles de millones) ($)	% al PIB	Por habitante ($)
Austral	381	118	499	0,6	4,3	2,5	53,0
Bolivariana	199	113	312	0,5	2,0	1,7	32,2
Brasil	319	243	562	0,4	2,2	1,5	15,0
Centranti	540	*2.200	2.740	5,0	7,9	4,6	146,3
México	141	120	261	0,3	0,7	0,4	8,0
Iberoamérica	1.580	2.794	4.374	1,0	17,1	2,0	40,5
Angloamérica	2.200	–	–	–	305,7	5,3	1.115,6
CEE	2.630	–	–	–	139,0	4,0	407,6
España	285	101	386	0,9	6,4	1,8	164,1

Fuente: *Statistical Abstract of Latin America*, UCLA, 1990. *Europa World Year Book*, 1990.
(A) Milicias rurales, guardias policiales, fuerzas paramilitares. No existen cifras fiables para Estados Unidos y Canadá y CEE.
(*) Esta cifra incluye las milicias cubanas, que ascienden a 1.400.000 hombres y mujeres. Los casos de Cuba y Nicaragua merecen un tratamiento especial, pues eran países en estado de guerra en 1987, año a que corresponden los datos del cuadro.

I

IBEROAMÉRICA

La geografía de Iberoamérica es compleja y enigmática, casi impredecible, pero ahí está. Son los materiales con que tiene que contar la Nueva América y que no deben servir para avergonzar, sino para estimular la tarea que espera a sus hombres en las próximas décadas, sólo fructífera con el espíritu de justicia, equidad y respeto al hombre que ofrecieron las Leyes de Indias.

Al hablar de Iberoamérica podría decir Latinoamérica [1], mero matiz terminológico en el cual lógicamente españoles y portugueses preferimos utilizar lo que adscribe esa parte del continente a nuestra influencia directa, sin duda y con diferencia la mayor. De otro modo, habría que llamar así a parte de Canadá y de Estados Unidos por la distinta influencia de franceses y de italianos. Quizás su nombre debería ser Indoamérica, pues en la anglosajona hay poco contenido autóctono. Sin embargo, no es la terminología lo que debe presidir el análisis de los problemas del futuro y por eso también, al hablar de Estados Unidos, se utiliza en este libro el término «hispanos» o *Hispanics*, como crecientemente se denomina a las personas con ancestros «latinos», en la actualidad principalmente indígenas y mestizos de Iberoamérica, y en cambio no se utiliza para los italianos.

[1] El término «Latinoamérica» fue empleado por primera vez, entrado el siglo XIX, por el colombiano José María Torres Caicedo para calificar la unión de países hispanoamericanos. Fue aceptado inmediatamente por el Vaticano, con lo que se cambió en 1862 el nombre del Colegio Americano del Sur por el de «Instituto Eclesiástico de la América Latina». Más tarde, Francia e Inglaterra lo adoptaron.

Iberoamérica es importante para el mundo actual y para el mundo futuro que se abre en 1992, año de efemérides de una humanidad a golpe de 500 años. En los próximos, Iberoamérica ha de tener papel protagonista, como toda América, por lo que conocerla mejor, analizarla, crear interés por su conjunto y por su descripción o «geografía» (término discutible en la acepción que aquí le damos), es un deber para los que creemos en su futuro y queremos participar en él ayudando a que sus ciudadanos lo construyan.

Iberoamérica es fácilmente distinguible y se le puede asignar una geografía precisa, superior a la meramente física, panorama completo y perspectiva general de lo que es en el momento actual, paralela a Angloamérica, las dos protagonistas de este libro y, en general, de las Colecciones MAPFRE 1492.

Geografía física

Iberoamérica no es unitaria, sino diferente y dispersa, como en cambio no lo son Europa y Angloamérica. Es su gran característica, que «marca» el subcontinente y es causa de dificultades y problemas, pero también de riqueza y variedad, base de su brillante futuro, cuando paulatinamente, muy paulatinamente, se acabe transformando en una gran unidad, como Europa está comenzando a serlo en este mismo año, después de más de mil desde que apareciese como concepto descriptivo aceptable.

Del Norte al Sur (un Norte que asignamos a Tijuana, hasta Ushuaia en la Tierra de Fuego) la distancia es de 12.000 kilómetros, la misma que existe entre Cabo Verde al sur de África y el extremo Norte de Escandinavia en Europa; la de Angloamérica es de 6.000 kilómetros y la de la Gran Europa, con Siberia, es de 8.000 kilómetros. Iberoamérica tampoco es estrecha, a pesar de los escasos kilómetros del istmo de Panamá. Su mayor anchura es de 5.000 kilómetros, entre Guayaquil y Recife. Su extensión es de 20.200.000 kilómetros cuadrados, muy superior a los 10.500.000 de la Europa actual. Son características de la geografía de Iberoamérica las largas distancias y la orografía difícil que dificulta las comunicaciones. Variarían estas cifras si incluimos en su ámbito la isla de Pascua, las de Revillagigedo y las Malvinas, alguna a más de 8.000 kilómetros de distancia.

Sin embargo, el 80 por ciento de las tierras de Iberoamérica están en latitudes inferiores a los 30 grados, lo que implica clima tropical, con ausencia de «estaciones», que afecta a más de 15.000.000 de kilómetros cuadrados de su territorio, dimensión que no alcanza ningún otro continente. Su situación geográfica la acerca al continente africano —en alguna época unidos—, más que a ninguna otra región habitada del planeta. Sufre, pues, cierto aislamiento, que no existe con Angloamérica. Sus diferencias climáticas son muy intensas e irregulares, afectan a sus hombres tanto como las distancias y llegan de los 30 grados centígrados bajo cero en La Patagonia (Colonia Sarmiento), hasta los 45 sobre cero en el desierto de Sechura. Nieves perpetuas, glaciares tan dramáticos como el de Mayo, o el Ameghino en La Patagonia. Los hombres que viven permanentemente a mayor altura del mundo (salvo dos casos, en el Tibet y en China) son los indios de la cordillera, con poblados a casi 4.600 metros. Igualmente, las ciudades y capitales más altas del planeta Tierra son La Paz (3.627 metros), Bogotá (2.650) y México (2.238). Madrid, la capital europea más alta, tan sólo tiene 655 metros; tanto en Asia como en África, las grandes ciudades no sobrepasan los 500 metros sobre el nivel del mar.

Están en Iberoamérica las poblaciones más meridionales, como Ushuaia en el paralelo 55; Dunedín, en la isla sur de Nueva Zelanda, está en el 46. Podría incluir Alaska, como si hubiesen tenido éxito los expedicionarios del actual México —entonces la Nueva España—, que llegaron hasta más allá de la península de Valdés, donde se encuentran localidades septentrionales como Point Barrow en el paralelo 72, inferior a Dundas, a 76°, en Groenlandia.

Pero la geografía no sólo tiene distancias, sino también puntos claves que la definen y ayudan a comprenderla. Grandes ríos, el Orinoco y el inmenso Amazonas, estructuran su geografía y sirven para crear en su entorno zonas de especial impacto en la geografía del mundo. El de La Plata es más político que grandioso y permite hasta 1.200 kilómetros de navegación. El Paraná vertebra y comunica a gran parte de los países australes. La historia de estos ríos y lo que representan aún no ha comenzado.

Otro aspecto clave de su geografía son sus montañas, Los Andes, la cordillera más larga de la Tierra, extendiéndose incluso a las Montañas Rocosas de los Estados Unidos, que vertebra a toda Iberoamérica y crea razas con características únicas, donde los españoles del siglo XVI

fueron protagonistas, con absoluta limitación de medios, de una de las más grandes hazañas históricas del hombre. Los Andes son símbolo de Iberoamérica, su columna vertebral, que ha creado su verdadera identidad y la mantendrá, acentuándola en los siglos próximos. Se prolongan hasta México y habrían podido dar nombre a Iberoamérica, denominándola también «Andoamérica». Ya no será fácil, pero con ello españoles y portugueses no nos sentiríamos postergados, sino orgullosos.

También hay que recordar sus grandes volcanes, Tajumulco, Cotopaxi, Popocatépetl; y sus enormes picos, Aconcagua, Huascarán, Incahuasi, Yerupaja, Pichincha y Colón, que perfilan su silueta como frutos de egregio continente.

ACCIDENTES GEOGRÁFICOS

ÁREAS	Mayor altura (mil m)	Mayor río (mil km)
Austral	6,9 (Aconcagua)	4,0 (Paraná)
Bolivariana	6,3 (Chimborazo)	2,2 (Orinoco)
Brasil	3,9 (Rondón)	6,7 (Amazonas)
Centranti	4,2 (Tajumulco)	1,1 (Usumacinta)
México	2,1 (Mogotón)	0,6 (Coco)

No sólo son puntos claves los anteriores; lo es también el golfo de México, el mayor de nuestro planeta, con especial influencia climática y cuna creciente de una civilización que, como ninguna otra, ha de servir para unir Iberoamérica y Angloamérica, y proyectar a Europa el aliento de ambas. También es clave la Tierra de Fuego, antesala de la Antártida, con el estrecho de Magallanes, de tantas saudades para portugueses y españoles, y gran desafío, aun hoy, para la navegación, que hombres míticos sin miedo cruzaron, triunfando sobre la naturaleza.

Otra clave de Iberoamérica son Las Antillas, archipiélago rico, variado, con puertos y calas, gran tentación de piratas y filibusteros, a donde primero llegaron los españoles y se emplazó el primer asentamiento europeo en el Nuevo Mundo, el de la Navidad, en lo que es hoy Haití, que la Universidad de Florida está «redescubriendo». En esta región, tan entrañable para España, se cruzan como en ninguna otra

parte la cultura, la idiosincrasia y los intereses de Iberoamérica y Angloamérica.

Queda algo más en la geografía de Iberoamérica, tan importante como lo anterior: la selva. Iberoamérica es selva; tiene las mayores selvas de la Tierra, que son pulmones de todo nuestro mundo y constituyen un preciado tesoro que no se debe perder. Los europeos sabemos poco de selva; las de África son muy diferentes y sólo pueden compararse con las asiáticas. La selva amazónica debería ser centro de encuentro de Anglo e Iberoamérica, con proyectos que contribuyan al equilibrio de su continente y de toda la humanidad. Sólo en Iberoamérica cabe un país como Perú, que tiene selva, costa, desierto, grandes alturas y el gran lago Titicaca.

Geografía étnica

Iberoamérica fue siempre y sigue siendo, cada vez más, un mosaico étnico. Los indígenas o indios fueron muchos y muy diversos, sin relación entre sí y con conmociones y cambios en los siglos previos a la llegada de los españoles. No se ha podido establecer el número de habitantes precolombinos en vísperas del descubrimiento. En 1939, Alfred L. Kroeber calculó que a la llegada de Colón había unos 7.500.000 aborígenes en toda América. Años después, Henry F. Dobyns daba la cifra de 100.300.000 [2]. Ninguna estimación es realmente fiable, pero el sentido común hace más probables las más reducidas de Kroeber o Rosenblat, de 12.300.000.

En Mesoamérica, los mexicas (también llamados aztecas) con la triple alianza –Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán– habían creado un gran imperio a costa de otros pueblos, y extendían sus dominios por la zona occidental del valle de México hasta Nicaragua. Tenochtitlán, en pleno auge cultural y militar, era centro de este imperio, que se extendía por una superficie de más de 200.000 kilómetros cuadrados, con una población de cinco a seis millones de habitantes.

[2] Otros cálculos han sido los siguientes: Karls Sapper, 35.000.000 a 45.000.000, y Denevan, 52.900.000.

Más al sur, la civilización maya se desintegraba en pequeños señoríos, desgastada por luchas internas y por el empuje de los nahuatls. En el siglo xv –poco antes de la llegada de los primeros descubridores– sólo quedaban restos de un gran esplendor, 600 años atrás, con avanzada cultura en ciudades como Palenque, Tikal, Uaxactún y, posteriormente, Chichén Itzá, donde se había logrado un notable desarrollo de la astronomía, las matemáticas y las escrituras pictográficas y jeroglífica. Los vestigios de esta gran cultura se hallaban dispersos a lo largo de la meseta de Guatemala y la península de Yucatán, extendiéndose hacia el sur, hasta la actual Costa Rica. El resto de Centroamérica estaba poblado por pequeñas subculturas dispersas, como la chiriquí, monagrillo y coclé, con influencia en Costa Rica, Nicaragua y Panamá. La cultura arawak se disputaba con la caribe su influencia en Las Antillas. Los taínos –de la familia arawak– se asentaban en Cuba. Otros subgrupos –bajo su influencia– poblaban Haití, Jamaica y Santo Domingo. Paralelamente, la cultura caribe se extendió fundamentalmente por Las Antillas Menores y la costa atlántica de la actual Colombia, Venezuela y las Guayanas, hasta la parte norte de la desembocadura del río Amazonas.

En Colombia, tierra de indios muy aguerridos, se asentaba la cultura chibcha en el área montañosa de los Andes. Los quimbayas –conocidos por su rica orfebrería– ocupaban al este la actual Antioquia, y se extendían al sur prácticamente hasta el imperio inca, en tanto las selvas de Venezuela y sus indios se unían en grupos dispersos con los del Amazonas, Perú y grandes áreas de Brasil. La cultura guaraní concentrada en Paraguay se extendía hacia el este, a lo largo de un enorme territorio (que comprendía también Uruguay, norte de Argentina y Brasil) que en el momento de la llegada europea estaba dividido en dos grandes grupos lingüísticos: tupí y gês. Los tupíes, mezclados en parte con los guaraníes, se extendían por casi todo el litoral, desde el Amazonas hasta Cananeia en São Paulo. Los gês se encontraban por los ríos San Francisco, Paraná, Tapajoz y orillas del Camapuán. Entre el Madera y el Tapajoz se situaban los caribes que, partiendo de allí, llegaron hasta Las Antillas.

El imperio inca, con su capital Cuzco, estaba formado sobre los cimientos de antiguas culturas andinas, como la chavín, paracas, huari, tiahuanaco y tallán, y se extendía desde el sur de Colombia por todo Ecuador –especialmente Quito– y Perú, hasta lo que hoy es Chile,

IBEROAMÉRICA INDÍGENA EN 1492

Fuente: MORALES PADRÓN, Francisco
Atlas Histórico Cultural de América. Las Palmas de Gran Canaria. 1988. tomo I. p. 56

ÁREAS CULTURALES DE LA AMÉRICA PRE-COLOMBINA: IBEROAMÉRICA

Esteva Fabregat, Claudio: Gran Enciclopedia Catalana, I., p.781

LENGUAS AMERINDIAS EN IBEROAMÉRICA. SIGLO XV

(FUENTE: Bernard Pottier, según C.Loukotka,C.F. y F.M. Voegelin.)

Bolivia y Argentina. Más al sur, los también aguerridos araucanos poblaban la zona templada del Chile central, divididos en pequeños grupos, como los picunche (al norte), los mapuche (en el centro) y los huiliche (al sur), dedicados en su mayoría a la agricultura y ganadería, cuyo desarrollo cultural fue influido en gran parte por las grandes civilizaciones del norte. Por último, los fueguinos —con sus peculiaridades culturales— poblaban la zona sur del continente, en la Patagonia.

Tanta extensión y variedad creaba un mosaico, además cambiante, en el que emergían dos imperios con características de cultura y civilización estable, que quizás se hubiese equiparado a la egipcia, india o china. Nada pudo suceder, ni se sabe con deducción objetiva lo que hubiese ocurrido sin la presencia española. Los mapas de las páginas 47, 48 y 49 son un testimonio claro de esa variedad, que se manifestaba no sólo en las razas, sino también en la cultura y las lenguas.

A ese mosaico sucedió otro, el de los españoles, con sus diferentes regiones, que llevaron a Iberoamérica la variedad de pueblos y costumbres que caracterizaban a nuestra península, con trascendencia superior a la que se supone. Andaluces y extremeños fueron gran parte de los primeros pobladores de Iberoamérica; por eso, Andalucía y su prolongación de Canarias han dejado impacto étnico, lingüístico y la cadencia del idioma. Cabe pensar que toda Iberoamérica fue una prolongación de Andalucía, y así de Al-Andalus, y por su conducto del Norte de África.

Igualmente ocurrió con vascos y cántabros, menos en la conquista y más en la colonización. La montaña de Santander llenó de sus hombres Colombia; y los vascos, Chile y Argentina y también México, aunque en este país compitieron los asturianos, con sus empeños industriales.

Toda Castilla, desde su origen en el País Vasco y Cantabria, hasta su prolongación en Andalucía y Extremadura, inundó Iberoamérica y, al mezclarse con los pueblos indígenas y con los africanos, creó una raza mestiza, en diversos grados y diferentes combinaciones.

Aún hay que añadir la contribución portuguesa al ámbito brasileño. Pocos millones de portugueses colonizaron un gran territorio, que hoy supera los 150 millones de habitantes, con alta proporción de mestizaje en diferentes grados y fórmulas. En este país hay que recordar la corriente inmigratoria, por desgracia no voluntaria, de los negros africanos, que también en Ecuador, Venezuela y el Caribe ofrecen una etnia extendida.

En la etapa de la independencia y en el siglo XIX, los indígenas se reducen, pero aparecen nuevas corrientes migratorias de influencia actual: los italianos, especialmente en Brasil y Argentina; los gallegos en Argentina y Cuba y en casi todos los países ribereños del Atlántico, ambos con principal aportación en la formación de clases medias. Para creación de empresas y negocios han influido catalanes, asturianos y castellanos de Soria y La Rioja, así como judíos y turco-sirio-libaneses, centroeuropeos, balcánicos, franceses y británicos, en la agricultura y ganadería.

Desde finales del siglo XIX se añade a esa amplia relación la de los orientales, los chinos, mano de obra para la construcción del canal de Panamá y que de modo especial se implantaron en Ecuador y Perú, pero un poco en todas partes, y los japoneses en Brasil, donde tienen en São Paulo su principal aglomeración fuera de la metrópoli. Últimamente han comenzado a llegar filipinos, coreanos y otros asiáticos, removidos por sus contiendas o dificultades y que ven en América una tierra de promisión, no siempre real. Hoy día se ve la posibilidad de que este continente acoja en oleadas a inmigrantes de la Europa del Este y la antigua Unión Soviética.

Geografía lingüística

La gran fuerza, la gran baza de Iberoamérica, es el idioma castellano, principio actual de identidad. Objetivo básico de sus países es preservarlo al máximo, con orgullo de que puede ser en el próximo milenio el más hablado del mundo, por lo menos más que el inglés.

El castellano americano tiene variaciones, pero casi no más que en la propia España, con acentos y coloquialismos pero sin diferencias básicas. Éstas ahora se reducen, pues los medios de comunicación sirven, a veces exclusivamente, para unificar el lenguaje [3]. ¿Dónde es más diferente el castellano? Quizás en Buenos Aires, con el lunfardo, de influencia siciliana e italiana. En otras naciones apenas hay matices, en

[3] Es curioso, quizás triste, y más si se ha producido tal vez no tanto por amor a lo propio como por odio a lo ajeno, que al tiempo que se promueve este fenómeno de crecimiento del castellano, España presiona incluso legalmente contra su utilización, con animosidad artificial y sectorial a lo que debía ser su orgullo.

Venezuela y Cuba parece que hablan andaluz o canario y en Colombia se habla mejor que en la propia Castilla.

El portugués de Brasil guarda algunas diferencias con el de Portugal pues es quizá más uniforme que las variedades dialectales de su metrópoli, aun con algunas diferencias en dos grandes grupos: norte y sur, subdivididos a su vez en los subdialectos amazónico, nordestino, bahiano, fluminense, mineiro y sureño.

Posiblemente, en Iberoamérica en este momento, hay más de 260 millones de hispanohablantes y 145 millones de lusohablantes. Si se unen a los de Portugal y España, hay un conjunto de más de 400 millones que utilizan las dos lenguas, a lo que habría que añadir Angola, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial (antiguo Sahara español), Mozambique y Cabo Verde. En el conjunto estricto de lenguas occidentales, los anglosajones tienen el 30 por ciento aproximadamente, y los ibéricos el 40 por ciento. De las lenguas románicas o neolatinas habladas hoy, el primer puesto lo ocupa el castellano, seguido del portugués. Por el mayor desarrollo industrial de Brasil sobre su antigua metrópoli y diferencia de habitantes, el portugués brasileño tiene mayor influencia exterior que el de Portugal, y en él ha penetrado más el castellano [4].

En Iberoamérica hay también otras lenguas (véase el mapa de la página 49); las indígenas que, salvo en Paraguay con el guaraní, carecen de verdadera presencia política, aunque no sociológica, en Perú, Bolivia y áreas mesoamericanas. Es característico que no se encontrara ninguna lengua escrita, excepto la nahuatl y mesoamericanas, redactadas en forma pictográfica. La mayoría de las lenguas indígenas que hoy subsisten y aún prosperan, como el guaraní, fueron preservadas y en cierto modo estabilizadas por los misioneros, aportación de la Iglesia Católica a la que la Fundación MAPFRE América está dedicando esfuerzo y atención, que continuará después de 1992 [5]. El guaraní es ha-

[4] En un futuro, la Fundación MAPFRE América posiblemente colaborará en un proyecto promovido por el Instituto Caro y Cuervo de Colombia y por los profesores Günther Haensh y Reinhold Werner de la Universidad de Augsburgo para la publicación de diccionarios de americanismos para toda Hispanoamérica, elaborados en cada país. Ya están en vía de ello el *Nuevo Diccionario de Colombianismos*, el *Nuevo Diccionario de Argentinismos*, y los de Chile, Paraguay, Ecuador, Uruguay, Bolivia, Venezuela, Cuba, República Dominicana y Costa Rica.

[5] Uno de los proyectos de la Fundación MAPFRE América a partir de 1993 es la localización y difusión de fondos documentales de interés etnográfico para el estudio de

blado por el 95 por ciento de ciudadanos de Paraguay, y con exclusividad por el 40 por ciento. En Perú y Bolivia, el quechua, unido al aymara, es hablado por un 30 por ciento, y conocido por el 40 por ciento de la población. En México, el nahuatl lo hablan algo menos de dos millones de personas, un 2 por ciento de la población. Otros idiomas se limitan a núcleos aislados, que fácilmente desaparecerán, aun con una política cultural para preservarlos, como está ocurriendo con los inuit en Canadá. Es encomiable la actuación de frailes y misioneros creando diccionarios y gramáticas de idiomas hasta ese momento ágrafos, y de ello es ejemplo Paraguay, donde la presencia de los jesuitas tuvo valor de «buena colonización». Hay que desear que en el próximo milenio y desde 1992 los gobiernos iberoamericanos comprendan la importancia de preservar y promover las lenguas indígenas como vía de transmisión de una cultura autóctona que no debe desaparecer.

Geografía política

La principal geografía de Iberoamérica es la política. En el siglo XV no existía una estructura general de esta naturaleza salvo la inca y la azteca, absolutamente ignoradas entre sí y cada una limitada dentro del conjunto del gran continente. Los españoles iniciaron la geografía política de Hispanoamérica estableciendo en 1524 un sistema de audiencias. La primera en Santo Domingo, con un primer ordenamiento administrativo de provincias, a cuyo frente estuvieron inicialmente gobernadores nombrados a través de capitulaciones en cada lugar y reemplazados paulatinamente con otros designados por la Corona. La extensión de tierras con las conquistas de México y Perú obligaron en 1535 y 1542 a implantar en ambas áreas un sistema de virreinatos con poderes políticos, económicos y militares. Subsistieron las audiencias, creadas para administrar justicia y reemplazar a los primitivos gobernadores. Las primeras fueron: Santo Domingo en 1524, México en 1527, Guatemala en 1543 y Guadalajara en 1548; todas dentro de la

los grupos indígenas de Iberoamérica en centros y archivos de órdenes religiosas y de otra naturaleza en Europa y América. Este proyecto estará dirigido por el antropólogo Claudio Esteva-Fabregat, director de la Colección «Indios de América» en las Colecciones MAPFRE 1492.

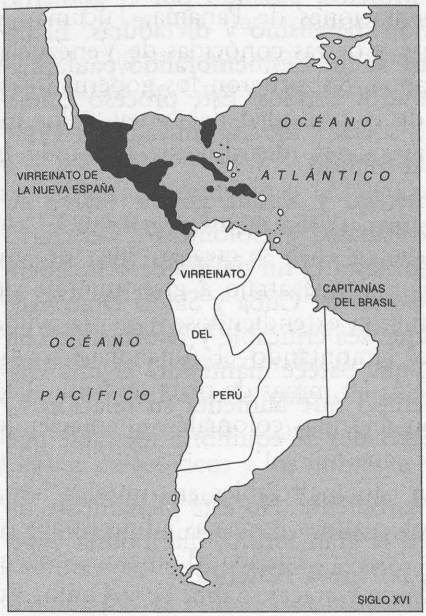
Nueva España, que se extendía a la Centroamérica actual y Las Antillas. El virreinato peruano comprendía audiencias en Nueva Granada, Quito, Lima y Charcas y las gobernaciones de Panamá, Tucumán y Río de La Plata, y se extendía a Perú y tierras conocidas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Chile y Argentina. Subsistieron los gobernadores, con jurisdicciones independientes de la autoridad del virrey, y los capitanes generales, con iguales atribuciones, distribuidos por toda la geografía americana.

En Brasil, se establecieron en 1533 quince capitanías, a cuyo frente estaban los «donatarios», hasta que en 1549 se crea la figura del gobernador general, con capital en Bahía, que atrajo a gran número de colonos, que durante el siglo XVII fueron extendiéndose —con la ayuda de los misioneros— hacia el norte, remontando el Amazonas. En el oeste los bandeirantes avanzaron hacia las minas de plata de Perú. Bajo José I, en el siglo XVIII, se realizaron reformas coloniales, estableciendo un virreinato con capital en Río de Janeiro.

Los virreinatos se mantuvieron casi inalterables en América hasta el siglo XVIII, cuando se implantaron algunas reformas administrativas. En 1739 se creó el virreinato de la Nueva Granada, desmembrado del de Perú. Comprendió las audiencias de Caracas, Santa Fe y Quito. En 1776 el virreinato de La Plata, con la audiencia de Buenos Aires y territorios de la capitanía general de Chile, en lo que es hoy Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay. El fin de ese siglo llegó a Hispanoamérica con un sistema político dirigido centralmente desde Madrid, con un entramado criollo de cabildos, audiencias y universidades, que completaban la geografía política, con equilibrio aceptable y potente estructura militar de apoyo a las autoridades y defensa de la Corona. Hasta la independencia Iberoamérica, estaba unificada políticamente en Hispanoamérica y Lusoamérica, situación a la que de algún modo, sin dependencia extracontinental, debe volver en los próximos siglos.

La Revolución Francesa, Napoleón y la ocupación de la península Ibérica rompieron el equilibrio existente y se produjo la explosión independentista en diferentes formas, contradictorias algunas, que llevaron a la estructura actual del conjunto de Iberoamérica. Bolívar y San Martín, con el ideal bolivariano y sanmartiniano, fueron los más importantes. Con ellos, otros protagonistas de diferente naturaleza: O'Higgins, Sucre, Santander, Páez y Córdoba. En México se fue creando la geografía política actual, apoyada en la estructura dejada por los

EVOLUCIÓN POLÍTICA DE IBEROAMÉRICA HASTA LA INDEPENDENCIA.



españoles, con una historia cargada de revoluciones y cambios a partir de los movimientos de Hidalgo y Morelos, pasando por el gobierno de Itúrbide con períodos de imperio, liberalismo y dictaduras. El inmenso virreinato de la Nueva España se fue desmembrando paulatinamente, cediendo territorios a los Estados Unidos. Este proceso culminó con la revolución política, racial, social y agraria iniciada en 1910, antes de la de cualquier otro país del mundo.

Todo ello, con fricciones fronterizas y alguna guerra —salvo en Bolivia y Paraguay, y la secesión de Panamá y Colombia—, no afectó al panorama inicial, que ha pervivido hasta el fin del proceso independentista en el 1898, con la independencia de Cuba y Santo Domingo.

La geografía actual es clara, aunque sea criticable y reformable, con la situación especial de Puerto Rico, que parece mantendrá alguna vinculación con Estados Unidos, al tiempo que aumenta su relación financiera con España, una de esas realidades de equilibrio inestable que perduran en la historia.

Esta estructura política ha sido turbulenta. No está plenamente sedimentada, pero es y será fecunda en el gran futuro, que podría y debería tener Iberoamérica y, con ella, la Nueva América.

Geografía religiosa

La creencia religiosa, preferentemente católica, es factor tan importante como el idioma para la identidad de Iberoamérica. Gran incógnita de su futuro, afecta a los españoles, que desde 1492 han estado íntima y activamente integrados con la Iglesia. Su presencia y actuación es tan realidad como la del idioma; claro que también lo ha sido en España y ahora está desapareciendo. Iberoamérica lo es por la Iglesia Católica, protegida y alentada por la Corona española y portuguesa, pero creada por aquélla y por ello, es mestiza; algunos piensan que también por eso es más ineficaz, pero más solidaria, más humana y más preparada para un futuro distinto al actual.

La geografía de la Iglesia Católica es compleja; con archidiócesis, órdenes religiosas exteriores y propiamente iberoamericanas, y misiones que aún desempeñan un papel destacado en algunos países y regiones. En Iberoamérica hay 478 diócesis con casi 800 obispos y coordinadas por 117 archidiócesis y 20 cardenales. Cuenta con más de 50.000 sa-

cerdotes seculares [6]. Muchas parroquias están administradas por órdenes religiosas que tienen casi 10.000 miembros, siendo más representativos los jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos. Están surgiendo grupos religiosos autóctonos, especialmente en México, destacando los Legionarios de Cristo Rey, Cruzados de Cristo Rey y otras con expansión exterior, principalmente en España. En este momento, existen en Iberoamérica más de 700 seminarios y noviciados, con más de 54.000 aspirantes al sacerdocio y 122.000 monjas.

También están las iglesias protestantes y las sectas, algunas con finalidad casi comercial, principalmente donde la estructura católica se ha esclerotizado o subordinado al servicio de alguna clase de ricos y es necesaria una profunda reevangelización, comenzando por la jerarquía afectada. Es el gran desafío de la Iglesia de América, que en las sectas debe ver símbolo de culpas y errores, que quizás exijan un cambio profundo, inevitable cuando la Iglesia abandona a los pobres para refugiarse en los ricos y los pobres se sienten justamente traicionados. En este entorno aparece la Teología de la Liberación, que busca renovar la Iglesia, aunque mezcla ideologías externas, incluso anticristianas, que utilizan apariencia religiosa como medio de propaganda para sustituir el amor por el odio e instrumentalizar las desgracias de los miserables sin apenas pretender curarlas. Aun con defectos, su acción, una vez rectificadas desviaciones, debe ser fructífera en el siglo próximo.

En este panorama están los misioneros, en su mayoría españoles, que fuera de estructuras rígidas o formales viven con los marginados urbanos o selváticos para ayudarles donde los políticos, gobiernos o instituciones, incluso religiosas, no llegan o no quieren llegar. En este momento hay en Iberoamérica más de 14.000, cuyo lugar de actuación se refiere en el siguiente cuadro.

[6] Tomado del *Annuarium Statisticum Ecclesiae*, Ciudad del Vaticano, 1988.

MISIONEROS ESPAÑOLES EN IBEROAMÉRICA. 1992

ÁREAS	Hombres	Mujeres	Total
Austral	1.711	4.576	6.287
Bolivariana	1.338	3.008	4.346
Brasil	332	748	1.080
Centranti	827	1.504	2.331
México	296	386	682
Iberoamérica	4.504	10.222	14.726

Fuente: Secretariado Latinoamericano de la Compañía de Jesús.

Geografía ambiental

El conjunto de hechos que se incluyen en el término «ambiente físico» son cada vez más importantes para la humanidad. No son suficientes microambientes, todo es macro; el mundo es uno y más aún los continentes, en que cada hecho ambiental, aun muy distante, tiene repercusiones de una u otra clase o naturaleza. Iberoamérica ofrece especial responsabilidad ambiental por su influencia en el clima del mundo, característica que ha de repercutir permanentemente en su idiosincrasia. La Patagonia, Tierra del Fuego e islas suratlánticas relacionadas con la Antártida, la corriente del Niño, la Amazonia y el golfo de México, que calienta el océano Atlántico, son símbolo y fuente de responsabilidad frente al Hemisferio Norte y otros continentes.

La Amazonia, la mayor reserva mundial de bosque, es un gran hecho geográfico y ecológico. De esa gran reserva natural depende todo el orbe. La deforestación de la Amazonia puede ser la gran tragedia de la Edad Universal y no sólo imputable a un país, que tendría que sacrificar sus riquezas naturales para que el Norte, Angloamérica y Europa principalmente, se acerquen a los 20.000 dólares de renta per cápita y programen su estrategia de bienestar, con ventajas que quisieran aumentar a pesar del sacrificio de terceros. Brasil e Iberoamérica no sólo tienen deberes en la Amazonia sino también derechos y necesitan compensar sus sacrificios con otras ventajas. Debería ser materia afectada por el Nuevo Orden Universal, como hace siglos intervenía el nacional en la utilización de aguas o costas. Hay que determinar cuáles

son sus límites, sus problemas reales, cuánto corresponde a otras naciones o continentes, hasta qué punto pueden internacionalizarse y contribuir a los intereses generales y a los brasileños, y cuáles son, en casos como éste, las obligaciones futuras de los países con una renta per cápita superior a 10.000 dólares.

De modo responsable, solidario, permanente y aun creciente, el medio ambiente físico en las anteriores y otras manifestaciones ha de ser pieza clave de la Iberoamérica de los próximos siglos, que se reflejará en otros países, pero también en su propia contextura y desarrollo interno.

Geografía urbana

Algunas civilizaciones prehispánicas concentraron su poder en las ciudades, verdaderos monumentos arquitectónicos que subsistieron bajo la estructura urbana colonial. La evolución urbana en los siglos que precedieron a la conquista española se desarrolló con recursos propios, de acuerdo con etapas definidas y encuadradas cronológicamente con cierta precisión. La urbanización en la América indígena se produjo con un retraso de varios siglos, incluso milenios, con respecto a otras civilizaciones, posiblemente porque sus culturas nunca alcanzaron el nivel tecnológico de egipcios o babilónicos. De esta primera gran etapa urbanística del continente son fruto ciudades como Chan Chán, Teotihuacán, Tula, Tenochtitlán, etc.

La verdadera revolución urbanística en América vino con la llegada de los españoles, que colonizaron fundando ciudades en los territorios descubiertos. Estas ciudades debían cumplir rígidas normas de construcción, promulgadas por Felipe II [7]. Ciudades de esta primera época son Santo Domingo, La Habana, Cartagena de Indias, Santa Fe de Bogotá, Panamá, México, Trujillo, Mendoza y Buenos Aires.

La vida urbana en general y el desarrollo de sus ciudades y megápolis es factor importante de la geografía de Iberoamérica. La vida ru-

[7] Estas ordenanzas establecían el trazado de las nuevas ciudades en plano de damero, evitando así los intrincados cascos urbanos del medievo. Cada fundación debía tener lugares fijos para sus principales edificios: iglesia, casa cural, cabildo y cárcel. Este nuevo trazado se refleja actualmente en todas las grandes ciudades de Iberoamérica.

PROYECCIÓN DE LA POBLACIÓN EN CIUDADES DE IBEROAMÉRICA. 1990-2000

CIUDADES	Población estimada en 1990 (millones)	Población proyectada año 2000 (millones)	Promedio incremento anual de habitantes (miles)
México	20,2	25,8	557
São Paulo	18,7	23,9	520
Lima-Callao	6,7	9,1	236
Río de Janeiro	11,3	13,2	189
Buenos Aires	11,7	13,1	147
Curitiba	3,7	5,2	144
Brasília	2,4	3,7	132
Bogotá	5,2	6,5	126
Belo Horizonte	3,8	5,1	122
Medellín	3,6	4,7	110
Total	87,3	110,3	228

Fuente: Jorge E. Hardoy, «El futuro de la ciudad latinoamericana», Buenos Aires, 1990, p. 1 bis.

ral, como en otros continentes, se va extinguiendo o reduciendo sustancialmente a causa de campesinos que tratan de buscar un mejor nivel de vida, muchas veces sin encontrarlo. Paralelamente surgen urbes y megápolis que marcan la pauta de los países y, en gran parte, indican su línea de futuro. Las diez ciudades mayores constituyen el 20 por ciento de la población total de Iberoamérica.

Iberoamérica camina, quizás irremisiblemente, a ser un vía crucis de megápolis y hay que contar con ello, cualquiera que sea la evolución de este fenómeno y la posibilidad de encauzarlo de modo «positivo» sociológica y políticamente, con fórmulas para que esas megápolis sean humanas, con familias estables que participen en la vida social. Si llamamos megápolis a los conjuntos urbanos de más de 2.000.000 de habitantes, existen hoy más de diez en Iberoamérica [8]. Pero si llegamos a ciudades de más de 500.000 habitantes, donde ya es apreciable este fenómeno de bolsas de miseria, se llegaría a cuarenta [9].

[8] México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Lima, Santiago, Caracas, Bogotá, Belo Horizonte, Recife, Portoalegre y Guadalajara.

[9] Monterrey, Salvador de Brasil, Medellín, Fortaleza, Curitiba, Guatemala, Monte-

Geografía de comunicaciones

Las comunicaciones son otro factor decisivo en la estructura de Iberoamérica, que depende en gran parte de un medio geográfico agresivo y de grandes distancias. Hace 80 años un estudiante de Cuzco necesitaba casi un mes para llegar a su universidad en Lima. Parecen increíbles, suprahumanos, los avances de conquistadores españoles por los Andes, de México a Chile. Hasta que llegó la aviación esto no se había modificado excesivamente. Las comunicaciones aéreas, telefónicas y audiovisuales hacen inevitable la unión de un continente hasta ahora fragmentado. Sus efectos aún están comenzando; el aumento de interrelación entre países y pueblos iberoamericanos facilita la utopía de la Nueva América. Existen hoy en Iberoamérica más de 480 aeropuertos comerciales de vuelos regulares, entre internacionales y nacionales, con independencia de los militares y particulares. Toda Iberoamérica está intercomunicada, pero ha de estarlo más en las próximas décadas, en las que no es difícil que se reduzca el coste de este transporte, haciéndolo más asequible a la trashumancia de sus habitantes y a la rapidez de transmisión de noticias e intercambio de población y mercancías. Merece comentarse el movimiento de coordinación y de concentración de líneas aéreas nacionales con proyección exterior, medida estratégica para facilitar la ordenación lógica de esta clase de transporte.

El transporte aéreo necesita completarse con una tupida tela de araña de comunicaciones terrestres, más por carretera que por ferrocarril, que facilite las relaciones de sus ciudadanos con repercusión en la geografía de la población, aunque en gran parte esto se dificulte por el alto coste, consecuencia de su peculiar orografía y agresivo clima.

También es importante la comunicación por ondas, en especial la televisión, que abre otro cambio socio-tecnológico, ya que, con riesgo y limitaciones, identifica y unifica pueblos, costumbres y modos de expresión y lenguaje. Varias naciones iberoamericanas invaden con programas y servicios al resto, no ya del continente, sino del mundo. Mé-

video, Santo Domingo, Brasilia, Cali, Guayaquil, Puebla, Belém, Córdoba, Goainia, Campinas, Gran Rosario, Maracaibo, Barranquilla, Santos, San Salvador, Quito, Asunción, Panamá, Valencia, Puerto Príncipe, Valparaíso, Managua, Maracaibo, Manaus, La Paz, León, Vitoria, Gran Mendoza, Concepción, La Plata, Barquisimeto, Juárez, São Luis y San José.

xico ha invadido España con su Galavisión, y Venezuela y Argentina con sus seriales, que también penetran en Angloamérica y vinculan a los hispanos con su origen ancestral. Este factor va a ser uno de los medios de interrelación con Estados Unidos. Participa en este proceso Brasil, para algunos la mejor televisión del momento, aunque su idioma pueda limitar su impacto exterior.

Geografía militar

El ejército es otra institución generalizada en Iberoamérica —con alguna excepción, como Costa Rica— que desempeña un papel importante en su sociedad, quizás excesivamente militarista como consecuencia de su protagonismo en los movimientos de independencia y en la creación de la identidad de cada país.

A diferencia de los ejércitos europeos o angloamericanos, el iberoamericano apenas cumple con una misión de defensa exterior. Salvo contadas excepciones, estos países han disfrutado de paz exterior durante este siglo. Solamente destacan tres enfrentamientos a partir de su segunda mitad: en 1932, la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay; en 1969, entre Salvador y Honduras, y en 1982 entre Argentina y Gran Bretaña. De esta forma, la función del ejército en Iberoamérica está dirigida a su seguridad interior en una estrategia de acción de procedencias simultáneas: ideología comunista en el área Austral y Centroamericana, y violencia, narcotráfico y terrorismo en países bolivarianos. Llama la atención el volumen de fuerzas paramilitares y de seguridad existentes particularmente en Centroamérica, donde el gasto militar equivale a 146 dólares por habitante, dramático en regiones donde el producto interior bruto (PIB) apenas llega a los 1.000 dólares anuales por persona.

Esta función de resguardar la seguridad interna, más propia de policías civiles, facilita la corrupción en países con narcotráfico, con policía y oficiales del ejército mal retribuidos. Junto a excesos, sangrientos o pacíficos, los ejércitos de Iberoamérica han mantenido de modo desigual el orgullo de la patria. En Centroamérica y Cuba han llegado a ser, en parte, policía particular de poderosos. En México, su papel ha estado difuminado después de las guerras con Estados Unidos y los ejércitos populares de Pancho Villa. Más importancia han tenido en Colombia, con Rojas Pinilla, y en Venezuela, con Pérez Jiménez, pero en ambos

países están hoy oscurecidos. Esto no ha ocurrido en Ecuador y Perú, donde su participación en la vida pública ha sido destacada, nunca tanto como en Bolivia, que podría pasar al *Guinness* de las asonadas militares, pero que ha ido cambiando paulatinamente hacia las formas democráticas. Destaca el ejército chileno por su efectividad, consecuencia de una casta de indios valientes y de quienes contra ellos lucharon y que fue hasta hace unos años efectivo y pacífico pero que sufrió radical transformación, ya superada en este momento, en que vuelve a su ideología original.

En Argentina, el ejército se consideraba eje de la vida social, con participación activa sociológica en la nación, que ahora ha disminuido. Queda Brasil, caso especial, donde por una parte su carácter federalista da características «vivas» a la política y parlamento, pero durante unos años el gobierno militar ha tenido no sólo supremacía política, sino clara presencia en el entramado social y, sin duda, ha contribuido a aglutinarlo, aun favoreciendo con exceso a los poderes económicos.

Geografía de la educación

Al cesar la presencia española en las dos primeras décadas del siglo XIX, quedaron en funcionamiento más de 30 universidades, algunas como las de Santo Domingo fundada en 1538, la de San Marcos en Lima en 1553, y la de Ciudad de México del mismo año, que son las más antiguas de toda América, muy anteriores a Harvard y a las de los primeros colonos ingleses. Igualmente quedaron, no todos con la misma calidad y eficacia, cientos de colegios y establecimientos académicos, donde se educaron las élites criollas, muchas de las cuales fueron eje de los movimientos independentistas. Varias órdenes religiosas contribuyeron de modo especial a esta labor.

Las independencias alteraron esta situación, como lo hizo la propia evolución de las circunstancias históricas en el mundo, especialmente en los últimos 60 años.

El panorama de la educación superior no es alentador y se hace necesario un esfuerzo de modificación para evitar centros masivos politizados, sin vocación de saber y conocimiento y obsesión ideológica, propia o foránea, que perjudican la calidad, objetivo de la educación superior. Es desigual la situación en cada país, y no es momento de

ANALFABETISMO
(Tanto por ciento de la población mayor de 15 años)

PAÍSES	1960	1990*	PAÍSES	1960	1990*
Argentina	8,6	4,7	Costa Rica	15,6	7,2
Bolivia	61,2	22,5	Cuba	—	6,0
Chile	16,4	6,6	El Salvador	51,0	27,0
Paraguay	25,5	9,9	Bahamas	10,3	—
Perú	38,9	14,9	Barbados	1,8	—
Uruguay	9,5	3,8	Belice	13,4	—
Colombia	27,1	13,3	Guatemala	62,2	44,9
Ecuador	32,5	14,2	Haití	85,5	47,0
Guayanas	12,9	3,6	Honduras	55,0	26,9
Surinam	—	5,1	Jamaica	18,1	1,6
Venezuela	37,3	11,9	Nicaragua	50,4	—
Panamá	23,2	11,9	R. Dominicana	35,5	16,7
Brasil	39,6	18,9	México	34,5	12,7

* Tasa estimada de la UNESCO
Fuente: *Statistical Year Book for Latin American and the Caribbean*, Nueva York, 1990.

comparaciones subjetivas y discutibles. Bastantes universidades públicas carecen de calidad, algunas con más de 50.000 estudiantes. Paralelamente se abren centros privados en los que se polarizan los interesados en adquirir conocimiento y calidad científica, aunque tengan que pagar un precio alto, fuera del alcance de casi toda la población.

La educación elemental se ha extendido, como se aprecia en el cuadro sobre analfabetismo. El esfuerzo es más necesario en la formación técnica media y profesional, indispensable para crear ciudadanía responsable a través de un trabajo digno, lo que se ha olvidado y hasta despreciado en los últimos años.

En el futuro de Iberoamérica parece imprescindible la educación, pero de modo cualificado, no mera alfabetización ni «complejo de educación superior», ni en universidades que han perdido su sentido institucional, ni en *ghettos* superelitistas para muy ricos. En todo caso, no cabe verdadera educación sin educación religiosa que fije en el niño principios de responsabilidad, de pecado y del más allá. Es la fuerza de las comunidades islámicas y la que tuvo la Iglesia Católica (y las protestantes), hoy en parte perdida. La enseñanza religiosa en la niñez y juventud puede arraigar el sentido de familia y solidaridad en Iberoamérica. No parece fácil otro medio o forma.

PLANO

de la Ciud.d de Truxillo del Perù Capital del Obpdo. de este nombre en la Austral de 8.s 6.m 3.sto y en 296.s 9.s 33.m de Longitud.

DEDICADO A SU MAGESTAD POR SU ACTUAL OBISPO.

Explicacion.

A. Plaza maior
B. Cathedral
C. Palacio Episcopal
D. Cavildo
E. Carcel
F. Sala de Armas
G. Yntendencia
H. S.n Sebastian Parrochia de Yndios
Y. Hospital de Bethlemitas
J. Campo Santo
L. Conv.to de S.to Domingo
M. Colegio del Salvador
N. Administracion de Tabacos
O. S.ta Anna Vice Parrochia
P. Conv.to de S.n Francisco
Q. Colegio de S.n Carlos
R. Monasterio de S. Clara
S. Capilla de S.ta Rosa
T. Estanque de Agua
V. Conv.to de la Merced
X. Monasterio del Carmen
Z. S.n Lorenzo Vice Parrochia
1. Conv.to de S.n Agustin
2. Puerta de Moche
3. Hospital de Mugeres
4. Portada vieja de Guaman
5. Yd. nueba
6. Yd. de Maneiche
7. Alameda de Yd.
8. Puerta de Miraflores
9. Yd. de la Cierra
10. Administracion Real de Correos

Escala de 300. var.s

Plano de la ciudad de Trujillo (Perú). Martínez Compañón, Baltasar Jaime, *Trujillo del Perú,* Biblioteca Nacional de Colombia, Sección Libros Raros y Curiosos, manuscrito 216.

II

ANGLOAMÉRICA

La geografía de Angloamérica es muy diferente de la de Iberoamérica; su descripción es importante para la Nueva América y su futuro. Hoy son unidades separadas, distintas y antagónicas, pero esto ha de corregirse. Es la utopía de este libro, que anticipa una Edad Universal con presencia destacada y coordinada del continente americano total, unido políticamente, haciendo real el deseo de Bolívar y el de Monroe, pero sin hegemonismo de los anglosajones.

Estados Unidos son mucho en Angloamérica, pero no todo (Canadá lo complementa); su conjunto ofrece una verdadera y «recuadrada» unidad por dentro y por fuera, a diferencia de Iberoamérica, que permite caminos de variedad y complementariedad. Un análisis paralelo es útil para conocer en lo que son, de algún modo, comparables [1].

Geografía física

Angloamérica fue descubierta y de algún modo ocupada por los españoles muy inicialmente; fue Ponce de León el primer español que llegó a Florida en 1513, sólo 21 años después de 1492; pero la presencia de los españoles fue efímera y no se hizo permanente hasta 1565, con Pedro Menéndez de Avilés y la fundación de la ciudad de San Agustín.

[1] Los datos se han tomado de: *The USA and Canada,* Londres, 1990; *The Europa World Year Book, An atlas of American Ethnic,* Londres, 1980; *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups,* Londres, 1980; *Natural Survey of Religions Identification,* Nueva York, 1991.

Al Norte, su frontera se acerca al Polo, llegando al paralelo 72, y es con Iberoamérica, el único continente que une los dos polos; Alaska y la isla de Ellesmere, son de algún modo, las Tierras de Fuego del Norte.

Lo que hoy es Angloamérica (Estados Unidos y Canadá) constituye una unidad física bastante homogénea, con más de 4.200 kilómetros de Norte a Sur, y casi 6.400 kilómetros de Este a Oeste en su parte más ancha, un cuadrilátero de más de 19 millones de kilómetros cuadrados, con frontera inferior que se une al istmo de México, y un Norte sin fronteras al que geográficamente debería incorporarse Groenlandia, que es Europa y América simultáneamente. A diferencia de Iberoamérica, Angloamérica se encuentra más cerca de Europa.

También en Angloamérica hay climas extremos, aunque las diferencias no sean las de Iberoamérica, pues el 90 por ciento de su territorio se encuentra en zona templada y carece de la enorme barrera natural que suponen los Andes. Sin embargo, existen diferencias climáticas entre sus costas, matizadas por la acción de las montañas Rocosas y corrientes oceánicas: la pacífica, con tendencia a climas secos y semidesérticos, afectada por la corriente del Niño; la atlántica, con climas templados y fríos, y el interior del territorio, con crudos inviernos, con temperaturas de hasta 22 grados bajo cero en San Luis, razón por la que sus Estados calientes semitropicales, como Florida y California, son los de mayor crecimiento actual.

Sus montañas, las Rocosas, de algún modo continuación de los Andes, con sus sierras de la costa Oeste, no son impresionantes, como tampoco las de la costa Este, pero influyen en la forma de vida de los dos extremos Este-Oeste del continente. Los Apalaches apenas superan los 1.000 metros de altitud; sin embargo, constituyeron una barrera importante en la colonización anglosajona del Oeste, ayudando a la consolidación de las primitivas Trece Colonias. Pocos habitantes viven realmente en las alturas. La capital de Estado más alta es Santa Fe, en Nuevo México, a 2.118 metros de altura.

En cambio, destacan sus desiertos, que cubren extensas zonas que representan una parte importante del país y fueron el gran obstáculo en la gran emigración al Oeste.

Entre los Apalaches y las Rocosas se encuentra la gran llanura que, con más de 1.700 kilómetros de lado a lado y drenada por uno de los sistemas fluviales mayores del mundo, forma un espacio con un in-

menso potencial agropecuario de más de 4 millones de kilómetros cuadrados. Un gran río importa, el Mississippi, que unido al Misuri, tiene casi 6.000 kilómetros de longitud, una de las vías creadoras del país, de valor geográfico tan vital como los de Iberoamérica. Otros ríos claves son el Yukon, el Río Grande (frontera con Iberoamérica) y el San Lorenzo, protagonista de parte de la historia de Estados Unidos y Canadá, con lagos, por lo que es de algún modo un gran río discontinuo. Estos lagos han hecho posible el Medio Oeste de Estados Unidos y de Canadá. Están en su historia y configuran su geografía, con semejanza en algún momento al Mediterráneo europeo, protagonista de la Edad Antigua.

En el siglo XIX, su red de canales colaboró para convertir en centro económico una zona de Estados Unidos antecedente claro del poderío americano actual.

No hay selvas ni volcanes destacados, la naturaleza es menos rica; en gran parte se compone de grandes praderas transformadas en inmensos campos cultivables que podrían ser graneros del mundo, fuente fundamental de riqueza, pero también de modificación del ambiente por la acción del hombre. Pero como característica original hay que destacar el Gran Cañón del Colorado, al que dio nombre el español Vázquez de Coronado, y las cataratas del Niágara, los dos puntos turísticos inigualables en el mundo, salvo en el futuro, por las cataratas del Iguazú en la América Austral.

Sus puntos más destacados son menos significativos que en Iberoamérica, pero podrían así considerarse Terranova y los territorios del Noroeste canadiense; y Alaska, en el Norte, con sus hielos y recursos naturales y petrolíferos; Florida, en el Sur, con clima ideal para pulmón de jubilados, que se aproxima a gran parte de Iberoamérica; Hawai, con su exotismo y característica de avanzada en el Pacífico hacia el Extremo Oriente.

Y nada más. En Angloamérica no hay estridencias sino armonía; y las estridencias, en su caso, son humanas, no físicas.

Geografía étnica

Angloamérica es un mosaico, pero de diferente clase al de Iberoamérica, pues prácticamente en ella faltan los indígenas, salvo en pe-

queños oasis políticamente insignificantes. Su característica es la fuerza de homogeneidad cultural y orgullo social, pero también su debilidad y su culpa.

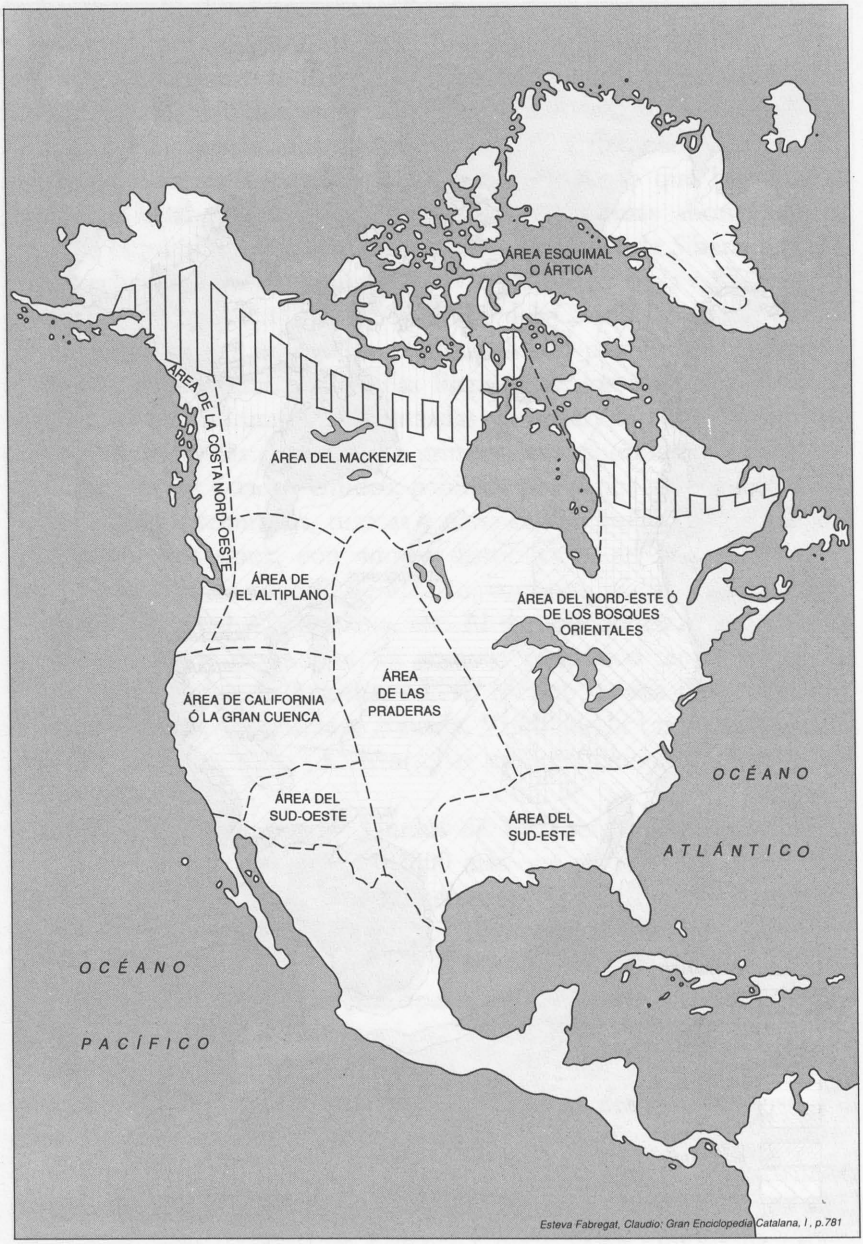
Se calcula que a la llegada de Cristóbal Colón vivían en lo que hoy es Estados Unidos entre 850.000 y 1.000.000 de indígenas. En 1880 esta cifra apenas sobrepasaba los 250.000 habitantes. Cuando comenzó la colonización europea, los territorios de lo que hoy es Angloamérica estaban habitados por numerosas culturas aborígenes. Al norte, la esquimal, con orígenes en la emigración desde Siberia a través del estrecho de Bering congelado, que se estableció en la costa pacífica de la actual Alaska hasta la región ártica del Canadá, y de allí pasó a Groenlandia. El sur de su área estaba poblado por escasos indígenas, agrupados en dos grandes familias lingüísticas: los atapascos y los algonquinos. Las culturas más avanzadas vivían en la zona de los bosques orientales y las praderas. La primera, correspondiente a la actual costa Este de los Estados Unidos, habitada por varios grupos, como los choctas, creeks, seminolas, tunicas y natchez. Sin embargo, los más conocidos son los sioux, con amplia distribución, en pequeñas tribus, desde Canadá hasta el golfo de México, como los winnebago, los iowa, los osage, los omaha, los dakota, etc. Al suroeste de esta región vivían los apaches y los navajos en un entorno geográfico semidesértico en los actuales estados de Arizona, Nuevo México, buena parte de Utah, Colorado, Texas, California y Nevada. Vivían de la caza y en algunos casos de la agricultura, sin desarrollar culturas comparables a las de Iberoamérica.

El censo de los Estados Unidos de 1980 señala que se aproximaban en ese año, a 1.500.000, 500.000 más que en 1970. Hoy el 49 por ciento vive en el Oeste, especialmente en los Estados de California, Arizona y Nuevo México, el 27 por ciento en el Sur, principalmente en Oklahoma, el 18 por ciento en el Medio Oeste, y el resto, el 6 por ciento, en el Nordeste. Las principales concentraciones se dan en Los Ángeles, en Apache y Navajo (Arizona), McKinley (Nuevo México) y Roberson (Carolina del Norte). En Canadá la población aborigen constituye un 3 por ciento del total. En el censo de 1981 se registraron poco más de 700.000: el 58 por ciento en los territorios del Nordeste, el 18 por ciento en Yukon, y el 6 por ciento restante en las provincias de grandes praderas y en la Columbia Británica. A partir de los años 50 la población indígena de Canadá y los Estados Unidos ha experi-

ANGLOAMÉRICA INDÍGENA EN 1492

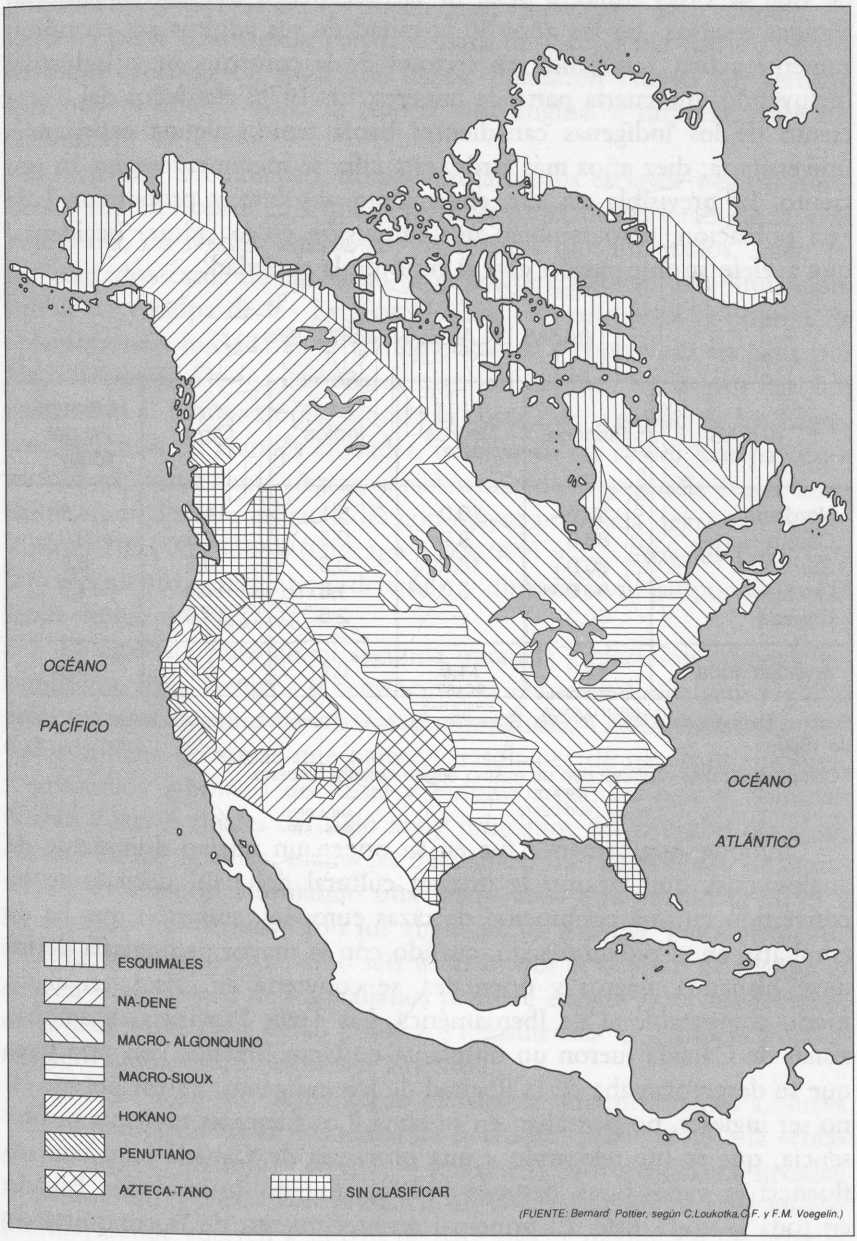
Fuente: MORALES PADRÓN, Francisco
Atlas Histórico Cultural de América. Las Palmas de Gran Canaria. 1988. tomo I. p. 56

ÁREAS CULTURALES DE LA AMÉRICA PRE-COLOMBINA: ANGLOAMÉRICA.



Esteva Fabregat, Claudio: Gran Enciclopedia Catalana, I, p.781

LENGUAS AMERINDIAS EN ANGLOAMÉRICA. SIGLO XV



(FUENTE: Bernard Pottier, según C.Loukotka,C.F. y F.M. Voegelin.)

mentado considerables cambios y ha ido incorporándose a los ritmos de vida de otras etnias, a pesar de la precariedad que aún subsiste en algunas reservas. En los años 80 la mitad de sus adultos era económicamente activa, trabajando en sectores de la construcción e industria, incluyendo una cuarta parte de mujeres. En 1970, alrededor del 3 por ciento de los indígenas canadienses había tenido alguna experiencia universitaria; diez años más tarde, esta cifra se incrementó a un 16 por ciento. Es previsible un alto crecimiento absoluto y proporcional de esta población, pero también una inmersión en la cultura occidental que acelere su integración con el resto de la sociedad.

RAZAS EN ANGLOAMÉRICA (%)

ÁREAS	Blancos	Negros	Indios	Otros	Hispanos (% del total) *
Nordeste	86,0	10,0	0,1	4,0	4,6
Centro-Norte	88,0	9,0	0,5	2,5	2,0
Sur	80,0	18,9	0,5	0,6	5,8
Oeste	81,0	5,0	1,6	12,4	14,3
Canadá	80,0	–	2,0	18,0	–
Angloamérica	82,3	11,0	0,7	6,0	6,2

Fuente: *International Union for the Scientific Study of Populaton,* Bélgica. Datos del censo de 1980.

* Comprende razas distintas con un mismo origen cultural hispano.

Aunque Angloamérica fue en su origen un núcleo dominante de anglosajones que crearon la imagen cultural del país, después se ha convertido en una conjunción de razas europeas, situación que ha de ampliarse en el próximo siglo, cuando con la mayor demografía de indios, hispanos, negros y orientales, se convierta en crisol, en algún modo comparable al de Iberoamérica. Las Trece Provincias y amplias zonas de Canadá fueron un trasplante de Gran Bretaña, con raza pura que se despreocupaba de la libertad de los indígenas, quizás porque, al no ser ingleses, no pensaban en su alma. Los franceses tuvieron su presencia, que se fue relegando a una provincia de Canadá pero con influencia en varias otras, después de haber tratado de sustituir a España en toda la costa Este. El principal acontecimiento de la conquista de

La Florida por Pedro Menéndez de Avilés fue la exterminación de hugonotes. La presencia de los holandeses, importante pero efímera, estuvo en parte relacionada con la Guerra de los Treinta Años y con la invasión española de los Países Bajos. Fundaron Nuevo Amsterdam, que hoy es Nueva York, la ciudad más original e impresionante del mundo.

Esto fue el comienzo; después llegaron los esclavos negros, hombres y mujeres oprimidos que constituyen una de las bases de la vida americana, en la que están más incrustados que integrados, salvo en los contados casos de sus élites profesionales. Ésta es otra limitación, problema y culpa de los Estados Unidos, con origen en la política de «plantaciones» iniciada en el Caribe británico y controlada en parte por los holandeses. De los campos de algodón del Sur, los negros han ido emigrando al Norte, amplia área de la costa Este y región de los Lagos, con presencia en grandes ciudades, muchas de las cuales han pasado a ser casi exclusivamente negras, característica de la geografía étnica americana. Actualmente las ciudades con mayor presencia negra son Nueva York (1.700.000), Cook (Chicago 1.300.000) y Los Ángeles (940.000). Su crecimiento parece ahora detenido y disminuye su proporción en el mapa étnico del país.

El siglo XIX trajo en su segunda mitad la emigración europea, escandinava, rusa, alemana y centroeuropea en general, dio gran vigor al país y constituyó una de sus bases más sólidas. La Angloamérica central está llena de zonas que parecen trasplantes de naciones europeas, y los judíos askenazis de Rusia y Polonia riegan el país y dominan Nueva York. A finales del siglo XIX y principios del XX hubo otras dos oleadas de inmigrantes, irlandeses e italianos, los cuales huían de la miseria y del hambre, formando una nueva clase que pronto se elevó y ha acabado fundiéndose con los anglosajones y *wasps*. Probablemente, en Estados Unidos es cinco o seis veces mayor el número de irlandeses que en Irlanda, y el de los italianos también excede al de sus regiones de procedencia. Parte de su política e idiosincrasia es irlandesa e italiana, pero ambas profundamente americanas.

En este siglo que acaba llegan oleadas de puertorriqueños a Nueva York y participan en la fisonomía de la ciudad, poniéndose a la «cola» de los negros. De modo constante y creciente, los mexicanos invaden la costa Oeste y Texas con presencia en Chicago, y en especial en California, donde vuelven a su país de hace siglo y medio. En los últimos

30 años llegaron cubanos expulsados por Fidel Castro, quizás el mayor éxito de cualquier núcleo de emigrantes. Simultáneamente, aparecieron otras oleadas de hispanos: dominicanos, nicaragüenses, colombianos, salvadoreños y, en capas profesionales, argentinos y chilenos. Todos han ido convirtiendo el núcleo hispano en el de mayor crecimiento del país, que aumentará sustancialmente en el próximo siglo, constituyendo un eslabón en el desafío de integrar Iberoamérica y Angloamérica.

Otro fenómeno ha sido la emigración oriental, que comenzó en el siglo XIX con presencia filipina, china y japonesa, en especial en la costa Oeste. Las guerras de Indochina y la relación especial con Filipinas han asegurado con generosidad para Estados Unidos nuevas oleadas de emigrantes. Algunos asiáticos triunfan en áreas científicas y en la universidad. Este fenómeno inicia la orientalización de Angloamérica, con el Vancouver canadiense como área principal.

Podrían añadirse libaneses y palestinos, descendientes de judíos de la Alemania nazi, y los que han de llegar en las próximas décadas de Rusia y del Este europeo. La comunidad judía influye en las finanzas, investigación y música, e incluso en la política internacional.

Con un 20 por ciento, los anglosajones dominan Estados Unidos, pueden estar orgullosos como semilla de esta gran unidad geográfica, aunque no es fácil que al final del siglo XXIII excedan del 5 por ciento de su total de habitantes.

Geografía lingüística

Como en la geografía física, la lingüística de Angloamérica es unitaria, dominada por el inglés, convertido en eje de este idioma en el mundo, arrebatando este cetro a Gran Bretaña. Sus casi 280 millones de habitantes y, sobre todo, la difusión tecnológica y científica en lengua inglesa le da carácter privilegiado para el futuro. El castellano podrá hablarse en el próximo siglo por mayor número de personas, pero la lengua franca tecnológica será el inglés americano, que dominará las capas sociales superiores, las relaciones internacionales y la comunicación científica. Ocurrirá en países asiáticos, en el gran complejo del Este europeo, en Alemania y en toda el área de idiomas latinos, incluyendo el castellano y el portugués.

La fuerza unificadora del idioma es importante para Angloamérica y forma parte de su estrategia política. En sus territorios no hay prácticamente lenguas indígenas; poco más de 600.000 personas que las hablen regularmente, entre las que se encuentran 245.000 en Canadá. Esta riqueza no puede recuperarse. A diferencia de Iberoamérica, salvo en el oeste español, apenas hubo misioneros que defendieran y se interesaran por la lengua y costumbres indígenas.

La inmigración europea no creó ningún problema. Aparte de Irlanda, procedía de Centroeuropa e Italia, países con lenguas sin posibilidad de expansión, ni siquiera la italiana, fracturada en dialectos de campesinos, que sólo de modo muy familiar eran utilizados al emigrar.

Sólo queda un bilingüismo prácticamente, aparte del francés de la provincia de Quebec, y es el castellano o español, que se acentuará en próximas décadas y centurias [2]. No es difícil predecir que dentro de 50 o 100 años un 30 por ciento de la población de Angloamérica será hispanohablante y procederá de Iberoamérica, y gran parte de los anglosajones lo estudiarán para comunicarse con sus vecinos del interior y con los principales del exterior.

Una política hegemónica podría tratar de imponer un monopolio lingüístico *de facto,* dificultando artificialmente, con medidas y normas, la presencia de la lengua castellana, abriendo cada vez más el foso cultural entre Angloamérica e Iberoamérica. Una política que buscase preservar el castellano haría de los Estados Unidos una nación casi bilingüe. Es una incógnita de futuro que no puedo despejar, pero sí destacar en este momento. No parece evitable, en todo caso, una fricción y discusión nacional sobre la decisión política apropiada en este aspecto.

Geografía política

A partir del siglo XVII y después de algunas expediciones españolas por el actual territorio de los Estados Unidos, se inicia la migración inglesa, con una primera fase que dura hasta 1640 y un segundo perío-

[2] Este tema lo estudia el profesor Arnulfo G. Ramírez en su libro *El español de los Estados Unidos,* que se publicará como parte de la Colección «Idioma e Iberoamérica» de las Colecciones MAPFRE 1492.

do de 1649 a 1660. De ella surgieron tres grupos de colonias: Virginia y Maryland en la bahía de Chesapeake, Nueva Inglaterra y las Indias Occidentales (islas caribeñas). También llegaron los primeros esclavos negros en una nave holandesa en 1619. A finales del siglo XVII había más de 250.000 inmigrantes viviendo en las primeras colonias. Los franceses, presentes desde 1564 en Fort Caroline, penetraron en el siglo XVII a través del río San Lorenzo y en el Mississippi desde el golfo de México, con el límite de las Trece Colonias británicas que se extendían desde Carolina del Sur hasta Portland. Con el desembarco del *Mayflower* en 1620 se estableció el *selfgovernment*, base de gobierno posterior de todas las colonias. Su órgano superior era la *General Court*, donde los propios vecinos elegían a su gobernador y demás funcionarios. Así fueron creándose las colonias de las dos Carolinas (1629), Connecticut (1636) unida posteriormente a New Haven, Rhode Island (1644), Maryland (1649), Nueva York (1664) —antigua colonia holandesa de New Amsterdam—, New Hampshire (1679), Massachusetts (1691) y finalmente Georgia en 1757. Estas colonias, que formaban núcleos independientes, respetaban la soberanía del rey inglés. Al este, La Luisiana dependía de Francia hasta 1762, fecha en que pasó a poder español, y de nuevo al francés en 1800; en 1803, y después de dos años, se incorpora a los Estados Unidos.

El siglo XVIII y las guerras de sucesión en Europa influyeron de forma decisiva en la formación de los actuales Estados Unidos y Canadá. El interés de franceses e ingleses por estos territorios fue cada vez mayor, imponiéndose estos últimos en 1763. En 1783 se reconoce la independencia de las Trece Colonias, quedando Inglaterra con casi todo el actual Canadá, Rusia con Alaska, y España, por poco tiempo, con California y Luisiana. Los Estados Unidos de América son una unión federal que hoy incluye 50 Estados, un Estado libre asociado y un territorio autónomo. Cada Estado tiene funciones políticas, con autoridades y parlamentos designados por sus ciudadanos, prácticamente de modo directo. Su éxito está en el arraigo de la «constitución» como norma superior, estable, difícil de modificar, con órganos adecuados de interpretación y sin excesivas contradicciones internas. El régimen político es presidencialista y semiparlamentario, con métodos electorales no muy complicados que facilitan equilibrio y participación equitativa en decisiones y dificultan el abuso presidencial.

En Canadá el sistema puede definirse como parlamentario y federal, bajo la tutela teórica del monarca británico. Sin embargo, la constitución de 1982 otorgó la práctica independencia de Inglaterra con una carta de derechos y libertades que puede ser enmendada. El poder ejecutivo del Estado lo representa la reina de Inglaterra, que a su vez es representada por el gobernador general, nombrado por cinco años por recomendación del Gobierno. El Parlamento está compuesto por el Senado (104 miembros designados por el gobernador general, incluyendo dos delegados representantes de los territorios) y la Cámara de los Comunes (295 miembros elegidos por voto popular) [3].

La fuerza de Angloamérica es su geografía política, su estabilidad, aceptación general de reglas de juego y adhesión a sus principios, y la herencia de continuidad recibida de Inglaterra frente al cambio brusco constante de instituciones políticas, matizada y adaptada a circunstancias y épocas para que se mejoren, sin destruirse. Pero la estabilidad política no depende sólo de un sistema que resuelva teóricamente todas las situaciones, sino de que se enmarque dentro de un contexto social que, con poderes fácticos de diferente naturaleza, establezca un hábitat adecuado para que la vida socio-política sea aceptablemente armónica, y que con el poder político coexista una estructura social poderosa, llena de contradicciones, que no satisfaga a radicales, ni a extremistas conservadores, que encuentran y exageran, ingenua o farisaicamente, defectos y situaciones mejorables o aparentemente mejorables.

La estructura política inferior a la cúpula de los Estados Unidos parece satisfactoria o por lo menos opera con fluidez, aunque hay aspectos difíciles de comprender para un espectador exterior, pues parecen ilógicos y sobre el papel merecen revisarse, pero a pesar de ello funcionan con aceptable eficacia, quizás con efectos perversos y consecuencias contrarias a sus intenciones. Se asientan en el principio de libertad individual y respeto al hombre como tal, con instituciones para que esto sea realidad, en especial en lo judicial, que gira sobre un Tribunal Supremo Federal, institución clave del sistema y muy respetada, con designación vitalicia de sus miembros, con lo que sólo de modo paulatino se altera su composición. Se complementa con altos tribu-

[3] Las provincias son: Alberta, Columbia Británica, Manitoba, Nueva Brunswick, Nueva Escocia, Ontario, Príncipe Eduardo, Quebec, Saskatchewan y Terranova. Los territorios son del Noroeste y Yukon.

nales en cada Estado, que con el resto de la red judicial garantizan el respeto a la constitución y a la ley, incluso en áreas muy específicas, como un límite de velocidad en la circulación, algo incomprensible para los europeos. Dentro de esta estructura política destacan las diferentes «agencias federales», que tienden a absorber funciones, que anteriormente atañían a los Estados, en un proceso inevitable, no siempre satisfactorio, de centralización de áreas de poder en materias que afectan a todo el país.

En Canadá existe un Tribunal Supremo de Justicia, cuyos nueve miembros son elegidos por el gobernador y el Consejo de Ministros; su presidente y sus miembros ocupan el cargo hasta la edad de 75 años. Sólo pueden ser relevados de su cargo por el gobernador general, con la aprobación del Senado y de la Cámara de los Comunes. En las Provincias actúan con un gobernador y el Parlamento; la justicia depende también de un Tribunal Federal y otro Provincial, con la misma obligación de edad de cese. De estos tribunales dependen los de condado o distrito e inferiores.

Geografía religiosa

El mosaico es amplio y variado. El origen de Angloamérica es netamente protestante. El protestantismo está en su historia e impregna sus instituciones y su constitución, como lo fueron principal, si no exclusivamente, sus promotores, aunque proclamasen el principio de libertad religiosa, ya que muchos de ellos no procedían de la Iglesia Anglicana, e incluso la causa de su emigración había sido oponerse o sentirse perseguidos por ella. La vida americana está impregnada de protestantismo *light*, aun en el momento actual, como toda Iberoamérica está impregnada de catolicismo, quizás también *light*, hasta el punto de que se supone que reside en esto la clave del éxito de una y del fracaso de la otra.

Con la gran expansión demográfica de Estados Unidos en los siglos XIX y XX, el panorama religioso ha cambiado dramáticamente. Los irlandeses e italianos llegaron con su catolicismo y, además, eran más prolíficos y fervorosos en sus creencias. A eso se ha añadido la emigración hispana, normalmente católica, que hace pensar que en el

momento actual, en Estados Unidos, más del 27 por ciento de la población mayor de 18 años tiene esa creencia, y esto con tendencia a aumentar [4].

La situación es diferente en Canadá, con un núcleo católico importante en su área francófona y una menor inmigración de irlandeses, italianos e hispanos. Hay casi un 50 por ciento (47,3 por ciento en 1981) de católicos [5].

El protestantismo con su variedad de iglesias y sectas, alguna pseudorreligiosa, disminuye en participación, no por «competencia» de otras denominaciones, sino por pérdida de temor de Dios en una sociedad crecientemente agnóstica, en que la familia, siempre relacionada con la fe religiosa, comienza a desintegrarse. No es extraño que esto afecte a los protestantes, en especial a los clásicos, cuya ruptura con la Iglesia Católica estaba vinculada a la ruptura del hombre con Dios, que lógica, aunque paulatinamente, ha ido llegando a sus últimos efectos. Esto ha perjudicado al catolicismo en lo absoluto, pero lo ha beneficiado de modo relativo con sus «rivales».

El protestantismo «clásico», el de los *wasps*, ha sido de ricos y poderosos, republicanos principalmente, que buscaban estructuras que favoreciesen la estabilidad en que ellos tenían situación prominente. También existe el protestantismo rural, con características más arraigadas de temor de Dios, y el protestantismo de los pobres, en general negros del Sur, con iglesias a las que acuden a consolarse los que no tienen, los que sufren y los oprimidos.

Otra pieza del mosaico, sin influencia numérica, es el judaísmo. Los judíos, con o sin práctica ni proselitismo, constituyen un grupo entre racista y religioso, con fuerza socio-política para defenderse de ataques en el interior y el exterior, con voluntad de protección mutua y con mayor influencia social que religiosa. Su cuota en Estados Unidos, es de un 1,8 por ciento de la población mayor de 18 años, hasta el 6,9 por ciento en la ciudad de Nueva York y un 1,5 por ciento en toda Angloamérica [6].

[4] *Natural survey of religious identification 1989-90*, City Univ. of New York, Nueva York, 1991.

[5] *The USA and Canada*, Londres, 1990, p. 492.

[6] *Natural survey...*, p. 11.

Por último los musulmanes, con alguna presencia en Estados Unidos, donde se estima que existen más de dos millones [7] reunidos en varias organizaciones y asociaciones que los agrupan, y en Canadá, donde su número llegaba en 1981, casi a las 100.000 personas.

Geografía ambiental

Los problemas ambientales son muy diferentes a los de Iberoamérica, más propios del área rica del Norte que perjudican el ambiente con su acción industrial (o ambición de riqueza y comodidad) que de áreas del Sur con circunstancias muy diferentes.

Angloamérica contamina el ambiente por su propia dinámica sociológica, con invasión urbana y crecientes desperdicios industriales y familiares y con la paulatina destrucción de bosques y áreas verdes para satisfacer a las cada vez mayores necesidades económicas de sus habitantes.

El ambiente se protege con leyes y estatutos que regulan el deterioro, acciones humanas con las que se beneficia económicamente a quienes se hacen responsables de los problemas del medio, a diferencia de Iberoamérica. Esta acción ha sido intensa en las últimas décadas, y se ha reducido la contaminación de los grandes lagos. Queda el de los desechos nucleares, aspecto menos importante que en otros países a causa de sus amplias superficies desérticas.

Destaca la exageración ecoambiental de sus ciudadanos ricos, que siempre quieren más, sin preocuparse de que una insignificante mejora en su bienestar y en su esperanza de vida repercute negativamente en otros pueblos y naciones, y que en todo caso los «caprichos» hay que pagarlos y que sus modas ecológicas o de salud han de afectar a su nivel de ingresos reales, como inevitablemente está ocurriendo, y contribuir al declive de su nación. Estados Unidos es el país que más gases contaminantes aporta a la atmósfera mundial, con un 17,5 por ciento del total, mientras que Canadá aporta el 2,5 por ciento [8].

[7] *The Europa World Year Book*, Europa Publications, Londres, 1990, p. 2.821.
[8] *World Resources 1990-91*, Oxford, 1990, p. 352.

Geografía urbana

Es de especial importancia, aunque por razones diferentes que en Iberoamérica. En Angloamérica existen megápolis, pero sin la dimensión unitaria ni la importancia relativa de Iberoamérica. En cambio, son más numerosas sus ciudades medias y pequeñas; se tiende a la desaparición de las rurales, a veces transformadas en aglomeraciones suburbanas, dormitorios para quienes trabajan en ciudades.

Las nuevas grandes megápolis, como Los Ángeles, Dallas, Miami, son diferentes a una ciudad europea o iberoamericana, extensiones inmensas de islas de edificios o viviendas rodeadas de autopistas. En Los Ángeles no se sabe bien dónde está el centro, si es que lo hay y casi lo mismo ocurre en Miami. En Chicago, en cambio, es claro el centro: la famosa «Loop».

Las grandes ciudades del siglo XIX están transformando sus centros, que sirven para oficinas comerciales o se pueblan con núcleos de familias empobrecidas que viven de subsidios para los indigentes, en algún caso con problemas de hacinamiento y viviendas infrahumanas semejantes a las de Iberoamérica, pero con el agravante del frío. Los centros de las ciudades se han ido reduciendo, y extendiéndose sus suburbios, con un significado distinto al que este término tiene en España, pues en ellos habitan profesionales y ejecutivos acomodados. El centro de Washington es completamente negro; si un blanco se adentra en sus calles es una provocación. La mayor parte de los ciudadanos blancos reside fuera de la ciudad.

Ahora está produciéndose una renovación de antiguos centros urbanos y de sus proximidades, con ocupación industrial, creando zonas de lujo, como en Boston y, de algún modo, en Chicago. Hay ciudades especiales que conservan su carácter urbano, como San Francisco y Nueva Orleans, pero aun en ellas el casco central es parte muy limitada de su conjunto. Caso especial es Nueva York, que conserva su Manhattan, complejo y difícil de comprender, pero con pleno vigor, con barrios ciudadanos muy diferenciados y activos. Nueva York sigue siendo «ciudad-ciudad», la más apasionante del mundo, casi su capital y la de la libertad, donde conviven comunidades étnicas y tipos de negocios muy diferentes, con fronteras sutiles que el forastero traspasa inadvertidamente.

La geografía urbana del conjunto de Angloamérica se aprecia en la siguiente descripción:

— Veintiuna ciudades cuyas áreas metropolitanas tienen más de dos millones de habitantes, que podrían considerarse megápolis [9].

— Veinte ciudades de entre uno y dos millones de habitantes; de ellas, dos se encuentran en Canadá —Montreal y Otawa— y las restantes dieciocho en los Estados Unidos, de las que superan dos millones de habitantes Miami, Cleveland y Atlanta.

— Catorce ciudades, cuyas áreas metropolitanas sobrepasan los 800.000 habitantes.

Geografía de comunicaciones

Una característica de la Nueva Angloamérica (y de otras áreas geográficas del mundo) se determina por el conjunto de las diferentes clases de comunicaciones, su extensión, calidad y cantidad.

Estados Unidos y Canadá se crearon como países completos, con ferrocarriles que unieron sus costas y penetraron en su interior. Hay en Estados Unidos una red de autopistas y sobre todo, una tupida red de carreteras modernas, vías de interrelación social y humana. Existen más de 5.500.000 kilómetros de autopistas y carreteras, y en Canadá hay 250.000. Es el imperio de los automóviles que domina al hombre y forma parte de su vida personal. Esta circunstancia se extiende a todos los países del mundo pero se inició desde Estados Unidos y Angloamérica.

Lo más desarrollado y extenso es la red aérea. Sólo Estados Unidos cuenta con casi 16.000 aeropuertos, las dos terceras partes privados. Más de 800 prestan servicios comerciales e internacionales. Canadá, con un territorio igualmente grande pero con la décima parte de población, cuenta con 65 aeropuertos comerciales e internacionales.

[9] Nueva York, 17,9 en su área metropolitana y 7,3 en la ciudad; Los Ángeles 13,0 (3,2), Chicago 8,1 (3,0), San Francisco 5,9 (0,7), Filadelfia 6,0 (1,6), Detroit 4,6 (1,0), Boston 4,0 (0,6), Dallas 3,6 (1,0), Houston 3,6 (1,7), Washington 3,5 (0,6), Toronto 3,4 (0,6), Montreal 2,9 (1,0), Miami 2,9 (0,3), Cleveland 2,7 (0,5), Atlanta 2,5 (0,4), St. Louis 2,4 (0,4), Pittsburg 2,3 (0,3), Minneapolis 2,3 (0,3), Seattle 2,3 (0,4), Baltimore 2,3 (0,7), San Diego 2,2 (1,1). Tomado de *The USA and Canada,* 1990, datos de 1986.

El sistema y red de comunicaciones constituyen la sangre y grado de vitalidad de un área geográfica, y su análisis objetivo es esencial para conocer su estructura sociológica y dinámica. Se podría describir la situación del mundo nada más que explicándola, y así se conocería su historia profunda.

Geografía militar

La estructura militar de Angloamérica es muy diferente a la de Iberoamérica. Por una parte, por su homogeneidad, aunque afecte a dos países soberanos; por otra, por la distinta naturaleza de su proyección al exterior y no al interior, y sobre todo por su complejidad, en parte consecuencia de su carácter nuclear, con participación de muy sofisticados y complejos equipos complementarios, además de su profesionalidad al carecer de servicio militar obligatorio.

Estados Unidos tiene sobre sus espaldas una responsabilidad como gendarme del mundo, y esto implica no sólo un alto coste (su gasto militar nacional en 1989, fue del 5,6 por ciento del PIB), sino que exige un mastodóntico complejo militar-industrial y, al tiempo, fuerza y debilidad.

Pero aparte de estos aspectos, existe el sociológico de la fórmula de ejército, a consecuencia de su posición hegemónica acentuada en estos últimos años y a la existencia de fuerzas de reserva muy vinculadas a la vida civil, que representan un factor diferenciador importante, no sólo respecto a Iberoamérica sino también a Europa.

Geografía de la educación

La educación es la gran baza de Angloamérica. Comenzó con retraso respecto a Iberoamérica, pero le dio especial importancia posterior en todos sus grados, con éxitos en su base *wasp* original, que ha llegado hasta estos días y es una de las principales razones de la homogeneización de su población. Esto ha sido posible por una enseñanza primaria respetada y eficiente, un excelente nivel medio de *high school* y en el nivel superior, el éxito de las grandes universidades, inspiradas en las inglesas.

La independencia de Estados Unidos no alteró este proceso, sino que lo acentuó, sirviendo además como aglutinador de las diferentes capas de emigrantes heterogéneos y, sin duda, como instrumento de lo que podría llamarse «waspización» de los no anglosajones europeos recién venidos. Este efecto se mantiene pero, como en otros países, ha sufrido en los últimos 50 años un importante deterioro en especial en la enseñanza media, a causa de fenómenos sociológicos, y también del carácter heterogéneo de las últimas incorporaciones demográficas, negros e hispanos, que quizás necesitan distintos métodos de conformación educativa e intelectual.

No debe olvidarse la importancia de la autonomía universitaria y la existencia de la emulación entre sus diferentes centros, que favorecen el proceso de selección, que beneficia y reconoce a los que ofrecen mejor servicio educativo. Estados Unidos ha dependido en su éxito de la calidad de su investigación, abierta a «cerebros» del mundo entero que veían en ella una posibilidad de actuación que faltaba en sus países. Sigue siendo ésta la razón de superioridad en el mundo y su principal motor en lo bélico, aunque se vea disminuido en lo industrial. De su continuidad depende su posición hegemónica actual y es causa de preocupación para sus dirigentes, ya que el liderazgo técnico-científico le será indispensable en el futuro.

En todo caso, el cuadro de la educación angloamericana es muestra de lo logrado. No es siempre antecedente de lo que va a ocurrir en el futuro. Posiblemente el intercambio de experiencias entre las dos Américas podría originar no sólo una tendencia a la similitud, sino a una mayor humanización y pragmatismo.

EDUCACIÓN SUPERIOR

ÁREAS	Número de centros	Estudiantes (millones)	% de población
Nordeste	829	2,6	5,3
Centro–Norte	871	3,1	11,0
Sur	1.059	3,6	4,8
Oeste	571	2,7	6,4
Canadá	266	0,8	3,0
Angloamérica	3.596	12,8	5,0

Fuente: *The Usa and Canada*, 1990.

REFLEXIONES

I

LA SOCIEDAD OCCIDENTAL HOY

La sociedad occidental típica se describe como «democrática, burguesa, capitalista, legalista y agnóstica». Lo está siendo ahora o lleva camino de serlo, aun con diferentes características en cada país. Es la sociedad que Estados Unidos ofrece a Iberoamérica, que Europa ofrece como ideal al Este, y se considera conveniente para la comunidad islámica.

Es necesario conocer lo que esta sociedad «es» o «quiere ser» para cualquier conjetura de la «Nueva América» u otra área de nuestro planeta, ya que se pretende sea su continuación, como objetivo que a todos gustaría alcanzar; un paraíso sin obligaciones, sin dolor ni riesgo físico, con derechos ilimitados, verdadero nirvana sobre la Tierra.

1. Para el análisis del posible futuro de América es necesario reflexionar sobre lo que es la *actual* sociedad occidental, la que existe en este fin del siglo XX en Europa o Angloamérica, que se considera ejemplo para su continuidad en el nuevo milenio, en que se producirán cambios y concentración de pueblos y naciones, en lo que se denominará Edad Universal; en ella influirá, con o sin continuidad, lo que ocurra con la sociedad occidental, en la que en gran parte está integrada. Ésta, aun con variaciones, tiene características que podrían resumirla como «sociedad de renta per cápita y orgasmo», sus únicos objetivos, ya que los valores espirituales base de su creación son rechazados e incluso ridiculizados, directa o indirectamente, por medios oficiales o privados, con focos aislados que mantienen preocupación religiosa,

más profunda y meritoria que en otras épocas, pero casi de modo vergonzante, como en las catacumbas. Se acusa a la Iglesia de no comprender lo que «pide la nueva sociedad», que pretende que sus ciudadanos desconozcan el dolor y olviden la muerte, principio idílico al que hasta ahora nadie había aspirado y que actualmente se considera posible, aunque quizás como aquel que «estaba enseñando a su burro a no comer y cuando lo había conseguido se le murió».

Los occidentales nacidos en los últimos 40 años viven sin los problemas normales de las generaciones anteriores. Tienen prácticamente todo lo que necesitan y exigen el derecho a no sufrir. Se abre camino la utopía de que el hombre puede mantener derechos y comodidades sin obligaciones, sin sacrificarse; el *freelunch* de que hablan los americanos, aunque cualquier régimen, socialista o capitalista, democrático o policíaco, camina a su decadencia y posterior desaparición si rechaza compensar cualquier situación privilegiada que haya conseguido.

El mundo era un valle de «sudor y lágrimas» que justificaban la grandeza de vivir. Esto ha desaparecido; de modo instintivo se ha querido convertir lo limitado y parcial en objetivo general, llevando a todos las ventajas que sólo habían alcanzado ciertas clases dirigentes, como las que condujeron a la revolución de 1789. Ahora se pretende la extensión de privilegios especiales al conjunto social, pero si desaparecieron las clases que mantuvieron irresponsablemente sus privilegios, también desaparecerán los pueblos que hagan lo mismo, en especial si para ello perjudican a hombres y mujeres de otras naciones, situación actual del mundo y explicación de alguna de sus crisis.

El hombre sigue siendo hombre sin cambio en su naturaleza, límites y pasiones; no ha progresado, no hay «hombre nuevo», aunque tenga más conocimientos e incluso en algunos casos más cultura y, sobre todo, aunque pueda ver en brevísimo espacio de tiempo lo que sus antepasados ni en veinte generaciones habrían podido contemplar. El hombre occidental ha desarrollado una incontenible aspiración a más bienestar, más derechos, más goce para sí mismo, más yo y yo, que hace olvidar el tú y, sobre todo, el «ellos»; «nada ante lo mío, lo que me gusta y lo que quiero». A través de los siglos, los gobernantes han sabido manejar estas aspiraciones con *panem et circenses*, «pan y toros», «pan y fútbol», como ahora lo hacen con «pan y orgasmo», el gran mensaje de todos los días. Con todos ellos se adormece al pueblo y se embrutece la dignidad del hombre.

Para comprender esta situación convendría meditar si existe salida a la sociedad occidental libre o, incluso, si una sociedad puede llegar a ser libre o es siempre meta cada día más difícil de alcanzar y, en ese contexto, si caben derechos individuales ilimitados o siempre son a costa de los de otros y, por tanto, injustos y creadores de fricciones. Personalmente no puedo contestar, pero deben hacerlo aquellos que tengan o hayan de tener posición de responsabilidad en la construcción de la sociedad universal.

2. Occidente es *creación del Cristianismo*; ha surgido de él, y de él proceden sus éxitos en los últimos siglos. Esta influencia se ha perdido con suavidad en países protestantes, y de modo brusco en muchos católicos, al producirse el triunfo de la «razón», que exige la desaparición del sentido cristiano de responsabilidad y pecado. En el Islam con inferior estructura «clerical» se acrecienta la religiosidad e influencia de los principios que surgieron en el siglo VII en unas pequeñas agrupaciones humanas de la península Arábiga. La sociedad occidental quiere ser agnóstica; en ella, las iglesias pierden reconocimiento social y se desea limitar su actividad a la conciencia de cada persona, con mínima repercusión y presencia pública, y se hace descansar toda norma ética en la conciencia individual, aunque ésta sea fácilmente sometida a presiones propagandísticas o publicitarias, siempre manipuladas con objetivos ideológicos o comerciales.

Conviene señalar algunas características de esta sociedad occidental del modo en que se contemplan desde España, aunque ésta sea poco representativa por nuestra tendencia al extremismo, que desea ser más occidental que los occidentales, como en otras ocasiones «más papista que el Papa». Me referiré a lo que «en general pasa», más que a lo que «podría pasar» o «querría que pasase», con interpretación siempre difícil y, por supuesto, subjetiva.

— Existe constante acercamiento entre pueblos, por turismo o emigración, coyuntural o permanente, con consecuencias no reflejadas todavía en la vida social, que se manifestarán si la sociedad se mantiene libre, salvo que los países fuertes formen reductos autárquicos para preservar su propia identidad y estructura racial, lo que, al menos aparentemente, es ahora poco probable. La comunicación instantánea y asequible promueve la igualdad, pero también sentimientos de envidia, pues los menos favorecidos tienen acceso al lujo desbordante y egoísta de las comunidades «afluentes».

— La sociedad occidental es muy homogénea. Se presenta como triunfadora después de que parecía lo contrario, cuando la última *trahison des clercs* de las últimas décadas trató de destruirla, generalmente por orgullo, sin conformarse con mejorarla y reformarla paulatinamente con humildad y sacrificio.

— Las naciones occidentales, o sea del «Norte», tienen casi las mismas aspiraciones a un mayor conocimiento recíproco, y facilidad de intercambio de experiencias y realidades. Las naciones sometidas a regímenes policíacos, en que esto no ocurre, carecen de interés, pues están desapareciendo y en todo caso seguirán la línea caprichosa que marque cada propietario de su nomenclatura [1].

— Son diferentes las condiciones específicas de cada área de la sociedad occidental en cada país de Europa, incluso en algunas de sus zonas geográficas, y también en Angloamérica. La sociedad esclava en un sistema policíaco puede ser homogénea porque se regula coactivamente la que surge de «abajo», y en parte espontáneamente, se manifiesta de modo variado, pero es más perdurable.

— Los nacionalismos geográficos o raciales se abren paso como reacción a abusos de Estados centralizados y prepotentes, y se apoyan en realidades étnicas o geográficas para participar más directamente en decisiones que se identifican con su historia o características propias, que sirven también para justificar objetivos a veces contrarios al interés generalizado.

— Durante unos cien años ha sido el socialismo la gran utopía de los pueblos occidentales, con objetivo pseudocientífico de crear un «hombre nuevo» y acabar con los problemas de la humanidad, lo que justificó defender a Stalin, uno de los dictadores carniceros que de vez en cuando produce la historia. Esto ya ha desaparecido, con violenta reacción contraria aún no plasmada en soluciones concretas y que puede, a su vez, originar injusticias y venganzas.

— La desaparición casi completa de los países comunistas está siendo el cambio pacífico más importante de la historia, pero ha hecho desaparecer para los occidentales al «enemigo», que ejercía la fun-

[1] Parece contradictorio que gran parte de la izquierda haya considerado la estructura policíaca como representante de la libertad, con justificaciones teóricas y utópicas semejantes a las que hasta el último momento ofrece Fidel Castro a sus ciudadanos.

ción social de aglutinar en el miedo a gran parte de la humanidad. Esta desaparición tendrá repercusiones, todavía imprevisibles, en la vida internacional. Cuando había tensión y contraste entre las sociedades calificadas de burguesa y proletaria, y convencimiento generalizado de que la primera pronto desaparecería, no urgía analizar sus raíces; ahora es indispensable, ya que ha quedado como «solución única» dentro del mundo occidental y como ejemplo para el mundo entero.

—Está extendido el deseo de liberación del hombre respecto a Dios. En principio fue la del hombre respecto a otros hombres (esclavitud), después la de sexos (trabajo de la mujer) y ahora la de Dios, sus normas y su respeto, vieja reivindicación del hombre. El instinto de orgullo y autosuficiencia lleva a considerar intolerable cualquier limitación que se atribuya a un ser superior, aunque en ocasiones venga de otros hombres. La verdadera historia es la de la liberación del hombre de Dios, cuyo análisis es uno de los objetos de esa Teología de la Historia, que ya he comentado, en interpretación profunda de la evolución de la humanidad.

—La sociedad occidental es eminentemente urbana, y en pocas décadas, o sólo años, quedarán únicamente pequeños núcleos rurales [2], o islotes urbanizados como residencias secundarias para personas que habitan en las ciudades. Es un fenómeno propio del siglo XX, que en Estados Unidos lleva a una población móvil, con reducida estabilidad geográfica y casi continua trashumancia. En la sociedad rural existen relaciones directas y personales que facilitan la solidaridad y la supervisión de sus órganos de gobierno, no anónimos sino ejercidos por convecinos. La constante emigración hace perder la adscripción al propio entorno que ampara al ser humano.

—Se ha llegado a una crisis profunda de los sistemas educativos, quizás por preocupación sectaria y manipulación a veces premeditada, que podría consolidarse como uno de los más difíciles obstáculos para el desarrollo equilibrado de la sociedad occidental. En cambio, existe preocupación por la formación, que prepara al hombre para tareas específicas preferentes, aun en muy diferentes niveles.

[2] Se espera en España la necesidad de reducir en un 50 por ciento su población rural, circunstancia lógica dentro del contexto de la sociedad occidental. Recientemente me comentaban que en la isla de La Gomera, en Canarias, antes de diez años habrá desaparecido toda posibilidad de trabajo agrícola, pues ninguno de sus habitantes querrá dedicarse a esta ocupación.

—Tiende a desaparecer el sentido de la dignidad, valor espiritual contrario al hedonismo y al egoísmo, que existe más en pobres e incultos que en ricos y poderosos, que la olvidan, aferrados a propiedades y tenencias. La dignidad es un concepto aportado y exaltado por el Cristianismo, aunque éste ofrezca ejemplos de explotación de la dignidad de otros en propio beneficio, como hay quienes quieren compensar a los míseros con la esperanza del más allá. La dignidad es imprescindible para la vida social. España ha sido fundamentalmente digna, y los indígenas americanos lo han sido también, como ocurre con los iberoamericanos, factor optimista para su futuro.

—Existe una corriente de desprestigio del honor, sin considerar que los países sin honor acaban desapareciendo como centros de decisión, dentro de su entorno geográfico y político.

3. La sociedad occidental concede especial importancia al concepto de democracia, la utiliza como talismán para abrir puertas, aunque tiene en realidad diversas significaciones, desde la democracia popular, falsificación de un nombre para justificar una dictadura, hasta la democracia de Tocqueville que existe en Estados Unidos, importando y mezclando principios de Inglaterra y de la Revolución Francesa. El éxito de la democracia sajona no está sólo en el sufragio universal parlamentarista o presidencialista, matices secundarios para su consideración general, sino en su coordinación con una sociedad civil, viva y potente, que servía, como en Inglaterra, para compensar defectos y desequilibrios. La pura democracia buscada por los radicales acaba, en ocasiones, convirtiéndose en pura dictadura al calificar de anatema cuanto modifique o suavice normas teóricas que permitan un sistema equilibrado de «democracia impura», la única con aceptable permanencia. Ni siquiera existe democracia pura en los pequeños concejos abiertos de hace siglos en Castilla, y ahora Suiza, siempre con poderes o situaciones de poder no derivados directamente de una elección.

Los pueblos, a lo largo de la historia, se han movido a través de la fuerza y la influencia de sus clases directivas. En los regímenes parlamentarios, en las dictaduras, en las monarquías de cualquier clase y en el régimen feudal esa influencia fáctica estaba regulada oficialmente y se aceptaba por los interesados. El problema actual es que esa influencia es oscura, sin origen preciso, y se presta a abusos y desviaciones. Un interés oculto, pero extendido, de los grupos políticos es la utilización de poderes sociales derivados de su influencia para fines in-

confesables de enriquecimiento individual o creación de «tramas» para continuar en el poder, hipócritamente santificado por elecciones.

El régimen parlamentario democrático se generaliza y se hace norma e instrumento de equilibrio social, caso de la Comunidad Europea, pero ha tendido en ocasiones a «fórmulas PRI» que santifican democráticamente regímenes tiránicos y extienden la corrupción pública por ausencia de conciencia social [3]. A pesar del sistema democrático, nuestra sociedad se revuelve contra algunas estructuras legítimas de poder por razones superiores a movimientos provocados o financiados desde otros países, y a cualquier otra explicación misteriosa que quiera darse. Subyace que lo formal no es suficiente, que hay algo en la sociedad que no se resuelve con formalismo democrático.

El interés profundo del «gobierno para el pueblo» es que no sea fácil que se desvíe «contra el pueblo» y que en lo posible sea el «gobierno del pueblo». Las dictaduras y tiranías son abcesos que, como el dolor, muestran que «algo no va» en la sociedad. No basta la Constitución, aunque no siempre se pueda vivir sin ella. En Inglaterra existe una Constitución no formal pero sí real, arraigada en el sistema judicial y legal, ejemplo de que lo formal no siempre acompaña a lo sustancial [4]. La estructura democrática debe tener flexibilidad y adaptabilidad permanente para recoger irregularidades que, en el fondo, son a veces las que preservan lo principal.

La estructura política superior se complementa con el sometimiento a la Ley y tribunales de justicia de los ciudadanos, dentro de lo que se denomina «Estado de Derecho», concepto moderno pero que ha existido en toda la historia, aunque, a veces, se limitaba a una clase social, como en Roma, incluso en Inglaterra, con derechos sólo para los que poseían bienes, o en Estados Unidos a los hombres blancos, cuando estaba legalizada la esclavitud [5].

[3] De esto ha sido un ejemplo México, que ha sabido salir de él evolucionando de modo interno, sin escándalo ni violencia, a un régimen político más equitativo y estable que le debe permitir afrontar un papel de extraordinario valor en la Nueva América.

[4] En este momento creo que por primera vez surge una tendencia o movimiento constitucional.

[5] Es significativo que una de las características del «Estado Moderno» creado por los Reyes Católicos fuera precisamente esa igualdad ante la justicia. Cuando en la Castilla insubordinada y desintegrada que encontró la reina Isabel la Católica se extendían abusos, crímenes, levantamientos de nobles, etc., se estableció la «pena de muerte para

4. Los ideólogos marxistas no han pasado de ser un fenómeno pasajero, con habilidad para la crítica negativa y capacidad destructiva, aun con efecto contrario al que se proponían. La verdadera revolución moderna (para mí, insatisfactoria) ha surgido de los países anglosajones, Inglaterra principalmente, con su «ideal» del «yo, yo, yo» y el culto capitalista a «Mammon». El marxismo ha combatido principios religiosos y valores morales con poco éxito, pero éstos han sido efectivamente destruidos por el liberalismo que, al eliminar límites superiores, conduce a la sociedad hedonista actual.

La revolución liberal inglesa, con más de 100 años de anterioridad a la Revolución Francesa y a los filósofos alemanes, ha buscado la eliminación de principios superiores en la vida colectiva e individual; 1917 fue año clave para el mundo, por la Revolución Soviética y por la creación del grupo Bloomsbury. Pero este último tuvo mayor influjo en la evolución de la humanidad del siglo XX. Inglaterra adquiere así la condición de principal creadora e impulsora de la actual sociedad occidental y sus manifestaciones principales: individualismo y capitalismo.

El individualismo podría describirse como la posición teórica que elimina toda dependencia de Dios y basa la vida social en el respeto y egoísmo del hombre aislado, sus intereses, sus apetencias de cualquier clase y su poder absoluto para decidir su actuación, sin norma ni principio religioso ni de otra clase que no haya sido sometido a sufragio universal, para cubrir formalmente apariencias dogmáticas de legitimidad. Ese individualismo sin límites implica la desaparición, al menos colectiva, de valores espirituales que siempre exigen, salvo cuando se defienden hipócritamente, algún grado de sacrificio y pérdida de bienestar. El individualismo conduce a la «liberación» de obligaciones o vínculos adquiridos voluntariamente, con excepción de los de carácter económico, lo que debilita la institución matrimonial y la institución del sacerdocio, base de la Iglesia Católica. También lleva a un inmenso «contractualismo», que aspira a la privatización absoluta de la vida social, en la que el abogado pasa a ser principal beneficiado económicamente, como protagonista de decisión social, junto a Tribunales en ge-

el asesino»; un culpable, hijo de una dama de la corte amiga de la Reina, fue ejecutado a pesar de los sentimientos de ésta. Desde entonces hubo «Estado de Derecho» y se construyó el mejor sistema político nacional del comienzo de la Época Moderna.

neral no preparados para esa sociedad contractualizada; de algún modo deifica el contrato con hombres, y elimina el contrato con Dios, fundamento de la sociedad occidental en su etapa cristiana.

El individualismo también considera avance social la paulatina desaparición del matrimonio y de la familia como núcleo social autónomo de convivencia personal y procreación de descendientes, sin reconocer que un pueblo sin familia se ve obligado a replegarse, y desaparece su influencia como centro activo de protección individual frente a la adversidad. La familia implica limitaciones a la libertad individual que el hombre moderno no acepta, lo que causa una baja natalidad y una reducción de dimensión de cada comunidad, que envejece, con dificultades para subvenir las necesidades de los ancianos y que, por supuesto, hace inviable cualquier posibilidad de solidaridad con otros pueblos, por míseros y dolientes que puedan encontrarse.

El capitalismo es consecuencia última del individualismo, estimula la lucha por la supervivencia de los fuertes, sin más regla que la transparencia, fácilmente eludida por los poderosos. La economía de mercado, en cambio, es la situación natural de la acción autónoma económica como base de convivencia social; ha existido bajo diferentes formas a lo largo de la historia; mejora el conjunto económico productivo y de servicios, y elimina burocracia, con beneficio para los ciudadanos. Aunque no todo el mundo tenga los mismos ingresos, éstos suelen ser superiores a los de un país socialista [6]. La «economía social de mercado», la propugnada por la Iglesia Católica desde hace más de cien años, implica propiedad privada y riesgo en las relaciones económicas, pero aspira a fórmulas para corregir alguno de sus efectos y limitaciones de interés social, como también ocurre en Japón con fórmulas de diferente procedencia.

El capitalismo promueve la exacerbación absoluta del egoísmo humano como motor social, utiliza el vehículo del régimen de mercado, pero no admite corrección por barreras morales y éticas, jurídicas y sociales, con protección a los perdedores, ni por barreras internacionales que eviten la pobreza inexorable de algunos países. Es inherente al ca-

[6] En los países bálticos se ha llegado a crear con su independencia un partido «esclavista», con la justificación de que los esclavos en Roma tenían mejores condiciones de vida que las que existían en los países socialistas.

pitalismo, pero no a un régimen equitativo de mercado, la proliferación de «trucos» jurídicos para disimular la propiedad de las inversiones o para desviar beneficios en perjuicio de países débiles o de pequeños inversores, como ha sido manifiesto con los escándalos de Milken, «bonos basura», etc., agudizados en las relaciones internacionales, donde afectan a la soberanía de muchas naciones y cuya regulación deberá ser pieza importante del Nuevo Orden Universal.

5. El hombre llega a la sociedad occidental actual, presentada como ejemplo de perfección social, cuando olvida a Dios y elimina la noción de pecado, que surge de su existencia como símbolo de humildad ante Él. Esta sociedad sin Dios produce otro efecto: quien tiene más «se cree más», y desprecia a los no triunfadores, hombres, países y razas; es la esencia de la conducta *wasp*, de especial interés en la Nueva América. Lo erróneo, cuando llega a sus últimas consecuencias, resulta incongruente. La «sociedad feliz», con aparente preocupación por el hombre como individuo, produce un efecto perverso en cuanto erosiona la convivencia humana, que exige dos virtudes, caridad y amor, aportación original del Cristianismo a la humanidad. Sin ellas, la sociedad es inhóspita e insolidaria, cada individuo busca sólo su propio bienestar, y aun de modo aparentemente legal, no vacila en oprimir al prójimo, en especial si, por estar lejano y ser indirectos sus efectos, no llega a conocer los daños que causa. La falta de solidaridad es especialmente «hiriente» en lo internacional, cuando repercute en pueblos generalmente de color y, además, es causa de problemas «Norte-Sur», «Angloamérica e Iberoamérica», y, por supuesto, entre comunidades de algunos países del Norte.

La sociedad occidental aumenta irremisiblemente diferencias entre naciones, pues los países ricos no admiten las consecuencias negativas de sus planteamientos erróneos ni sacrificios en beneficio de países pobres, ni reconocen que el nivel promedio que exigen a sus salarios reduce el nivel de salarios de otros pueblos. Con gobiernos carentes de principios éticos, la sima entre unas y otras naciones se agrava de modo absoluto, pero, sobre todo, de modo relativo; algunas necesidades insatisfechas del «Sur» no lo hubiesen sido sin el exceso de exigencias, lujo y despilfarro del «Norte».

En la sociedad occidental no parece posible una política a largo plazo que implique sacrificio para que la humanidad, que se hace «universal», se haga también «solidaria», lo que es más necesario ahora,

pues anteriormente bastaba la solidaridad de comunidades geográficamente próximas.

El abismo entre países ricos y pobres, Norte y Sur, se agudiza en cuanto el Norte elimina para sus ciudadanos trabajos duros y desagradables y necesita personas de países o razas del Sur, que para subsistir emigran, produciendo una invasión, con frecuencia clandestina, e implantación *de facto* de pueblos con culturas «inferiores» que acceden a parte de la renta per cápita del Norte, con inevitable «miscenegación» racial, pero no siempre integración. La guerra demográfica será pieza clave de la estrategia política de las próximas centurias. Ya está comenzando en Europa con el miedo a la presión migratoria y superpoblación del Magreb o de Turquía, y a la propia mayor natalidad de minorías étnicas implantadas en algunas naciones.

Los países de la sociedad occidental, no dispuestos a sacrificios, se debilitan, no «compiten», e inician la disminución de su renta per cápita, consecuencia de la pérdida de su voluntad de sacrificio, salvo que tengan la tentación de acudir a la fuerza para buscar nuevas fórmulas de esclavitud, como las que de algún modo aparecieron en Sudáfrica. Las sociedades privilegiadas autojustifican estas situaciones, incluso esa esclavitud *de facto,* y tranquilizan su conciencia, ya que pueden dictar reglas de juego apoyadas en una mecánica parlamentaria sin límites, transformada en vehículo para perpetuar el ejercicio del poder. Se facilitan abusos, sin instrumentos de autocorrección, agravados con el colapso o relajación de la Justicia, inoperante o atenazada con reglas que perjudican a ciertos ofendidos. La actitud de núcleos influyentes en Estados Unidos respecto al conflicto del Oriente Medio es que el único país democrático —salvo en cuanto a sus territorios ocupados— es Israel, y por eso hay que ayudarle hasta que los países islámicos cambien de principios de actuación y de religión; o sea, se occidentalicen [7].

6. La sociedad occidental está convirtiéndose en una sociedad que se apoya en la libertad, pero coarta la libertad de los débiles y hace inviable un espíritu real de fraternidad, salvo en manifestaciones farisaicas. Lleva camino de desintegrarse por dos razones:

[7] Son interesantes a este efecto los artículos del comentarista Abn Rosenthall en áreas influyentes de la prensa americana.

– Los países fuertes perderán su fortaleza al perder su justificación institucional, del mismo modo que los «nobles», al carecer de justificación, perdieron sus ventajas y privilegios.

– No puede cambiar profundamente su estructura, ni interna, ni internacional, por apoyarse en principios que considera inamovibles (no siempre sólo por la existencia de una constitución), que teóricamente impiden una reacción no violenta aunque en realidad hacen la violencia inevitable, como ha ocurrido en varias ocasiones en la historia.

Los sindicatos son instrumentos de defensa, aun contra el interés general, de derechos individuales «corporativistas», que se oponen a cualquier cambio y han pasado de ser «punta de lanza progresista», a principal obstáculo para cualquier renovación social. La izquierda, que pretende buscar fórmulas sociales solidarias, favorece la antisolidaridad; su defensa del «yo», es decir de lo individual, elimina principios de sacrificio y, en realidad, agudiza problemas sociales.

El poder social efectivo de la Iglesia Católica (en algunos casos Protestante) se desea eliminar, y a medida que pierde su poder o influencia social (que, aun con abusos, ha sido constructivo), la sociedad se descarna y el hombre deja de estar defendido como lo estaba cuando ella y la familia lo protegían de modo concreto frente a las abstracciones generalistas de los gobernantes. Todos éstos, aun con justificación parlamentaria, son reacios a cualquier acción de una institución social que les recuerde defectos y errores.

En lo internacional, al no existir ambiente de solidaridad, la humanidad puede desintegrarse en guerras lacerantes, salvo que aparezcan poderes fácticos tiránicos, también sin límites, que esclavicen unos pueblos en favor de otros, lo que facilita el poder nuclear por su naturaleza monopolio u oligopolio muy limitado y con fuertes estructuras de armas convencionales para resolver posibles «Guerras del Golfo».

Con esta situación, se introduce el principio de que sólo los fuertes tienen espacio en la sociedad moderna, y surge la obsesión económica, como antes fue de la igualdad. Se considera que desarrollo, crecimiento, aumento de renta per cápita, son tendencias inevitables en la evolución del mundo occidental. Al mismo tiempo, la sociedad que desprecia el honor, la lealtad y, por supuesto, la capacidad de sacrificio, pierde su competitividad ante los pueblos que la conservan. Ha-

bría que preguntarse si los Estados Unidos se cruzarán de brazos ante la industria japonesa, que parece los supera en cualquier confrontación objetiva, o si caerán algún día en la tentación de su fuerza. También convendría reflexionar sobre si son posibles mecanismos para evitar la esclerotización social de los fuertes, que en la historia nunca ha ocurrido, aunque de algún modo, podría suavizarse con acierto en la construcción del indispensable Nuevo Orden Universal, que en todo caso necesita exigir sentido real de solidaridad de unos pueblos con otros.

7. Característica de este siglo es también la «deificación» de principios falsos, que conducen a situaciones insostenibles o crean riesgos de explosión sociopolítica nacional o internacional. Quienes basan su actuación en principios erróneos suelen inculpar a otros de sus consecuencias negativas. Se propugnan errores sin aceptar sus lógicas repercusiones. La desaparición tragicómica del imperio soviético es consecuencia de haber entronizado «principios científicos», aceptados como tales incluso por verdaderos hombres de ciencia, pero que sólo eran falacias. La gravísima crisis de Argentina fue consecuencia de la deificación del sindicalismo, y la que puede surgir en Estados Unidos lo sería, en parte, por haber hecho lo mismo con algunos aspectos de su constitución.

Un concepto deificado de la sociedad occidental es la *libertad de expresión* «para aquello que no lesione individuos o colectivos», con establecimiento de compensación de daños producidos en su ejercicio, casi imposible en la práctica salvo casos muy concretos. Esta clase de libertad de expresión facilita el abuso de quienes se atribuyen el derecho absoluto a utilizar medios de comunicación (productos de oligopolio o monopolio *de iure* o *de facto)* con consecuencias insatisfactorias para la sociedad universal, ahogada, abrumada por la acción de quienes los detentan, y sus graves efectos perversos, con incitación abusiva a lo que quieren anunciantes, gobiernos o grupos capitalistas.

La libre expresión, unida al «mercado», justifica el envenenamiento ético, moral y espiritual para «vender más», en contra de los intereses personales de los compradores, a quienes se seduce con palabras que llevan a decisiones contrarias a lo que debería constituir su interés real.

Para los «medios», la obtención de beneficio o de audiencia lleva a consecuencias altamente negativas. Hace bastante más de medio siglo dijo Pío Baroja que «la literatura no tiene más posibilidad de creación

que la pornografía», aunque se equivocó al olvidar la violencia; los «medios» actuales sólo en ambas encuentran fórmulas de acción expansiva [8].

Es también un escándalo la exigencia de libertad de expresión de anunciantes, que tratan de influir en la mente humana para su beneficio y la promueven como derecho básico humano, del mismo modo que en Estados Unidos la libertad de actuación de los abogados en los casos de «responsabilidad civil» se considera como defensa básica del ciudadano, cuando en realidad son vehículo de abuso en beneficio de un grupo social corporativo.

No es fácil resolver los problemas que plantea la libertad de expresión para evitar graves abusos que, de uno u otro modo, acabarán pasando del ámbito nacional al internacional. Es una de las graves incógnitas de la sociedad occidental al adentrarse en la Edad Universal.

8. Los anteriores comentarios sirven al menos para profundizar en la realidad de la sociedad en que vivimos, ese paraíso del que el hombre occidental se siente orgulloso y considera ultimación del «hombre Dios», que todo lo quiere para sí y arrincona lo que de algún modo podría limitarlo, aunque en realidad está manipulado por las ventajas materiales y disfrute absoluto de sus instintos.

Este análisis y los que como reacción se produzcan son imprescindibles para una preparación consciente de la humanidad del próximo milenio, en el que la sociedad occidental que ahora conocemos no ha de ser la única o la ideal, sino sólo una parte, probablemente muy decreciente, como lo será el núcleo blanco dentro de su conjunto.

He tratado de desmitificar el ideal de la sociedad occidental, meta de tantas ilusiones que pueden verse defraudadas entre los que están fuera de ella al contrastar lo que creen que es y su realidad cruda, como ha ocurrido a Solzhenitsin y otros disidentes rusos. Precisamente quienes salen de regímenes socialistas podrían iniciar una corriente que facilitaría la renovación moral que necesita la sociedad occidental para subsistir en lo que merezca, volviendo sus ojos a los principios y tradiciones en que se ha creado.

[8] Resulta interesante que España sea el único país cuyos «medios representativos de prensa» obtienen parte importante de sus beneficios con anuncios de prostitución, o sea, formando parte de una «industria» ilegal, aunque en otras secciones de un mismo periódico escandalice el descubrimiento de alguna red de esa naturaleza.

La sociedad occidental ofrece muchas más facetas y peculiaridades de las que he comentado. Apenas he hecho referencia al impacto en ella de la música en sus diversas modalidades, algunas que estimulan o hacen indispensable el consumo de droga [9], a los problemas ecológicos que plantea el hiperconsumismo, al impacto de costumbres y actitudes de la literatura (de élite o de masas) con su contenido de violencia y erotismo, a las posibilidades y peligros de las instituciones de salud o a otros factores que adormecen la conciencia del hombre y lo hacen incapaz de sacrificios solidarios, que tampoco admite en la propia familia. Sobre todo, no he comentado el fenómeno quizás más importante de la sociedad occidental: la mitificación de lo lúdico como principal factor determinante de la libertad humana. La aspiración al «ocio activo» pone de ejemplo a España por haber conseguido el mayor número de establecimientos de ocio del mundo occidental, con su popularización de «noches completas lúdicas» y la famosa «movida». Contrasta este hecho con los ataques en el siglo pasado a la supuesta ociosidad del clero, hoy la clase más dinámica y peor retribuida económica y socialmente, al menos de nuestro país.

Señalé al comenzar el capítulo que reflejo principalmente la idea que hay en España de la sociedad occidental. Hay países europeos que ya han reaccionado y de los que el mundo futuro puede recibir mejor influencia que la nuestra. Mis votos para que la sociedad humana en la Edad Universal, en América y en Europa, rechace lo negativo de la actual y haga posible una humanidad solidaria, que hoy casi ha desaparecido.

La sociedad occidental con que se cierra este siglo e inicia el nuevo milenio es producto del Cristianismo, aunque quiera separarse de él. Con sus condicionamientos, problemas e injusticias, pero con avances tecnocientíficos extraordinarios, abre esperanzas que podrían extenderse a toda la

[9] Gran parte de la música violenta occidental, en sus diferentes modalidades, conduce por su propia naturaleza al consumo de droga, sin la cual parece difícil ejecutarla o participar en ella. Este fenómeno casi caracteriza esta última etapa en que vivimos de la sociedad occidental. No es un hecho parcial y limitado, sino simbólico y quizás detonante de un cambio profundo, pacífico o no, sin duda protagonista de la Edad Universal y de la sociedad occidental.

humanidad, no sólo blanca. Tarea imprescindible en su análisis frío, desapasionado, casi científico, sin que lo impidan nieblas ni drogas; quizás así podrá conseguir que sus consecuencias no dificulten los sentimientos de solidaridad.

II

LA SOCIEDAD OCCIDENTAL MAÑANA

El siglo XXI, la Edad Universal, la Nueva América y Europa exigirán una dramática transición en la sociedad occidental, que pasará de gran predominio a una posición minoritaria a causa de la repercusión demográfica y sociológica, amplia, profunda y extensa, todavía no producida, de las innovaciones científico-tecnológicas del siglo XX y metodología del cambio, caja de Pandora abierta en la humanidad y que puede llegar a autodestruirla. En la evolución de los próximos siglos, sólo cabe una predicción fiable: el hombre occidental va a ser menos libre y más pobre que en la actualidad, aunque posiblemente durante bastante tiempo mejore el no occidental.

1. Con la visión analítica, aunque subjetiva, de la sociedad occidental es necesario tratar de ver su futuro, cómo va a influir y lo que puede quedar de ella en el próximo siglo y en la Edad Universal. Casi en su totalidad, las afirmaciones de este libro son discutibles para mí mismo, se encuentran dentro del gran misterio de la vida, no sólo después del «big bang» sino sobre todo antes de él. Sólo hay algo seguro e inevitable: la sociedad occidental va a sufrir una crisis profunda; su curso actual no puede continuar, la mayoría de la humanidad no puede ser eliminada para su comodidad. Pero sí es posible lo contrario; que se elimine a la sociedad occidental. La incógnita quizás sea sólo el cómo y el cuándo.

La actual sociedad occidental es clave para la historia; en las décadas de este siglo se han producido cambios que abren camino a un nuevo período en que su conjunto ha de tener transformaciones difícilmente imaginables, sin que nada sirva para extrapolar el pasado. En todo caso conviene recordar la afirmación, en 1930, del antropólogo catalán Pedro Bosch Gimpera: «La trayectoria de la humanidad no emprenderá de manera durable una línea ascendente si no encuentra el equilibrio de la organización que salva la libertad de producción de valores económicos y respeta como esenciales los valores del espíritu».

El siglo xx ha creado un período de paz en el que parecía imposible la guerra por miedo a la utilización de la bomba atómica y número limitado de sus propietarios. Aunque alguno se convirtiese en irresponsable y destruyese esa paz, parecía cerrarse el siglo con horizontes para un mundo tranquilo como nunca hasta ahora había existido. Desgraciadamente sólo meses después de esa idílica hipótesis se planteó con dureza un conflicto, el primero de los anunciados «Norte-Sur», una de las últimas piruetas de un siglo dramático. Pero todavía muy poco después surgió otro y de diferente naturaleza, la guerra civil en Yugoslavia por razones étnicas, amor irracional a lo propio y reacción contra la «uniformización del hombre». Estos dos conflictos, el intento de «golpe» en toda la Unión Soviética y sus posibles y trascendentes consecuencias son representativos de la evolución de la sociedad futura en la que el hombre seguirá siendo el mismo, con el lastre pesado de su pecado original.

Fin y principio se han anticipado, y es en 1992 cuando realmente se inicia aún tímidamente una nueva etapa, la Edad Universal y acaba el siglo xx, que contempló la Primera y Segunda Guerras Mundiales y la Comunidad Europea, antecedente de la Nueva Europa que puede llegar al Ártico. En él se conmemora el descubrimiento que abrió camino a un Nuevo Mundo.

Las próximas décadas contemplarán cambios que dentro de 500 años se considerarán hitos en la evolución de la humanidad, algunos consecuencia y continuidad de hechos que ya se han producido, pero también de nuevas acciones del hombre para caminar adelante, a veces de modo titubeante y en ziz-zag. Los más fáciles de prever surgen de lo ocurrido más recientemente, pueblos con dificultades ayudados por otros, en algún caso con su dominio, en tanto los dominados se rebelan; es la marcha constante de la historia.

Al analizar el futuro de la sociedad occidental hay que tener en cuenta que aunque hasta ahora ha mantenido claro liderazgo en la humanidad —sólo compartido con Japón, que en realidad está integrándose en ella—, esto no ha de ser siempre así y acabará perdiendo su protagonismo en proporción decreciente, aunque paulatina, y se verá sujeta a la influencia de sociedades no occidentales, mestizas o de algún color, caso de América.

La sociedad occidental en que vivimos está sujeta a un profundo cambio. Lo importante en ella no es «cada cambio» aislado o coordinado con repercusión directa o indirecta, sino la *posibilidad* de éste. Los últimos 150 años han enseñado al hombre la «metodología del cambio», haciéndolo fácil y rápido y, con ello, se ha destruido el equilibrio alcanzado, aun precario, aspecto siempre positivo en la vida social. Sus consecuencias científico-tecnológicas han sido variadas: explosión demográfica por eliminación de enfermedades; revolución en el transporte aéreo y comunicaciones, teléfono, telefax, televisión y vídeo; autonomía de acción individual con el automóvil; enormes posibilidades informáticas para la administración de empresas e instituciones y microinformáticas para la gestión profesional y administración familiar. También es consecuencia del cambio la dedicación de la mujer al trabajo externo y en otro aspecto la desaparición de tabúes éticos, despreocupación espiritual y quizás de modo destacado, la consideración del máximo ocio estéril como conquista humana. Todo esto dominará la vida y relación social, pero sin saber aún lo que puede ocurrir con sus repercusiones, quizás muy diferentes a las que hoy parecen probables.

2. La sociedad occidental del próximo siglo no parece saber aún *dónde va,* ni *dónde debe ir,* ni *dónde quiere ir;* ha perdido su guía y encuentra incógnitas difíciles o imposibles de afrontar.

— Su evolución lógica actual hace previsible que naciones o bloques coordinados de ellas sigan buscando de algún modo:

* Incrementar la renta per cápita y luchar por la continuidad de lo logrado en el siglo XX, aunque quizás de modo más equilibrado y equitativo.
* Mantener como objetivo social un mejor grado de satisfacción personal y libertad.
* Eliminar cualquier restricción o límite derivado de principios religiosos o éticos.

* Aumentar el desarrollo científico y tecnológico y, con ello, la velocidad de sus consecuencias sociológicas.
* Evitar, con o sin medidas violentas, la repercusión en sus intereses del avance demográfico de la sociedad no occidental.

– El camino conveniente para la sociedad y el hábitat ideal del hombre, que implica saber si:

* Aceptará o no principios que reduzcan su libertad como ocurre con los valores espirituales.
* Buscará solamente un entorno de «pan y orgasmo».
* Aspirará, con dedicación exclusiva, a la elevación de su nivel de vida o admitirá acercarse a la igualdad, sin aspirar a lo absoluto pero mejorando el presente.
* Tendrá en cuenta la existencia de Dios, con limitaciones pero también con la protección de esa sumisión individual y colectiva.
* Exigirá una situación preeminente o prepotente frente a otras sociedades no occidentales, buscando para ellas objetivos occidentales; o comprenderá, respetará y aprovechará las propias aportaciones positivas de cada una de ellas.

En todo caso, a no ser por hechos extraordinarios, no parece fácil una comunidad mundial de sentimientos como la que surgió en Occidente con la influencia del Cristianismo, y en Oriente con el Budismo o con el Islam.

– Por último, la gran duda es adónde quiere ir, con la alternativa de continuar el objetivo de permanente mejora material y autonomía individual de decisión, o de buscar una sociedad diferente, dominada por principios de solidaridad y valores espirituales.

No todos queremos lo mismo. Un auténtico consenso es imposible. La sociedad irá adonde sus hombres y mujeres quieran, aunque sean contrarios unos a otros. La creación de las naciones fue consecuencia de la actuación de pueblos con enfrentamientos de diferente naturaleza hasta llegar a lo largo de varios siglos a fórmulas aceptadas de convivencia, como han logrado las actuales por voluntad de las personas que las componían y «comunión» de valores. Pero sin principios básicos de identidad, éticos y espirituales, se hace más difícil el consenso y más difícil el futuro de los hombres.

Mis propios puntos de vista surgen a lo largo del conjunto de este libro y los resumo así: «el mundo debe ir a una sociedad que reconoz-

ca y sea respetuosa de Dios, con ideales generosos, solidaria y equitativa, sin grandes diferencias y siempre justificadas por alguna circunstancia concreta». No veo fácil que éste sea el objetivo deseado por nuestra sociedad occidental y, en todo caso, no coincide con el que prevalece en España, donde recientemente, el Ministro de Educación decía, refiriéndose a la Iglesia, que «se había quedado desfasada de los nuevos objetivos de la sociedad y que, por tanto, sus recomendaciones carecían de valor real, al no comprender lo que querían los hombres actuales». Creo que se refería a objetivos de liberación humana y que «suponer» lo que desea la sociedad occidental se simboliza en lo siguiente:

— El divorcio, que implica el no reconocimiento de los compromisos personales permanentes y, por supuesto, del matrimonio y la familia, con personas sujetos de derechos pero no de obligaciones.

— El aborto, en cuanto superpone el interés individual, egoísta, frente a cualquier otro interés de carácter ético y que promueve el desarrollo de la libertad sexual.

— La eutanasia, justificada por respeto a la voluntad individual, socialmente «útil» ante el número excesivo de ancianos que no pueden ser sostenidos por los jóvenes, a los que reducirían su capacidad de disfrute y a los que les exigirían algún coste social. Es la eutanasia uno de los próximos tabúes que destruir por los que se consideran «progresistas».

— La droga, derecho al abuso del propio cuerpo y utilización indiscriminada de aquello que produzca alguna clase de goce, aunque tenga amplias repercusiones contra la dignidad humana, la propia y la de muchos de los demás. El consumo libre de droga ha sido objetivo de la «sociedad actual», para lo que ha utilizado toda clase de recursos, en especial, denominar con este término a hábitos no saludables que por estar muy difundidos resultaban «admisibles socialmente». Con ello, se justificaba la droga dura como «una» de las variedades de un amplio espectro.

Estos cuatro factores parecen polos básicos de una sociedad absolutamente libre en la que el hombre sólo se ve restringido por su propia decisión, casi siempre inducida y orientada por campañas publicitarias o de propaganda, que buscan resultados determinados con medios psicológicos, mercantiles o de sectarismo político. Estos factores se enfrentan con lo que se ha venido considerando derecho natural

y con los preceptos de la Iglesia Católica, que faltaría a su deber institucional si no se opusiese a los objetivos que propugna ese vago y difuso conjunto de la «izquierda».

3. Un hecho que ha de dominar el siglo XXI, salvo algún fenómeno excepcional en este momento no previsible, es que en él se consolidará la universalidad de la humanidad, casi conseguida en este momento, pero cuyas consecuencias efectivas finales, las que sean, sólo se presentarán a largo plazo. A esto llevan las relaciones frecuentes entre hombres, posibilidad de intercambio de culturas e inevitabilidad de conocimiento recíproco de actuaciones y situaciones. En el mismo momento en que cayó el Muro de Berlín, la unidad de las dos Alemanias era un hecho que no podía detener ningún principio político, norma legal o interés de cualquier gran potencia. La facilidad de comunicaciones y transportes hacen de la universalidad no un deseo o una utopía, sino una realidad difícil de ignorar. Los países con régimen policíaco, en especial Irak, China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba, pronto estarán abiertos al exterior, como casi lo están ya las tribus más distantes de África o de la Selva Amazónica, aun no siempre para su bien. La Guerra del Golfo, con equipos de televisión enemigos filmando en la ciudad de Bagdad, es símbolo de lo que ha de ser la Edad Universal.

La universalidad es una aspiración del hombre, aun cuando no la creyese posible; ya era perceptible en el siglo XV cuando se suponía, pero sin certidumbre, lo que después ha sido América. Esa realidad será fuente de fricciones y problemas, como lo ha sido la unidad de Alemania a pesar de la voluntad unánime con que se ha creado. La transformación de la antigua Unión Soviética es otro ejemplo de esta naturaleza, cuyos resultados finales aún no se pueden prever en su integridad.

La utopía se ha transformado en realidad, pero no se sabe si está el hombre preparado para afrontar las consecuencias de la universalidad o si será ésta la principal causante de dificultades, guerras y tensiones, superiores a las que hasta ahora hemos conocido. Es fácil manejar un pequeño poblado; las relaciones rurales son cómodas y humanas, más que las de una gran población o país. Es difícil imaginar lo que exigirá la universalidad. Las instituciones internacionales, actuales o históricas, tipo Sociedad de Naciones, ONU, UNESCO, etc., son foros de relación entre «extraños», con ventajas para el conocimiento recíproco, pero sin condiciones para el gobierno del mundo. La Guerra

del Golfo muestra la utilidad de su existencia, pero más aún la necesidad de un «gran gendarme» o árbitro final absoluto, con fuerza para ejecutar las decisiones que procedan.

La universalidad conduce a un mando superior, a un gobierno efectivo que exige un poder real. El modo de lograrlo constituye el gran desafío de la humanidad, difícil de vencer si quiere resolver todo a través de mercados (y guerras) en que sólo triunfarán los fuertes.

Incógnita de futuro para la sociedad occidental es si en la humanidad universal habrá pueblos señores y pueblos esclavos o por lo menos siervos y si todos los países aceptarán renunciar a parte de su soberanía en favor de un gobierno mundial y gobiernos regionales. Hasta ahora unos pueblos han dominado a otros, de modo rígido y coactivo o de modo flexible y tenue, caso actual de los países líderes.

Dos factores que han de presentarse son: la exacerbación nacionalista, que tiende a concentrarse, sólo, mucho o más en lo propio, aun a costa de perjuicio material; y la tendencia a la «aculturación», perspectiva para pueblos y comunidades «retrasadas», con antecedente en la «colonización» de América, Norte y Sur, Angloamérica e Iberoamérica, y con realidad actual en zonas con pequeñas comunidades indígenas, que se resisten a perder su identidad al ser invadidas por el progreso, el desarrollo y la inversión. Cabe que la universalidad conduzca a nuevos genocidios, nuevas guerras dramáticas con aplastamientos de unos países por otros. No es deseable; espero que no sea probable, pero quizás resulte inevitable.

En la sociedad occidental prácticamente no existen ideologías ni religiones, al menos desde un punto de vista institucional, aunque subsistan en las mentes, como supersticiones o «comuniones de pensamiento» que adoptan fórmulas de asociación. Pero hay núcleos crecientes de la humanidad que centran en la religión su vida política, colectiva e individual, y no es fácil que renuncien a ello, en especial si esto les proporciona un vigor social que les permita amenazar la debilidad de quienes carecen de él.

Un objetivo occidental es la eliminación del riesgo en la vida social e individual, considerándolo atavismo, aunque esto sea falacia, como lo ha sido la del «hombre nuevo». El hombre ha nacido con riesgo, todo en él conduce a la existencia de riesgo, aunque sean variables y desconocidas sus consecuencias, en calidad y en cantidad. El hombre occidental, que «casi» ha eliminado el riesgo, se ha «molifica-

do», como los niños de padres muy ricos, y es dudoso que sepa reaccionar después de la ilusión perdida en lo que ha creído un «Nuevo Dorado», cuando tenga que enfrentarse con la realidad, como siempre ha ocurrido, con «sangre, sudor y lágrimas». Una posibilidad que no puede descartarse es que los países occidentales que han perdido su sentido religioso y espiritual, busquen que lo pierdan también los países pobres para evitar que amenacen su estabilidad.

Pero será muy difícil la solidaridad, pues los que «tienen» no la admiten con los que no tienen; la sociedad occidental de raza blanca «tiene» y no es probable que renuncie a lo que ha alcanzado, que cree se debe a sus propios méritos, y no es fácil que admita compartirlo con pueblos que han contribuido menos a esos avances.

4. Otra incógnita de la sociedad occidental del siglo XXI es la evolución de la familia, fuerza social que permite proteger al individuo, sus intereses y sus derechos. Con ella se han creado las sociedades humanas conocidas, con alguna aparente excepción, probablemente mal interpretada, descubierta en algún lugar lejano y aislado. La familia es una institución de derecho natural que trasciende de la religión católica, aunque ésta la ha potenciado al santificar el matrimonio. El equilibrio de la sociedad procede de la institución familiar, y peligra, pronto o tarde, cuando ésta se debilita.

En la evolución lógica de la actual sociedad occidental la familia no tiene cabida; eliminada su sacralización, van desapareciendo las normas que la protegen. El ambiente social, con o sin impulso de gobernantes y políticos, admite la supresión del matrimonio como signo de liberación del hombre, y de ese modo no es posible ni siquiera la familia mínima, la nuclear, en parte consecuencia de la desaparición de la vida rural, en que la familia tiene más posibilidades de desarrollo. La familia es, además, símbolo de equidad social, y no puede existir solidaridad entre pueblos si no existe solidaridad en sus familias. Es el único reducto efectivo contra la dictadura. Sin ella, de un modo u otro, se acaba en alguna fórmula de opresión de la mayoría por un número reducido de personas. Además, cuando un país llega a un nivel de natalidad que no mantiene el número de sus habitantes, comienza su decadencia y aparecen graves desequilibrios internos. Hasta ahora se ha compensado el descenso de natalidad con la mayor longevidad, pero con ésta ya estable, la sociedad perderá capacidad de renovarse.

Causa destacada de la crisis de la familia es el nuevo encuadramiento de la mujer en la vida social. Las sociedades no occidentales anteriores a la actual ofrecían a la mujer, con diferentes variedades y situaciones, algunas contradictorias, participación protagonista en la vida familiar, como matriarca o como auxiliar en caso de parientes y servicio doméstico, dentro de costumbres que acentuaban esa función, la hacían viable y deseable y, en algunos casos, la única posible. En estas décadas el cambio ha sido profundo, ha influido la liberación de costumbres, la exigencia de igual satisfacción personal y la pérdida del sentido de sacrificio como contrapartida al privilegio de vivir. La mujer ya no es para la familia, aunque en algunos casos, por propia voluntad y deseo, participe y se sacrifique en ella.

La familia ha dejado de ser célula básica, para transformarse en mero factor decreciente, útil para la procreación y educación inicial de hijos, caso de muchas especies animales en que el instinto familiar se limita a la procreación y primera etapa. En España ha sido más drástico y violento el cambio, pasando de un nivel de natalidad en 1936, de un 3 por ciento, a ser la nación casi con menor coeficiente de natalidad de Europa, un 1,7 por ciento aproximadamente, con mínimos en el País Vasco y Cataluña, cuando la simple reposición de los individuos requiere superarlo ampliamente.

Los países temerosos de Dios tienen más alto nivel de demografía que los países que no lo son [1]. Hasta ahora el aumento demográfico era símbolo de vitalidad y ésta era necesaria para el poder familiar y político; su reducción, por razones hedonistas, fue causa de que los pueblos salvajes invadiesen a los pueblos civilizados; ocurrió en Roma y en Bizancio.

5. Aun sin confiar en ninguna clase de futurología, conviene destacar algunos aspectos concretos que podrían afectar a la sociedad occidental, cualquiera que sea su situación relativa respecto al conjunto de la humanidad; estará más integrada racialmente, con mayor vinculación entre pueblos, quizás con menor eficiencia de la antes alcanzada en algún *ghetto* blanco, pero con más sentido humano y de solidaridad real. Si no es así, la perspectiva sería que los países del Norte seguirían

[1] Es significativa la declaración de algún ministro del gobierno español de que los subsidios a la familia atentan a la dignidad del hombre y a la libertad individual.

siendo más ricos y utilizarían, como siempre en la historia, su riqueza para su propia protección, en perjuicio de los del Sur, que les amenazan y que en el fondo querrían extirpar por molestos e incómodos.

Algunos de estos aspectos podrían ser los siguientes:

—Exigencia de derechos sin obligaciones, que puede conducir irremediablemente a una crisis con conmociones violentas y graves o convulsiones inicialmente pacíficas. El liberalismo absoluto llega a absurdos aberrantes, que no permiten vida comunitaria suficiente para subsistir, al proteger de modo ilimitado derechos e intereses individuales. La situación insostenible del socialismo, por otras razones, exigió una «perestroika» y condujo a su inesperado colapso; no es imprevisible que esto ocurra también en el liberalismo absoluto y su secuela de capitalismo salvaje, o sea, en los pilares de la sociedad occidental.

—Mayor preocupación por la solidaridad internacional, pues del mismo modo que el siglo XX ha avanzado en la disminución de diferencias sociales dentro de comunidades nacionales, el siglo XXI exigirá solidaridad entre países y pueblos con transformación de normas para sus relaciones, que deberían arbitrar fórmulas de convivencia, evitando objetivos del Norte «hegemónico-imperialistas» y reduciendo los desequilibrios crecientes actuales, hasta crear un Nuevo Orden Universal que facilite mayor integración de países y regule la soberanía de naciones sin viabilidad, a las que es necesario ayudar.

—Tendencia a agrupar unidades nacionales, a fin de enfrentarse con las consecuencias de una «economía universal» con transferencias de soberanía en un nivel colectivo o individual. Esto exigirá que las comunidades ricas occidentales se aproximen a otras más pobres y reduzcan su «nivel de vida».

—Reaparición con fuerza de nacionalismos [2] con efecto aparentemente contrario al anterior, como está ocurriendo en la desaparecida Unión Soviética y el Este europeo, que influirá en países que habían logrado una integración satisfactoria, caso de la misma España con el País Vasco y Cataluña, con posibilidad de desintegraciones nacionales, que podrán convertir a Europa en zona de fricciones que le impedirán cumplir su papel en la Edad Universal.

[2] Interesa destacar mi diferencia entre nacionalismo y patriotismo, el primero se asienta en el odio, resentimiento y en muchos casos, venganza; el patriotismo es manifestación de amor profundo a lo propio y respeto al amor a la patria de los demás.

– Mayor posibilidad de libertad comercial, sólo efectiva cuando se coordina con un sistema político, total o parcialmente libre como en la Comunidad Europea, pero que es inoperante o perjudicial en comunidades geográficas sometidas a presiones y no a beneficios de otras, con precios de materias primas que se devalúan, lo que lleva a disminuir su soberanía real.

– Libertad de fronteras, que llevará a la facilidad de cambio de residencia y trasvases de unos pueblos a otros, con incremento de la inmigración y de la emigración. Esto exigirá normas para proteger la explotación, tanto para países receptores como para países «expulsores», con estatutos que eviten proliferación de la clandestinidad.

– Mayor marginación en personas, familias e incluso pueblos, que por diversas circunstancias exteriores o interiores no saben o no pueden adaptarse a las normas de convivencia social y tratan de vivir fuera de ella. Sus causas pueden ser psicológicas, simplemente mentales, o resultado de condicionamientos sociológicos, de los que es culpable la sociedad y no total o parcialmente los afectados. La marginación se diluye en una sociedad pobre o miserable, pero adquiere nitidez en una sociedad opulenta, como la occidental. Los núcleos de *okupas* y los que viven debajo de los puentes o duermen en las estaciones de metro, o en sus chimeneas de aire caliente en Nueva York y París, son un producto clásico al que tienden en muchos casos quienes eligen una vida mísera pero aislada y personal [3]. El problema de la humanidad será saber qué se hace con ciudadanos que desean vivir de modo contrario a las normas comunes, cómo protegerlos socialmente y cómo proteger a la sociedad de sus excesos.

– Mayor exigencia de libertad de relaciones económicas que implican patrimonio privado, transmisión hereditaria y riesgo en las decisiones, como ha existido a lo largo de la historia occidental, que aconsejan fórmulas para hacer el «mercado» más social y más coordinado con otros aspectos de interés general [4]. De todos modos, en pocas décadas se olvidará el estrepitoso fracaso marxista y surgirán tendencias socializantes, en algún aspecto justificadas para evitar los abusos

[3] Esto se complica con los inmigrados que no son producto subjetivo de marginación, sino consecuencia objetiva de otras situaciones.

[4] Esto se contradice con la aspiración a eliminar el riesgo y el dolor, ambición que domina a la actual sociedad occidental.

de un capitalismo deificado; y, en otras, por consideraciones utópicas inherentes a la naturaleza humana.

—Aparición de una crisis dramática de energía, pues la que utiliza el hombre es agotable en un plazo más o menos lejano. De ahí la inevitable tensión por la propiedad del petróleo, que en su mayor parte se halla en el Sur y no en el Norte. La sociedad occidental tendrá necesidad, justificada de modo abierto o hipócrita, de proteger esa materia prima, y no parece fácil otra fuente alternativa que la nuclear, desafío para su propio interés y para el del resto de la humanidad.

—Ampliación de los efectos de la droga, que se asentará como principal problema sociológico de Occidente, al que no puede enfrentarse una sociedad con derechos individuales excesivos y carencia de principios éticos y espirituales. La droga constituye una reacción social contra el abuso, que debilitará la sociedad blanca occidental o incluso acabará con ella o, por lo menos, con su liderazgo mundial.

—Aculturación y eliminación de razas y pueblos absorbidos por otros, no siempre occidentales, como modalidad humana de desaparición de especies, para lo que también habrá que buscar fórmulas de conservación, dándoles más valor que a la pérdida de una variedad de insecto de la Edad Terciaria. Esto acentuará la preocupación por el «derecho a las raíces», aunque parece lógico que quienes decidan conservarlas en contra del entorno «pagarán» por ello, como otros grupos humanos que han mantenido su identidad aislándose y renunciando a beneficios occidentales. En todo caso, ha de ser fuente de conflictos permanentes entre individuos, culturas, pueblos y naciones, acentuados por el mayor crecimiento absoluto y relativo de grupos étnicos no integrados, con inevitable tendencia a radicalizar la defensa de sus intereses.

—Pero, por encima de todo, está el riesgo ecológico para el entorno mundial, como consecuencia de la tendencia al desarrollo constante generalizado, que produce un gran efecto perverso de consecuencias universales que dificultan objetivos hedonistas que no podrán obtenerse sin injusticia o sacrificio sectorial o geográfico. Este riesgo puede considerarse como amenaza al bienestar, pero también como fórmula correctora de la naturaleza para abusos egoístas de los hombres que conduce a restablecer el equilibrio, como en la historia ha ocurrido con guerras, epidemias, etc. Mucho se ha escrito sobre este «riesgo» y sólo cabe aquí decir que es muy probable que sea el más importante factor

detonante de cambios y alteraciones en la Edad Universal, al que de algún modo se subordinarán los demás, en los que no por ello debe dejarse de reflexionar separadamente.

6. La sociedad occidental será parte importante, aunque sin duda decreciente, de la Edad Universal, pero ya no estará sola, necesitará compartir con otras su poder y su hegemonía actual. Es una consecuencia de sus propios principios: concurrencia absoluta y mercado transparente universal. Para continuar su hegemonía, necesitaría recurrir a la fuerza tiránica e injusta que subyuga al enemigo, a los pueblos menos preparados para la competencia salvaje ilimitada. Por su mismo contexto sociopolítico, esto tampoco es viable, y así el drama podría consumarse en una apoteosis trágica final o, por lo menos, lenta pérdida de influencia occidental a cambio de inmediata comodidad y bienestar.

Al hablar del mañana de la sociedad occidental, no sólo hay que referirse a situaciones inmediatas, como se acaba de hacer, sino también al ritmo histórico, previsible o no, de décadas, siglos o milenios, aunque la creciente velocidad de cambio puede acelerar plazos más de lo que a nuestra generación parecería normal.

No es momento de hacer especulaciones, ni siquiera reflexiones, sobre alternativas a la sociedad occidental en el dominio de la humanidad, aunque sólo sea en aspectos intelectuales y psicológicos; todo el libro se refiere a ello, por lo menos, respecto a la Nueva América. Pero hay otros pueblos en el gran conjunto de Asia y de naciones islámicas preparados para esta lucha, con sentido de sacrificio y visión de largo futuro y poco que agradecer a los occidentales, que hasta recientemente los trataban con arrogancia insultante.

El Nuevo Orden Universal, si se llega a implantar con objetividad congruente, será el marco en que la sociedad occidental tenga que desenvolverse, luchar y sacrificar para defender, si no unos principios y valores que ha despreciado, sí su bienestar y supervivencia.

También destacan otros aspectos en el próximo futuro de la sociedad occidental, y deben mencionarse:

– Europa es su principal bastión; la que se abre en 1993 y su ampliación ulterior será su principal punta de defensa, quizás creada instintivamente para ello. Europa tendrá que «defender», aunque el término sea excesivo, la civilización blanca en muchos frentes, el islámico en especial, con pueblos que continúen siendo religiosos con una fuerza que los europeos querrán destruir; y el asiático, con grandes nacio-

nes amarillas y cobrizas que, con respeto y amor a lo propio, quieren abrirse paso en la carrera de la historia.

– Iberoamérica será otro factor en la evolución de la sociedad occidental, Dios quiera que con integración y no enfrentamientos de su Sur con el bastión de Angloamérica. Iberoamérica soporta una gran crisis que la conmociona, pero que la hace revivir porque la hace sufrir. América puede iniciar un camino de salvación occidental en cuanto produzca una integración de las muchas razas en ella presentes.

– El proceso occidental podría asemejarse al de Sudáfrica en las pasadas décadas, de aislamiento creciente, hasta que todo cambie, quizás en el momento más desafortunado, con desmoronamiento paulatino de los blancos que no han sabido mezclar su sangre con los que consideraban inferiores.

Aun con las consideraciones anteriores y otras que pudiesen añadirse, la realidad dependerá de factores imprevisibles y con derivaciones que hoy no cabe imaginar, como no fueron fácilmente imaginables algunos cambios ocurridos en los últimos diez años. Los humanos creemos que la lógica y los criterios de sentido común son importantes en la evolución social, pero factores inesperados cambian el curso de la historia, generalmente fuera de la acción de los hombres, en parte por la demencia, ese importante instrumento de «actuación» que produce hechos que alteran el curso de la humanidad, como ha ocurrido en el pasado y ocurrirá en el futuro, pero también por causas materiales como la antes apuntada de repercusión ambiental y ecológica. O inesperada consecuencia de manejos humanos, como el posible origen del SIDA en investigaciones sobre chimpancés.

Lo que sí es predecible es que en el siglo XXI se consoliden de nuevo dos tendencias: la de los que piensan que el hombre es ser supremo que a ningún principio debe supeditar su acción, sus derechos e intereses y por tanto que de él depende la historia de la civilización; y la que piensa que el hombre es obra de Dios, que juega bajo sus signos y orientaciones. Este capítulo no trata de convencer de ninguna posición; sólo apuntar hechos o posibilidades que permitan reflexión individual o colectiva, pero indicando que una sociedad que no es humilde para reconocer que no es omnipotente tiene menos posibilidad de larga supervivencia que la de los que saben sufrir, sacrificarse y reconocer sus limitaciones, lo que ofrece una esperanza para un futuro lejano.

El siglo XXI será testigo de la continuidad aceptable de la sociedad occidental sólo si puede encontrar un equilibrio permanente en la sociedad universal, con la Nueva Europa y la Nueva América. En todo caso, iniciará su declive como centro de poder y ejemplo para otras sociedades y su cuota dentro del cómputo de la humanidad decrecerá paulatinamente. Con el siglo comienza un milenio que ofrecerá sorpresas y en el que el hombre coloreado o mestizo adquirirá protagonismo, que los occidentales tienen obligación de respetar. Pero también en este milenio surgirán situaciones ajenas a la voluntad del hombre que pueden modificar de modo muy difícil de prever el curso de la historia humana.

III

ESPAÑA

España, dramáticamente creada en 20 siglos de fricciones y enfrentamientos, es pieza importante, aunque periférica, de Europa, con vinculaciones profundas con América, que como ningún otro país ha contribuido a crear y con la que mantiene relaciones permanentes, étnicas, idiomáticas y culturales, incluso casi integrándose en ella a pesar del océano intermedio. España puede tener participación destacada en la América del futuro, por propia influencia cultural y por lo que ha de representar en la Comunidad Europea. También España se verá afectada por la Nueva América, por lo que de ella reciba como reflejo de su antigua cultura, y para muchos americanos será puerta de entrada y cabeza de puente en la Nueva Europa [1].

1. América no puede comprenderse sin España, ni en el pasado ni en el futuro. Esta «reflexión» ayuda al conocimiento real de lo que puede ser, o incluso será, la Nueva América en los próximos siglos.

Para comprender la España de hoy hay que analizar su historia, aunque sea frecuente avergonzarse de hechos que han creado nuestra nación, fenómeno contemporáneo que llega a considerar el olvi-

[1] También Portugal es importante para América, del mismo modo que lo es Gran Bretaña. En ambos casos no me considero capacitado para su análisis, aunque hubiese sido deseable. Dejo constancia de su exclusión y deseo que algún autor complete estos países, de especial influencia en la creación, evolución y existencia de la América actual.

do de la propia historia elemento indispensable para una etapa renovadora.

Antes de describir aspectos específicos hay que tratar de algo más profundo, su base espiritual, que ha conformado su ser en la historia. España ha sido un producto de la Iglesia Católica y de la influencia cristiana; en parte se ha creado para defender sus esencias y doctrinas y cooperar en la solución de sus dificultades. Ahora parece, no sé si es reversible, que abandona sus raíces católicas y las quiere olvidar. Debería ser evitable la aculturación y esterilización de lo español para convertirnos en país de puros servidores turísticos, que buscan alguna propina. No seremos mejor aceptados, social y políticamente por el conjunto europeo si renegamos de nuestra herencia por considerarla negativa, como en ocasiones ocurre con los jóvenes respecto a las acciones de sus padres.

En todo caso, no se puede eludir la Iglesia Católica al hablar de España. Hay muchas iglesias en Europa, pero sólo hay una con vigor interno, la católica. Las otras, en general protestantes, salvo la ortodoxa por circunstancias especiales, sobreviven con participación formal en la vida sociopolítica, pero sin presencia real en la sociedad de su país [2].

La Iglesia, aparte de su función pastoral, constituye un importante poder fáctico, con influencia y repercusión casi siempre positiva, aun con tentación no siempre rechazada de inclinarse a los poderosos. La neutralidad del Estado no es posible, éste siempre apoya a la Iglesia o le manifiesta hostilidad activa. En la España actual, los gobernantes mantienen lo que llaman «no beligerancia», en realidad hostilidad educada. Toda Iglesia debe estar contra el poder, denunciarlo, sin complacencia, para hacer imposible la arrogancia. Esa función molesta a los gobernantes de izquierda, derecha, dictadura y democracia. En todo caso, la «no beligerancia» debería ser a favor y no en contra de la Iglesia, que cuando no denuncia es que está «influida» y transformada en

[2] En 1951 visité Inglaterra con motivo de la Exposición Universal y advertí que había dejado de ser protestante. La comparación es útil, aunque nunca las situaciones son iguales y nuestra Iglesia tenga hoy mayor implantación social que entonces las anglicanas, pues todavía vibra bastante con los pobres y míseros y ofrece una fuente de esperanza, en especial en Iberoamérica, donde continuará su vivencia con los que sufren, siempre los que más se acercan a Dios, lo que a los ricos perturba en la tranquilidad de su goce personal.

instrumento de una religión de poderosos [3]. La falta de un poder espiritual reconocido y aceptado será el gran obstáculo para la Sociedad Universal, utopía de este libro para el futuro; sólo con éste, cabría pacificar los abusos del gran gendarme que necesita la humanidad.

Parte de la Iglesia española abdicó de su función social durante la Guerra Civil, como consecuencia de las matanzas de que fue objeto en la zona republicana, y olvidó en el momento necesario la protección de los oprimidos, los derrotados en la guerra y, en general, la clase trabajadora, perdiendo el sentido de comunidad y caridad cristiana que constituía su deber y su justificación. Hubo excepciones en relación con movimientos obreros, que en algunos casos utilizaban a la Iglesia como medio de infiltración. Es doloroso que la sombría situación actual se explique, en parte, por esa actuación histórica. Pienso que sólo recuperará su dignidad, su independencia y, con ella, su fuerza social, si reconoce sus errores, los pasados, pero también los presentes. En el País Vasco ocurrió un fenómeno contrario y el clero se manifestó hostil, apoyando intentos de poder violento con métodos contrarios al «derecho natural». Esta actitud es, en parte, causante de su especial descristianización, superior a la del resto de España, aunque partía de una cota muy alta. El País Vasco ya no es católico, aunque los núcleos que han apoyado su nacionalismo lo hayan sido profundamente [4].

Se ha denominado a España «reserva espiritual del mundo», título petulante que, reducido a sus propios límites, debe enorgullecernos. España ha mantenido hasta hace poco un espíritu religioso auténtico, demostrado con hechos, no con actitudes vanidosas. Ha poblado el mundo en los últimos 100 años con misioneros con servicio humilde a pueblos y clases olvidadas por sus propios conciudadanos, en especial en América [5]. Su espíritu ha sido generoso en un tiempo en que

[3] En 1951, en la *Revista del Ateneo de Madrid*, escribí un artículo titulado «Religión de ricos», como consecuencia de lo que observaba en la Iglesia española, órgano de antiguas clases dirigentes, con «entreguismo» al régimen partidista del momento.

[4] Recientemente tuve ocasión de ver en el funeral de mi primo José Antonio Montiano un ejemplo emocionante para todos y para mí de lo que era su antiguo sentido religioso, al despedir más de 1.000 personas a alguien sin relieve público, sin hijos, ya de 80 años, que había entregado toda una vida al servicio de los demás y al servicio de la Iglesia y la cultura vasca.

[5] El pueblo de Fustiñana, en Navarra, con sólo 3.000 habitantes, ha regado el mundo con centenares de sacerdotes, frailes y monjas, misioneros voluntarios, sin com-

desaparece y se desprecia la abnegación individual. Los excesos en que los españoles hemos incurrido, muchos sin duda, lo han sido en parte consecuencia de esa generosidad. Pero esto ha desaparecido cuando más falta haría un sentido de solidaridad y sacrificio. Al menos su existencia anterior debe enorgullecer a los españoles y a los que han recibido nuestra herencia. Hay que confiar en que esa «reserva» que fue España se traslade a nuestros hermanos iberoamericanos, que aún creen en la solidaridad, que sabrán continuar lo que nosotros abandonamos, como antorcha que impregne el próximo siglo.

Se ha destacado siempre el concepto del honor en el español; hasta ahora, pocas personas dejaban de considerarlo valiosa aportación a la sociedad occidental. El honor, que es consecuencia del orgullo de la propia persona, de la dignidad que no se pierde, y en gran parte del sentido cristiano del hombre, aún existe en *todas* las capas sociales, más en las modestas que en las altas, «entumecidas» por su bienestar. El honor exige creer en «valores» más importantes que la comodidad material. Ridiculizar el honor es indigno de un español; afortunadamente, esta actitud suele ser más aparente que real y sincera.

2. En lo geográfico, el concepto de *Hispania* surge, o se dio más a conocer y se afirmó, en la época de Roma, quizás como «tierra de conejos», en cuyo Imperio tuvo importante participación; Séneca, Trajano, Adriano y Teodosio fueron españoles, y en nuestro territorio apareció el sentido bastante preciso de nación, aún dividida en dos provincias, con alguna área periférica no dominada. España era también *Iberia*, con sus primeros y más generalizados habitantes, los iberos, relacionados con los bereberes del Norte de África y los vascos [6].

Con los visigodos se afirmó el concepto de *Hispania*, continuando lo iniciado por los romanos. La transición fue lenta y no traumática y se reafirmó lo autóctono, a lo que se integraron los nuevos venidos del Norte de Europa. Pero cuando realmente se inicia la identidad nacional de la que nos hemos sentido herederos hasta estos últimos años, es

pensación económica, sufriendo por personas a quien nadie ayuda, ni por supuesto los que explotan su desgracia buscando su propio poder político o soberbia individual.

[6] El término España y el término Iberia son semejantes, paralelos y, de algún modo, se confunden. En su origen era Iberia Occidental, la española; y la actual Georgia asiática, la Oriental. Después, todo fue España y actualmente Iberia corresponde tanto a ella como a Portugal.

con la Reconquista, influida por la etapa visigótica, en la que España se identificaba con Catolicismo, defensa de sus principios y dependencia espiritual. La Reconquista debe interpretarse como voluntad de un pueblo para defender su religión, no con histerismos coyunturales, sino con tenaz continuidad de 800 años. En ese tiempo no siempre se vivió en guerra; gran parte de España fue islamizada, aunque con escasa influencia étnica del Norte de África, y fue Al-Andalus a través de un largo período. La Reconquista, con su carácter netamente cristiano, dio a los españoles rasgos y características de valor, austeridad y honor, de importancia en nuestra historia y todavía realidad en algunos casos.

La España que se fue reconstruyendo procedía de tres orígenes principales: asturianos y gallegos, con influencia celta, que en parte crearon Portugal y en otra se integraron con Castilla; vascos, cuya influencia se extendió a través de Castilla, descendiendo hasta el Sur, para crear Extremadura, Andalucía y la España central; y occitanos, que con Aragón, Cataluña y Valencia, se orientaron a nuestro Levante.

La vieja Castilla, que con su temeridad y arrojo fue bajando hasta Gibraltar y logró unir España en el siglo xv, fue un producto *en gran parte, vasco* (también navarro y cántabro), la más conocida y quizás la más importante contribución de este pueblo a la historia del mundo, pues la simbiosis Vasconia-Castilla se impuso permanentemente. Vascos fueron administradores, navegantes y colonizadores de toda la América hispana, en realidad, la América vascocastellana [7].

La Reconquista no fue homogénea, ni en el tiempo, ni en el espacio, pero tiene aspectos comunes que la califican. Su influencia se coordinó con la cultura del mundo musulmán, que afortunadamente se está volviendo a conocer en España.

España no puede ignorar su tradición judía. Antes de la Era Cristiana, Sefarad era una de sus áreas geográficas de mayor implantación; siempre se nos consideró como un valor de su propia cultura, aunque a veces Israel olvida ese factor importante de su historia. Eran judías las clases dominantes de la España del siglo xv, con gran influencia en su corte y estructura política, muy superior a cualquier otra europea;

[7] Es poco preciso el origen del término vasco, relativamente moderno, y la diferencia entre la etnia, el encuadramiento político y el idioma vascuence. Es tema importante de estudio futuro que excede de lo que se puede comentar en esta «reflexión».

de ahí la reacción popular contra un conjunto destacado al que atribuía cualquiera de los males que aparecían en su sociedad. Con independencia de aspectos políticos, pasados y futuros, ha sido importante la implantación en España de los judíos, sus enseñanzas y costumbres, destacando alguno en la aventura de América, en especial el banquero Santángel y varios miembros de las primeras tripulaciones.

España mantiene una estrecha relación con el Norte de África, donde se ha establecido la cultura andalusí, que aún pervive. Andalucía y el Magreb son países hermanos, aunque profundas diferencias culturales y religiosas los hayan mantenido separados; en la historia de ambos hay múltiples influencias recíprocas que no se pueden ignorar [8].

España ha sido pieza importante del Mediterráneo, especialmente en los siglos XIV y XV. De algún modo Barcelona ha sido y podrá ser en el futuro su capital, y la de una región natural que, si Europa no se ve recortada por avatares raciales, llegará a ser centro neurálgico, cultural y económico del desplazamiento al ámbito meridional. Barcelona también aumentará su influencia en este mar en que comenzó nuestra cultura. Obtener paz y equilibrio en el Mediterráneo es objetivo europeo de la próxima centuria en la que a España le corresponde participar.

Aun de modo aparentemente periférico, España ha tenido en la historia un importante papel en Europa. Igualmente ocurrirá en el futuro, tanto por su especial relación con Iberoamérica y con el Magreb, como por la importancia creciente de los países con más sol.

Esta situación creará problemas, como ya han surgido, porque somos avanzada de una doble incidencia migratoria de hispanoamericanos y magrebíes que quieren entrar en Europa a través de nosotros. Europa reclama por su propia estructura interna, a la que se incorpora España, mano de obra y ayuda de países «menos afortunados», pero al tiempo, se quiere defender de ellos, imponiéndoles condiciones vejatorias; ese papel de guardia civil de los europeos nos corresponde en

[8] Desgraciadamente España no siempre ha sabido ver su importancia y aprovechar su situación para multiplicar sus relaciones, extender más el conocimiento del castellano, que en algunas zonas de Marruecos y del Sahara se mantiene con firmeza, y hacer que la Andalucía española y musulmana sea región intercontinental integrada. La reciente conferencia de Madrid sobre el Oriente Medio parece muestra de que no se ha perdido el reconocimiento al papel histórico de España en las tres religiones «del libro».

parte; habrá que ver cómo sabemos coordinarlo con las obligaciones derivadas de nuestra propia herencia y vinculación histórica. La duda es si haremos «algo» o nos convertiremos en servidores ciegos de decisiones europeas, negando la comprensión humana a los que forman parte de nuestro ser. Confío en que siempre queden en España residuos de dignidad para llevar a cabo, con sacrificio y esfuerzo, esta obligación histórica.

La cima de la Reconquista en 1492 fue la unidad de España —ya sin Portugal— lograda por los Reyes Católicos, con un contenido religioso extraordinariamente fuerte. Fue el primer Estado moderno, por supuesto de Europa, que se creó con implantación del concepto de que la Ley «obliga a todos», dando lugar no sólo a un sistema de gobierno más adaptado al momento, sino un verdadero Estado de Derecho que abrió camino al mayor Imperio en el mundo occidental durante muchos siglos. La unidad de España, el fin de la implantación musulmana, el Descubrimiento de América, la expulsión de los judíos, fueron hechos trascendentes todos, como también la integración en Europa, hasta entonces casi sólo unida por el Camino de Santiago, aunque los españoles estaban presentes en la mediterránea Sicilia y Sur de la península Itálica, incluso llegando al antiguo Bizancio. La España moderna se hizo especialmente europea, participó de modo decisivo en sus destinos y en algún período su rey, el gran Carlos I —al mismo tiempo emperador de Alemania—, extendía su poder al Norte y Sur de Italia, la Europa central y parte de la atlántica.

Por el contrario, la unidad de la península Ibérica tuvo corta duración; la diferencia de lengua, de costumbres y de voluntad de sus pueblos no permitió mantenerla, aunque tuvo importancia para América el período de Brasil, llamado filipino, cuando el rey de España lo era también de Brasil. 1992 puede ser hito para nuestra mayor coordinación, por la mayor comunicación entre España y Portugal, por la integración de ambos países en la Comunidad Europea y la ósmosis que esto ha de producir, por su obra paralela común en América y por la mayor fuerza de Iberoamérica en el futuro, que tenderá a unir las dos «madres patrias» de que procede.

3. El Descubrimiento apartó a España de Europa, orientando su acción, quizás hasta «desangrarse», a la conquista y colonización; se enfrentó con países europeos, por la Iglesia Católica, en las guerras de

religión, que la llevaron a un siglo XVIII en el que su acción más destacada fueron las reformas borbónicas en aquel continente. Quizás por ello «perdió el carro» de la primera etapa de industrialización, al dedicarse a resolver, a veces por la fuerza, conflictos internos y externos para mantener su sentido católico, en tanto Inglaterra y otros países europeos se preocupaban del futuro económico y de la nueva etapa individualista que se abría al mundo.

No fue acertada la actuación de España en el proceso de independencia de las naciones americanas, que continuó hasta 1898, aun con la disculpa de que los invasores napoleónicos introdujeron un factor inesperado que aceleró los procesos, y de que la mayoría de los independentismos se inicia cuando España fue invadida por los franceses, en contra de los que en ese momento oprimían a España más que realmente contra ésta. Como consecuencia, España olvidó a América en el siglo XIX y viceversa posiblemente, salvo por sus numerosos emigrantes, de características muy diferentes a los anteriores y, en cierto modo, por las fricciones que produjeron las independencias, que en sus discusiones tenían que acudir o remontarse a España.

Durante el siglo XIX, la propia España, en su interior, no supo recuperar el pie perdido en el anterior, para adaptar la estructura del Estado y la sociedad a la nueva situación, desequilibrada desde la Guerra de Independencia. Además, los afrancesados repugnaban al pueblo, aun cuando buscasen soluciones aceptables para el futuro español, y surgió una desesperada y espontánea explosión de la mayor parte de su sociedad no cortesana ni burguesa contra las ideas de la Revolución Francesa, que llevaron a las Guerras Carlistas y a otros enfrentamientos internos. En conjunto, otro siglo estéril en lo económico, y agónico en lo político, que culminó en la crisis nacional del 98 y comienzo del siglo XX, con graves problemas, pero, al menos, con conciencia general de que existían.

En las relaciones con regiones históricas, tiene especial importancia el carlismo, continuación de los movimientos autonómicos catalanes, doblegados por Felipe V, y de los vascos, que habían comenzado en la época de los Borbones ante la imposición de fronteras con Francia y puertos marítimos, frente a las que existían en el interior. Podrá haber doble culpa, pero gran parte fue consecuencia de la incomprensión del centralismo castellano frente a la situación especial de los pobladores homogéneos de esas áreas territoriales.

España entró en el siglo XX con esta situación, causa de la Guerra Civil, en que me cabe el honor de haber participado del lado del antiguo pueblo español, en las tropas carlistas, que aunque aparentemente triunfaron, en realidad fueron vencidas. También fue acabada de vencer la España católica en el período de transición democrática, en el que se ha buscado prescindir de creencias religiosas en reacciones y actitudes que superan casi cualquier situación semejante en Europa [9].

No puedo evitar una intromisión personal en un libro que querría desligar de lo subjetivo, aunque supongo se traslucen mis sentimientos, que forman parte indisoluble de mi ser y tradición familiar, y querría fuesen orgullo de la de mis hijos. Si España quiere ser algo más que un espacio de «vikingos renegríos» y encontrar un sitio propio en la humanidad, deberá profundizar en el análisis de lo que ha representado el carlismo en el siglo XIX [10] y además, de lo que ha representado la Guerra Civil española, en la que, por lo menos, se evitó que nos transformásemos en otro «país independizado del oscurantismo», como Checoslovaquia o Hungría, que han soportado la tragedia de una etapa de esclavitud de la que acaban de salir. Nuestra guerra es hito que abrió paso a la España actual y a la Edad Universal y a sus posibles creaciones posteriores: la Nueva Europa y la Nueva América.

Es difícil interpretar la guerra de España. En este momento se hace de modo muy distinto a la realidad, con sermones de quienes en ella no participaron y solamente la juzgan a través de comentarios ajenos [11]. Manuel Azaña, en alguna de sus conferencias previas a la República, mostraba su intención de cambiar España y modificar la esencia de un país, en contra de la voluntad de quienes lo constituían, una de las verdaderas causas de la guerra española. La España que quería cambiar

[9] Es triste esta transformación que, en su mayor parte, he visto con mis propios ojos y que ha convertido a España en nación agnóstica, que no cree en su patria y la denigra con lo que denomino «complejo de hijo de fascista o beato», frecuente en nuestra reciente transición.

[10] Destaca en estos años el interés por el carlismo de historiadores de diversas tendencias, que dedican al tema mayor tiempo proporcional y real que al de cualquier otro movimiento político aparentemente más destacado.

[11] Personalmente he podido conocer directamente una realidad y ver cómo ésta ha sido alterada; por ello, pienso que lo que creemos que sabemos de la historia no pasan de ser aspectos superficiales, analizados por personas sin conocimiento directo de lo sucedido, que en general lo deforman.

Azaña producía miles de misioneros en el mundo entero. La realidad actual es diferente; frente a una explosión de esfuerzos generosos con toda clase de imperfecciones, se ha pasado a un objetivo final de acelerar «la edad promedio del primer orgasmo en las mujeres». Parece exabrupto pero es realidad. La generosidad, la dedicación a los demás, era, si no estándar, sí deseo teórico común. Ahora, exactamente lo contrario, aquellos valores se consideran despreciables, y lo que entonces se estimaba despreciable se juzga vinculado al perfeccionamiento social. Con seguridad Azaña no hubiese estado de acuerdo con esto.

4. La España actual comienza con el general Franco, cuya actuación puede dividirse en varias etapas: Guerra Civil, Guerra Mundial, reconstrucción, decadencia y fin en 1975 [12]. La Guerra Mundial constituyó su mayor éxito y servicio a España, que debe serle tenido en cuenta para compensar defectos y culpas. Con astucia y sentido de la historia, y a pesar de las dificultades que a ello se oponían, consiguió que no participásemos en la contienda, que hubiese aumentado la destrucción de riqueza y la de muchas vidas y, sobre todo, nos hubiese llevado, en razón de la composición interna de fuerzas de izquierda y actitud abandonista del «espíritu de Yalta» a formar parte del Imperio Soviético, para ser la Cuba de la Europa del Sur, como posteriormente estuvo a punto de ocurrir en Portugal. Paradójicamente esto podría haber ralentizado la descristianización de España, como en los países del Este europeo, pero habría representado una grave tragedia, hecho que convendría reconociesen los numerosos intelectuales que consideraban en 1975, que el régimen comunista (el de Stalin, entre otros) era la panacea que necesitábamos para sustituir al régimen del general Franco.

Cuando era necesaria la reconstrucción de nuestra guerra y postguerra mundial, se produjo el aislamiento [13], incluso el hambre y las

[12] En el franquismo, los carlistas no tuvieron participación ni influencia, ni más presencia que alguna persona elegida por decisión personal del general Franco, sin que la considerasen suya los leales, que mantuvieron su vieja bandera. Mi familia fue una de las muchas que nunca aceptaron participación ni colaboración directa o indirecta, ni clase alguna de retribución, compensación o ventaja. Con el franquismo desapareció el carlismo como fuerza política, aunque aún existan carlistas —mi caso personal— que sin deseo político, mantienen en el corazón su recuerdo histórico y convencimiento de lo que sus principios representan.

[13] Mi primer viaje a Inglaterra, en otoño de 1947, tuve que hacerlo en avión, porque la Francia del general De Gaulle había cerrado absolutamente la frontera a todos los españoles, como después hizo, en 1974, el México del presidente Echeverría.

venganzas aún no terminadas. Fue época inicialmente dura, que se superó con la iniciación del «desarrollo» en 1956, momento en el que España se acercó y fue aceptada *de facto* por Europa, se desmitificó de todo vestigio ideológico «fascista», prácticamente destruido desde 1945, y se dio entrada a fuerzas y corrientes no monolíticas, con una implacable decisión de mantener diversidad de influencias sin permitir a ningún grupo el dominio general de la sociedad.

A finales de los años 60 se inició la decadencia con la del general Franco, y surgieron movimientos desintegradores de su poder, como el llamado «contubernio de Munich» y el ingreso en la militancia comunista de amplios núcleos universitarios que se preparaban para el cambio, ya inevitable. En este período comenzaron los ataques al «desarrollo», enfrentándolo con el de «cambio», con la efectiva técnica de usar palabras que estigmatizan por sí mismas, aun con significado y efectos realmente inocuos. Alguna influencia tuvieron los acontecimientos de Francia en 1968, con su interpretación como hecho social admirable.

Surgió claro el final con la enfermedad del general Franco, momento en el que hubiese sido útil su dimisión, que acentuó los movimientos de oposición clandestina, que culminaron con el asesinato del almirante Carrero Blanco, en uno de los magnicidios más espectaculares y bien ejecutados técnicamente de la historia del mundo moderno [14]. Hecho destacado fueron los fusilamientos de vascos, acto característico de «senectud con poder absoluto» que nadie se atrevió a discutir y que tuvo consecuencias negativas para nuestro futuro equilibrado.

Con lo anterior se entra en la denominada transición, la época actual, la nueva etapa democrática de España. En ella cabe apuntar un fenómeno de gran significación: en un país que durante largo

[14] Ese día, y por única vez, mi hijo mayor visitó mi oficina, en el paseo de Calvo Sotelo, hoy Recoletos, diciendo que al salir de nuestro domicilio se había producido una gran explosión de gas en la calle de Claudio Coello, que él había visitado por curiosidad, sin darse cuenta nadie de que se trataba del asesinato del almirante Carrero Blanco, que había saltado con su automóvil por encima de una pared de 20 metros (de la Iglesia de los Jesuitas) y que estaba en una terraza superior. El lugar de este magnicidio se encuentra a 200 metros del edificio situado en Maldonado esquina a Velázquez, en el que fue detenido (y casi inmediatamente asesinado) José Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936, lo que fue, posiblemente, el comienzo real de la Guerra Civil española.

tiempo desconsideraba la institución monárquica y en concreto la dinastía actual, al triunfar los teóricamente contrarios, comunistas, socialistas, etc., la monarquía pasa a ser símbolo reconocido por unanimidad de la nueva etapa, que ha hecho posible una transición poco violenta, o menos de lo que se esperaba. Ha fallado el adagio de que «los dictadores pueden hacer todo menos testamento», pues la monarquía española es creación del general Franco, que la propugnó, y en su final dio fuerza para trasponer un período en que lógicamente hubiese debido desaparecer. Algunos dicen que es lo mejor que él hizo en su vida, aunque puede competir con su negativa a entrar en la Guerra Mundial.

España ha iniciado una nueva andadura democrática y parlamentaria que, con la excepción del terrorismo vasco, ha logrado una pacificación política que debe encomiarse; un enriquecimiento general indudable; un profundo cambio en la sociedad, del que los gobiernos han sido más testigos que artífices, y una integración en Europa, aceptada y propugnada por todo el pueblo, con pocas divergencias. Ha sido más profunda y entusiasta de lo que esperaban los restantes países europeos, también muestra del extremismo ingenuo español y que en algún aspecto ha sido negativa, porque ha significado entrar a ciegas, preocupados de que se nos pudiese tachar de malos cumplidores, olvidando intereses sociales, especialmente afectados por las consecuencias económicas resultantes. Pero posiblemente ha sido preferible, como el tirón rápido para retirar un mantel, dejando en su sitio los platos que sobre él están.

5. El análisis preciso del momento político español me obligaría, en contra de lo que quiero sea este libro, al análisis de lo concreto, que no podría hacer con objetividad ni desapasionadamente. Pero sí quiero comentar la situación de «Las Españas», íntimamente enlazada con las autonomías, posiblemente lo más básico y trascendente para el futuro español, y de especial interés para la Nueva América.

El tema autonómico, en todas sus perspectivas, se enlaza con la historia, razón de ser y acción política del carlismo, en cuanto que la defensa de lo regional fue una de las causas de su arraigo a lo largo de un siglo y la de su especial implantación en las zonas más preocupadas por su propio modo de ser y autonomía de decisión. Mi cultura carlista me ha hecho sensible al problema, especialmente cuando en el proceso de nuestra postguerra era más aguda la conciencia ultracen-

tralista, incluso de personas que hoy representan la ortodoxia democrática [15].

El sentido regional, más que regional en bastantes casos, dominó siempre en la región Vasco-Navarra y en Cataluña. En la primera se mantuvieron vivas muchas instituciones políticas autonómicas, con especial beneficio para sus ciudadanos; en Cataluña, donde tuvieron menor contenido y efectividad surgió una extraordinaria sensibilidad cultural, con utilización masiva del idioma y clara voluntad autonomista. Desgraciadamente, ambas tendencias se integraron con otras muy diferentes durante la Segunda República española, y dejaron de ser un movimiento ideológico religioso y regionalista para unirse, en el caso vasco, a movimientos políticos antirreligiosos.

Al iniciarse la transición española, era lógico que se admitieran las posiciones de vascos, navarros y catalanes, y sus deseos de autonomía. Pero los gobernantes de aquel momento, la transitoria UCD, carecían de convicción regionalista y actuaron con «táctica política», pero sin sentido estratégico de patria ni preocupación ideológica profunda, y quisieron «difuminar» los derechos y convicciones históricas con un principio igualitario, incluso creando artificialmente «comunidades» como la de Madrid, desgajada de la histórica de Castilla. Previendo la falta de preparación para el gobierno de varias de ellas, se actuó con prudencia, no excesiva en algunos casos, como lo demuestran algunos hechos recientes, pero insuficiente y hasta ofensiva para las que se construían sobre claros precedentes históricos y con experiencia en el autogobierno.

Uno de los problemas y oportunidades con los que se encuentra España en el momento actual es el «Estado de las Autonomías». Tiene aspectos positivos, en cuanto ha obligado a administrar con más responsabilidad un conjunto importante de áreas geográficas españolas y esto es útil a largo plazo, pero en alguna han proliferado el despilfarro y las excesivas preocupaciones personales de políticos, problemas que tendrán que afrontarse cuando llegue una época de «vacas flacas», pues será necesario reducir nuestra excesiva estructura y coste burocrático y

[15] Hacia 1938 se institucionalizó una consigna aberrante, causa de muchos problemas actuales: «si eres español, habla español». Lamento decir que el autor de esa consigna fue una persona relacionada con mi familia, pero no carlista, cuyo recuerdo no quiero perjudicar.

crear sistemas de análisis de actuación de cada unidad. Sólo así se evitaría que la autonomía fuese una patente de corso, con instituciones operativas que no pueden ser comparadas de modo homogéneo, en costes y servicios, con otras comunidades autonómas, con lo que a los electores sólo les llega una visión de éxitos, pero no de fracasos o por el contrario, se produzcan ataques injustificados de los que no tienen el poder.

El Estado de Autonomías se hizo precipitadamente para resolver las exigencias de dos regiones con tradición de autonomía operativa, que, además, con independencia de factores históricos, eran las mejor preparadas para el autogobierno y parece son las que mejor gestionan los intereses de sus ciudadanos, aportando a sus territorios un sentido de «Estado Regional», con programación de futuro y estrategia propia, que en algunos otros desgraciadamente no existe.

Destacar esta situación sirve para contribuir a que este problema aflore. La estructura creada por envidia, «por considerarse no menos que el de al lado» es peligrosa e injusta para los más eficientes, que no se sienten satisfechos de estar igualados y quieren conseguir más cuotas para distinguirse de los restantes; éstos, a su vez, se consideran discriminados, «yo también soy listo» y reclaman más cuotas, aunque no saben cómo administrar las existentes. Los españoles necesitarán una «perestroika» autonómica antes de la próxima centuria. Es tema que me hubiese gustado eludir, ya que resulta difícil de tratar sin herir susceptibilidades, pero lo comento por sentido de responsabilidad como autor y por creer que me lo autoriza mi trayectoria personal e independencia como «retirado» de la política y la empresa, lo que me permite afrontar lo que otros evitan.

Incluso con esta limitación de implantación precipitada y politizada, los efectos del régimen autonómico han sido positivos en general, y muy positivos en varios casos; se ha comenzado a crear, donde aún no existía, una conciencia de autogobierno que paulatina e inevitablemente se irá extendiendo y sofisticando, y se van creando especialistas en su administración, con visión activa de futuro y no simplemente para evitar la «esclavitud» de depender de una burocracia estatal, anquilosada y sin interés por lo lejano. También ha sido causa de mayor bienestar de amplias áreas rurales y, con ello, posibilidad general de equilibrio, hasta ahora no logrado en España.

Esto no evita la duda de si será posible evitar tendencias radicales de desintegración, con repercusiones graves, internas o externas. Una nación, para mantenerse unida y transformarse en «patria de todos», necesita lo siguiente:

– Ideal único superior, reconocido de modo muy general por sus habitantes, con suficiente vigor para aceptar sacrificios, incluso el de la propia vida.

– Líderes carismáticos no discutidos, con imaginación para el futuro que los haga ser admirados y seguidos por sus ideas claras, generosas y creativas.

– Instituciones centrales respetadas, que favorezcan y protejan la integración, sin envidia de las instituciones autónomas.

Cuando estas condiciones faltan o no se compensan entre sí, la unidad se desintegra o sólo se mantiene por coacción violenta.

Un aspecto destacado en esta Nueva España, que se enmarca en su estructura autonómica, es el idioma, casi principal vínculo de unión de un país y de una cultura. España se identifica con el idioma castellano, y cuando éste podría ser más importante en el mundo y principal instrumento de transmisión de lo nuestro, se crea, incluso oficialmente, una tensión permanente de desintegración idiomática, en algún caso recreando idiomas que no existían y discriminando en ciertas áreas a españoles que utilizan el castellano. Es difícil que en otro país del mundo se haya dado una situación parecida, salvo por «puntual» y coyuntural persecución sectaria. Es otro factor que puede conducir al desprestigio de nuestro país, que por resentimiento y envidia es capaz de perder dos ojos para que nuestro vecino pierda uno. Se está produciendo un fenómeno de fagocitismo suicida que en la próxima centuria influirá en la evolución de España y, sobre todo, en su participación en el poder de Europa. Parece ilógico que en el siglo XXI casi desaparezca en gran parte de España el idioma castellano; no sé si aún hay esperanza ni si cabe un equilibrio saludable y satisfactorio que antenga lo propio sin perjudicar lo nacional.

Es más triste aún que esto ocurra cuando el castellano se afianza como una de las principales lenguas universales, ya que es probable que a comienzos de la próxima centuria sea el idioma occidental más hablado en el mundo, en el que de algún modo se está produciendo una competición lingüística. El inglés avanza, con posibilidad de ejercer una importante, si no total, hegemonía; en China, los gobernantes

extienden el mandarín como medio de unificación nacional, y lo mismo hacen los hindúes con el hindí. En tanto, italianos y alemanes ven con tristeza que disminuye el potencial de sus hablantes. En este fenómeno se mezcla Portugal, que ve en cierto modo invadido su idioma por el castellano, aunque, en cambio, Galicia trata de identificar el suyo con el portugués.

No puedo ocultar mi doloroso pesimismo sobre el futuro de la España en que he nacido, sin que pueda hacer nada útil para evitarlo. Debo expresar que la consecuencia lógica del proceso actual de España es su desintegración en alguna o pocas décadas. Al haberse convertido en una típica sociedad ultrahedonista, no veo capacidad de reacción para impedirlo, ni para detener la decadencia de nuestro país, que lo descartaría como factor de influencia en Europa y América, y lo incapacitaría para llevar a cabo sus obligaciones y tareas históricas.

6. A pesar de estos comentarios negativos, en contradicción evidente me parece probable que España aumente (o pudiera aumentar) su influencia política, cultural y geográfica en Europa, y que no quede sólo como mera espectadora, sino con peso específico en sus acciones colectivas [16]. A esto contribuirá la incorporación del Este europeo, que verá en España tierra con sol y calor, a la que procurará acercarse y vincularse, dentro del generalizado desplazamiento sociológico hacia el Sur, en parte, porque el aire acondicionado ha hecho deseable la residencia en climas cálidos, y por el mayor valor que el hombre moderno da al sol en todos sus aspectos. En Estados Unidos, crecen California y Florida y decrecen la costa Este y la zona de los lagos; incluso este fenómeno climatológico aparece en Gran Bretaña, aunque no en Italia, donde el Sur quiere ir al Norte y no a la inversa.

España, además, puede ser un puente de relación y reciclaje recíproco de Iberoamérica con Europa, facilitando a muchos iberoamericanos relaciones con sus homólogos países europeos. La necesidad de acercamiento de pueblos y continentes nos ofrece una posición geopolítica excepcional como principal punto de encuentro, ya que España puede considerarse políticamente Europa, geográficamente África y

[16] Parece contradictorio lo que afirmo en este momento y en los párrafos anteriores, pero así lo veo y no soy capaz de explicarlo. Desearía que con ello se despertase más atención en este aspecto de la vida actual, y quizás una conciencia de responsabilidad para que se imponga el sentido común.

espiritualmente Iberoamérica. De algún modo esto también ocurre en lo cultural, donde el Magreb va a ser importante para el futuro de España, más de lo que piensan los políticos franceses, españoles o italianos, y en ese acercamiento España se verá penetrada por lo islámico, en cultura y religión, personas y razas.

No es sólo una *boutade* la frase de que América empieza en los Pirineos, aunque quizás Europa acabe en Gibraltar. La lengua es el factor cultural más importante, y así ocurre con el árabe, el inglés y el castellano. España, por esto, se integra en Hispanoamérica y se hermana con Portugal en Iberoamérica. Cualquier español se siente más «en su casa» en Buenos Aires o México, que en París o Londres. Sólo por esto, no por lo político ni lo económico, se está produciendo una extraordinaria corriente recíproca de relación e influencia entre Iberoamérica y España, ajena y hasta contraria a los gobernantes, entre individuos y pueblos, a pesar de los lazos comerciales que, por razones prácticas, son limitados.

En este contexto, destaca la importancia que han tenido los movimientos de exilados, activos y pasivos, de España al exterior y del exterior a España. En el siglo XIX fueron importantes y permanentes los exilios liberales en Europa, con aportaciones culturales como el Romanticismo, y el de los exilados carlistas en varias partes del mundo, en especial en América [17]. En la Guerra Civil Española los exilados republicanos, con los que España perdió parte de sus conocimientos y saber, se trasplantaron a Hispanoamérica, logrando éxitos notables que deben agradecer sus países y nos honran a nosotros.

Pero también ha influido el exilio a la inversa, consecuencia de avatares políticos de algunos países iberoamericanos. Chile, con el doble exilio de los antiallendistas, que generalmente regresaron cuando triunfó el general Pinochet, y los antipinochetistas, con mayor arraigo y duración. Ambos dejaron impactos sociológicos y económicos. Los argentinos han adquirido importante presencia en la vida española, que continúa en aspectos generalmente científicos y profesionales, aunque también en el mundo subcultural de *hippies* y sus continuadores. El

[17] Una gran familia científica de California, los Álvarez, procede de este exilio; también los carlistas contribuyeron a crear núcleos de emigrantes en Cuba, en especial de catalanes.

más importante de estos movimientos fue el de los cubanos, aunque generalmente utilizaban nuestro territorio de camino para su entorno natural, que era Florida, con la que Cuba había estado vinculada a lo largo de su historia.

España está experimentando un cambio extraordinario, inigualado en otros países, fundamentalmente sociológico, psicológico, espiritual y, en bastantes aspectos, moral. Se han modificado lo que eran o parecían ser las características que nos daban cierta situación de retraso frente a los europeos, y hoy día España se considera más «adelantada» que la mayoría de sus vecinos europeos y, repentinamente, tenemos la mínima tasa de natalidad de Europa y, quizás, la mayor facilidad para la pornografía. Parte de este cambio procede del maximalismo español que, en momentos, conduce a grandes mejoras, como se advirtieron de modo rápido en el siglo XV, pero también a retrocesos con velocidad increíble.

Ésta creo que es la España que en el próximo siglo participará en la Edad Universal y tendrá amplio protagonismo en la Nueva América. Conocerla mejor será útil para los españoles, para los europeos y para los americanos. Dios quiera que mis comentarios puedan ser de algún modo útiles.

España tiene obligaciones y un papel importante en la construcción de la Nueva Europa y de la Nueva América, pero tiene también contradicciones internas, aunque, en parte, se disimulen por su bienestar. Puede ser uno de los focos de influencia en la «Edad Universal», porque aún conserva una fuerza interna, necesaria en la futura humanidad, y porque puede crear lazos de vinculación entre Europa y América. Con pesimismo en muchos aspectos, confío en que saldremos adelante y podamos sentirnos orgullosos de lo nuestro, para lo que es indispensable evitar desintegrarse en conflictos internos, aun no violentos. Es su gran incógnita para el siglo XXI, cuya respuesta negativa podría incluso afectar a la evolución americana.

IV

EUROPA

Nuestra civilización procede de Europa y su tradición greco-judeo-cristiana, cuna del Mundo Occidental. Ahora ha perdido su carácter religioso y lleva camino de transformarse en el *ghetto* blanco de la Edad Universal, residuo de una sociedad que se resiste a perder su situación privilegiada. América ha sido la proyección ultra-atlántica de esa Europa que, aun con lazos que se reduzcan paulatinamente, será durante varios siglos, y en especial el próximo, pieza básica en la construcción de la Nueva América, aunque no es probable siga siéndolo pasados pocos siglos, y aún menos Iberoamérica, que adquirirá un carácter multiétnico. Europa necesita, desde un punto de vista geopolítico, un estudio de sus relaciones y recíprocas influencias con América, su más importante creación histórica.

1. El mundo moderno, tal como lo concebimos, tiene su origen en Europa; puede que exista alguno anterior, pero el histórico surge de ella. Los europeos creemos ser el «ombligo del mundo», como ocurrió con los griegos, en cuyas tierras, hacia el sexto milenio antes de Jesucristo, aparecen los primeros antecedentes arqueológicos de lo que habría de ser el hombre, que se fue desplazando por el Danubio y parte de la antigua Union Soviética.

Con antecedente principal en la acción unificadora del Imperio Romano, la Europa que hoy conocemos nació realmente en el año 800, con la coronación en Roma de Carlomagno, que por sí mismo, y

por las acciones de su padre, era respetado, después de la batalla de Poitiers, por germanos, francos, cristianos en España, eslavos e italianos. Él emprendió acciones para crear un núcleo común europeo, de eurócratas se diría ahora, al concentrar «inteligencia» de los diversos pueblos que le reconocían. El monasterio de San Martín de Tours produjo una nueva caligrafía, la «carolingia minuscule», eficaz vehículo de unificación político-cultural. También allí surgió el primer antecedente de altos estudios europeos, cuna de las universidades de la Edad Media, con las siete artes liberales, el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *cuadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) [1].

No aparece posteriormente ningún impulso semejante, hasta el emperador Carlos V de Alemania que, al ser simultáneamente rey de España, extendió su acción a prácticamente toda Europa continental, casi como había hecho Carlomagno, pero sin vocación política unificadora. En la Edad Media, España era poco Europa, viviendo arropada en su «peninsularidad», como Gran Bretaña lo estaba en su insularidad.

Sin el Cristianismo y el antecedente de las cruzadas no se puede comprender Europa, muy enlazada con el Papado y el ideal religioso, con la amenaza del Islam por el Este y el Sur, e incluso con fuerza política directa, ya que los Estados Vaticanos eran importante nación europea. La Italia del Norte y Milán constituían una *deep Europe*, con vinculación al Imperio Germánico. España, en tanto, se vinculaba al Mediterráneo, con presencia en la Italia del Sur. Roma ahora tiene más importancia que su mero recuerdo como país independiente, la de ser centro de la Cristiandad, con influencia sobre Europa y tradición profundamente católica; sigue polarizando parte principal de las creencias y sentimientos, y de ello parece símbolo el «Tratado de Roma», principio de la Nueva Europa.

En este momento de conmemoración histórica, conviene saber qué pensaba la Europa del siglo XV que antecedió al descubrimiento de América. Para ello hay que recordar la aportación de Hernando Colón, cuya figura y trabajo se habría difundido aun sin ser hijo del Almirante, si bien, sin el «dinero de América» no hubiese podido

[1] Tiene actual valor ilustrativo esa distribución del saber y del conocimiento, hasta para hacer posible de nuevo siete «artes básicas» que todos deberían conocer, como en la Edad Media se pretendía conociera una élite superior.

llevar a cabo su gran obra. Hernando Colón creó la Biblioteca Colombina en innumerables viajes suyos y de sus colaboradores, llegando a adquirir hasta 16.000 publicaciones, que representaban aproximadamente el 70 por ciento de las impresas hasta 1539. Muchas de ellas no han llegado a nuestros días, y de algunas casi sólo se ha tenido noticia por referencia en su catálogo [2].

Comenzó la etapa española de Europa con el apogeo político de Carlos V, desde el Norte de Italia a los Países Bajos, y con la presencia aragonesa en el Sur de Italia. También en esta etapa comenzó su desintegración cuando, por efecto de la reforma, rompió su unidad religiosa, desgarrándose en largos conflictos bélicos que prepararon la etapa de los nacionalismos exacerbados y luchas hegemónicas internas, que han llegado hasta el siglo xx. Son antecedentes de la Europa unida, que se consolidó al incorporar países periféricos, Gran Bretaña, Grecia, Portugal y España, que abre camino al hecho histórico más importante y próximo: la plena incorporación a Europa de los países del Este y del Imperio Soviético, en especial Siberia. Con ello, se unificará un continente con un volumen de más de 780 millones de habitantes, que coexistirá con la Nueva América y también con Asia, si ésta llega a coordinar sus grandes potencias, China, India, Japón e Indonesia, aunque sus diferencias raciales y religiosas, y la clara separación geográfica, harán difíciles fórmulas semejantes a las de la Nueva América y la Nueva Europa.

Hasta ahora, el mapa racial de Europa es simple, al componerse de pueblos o razas claramente indoeuropeos o similares, con diferencias poco significativas, obra del tiempo de actuación común. Pero puede producirse una modificación étnica, la «invasión» de razas distintas, principalmente musulmanas. Del volumen de 498 millones de

[2] La publicación por la Fundación MAPFRE América y la Fundación Capitular Colombina, en diez volúmenes, de un Catálogo concordado de los Repertorios Bibliográficos elaborados por Hernando Colón sobre las publicaciones de su biblioteca, ayudará a conocer qué leía y cómo pensaba Europa en 1492, cuando en su horizonte apareció la América actual. Los ilustres especialistas que están preparando esta edición garantizan la calidad de este emprendimiento. Bajo la dirección de Tomás Marín, catedrático de paleografía de la Universidad Complutense de Madrid, colaboran en el proyecto el catedrático José Manuel Ruiz Asencio, de la Universidad de Valladolid; Arthur C. F. Askins, de la Universidad de Berkeley; Klaus Wagner, de la Universidad de Sevilla, y Moisés Orfalí, de la Universidad Bar-Ilan de Jerusalén.

habitantes de la Europa actual y del Este, los de origen musulmán son más de 6 millones, y si se integrase la totalidad de la antigua Unión Soviética, llegaría el número de musulmanes a 38 millones, con un porcentaje sobre el total del 5 por ciento. Esta cifra, en los próximos siglos, puede ser significativa, y personalmente estimo que deseable. Los blancos autóctonos europeos decrecerán paulatinamente en su dimensión, en tanto aumentarán los inmigrados, lo que obligará a regulaciones específicas (ningún país permite la invasión libre de otros ciudadanos), pero que abre posibilidad de abuso y discriminación, frente a la globalización que exige la Edad Universal.

La política inmigratoria nos afecta a los españoles porque recaerá en nosotros gran parte de su cumplimiento y ejecución, en contraposición con nuestros sentimientos, con las obligaciones morales que implica «la dignidad del hombre hispánico» y con un sentido de solidaridad con los que han sido sus hermanos, pues no sólo se tratará de la inmigración magrebí, sino de la iberoamericana, que puede alcanzar gran dimensión, lo que debería enorgullecernos y sernos útil.

Desde la época prerromana y romana, Europa ha sido testigo de luchas entre sus pueblos, con o sin mercenarios, hasta las guerras de religión que abrieron el gran debate de Europa. La Europa católica se resquebrajó; España, por defenderla, abrió demasiados frentes y prestó poca atención a América, que llegó a considerar como simple instrumento de creación de riqueza, para su objetivo básico de defensa de la Iglesia.

En una Europa futura, con o sin fricción bélica, la unidad parece posible y viable si, en los próximos siglos, se consigue alto grado de entendimiento, aun con disputas locales o limitadas a un área específica, como las que proceden del «avispero» balcánico y de los restos de la Europa del Este y del conjunto ruso, que deben encontrar fórmulas políticas de equilibrio; de otro modo constituirán obstáculo casi insalvable para la «Nueva Europa».

2. El año 1950 puso la semilla para lo que va a acabar siendo la Gran Europa Continental. En un momento delicado y después de espectaculares tragedias y enfrentamientos, la conciencia cristiana de Europa volvió a imponerse; fue obra de tres potencias, con gobernantes de raigambre católica (De Gaulle, Adenauer y De Gasperi) y, por eso, aportación de la Iglesia católica al futuro del mundo y, en concreto, a Europa. Esa Europa, de «más de veinticinco», que se subordina a prin-

cipios democráticos y parlamentarios, pues sólo utilizándolos se tiene cabida en ella [3].

Parece que los hombres blancos, de los que Europa es principal bastión, desean imponer sus técnicas sociopolíticas, despreocupados de la aculturación de otros pueblos que se consideran bárbaros, a los que se quiere exigir un cambio de su propio modo de ser. Cuando esos pueblos se hacen más numerosos, forzosamente se resienten de las pretensiones de los blancos. Ocurrió lo mismo con el Imperio Romano, y en esa actitud europea está la semilla de graves enfrentamientos y quizás nuevos genocidios.

Con balbuceos, altibajos y probablemente grandes errores, el concepto de Europa se ha abierto camino en la geografía y en la vida política. La nación europea está imponiéndose porque es una realidad geopolítica y, sobre todo, porque existen circunstancias externas que exigen unidad y obligarán a prescindir de la diferencia de idiomas, razas y viejos nacionalismos, a pesar de una virulencia actual para lograr la fuerza de que, aisladamente, carecen los países que la componen. El equilibrio futuro del mundo precisa de una Europa con un objetivo comunitario identificable y sin amenazas de resquebrajamiento interno, como no las tiene Angloamérica, ni en el futuro debería tener la Nueva América. Pero también necesitan un alma, y ésta no existe, ni incluso puede existir, sin acción ni ideal común, sin sacrificios solidarios, sin respeto al hombre y sin humanismo. Sin ellos, Europa puede desaparecer.

A España no le cabe otro camino que el de Europa, porque es Europa y parte sustancial de ella en el pasado y en el futuro. Cualquier alternativa a la de integrarse en Europa es «provinciana» e ilusoria. Quizás resulta penoso para el orgullo nacional, pero en parte es consecuencia del abuso de ese orgullo para fines particulares de la clase dirigente, que ahora debe soportar las consecuencias. Por supuesto, hay

[3] Hace 15 años, decía en mi libro *Anotaciones de Sociología Independiente,* lo que transcribo y que ahora resulta interesante recordar: «En los próximos decenios, probablemente en el siglo próximo, puede surgir algo más importante dentro de Europa; no sólo España y otras comunidades políticas neutralistas formarán parte de ella, sino que esto resultaría insuficiente, pues Europa necesita prescindir del calificativo de occidental y pasar a ser Europa a secas, que comienza en los Urales, comprende los países del Este y acaba en el estrecho de Gibraltar. Ése sería el gran paso de Europa, aunque su plazo nos parezca ahora muy largo».

razones superiores a los méritos o deméritos de España; la principal es el camino del mundo hacia esta Edad Universal, que tan diferente ha de ser de las pasadas Media y Moderna, que existían en un planeta políticamente fragmentado, sin contacto entre sus regiones.

Fue comprensible la duda sobre la conveniencia de que España se integrase en Europa con búsqueda de una alternativa de independencia e incluso de un alineamiento en la vanguardia del Tercer Mundo. Hace 30 años, aprovechando las posibilidades del desarrollo económico y la flexibilidad de un sistema político autoritario, España habría podido llevar una política propia de vinculaciones árabes, iberoamericanas y europeas, manteniendo dentro del Sur de Europa un equilibrio, como eslabón útil para la coordinación política y económica de grandes fuerzas contradictorias. Hoy es una ilusión frívola, como lo sería pensar que España haya de influir de modo sustancial en los destinos de Europa, y estas ilusiones sólo sirven para dejar lo posible por intentar lo inalcanzable, pues ni Europa ni el mundo futuro pueden admitir las habilidades de equilibrista no ya de España, sino de Suecia, Suiza o Austria, que desean independencia en deberes y responsabilidades, manteniendo derechos y ventajas.

En una perspectiva a largo plazo, la integración de España será importante porque su papel relativo puede ir creciendo dentro de la Comunidad Europea, aunque siempre de modo periférico al núcleo fundamental de poder que, lógicamente, continuará en Centroeuropa, no lejos de la Alemania actual que, con la incorporación del Este y de la desaparecida Unión Soviética, adquiere un carácter aún más central, a pesar de la tendencia inevitable de desplazamiento sociológico hacia el Sur.

En Europa falta un concepto básico de comunidad, salvo en una concepción abstracta, en gran parte por razones económicas. La incorporación de Inglaterra, que podría haber exigido esta reflexión, se justificó con su *glamour* histórico y hasta por la satisfacción de doblegar su orgullo insular; sólo De Gaulle tuvo dudas de su conveniencia. La incorporación de España ha presentado una situación diferente, no ya por aspectos superficiales, con alguna reticencia italiana y regateo de cláusulas económicas, sino para el eje básico europeo —Alemania, Benelux y Francia—, la Castilla europea.

El problema futuro de Europa es que debe elegir entre ser una unidad política colectiva, con sentido trascendental de lo que es servi-

cio a la humanidad e integrada con el resto de ella, o ser un *ghetto* de raza blanca que paulatinamente va perdiendo importancia y acaba necesitando la coacción física para defender sus privilegios, hasta que llegue a perderlos. Los europeos debemos hacer lo posible para que Europa sepa continuar el ideal cristiano, universal y ecuménico, y de ese modo pueda desempeñar un papel importante en el mundo, aunque esto le exija transformaciones que la alejen del «nacionalismo de naciones» o «nacionalismo de tenderos». Dentro de su función, Europa necesita una política de coordinación con América, Asia y el mundo musulmán, que dé y reciba, para participar en la nueva Edad Universal que entre todos debe construirse.

3. Se hace indispensable analizar lo que se desea para Europa en lo político y en lo social, y cuáles son objetivos coordinados comunitarios que trascienden de los intereses estrictamente nacionales o circunstancias económicas. Aún no se ha hecho, ni resulta fácil, ni me parece que los eurócratas, en su nuevo poder supranacional, estén preparados para hacerlo. La Guerra del Golfo, con sus gravísimas consecuencias, fue la primera exigencia absoluta para la unidad de actuación, aunque por razones defensivas de protección de materias primas. Ha sido importante hito para Europa, «útil» para consolidar la unidad sociopolítica que necesita, pues solamente con actuaciones colectivas se configura una gran supernación, como siempre ha ocurrido en las unidades políticas, cualquiera que sea su dimensión, pues no son solamente teórico armazón estructural, sino conjunto de obligaciones comunes. Esta guerra es antecedente de la fricción inevitable entre Norte y Sur, el mundo blanco de Europa y el ocre musulmán, que desde ahora y por décadas y centurias, va a determinar el futuro de la humanidad.

Europa ha sido últimamente un concepto teórico, coalición circunstancial sin sensibilidad para los peligros que la amenazan, con profundas contradicciones internas, sin ideal carismático y poca necesidad defensiva, sólo conveniencia económica, o sea, comunidad de intereses. Está apareciendo algo más importante en las naciones que forman parte de Europa, convencidas de que esto resulta insuficiente y que para su continuidad histórica es necesaria conciencia de responsabilidad conjunta; en especial, abandonar el calificativo de occidental y pasar a ser Europa a secas, con una superficie de 10 millones de kilómetros cuadrados y 695 millones de habitantes, frente a los casi 40 mi-

llones de kilómetros cuadrados y 705 millones de habitantes de América, y los 44 millones de kilómetros cuadrados y más de 3.000 millones de habitantes de una posible Gran Asia.

La Comunidad Europea debe incluir los Países del Este, desde hace tiempo dentro de ella en espíritu y por voluntad de sus habitantes. La separación entre Europa Oriental y Europa Occidental era artificial e inestable, como la de las dos Alemanias [4] y por esto desaparece por sí misma, sin necesidad de decisiones legales, aunque su unificación o integración interna sea dolorosa y lenta. El gran desafío y esperanza del futuro en Europa está en esta integración, no simplemente formal y en cierto modo visceral e irracional después del trauma de años de esclavitud, sino con auténtica transformación unificadora de pueblos, dentro de la mentalidad, contexto y estructura europea. No es fácil para un continente, ni frecuente, una incorporación masiva tan importante. Pero Europa procede en parte del Este y es natural la vuelta a su seno que, en todo caso, marca en su historia un hito sociológico y no sólo político. Europa, sin países del Este, hubiese iniciado en los próximos años un rápido declive, dados sus niveles de hedonismo y utilización de otros pueblos para mantener la comodidad que sus habitantes reclaman.

El conjunto de países del Este representan un volumen de casi 170 millones de habitantes, aproximadamente un 52 por ciento de lo que constituía la Europa de los Doce, antes de 1989.

El Este aporta personas de alto nivel educativo y cultural e identidad de fondo con los otros europeos y, al mismo tiempo, la humildad de los que desean salir adelante por cualquier medio, sin imponer condiciones ni exigir crecientes derechos. Es la ayuda más trascendental que puede encontrar, sin violencia, un conjunto político como la actual Europa de los Doce. La absorción de estos pueblos y transformación en una unidad real, durará más de un siglo; ha de ser lenta para que sea profunda, pero desde el primer momento ofrecerá alivio importante al futuro de la Nueva Europa, aunque tenga lastres y limitaciones.

[4] En diciembre de 1989, un líder económico-industrial de Estados Unidos me comentaba la unificación de las dos Alemanias, en mi opinión ya entonces hecha, y me decía lo que creí opinión dominante en Washington, que «para ello se requerirían bastantes años». Antes de que pasaran doce meses desde esa conversación, la unidad legal alemana era historia.

Una consecuencia del derrumbamiento de muros Este-Oeste ha sido el descubrimiento de la gran mentira de los paraísos socialistas, con cambios en su historia oficial si los había en su «nomenclatura», y traslado a terceros de críticas que correspondían a ellos mismos. No hay en la historia otro ejemplo de «gran mentira oficializada», ni que esa mentira haya sido aceptada por tan amplios núcleos intelectuales, e incluso les haya llevado a cometer traiciones para su patria al comparar problemas inevitables de la vida social diaria con teóricos paraísos basados en la más grande estafa social de la historia. Ni en los regímenes más crueles y autoritarios, como los de Hitler o Sadam Hussein, se ha llegado a esa situación absoluta de mentira. La Europa del futuro recibe una lección con este hecho, que conformará la mente de muchos de sus nuevos ciudadanos.

El paso siguiente, en parte simultáneo, será la incorporación de Rusia, Federación Rusa y países que estuvieron integrados en la URSS, con la denominación que tengan en cada momento de adoptarse éstos, con problemas y posibilidades de muy distinta naturaleza. Es la segunda oportunidad que abre camino a la Europa del estrecho de Bering e isla de Ellesmere al estrecho de Gibraltar, la auténtica «Nueva Europa», continente principal del mundo en los próximos siglos, con un conjunto de 786 millones de habitantes, frente a los 706 millones de la Gran América. A diferencia de los países del Este, ni Rusia ni casi ninguna de sus Repúblicas han sido nunca Europa, y apenas han participado de su modo de vida y conceptos básicos, en parte por su adscripción a la Iglesia Ortodoxa y no a la Iglesia de Roma.

Tarea lenta y complicada, pero también apasionante y grandiosa es la incorporación del conjunto ruso. Ofrece problemas por su diferente estructura interna respecto a los países de Europa del Este. Tendrá que sufrir convulsiones, la más clara con las independencias de alguno de sus Estados integrantes, que puede dar lugar a cambios en la estructura de Europa y que ya se ha producido con los países bálticos, que podrán formar casi una sola y nueva nación, con lazos especiales e incluso integración con los países nórdicos y con áreas de la propia Rusia. También Ucrania tenderá a asociarse con países de la antigua Europa del Este a los que, históricamente y por razones religiosas, ha estado muy vinculada. Pero, sobre todo, serán importantes las fricciones en sus Estados asiáticos, aunque algunas repúblicas, como Armenia y Georgia, estén culturalmente vinculadas a Europa (caso de Israel) y

quizás todas con deseo de convertirse en enclave europeo en el Asia islámica.

Interesa la incorporación de Siberia, área asiática de la propia Rusia, que completará esta Nueva Europa a la que ofrece dimensión trascendente en materias primas y espacio. Siberia, del mismo modo que se consideraba la reserva de recursos de Rusia, lo será de la Nueva Europa. No aporta muchos habitantes, pero sí gigantescas extensiones no adecuadamente explotadas [5].

4. La Gran Europa de raza blanca y herencia cristiana constituye una unidad política a la altura de la geopolítica del siglo XXI, pero su mentalidad occidental de espíritu mercantil, sin ideales, con dinámica que tiende a la descomposición interna, puede incluso fragmentarla antes de haber iniciado su consolidación. Una nación necesita ideales y una vocación de grandeza que justifique el sacrificio y, en su caso, la muerte de sus componentes. La comunidad de derechos sin deberes, la exacerbación del yo frente al nosotros y al tú, es fácil que degenere en baño hedonista de unidades económicas, mantenidas durante un período limitado de tiempo por lazos de egoísmo político.

Para la constitución sólida interna de la Nueva Europa, debe ser útil que los nuevos países incorporados aporten y soliciten que se mantenga el sentido de lo colectivo e ideales de los que sólo se adquieren en el sufrimiento, que actúen de revulsivo y palanca efectiva para una gran nación futura. Para ello ha de aparecer, además, lo que aún hoy falta: «sentido de peligro», por estar rodeada crecientemente de pueblos de otros colores que adquieren conciencia de su poder y sienten deseo de revancha por los períodos en que han estado oprimidos.

Esta Nueva Europa constituiría el conjunto humano más directamente continuador de la herencia que dio vida al segundo milenio de nuestra civilización, compartiendo el poder con América, en parte mestiza, y Asia, de ojos oblicuos o tez cetrina, pero con pocos mestizajes internos. La Nueva Europa será predominantemente blanca, como le corresponde por su herencia, pero si quiere conservar su color tendrá que aceptar sacrificios que hoy rehusan sus hombres y mujeres. En

[5] Este término es siempre deprimente, porque explotación implica utilización de recursos no recuperables; problema de la sociedad occidental, con recursos limitados e ilimitadas ambiciones y deseos.

otro caso, y es lo más probable, se convertirá, aunque muy lentamente, en continente invadido y mezclado por pueblos de su periferia e incluso de Iberoamérica, requeridos para los trabajos que afectan a la comodidad material de los ricos blancos, con lo que se acabaría creando un mestizaje racial y cultural que absorba parcelas de poder sociopolítico de quienes hoy lo detentan.

La Nueva Europa representa una potencia realmente extraordinaria, pero del mismo modo que la actual se creó durante siglos y milenios con cambios, modificaciones y grandes fricciones, también serán necesarios procesos de esta naturaleza, por supuesto muy difíciles de anticipar.

Europa es rica, por lo menos así lo cree, y *consume* como tal; es Norte, dentro de ese concepto de nueva significación en el siglo XXI, que se caracterizará por la continua fricción entre países del Norte y países del Sur, ricos y pobres. Los ricos son ricos, no es «perogrullada». Esa posición configura personas y naciones, creando actitudes vitales diferentes ante la vida. Europa es símbolo característico del Norte rico, más que Estados Unidos, que incluye otras razas y culturas que le hacen perder la primacía en este *hit parade* hacia el «Norte», al menos en su repercusión política.

Un problema importante de la Nueva Europa es el nacionalismo y el resurgir de esa tendencia étnica, cultural y sentimental del hombre por lo propio, que parece había sido desarraigada del «hombre nuevo», pero que sólo estaba amedrentada por Estados policíacos en que se perdía toda ilusión de libertad y se ocultaban sentimientos íntimos de religiosidad, familia y patria, aunque en realidad, se les exacerbaba. El nacionalismo renace con fuerza, y es posiblemente el mayor obstáculo para la creación pacífica y equilibrada de una Nueva Europa, al verse obligada a resolver guerras locales.

El Imperio Ruso, con raíces históricas, se creó en parte contra la voluntad de sus pueblos, con coacciones y en ocasiones genocidios, como ha ocurrido con la formación de todos los imperios en la humanidad. Al desintegrarse, aparece el abuso de los liberados como reacción al período en que habían padecido indignidad nacional e individual y se despreocupan de coordinar sus legítimos intereses con las necesidades colectivas, surgiendo brotes radicales que exigen todo y de modo inmediato, «todo y ya». Los países bálticos, al menos para los observadores distantes, han sido ejemplo de esta situación; aun cuando

sean indiscutibles sus derechos y real el expolio que aún hace poco sufrieron, no les ha bastado obtener el cambio por vía pacífica, sino que han exigido humillar el poder de Moscú y, con ello, han iniciado un proceso tan peligroso como imparable. Las Repúblicas que Rusia hubiera querido ir paulatinamente liberando no han sabido esperar y esto ha podido conducir a una dictadura tiránica. Afortunadamente, este problema parece que se ha salvado sin grandes pérdidas humanas, pero no así en Yugoslavia.

5. La delimitación y prerrogativas de áreas geográficas será otro problema de la Europa del próximo siglo. Hay que prever, a pesar de la aparente tendencia a la universalización, que los pueblos se preocuparán por preservar su acervo histórico, sus derechos y autonomía de decisión, e incluso surgirán en ellos afanes imperialistas. Es difícil distinguir entre los simplemente regionales y los que podrían ser estados nacionales. Algunas áreas regionales darán lugar a un estado autónomo o por lo menos, un núcleo político orgánico dentro de un conjunto más amplio; en algunos casos, las áreas regionales servirán como unión de pueblos entre naciones distintas, como el citado caso de los países bálticos, que han constituido un área regional autónoma con posibilidad de «relación especial» con los países nórdicos, pero aún habría que preguntar si tienen voluntad de estructurarse como unidad política o al menos, como entidad coordinada, o si desean absoluta independencia para cada uno. El idioma es importante en algunas áreas geográficas y se le quiere potenciar como factor diferenciador y hasta exclusivo, incluso en contra del interés real de los ciudadanos, con exacerbación limitada egoísta, cuando haría falta solidaridad. La ambición de soberanía no admite límites, y núcleos cada vez más reducidos pueden aspirar, con o sin sufragio universal (con o sin coacción), a buscarla de modo absoluto, con justificaciones caprichosas. Un objetivo actual claramente fascista es romper con la historia, y que esto lo decida una generación o una coacción coyuntural, tomando como ejemplo, aun con otras justificaciones, el Estado de Israel, creado por núcleos intelectuales relativamente pequeños. Hay que preguntarse si una generación tiene derecho a eliminar absolutamente su pasado para buscar un nuevo sistema, como se pretende en el País Vasco, y si una generación puede quebrar la historia, si consigue capacidad de coacción suficiente para ello. De estas incógnitas dependerá la evolución de la Europa del siglo XXI.

Ejemplo en varios aspectos es la desintegración de Yugoslavia, creada artificialmente en 1918, con alguna frontera discutible entre sus repúblicas, o entre alguna de éstas con países como Albania, Grecia o Turquía. También lo es Checoslovaquia y, de modo algo diferente, Rumanía con Transilvania y Moldavia. Se presenta esta situación con kurdos, armenios, georgianos, sin entrar en zonas islámicas, más alejadas de la verdadera Europa. Habría que determinar si se debe insistir en el respeto a las últimas fronteras o se han de buscar soluciones más radicales para hacer desaparecer las fricciones étnicas.

Pero a pesar de las incógnitas anteriores, las regiones podrán adquirir mayor dimensión y personalidad en dos circunstancias diferentes: regiones dentro de un país, caso de Bretaña o de Córcega, y regiones con carácter transnacional. El País Vasco no se limita a España; Cataluña tampoco. En ambos casos interviene y participa Francia. Galicia se identifica estrechamente con el Norte de Portugal, componiendo el conjunto «miñoto», de características comunes en ambas partes de la frontera. La relación entre las Irlandas debería desarrollarse e intensificarse. El estudio orgánico de estos problemas, aislados y en conjunto, es objetivo importante para los próximos años.

Estos movimientos de «transregionalismo» o establecimiento de lazos sociales, o incluso políticos, entre zonas de distintos países con análogas raíces culturales e históricas, son evoluciones socio-geográficas que reivindican pasados históricos que no puede ignorar la futura Europa, que debe darles viabilidad para la conexión con su núcleo central, sin perder la que corresponda a las naciones actuales correspondientes.

De modo aparentemente opuesto al anterior ha de producirse un fenómeno de concentración de países con destinos limítrofes o con problemas comunes. Las necesidades de la Edad Universal exigen que Europa y América cuenten con unidades con poder político que aúnen esfuerzos y recursos de varias naciones para adquirir mayor peso específico en la defensa de sus respectivos intereses. Un ejemplo es la creciente coordinación en la península Ibérica entre Portugal y España, las ya existentes en el Benelux y la que está planteándose en los países nórdicos. Italia puede coordinarse con Eslovenia e incluso Croacia, como en algún momento de su historia. Grecia, Turquía y Albania, a pesar de diferencias profundas, llegarán a actuar con cierta unidad. Podría ser conveniente recrear alguna parte del antiguo Imperio Austrohúngaro. Turquía «podría» estar relacionada con una nueva nación

kurda. Quizás caben fórmulas de la Edad Media, en que unos países ofrecían a otros alguna clase de protección, llegando a arrendar la defensa exterior u otras áreas de actuación colectiva.

6. La estructura del principal poder europeo puede modificarse con la incorporación de nuevos países, acentuándose el predominio de los burócratas de Bruselas o de la definitiva capital europea. Parece inevitable que las «Comisiones» de la Comunidad necesitarán mayor poder; lo requiere la estructura unitaria. Pero esto puede originar dificultades entre la realidad de los países y lo que piense una «burocracia imperial». Por eso, interesa determinar si es conveniente un poder más tenue que el que existió en los imperios modernos europeos, o si, por el contrario, esto facilitaría la desintegración. El futuro de Europa necesita mucha tinta o *toner*, como todo lo que se refiere al «poder real», distinto al aparente teórico, que se modifica con numerosos poderes fácticos.

Cabe también preguntar si el poder va a estar principalmente en el núcleo Alemania-Francia, si va a ser efectivamente compartido con los países que se incorporen, o si éstos serán tratados como «neófitos». No pueden hacerse vaticinios, pero el éxito de la Nueva Europa dependerá de que se llegue a una estructura de poder equilibrada, equitativa y estable, con acción unitaria coactiva y pérdida parcial, quizás no uniforme, de soberanía de los miembros que la integren. Para unos, la Europa Central es Alemania o el antiguo Imperio Austrohúngaro e, incluso, alguno de los países del Este. Pero uniendo Alemania, Francia e Imperio Austrohúngaro, nos encontramos con una base central de Europa, frente al Reino Unido y las penínsulas Ibérica, Itálica y Griega y con especial influencia del primero a pesar de su aparente aislamiento y lo mismo Italia e incluso España. Si ésta era la periferia del pasado, hay que determinar cuál ha de ser la del futuro, y si nosotros podríamos ser un país periférico, pero con vínculos especiales con América y África.

La unidad europea, el posible Imperio de Europa, necesita ejército para que puedan ser ejecutadas algunas de sus decisiones con cohesión, lo que plantea de nuevo la función y concepto del ejército en la sociedad moderna; si voluntario, como en algunos países de origen anglosajón, u obligatorio, como símbolo de «vasallaje» del ciudadano a su patria, extendido a la patria europea. La dificultad está en crear un gran ejército efectivo multinacional y coordinarlo con las burocracias mili-

tares de Europa y de cada uno de los países miembros, e incluso con el de la OTAN, con participación de Estados Unidos. Del acierto o error en este planteamiento dependerá la evolución de la Nueva Europa, el equilibrio mundial y ese mismo «Nuevo Orden» que necesita la Edad Universal, como fue necesario en la Edad Moderna y que surgió de nuestra patria.

Un problema que debilitará la aspiración al predominio mundial de la Nueva Europa es el de los idiomas. La Nueva América tendrá solamente dos idiomas que de modo fácil se complementan. Pero Europa tiene muchos importantes: inglés, castellano, francés, portugués, alemán, italiano, escandinavo y neerlandés, ruso, eslavo, magiar, polaco, checo y hasta catalán, vasco, turco, georgiano y armenio. Todos con variaciones idiomáticas, pequeñas y muy grandes, por lo que habría que decidir si conviene una mayor unificación idiomática e incluso si ha de ser el inglés la lengua franca de los europeos. La respuesta se conocerá en el próximo milenio, pero cabe preguntarse de modo inmediato y aparentemente anecdótico en cuánto se complicarían las sesiones de los organismos diversos de la Comunidad Europea con cada idioma o idiomas de las nuevas incorporaciones.

Otro aspecto que la Nueva Europa debe considerar es la agricultura, base sociológica necesaria, como el abono para una buena cosecha. La vida agrícola, con sus características, ofrece un arraigo en la vida real del que carece la vida industrial y urbana. Los subsidios generalizados se utilizan para enriquecimiento de algunos, pero no logran mantener la vida rural. No son convenientes los regalos a sectores específicos de la sociedad; por ello, Europa, paulatinamente, con saltos por avatares políticos, camina hacia la completa desaparición de su agricultura. Solamente, y de modo provisional, la incorporación de Europa del Este y Rusia compensarán durante algunas décadas este aspecto negativo [6].

Europa ha creado América, pero está muy distanciada por un océano; cada década serán mayores sus diferencias y disminuirá su influencia en ella. Será importante la relación de Europa con Asia, en

[6] Recientemente visité la isla de Gomera; en ella, dentro de diez años, no habrá una sola persona dedicada a la agricultura. Este hecho, simbólico y representativo, va a dominar la Europa del siglo XXI. La vida rural llegará a estar compuesta exclusivamente por propietarios o trabajadores que vivan de subsidios.

especial con el Asia del Extremo Oriente, China e India. Hasta ahora, Europa tenía tres frentes islámicos, y habrá cuatro con la incorporación del Imperio Ruso: el del Sur, de España, Francia e Italia con el Magreb y Libia; el de Oriente Medio, principalmente con Gran Bretaña y también Francia, importante por el petróleo, a pesar de la distancia; el de Turquía, con su historia de amenazas a Europa hasta la conquista de Viena, y el nuevo de las repúblicas islámicas yugoslavas y del Imperio Ruso. Europa, como continente unido debe tener en cuenta el Islam, dos culturas distintas con necesidad de relacionarse o intercambiarse, sin que el ideal europeo sea exigir que los países islámicos alcancen su misma voluntad absoluta de egoísmo material, sino a la inversa, aprovechando el sentido de solidaridad y hermandad que ellos ofrecen.

Es importante la idea de la Nueva y Gran Europa, pero su futuro está lleno de incógnitas, alguna muy contradictoria que se despejará o no en el próximo siglo, influyendo, en todo caso, en la evolución de la Edad Universal y, de modo indirecto, en la Nueva América. Es de esperar que no se confirmen las perspectivas negativas de este capítulo y sí, en cambio, las positivas. En todo caso, se necesitará la ayuda de Dios, que los europeos están olvidando y que, en su arrogancia, no creen necesaria.

La Nueva Europa, de Bering a Gibraltar, será la gran obra política de las próximas centurias, hasta que su mosaico de pueblos se convierta en una auténtica unidad. Esto sólo ocurrirá si los europeos son capaces de mantener el grado de sacrificio y solidaridad que necesitan para coexitir dignamente con las otras grandes unidades políticas, especialmente la Nueva América, a la que están unidos por la historia, pero de la que se diferenciarán crecientemente por su composición étnica e incluso, por sus actitudes religiosas. Europa debe transformarse en un crisol de razas y pueblos que aporten su cultura e idiosincrasia y ofrezca un sentido de solidaridad humana de que carece la Europa actual.

V

IBEROAMÉRICA, HOY Y MAÑANA

Iberoamérica pasa momentos difíciles y conmociones que afectan a la identidad de sus pueblos, a su presente y a su futuro. Hay que afrontarlos como crisis continental y «agarrar el toro por los cuernos», «dar la cara», y aprovechar las oportunidades que siempre aparecen en las crisis porque obligan a abandonar el conformismo y autocomplacencia a que conducen los períodos de comodidad y éxito, aunque éstos sólo sean aparentes. El desafío de Iberoamérica será uno de los eventos del siglo XXI que se extenderá en los siguientes. No sólo la Nueva América, sino toda la humanidad depende de ello; de que su resultado sea positivo.

1. No puedo referirme a Iberoamérica con objetividad. Para mí no es un término político ni geográfico; es algo más: una parte de mi vida, de mi patria. Por eso es difícil separar lo que creo va a ocurrir de lo que yo querría que ocurriese. No sabré explicar mi entusiasmo sin condiciones de prosista, ni menos de poeta, pero haré lo que pueda, en la seguridad de que acierto; y si no en el siglo próximo, en el siguiente o en el siguiente. Iberoamérica, integrada en la Nueva América, será pieza crucial de la humanidad en su Edad Universal, más que Europa, y mantendrá aportaciones españolas al mundo, aun olvidadas por nosotros: virtudes, ideales y manera de ser en la historia.

Parece un sueño que Iberoamérica logre una identidad común y se transforme en unidad sociopolítica, una de esas fantasías irrealiza-

bles que a veces mantienen a los pueblos. Es difícil la identidad de algo tan complejo y diferente, pero lo creo inevitable, aunque no rápido, y se debe trabajar para ello, con desprecio del tiempo necesario para conseguirlo. Esto surge de tres factores principales: unidad de religión, unidad de idioma o idiomas recíprocamente comprensibles, y trama racial que facilita el camino a una raza generalizada, con variedades y matices.

El objetivo de la Nueva América no es tan diferente como parece del de la Nueva Europa hasta Siberia. Ambos consumirán siglos hasta consolidarse, pero es tan previsible como la aparición de una Edad Universal en el próximo siglo.

Iberoamérica no es hoy unitaria, pero puede descomponerse en regiones coordinadas que, aun con fricciones, ofrecen puntos en común; en ella no es viable, ni posible, ni conveniente, una «unidad uniforme», gran imperio con una capital de la que irradien todos los poderes; sólo cabe la pirámide de unidades, situación no diferente de la prevista en Europa.

Iberoamérica es múltiple, dispersa, variopinta y, al mismo tiempo, «una», con conciencia común que el sufrimiento identifica. Pero cada una de sus naciones tiene problemas propios, diferentes unos de otros que, por supuesto, necesitan soluciones variadas. Un planteamiento global sería tarea más que titánica.

La influencia «hispana» de Iberoamérica, sin duda principal factor de su identidad, es importante porque tiene en cuenta el alma humana, está menos impregnada de egoísmo y ha permitido una civilización que no es del «puro yo», sino del tú, de hermandad y solidaridad, y que ha conseguido mantener su arraigo cristiano. Por supuesto esta afirmación es discutible, como lo referente a otras características generales y generalizadoras de Iberoamérica, en especial la diferencia de su progreso material con Angloamérica, que se atribuye a su condición española, a la que se acusa de haber impedido adaptarse a la sociedad occidental, ideal del «hombre blanco».

Las críticas negativas de una herencia de España se extienden a la Iglesia Católica, porque los pueblos católicos con tradición de espiritualidad y de solidaridad se integran con dificultad en la sociedad moderna, de origen principalmente protestante. Pero esto puede ser fuerza futura, cuando la espiral creciente de hedonismo, sin límite ni barreras, rompa el equilibrio de la estructura actual de la humanidad.

Para el conocimiento de Iberoamérica, en especial Hispanoamérica, es importante su música propia, en gran parte procedente de España, que constituye pieza básica de su identidad ante sí misma, en su diversidad de países y para el resto del mundo, que la recibe y aprecia, y con ello comprende mejor esta parte del universo. Música y canción son actividades humanas, solidarias y creativas del pueblo; sirven «para el bien» y surgen del pueblo que ofrece en ellas su alma; son creación de bien hacer, que no exige la aberración psicológica de la droga, como algún otro producto de la sociedad occidental que necesita ese complemento, porque es aniquiladora o embotadora del consciente.

Falta en Iberoamérica una «mística de trabajo», que se relaciona con la herencia española e indígena. En ello hay algo de cierto, pero es de esperar que la actual situación de «crisis» cree un entusiasmo colectivo por el trabajo individual como única posibilidad de supervivencia. Sería la clave de un salto adelante en el siglo XXI, rompiendo la idea que tienen los anglosajones de «la siesta» y la picaresca para no trabajar.

Estados Unidos es un producto del protestantismo puritano e Iberoamérica lo es de la Iglesia Católica, aunque luego se hayan introducido factores y aportaciones sociológicas diferentes, pero con acción cultural y espiritual con alguna semejanza a la islamización en sólo dos siglos de gran parte del mundo, que permitía al famoso Ibn Battuta llegar en el siglo XII hasta China, recorriendo siempre comunidades islámicas.

La Iglesia Católica tiene en Iberoamérica una de sus áreas más dinámicas, a donde probablemente se desplazará su centro de creatividad y poder. Aun cuando sus acciones puedan ser de diferente naturaleza y características, se ha producido en estas décadas un fenómeno de activismo religioso y no se comprende lo que es Iberoamérica sin lo que han sido las aportaciones conservadoras y revolucionarias del Catolicismo, ambas con influencia de España.

Esta situación comienza a modificarse con la aparición creciente de «sectas» que aprovechan el vacío que deja la Iglesia cuando se hace demasiado cómoda y se olvida de pobres y necesitados.

El mundo occidental actual ofrece fenómenos internos de violencia que se exacerban en Iberoamérica, en parte como sociedad dominada o muy influida por el fácil enriquecimiento y por la política de odio y resentimiento promovida por ideólogos, que utilizan las dificul-

tades de la sociedad para sus fines políticos personales, despreocupados de resolverlos, y hasta buscando que la solución no llegue para así ampliar su penetración y proselitismo [1].

Las acciones de violencia y los asesinatos por pequeñas cantidades de dinero hacen reflexionar sobre la situación a que ha llegado una parte de la sociedad iberoamericana. Está siendo su gran problema, contra el que deberán aparecer acciones nacionales y supranacionales.

2. Para la construcción futura de Iberoamérica es importante utilizar no sólo ideas y reflexiones generales, sino hechos recientes con enseñanzas para cualquier posible evolución futura. Señalo algunas de ellas:

* *La revolución chilena*, caso interesante si se analiza desapasionadamente como ejemplo histórico. En el país con más tradición de legitimidad, ejército responsable y estabilidad institucional, llega al poder un brote de izquierdismo revolucionario con un presidente, Salvador Allende, que quiere alterar la continuidad, introduciendo factores foráneos en la nación. Como consecuencia se produce un levantamiento militar que no se conforma con el triunfo, sino que, en contra de su tradición, se ensaña con los vencidos; y una dictadura, que desea prolongarse pero que conserva conciencia institucional y lleva a cabo unas elecciones en las que pierde el poder. Cuando se preveían reacciones violentas, se produce una transición suave que mantiene las ventajas conseguidas y vuelve al país a su estabilidad, con un ejército vigilante. Es ejemplo del país que ha conseguido mayor éxito económico y puede ejercer funciones destacadas en la reestructuración empresarial iberoamericana.
* *Argentina*, el país más rico del continente, no lejos de Estados Unidos al comienzo del siglo. En el momento de mayor esplendor, con la riqueza aportada por la Segunda Guerra Mundial, aparece un régimen dictatorial populista que cambia las reglas de juego, con una revolución sindical claramente ajena a corrientes marxistas, que eleva los derechos de los trabajadores so-

[1] Como ejemplo de esta afirmación, puedo decir que sólo hace 15 años consideraban básico los dirigentes sindicales españoles, alguno amigo mío, responsable y respetable, que «el obrero o empleado que no odiaba a su empresa era traidor a la causa de los trabajadores».

bre la realidad económica del país y acaba transformándolo en uno de los más pobres de América e incluso, durante algún momento, con objetivo institucional de incorporarse al Tercer Mundo. Cuando había llegado a una situación límite de empobrecimiento, tras una verdadera guerra civil y un gobierno parlamentario ineficiente, se inicia un período de renovación inesperado con Carlos Menem, un presidente extravagante que permite que la nación comience a recuperar parte de su esplendor y a eliminar su inflación, aunque lo que aquélla necesita es una profunda transformación administrativo-social.

* *Brasil*, con gran poder y sentido imperialista que ya surgió en la época de dominación portuguesa, e incluso en el período «hispanofilipino», aparece con un sistema sociopolítico de hiperinflación, que hereda y mantiene una dictadura, la cual consigue fuerza económica y exportadora, transformándose en verdadero país industrial, aunque con mecánica financiera que garantiza beneficios a los fuertes y se despreocupa y permite la explotación de los débiles. Otro presidente, Collor de Mello, con fórmulas irregulares, cuando el país estaba al borde de una etapa revolucionaria que lo hubiese deshecho prácticamente, plantea un objetivo de estabilidad política, aun sin atacar a fondo su problema de inflación. Brasil ofrece significación especial por sus características, ejemplo para toda Iberoamérica, y cuando llegue su recuperación será símbolo de lo que todo el continente va a lograr.
* *México*, ejemplo de cáscara democrática con realidad de dictadura integral, también con nuevo presidente, Salinas de Gortari, y cambios importantes para enfrentarse con sus problemas y establecer una verdadera estabilidad, no la mantenida con un sistema generalizado de corrupción. Tiene trascendencia porque la reacción ha surgido con análisis profundo de lo que el país requiere, con eliminación de barreras históricas que incluían fórmulas orgánicas de coacción social, y con apertura a su gran vecino del Norte, ejemplo para los próximos siglos en Iberoamérica.
* *Bolivia*, caso para mí incomprensible, después de un récord de golpes de Estado e inestabilidad política, que de repente adquiere equilibrio, detiene la inflación y hasta compensa la deuda y

convierte en amigos a enemigos y, con dificultades increíbles, sale de ellas por sí mismo y sin violencia.

* *Por último, e importante, Cuba*, que aceptó la revolución marxista abandonando los principios de su continente, con ensayo fracasado de promoción coactiva de mestizaje y porvenir muy sombrío, pero que ha logrado, no debe olvidarse, eliminar casos de miseria absoluta y capas sociales fuera de la vida sociopolítica. El análisis de lo ocurrido y de la actuación de Estados Unidos será indispensable para la Nueva América, como ejemplo de enfrentamiento Angloamérica-Iberoamérica, del que ambas partes pueden obtener enseñanzas provechosas.

Los anteriores, y otros que podrían añadirse, son casos interesantes, con circunstancias distintas, pero que ayudan a comprender esa Iberoamérica, que inicia en estas décadas un proceso de transformación que podría acabar en lo que denomino la Utopía de la Nueva América.

3. España puso desde el comienzo de su colonización las bases de una población mestiza. Una reflexión teológica de la igualdad del hombre la llevó a leyes de protección de indígenas, ignoradas hasta entonces en el mundo. El mestizaje de Iberoamérica no fue casualidad, sino consecuencia de una actuación que honra a los españoles, contraste para un país que en aquel momento estaba profundamente preocupado por la limpieza de sangre [2]. España, salvo excepciones periféricas, como la del País Vasco principalmente, era un país mestizo de judíos, que tenían extraordinaria importancia en la sociedad, importancia que probablemente nunca han llegado a alcanzar en ningún país que no sea Israel. También existía el mestizaje de moriscos en algunas zonas. En ambos casos, se trataba de razas afines e históricamente enlazadas, pues España procede de bereberes y sefardíes desde antes de Cristo, y ambas etnias hoy se consideran blancas.

La familia Moctezuma muestra cómo los españoles, desde el primer momento en México y otros países, trataron de mezclarse —legal, regular o irregularmente— con los indígenas, a los que consideraron en

[2] Con consideración superior para los que carecían de antecedentes judíos o moriscos, surgió la «pequeña nobleza», los hijosdalgo, orgullosos de ello, aun con actitud de soberbia anticristiana que no se debe volver a producir.

muchos casos de su nivel o alcurnia y a los que concedieron poder y fuerza. España pudo haber hecho su conquista y colonización con medios insuficientísimos, porque desde el primer momento integró núcleos indígenas, en algunos casos sólo para defenderse de otros.

Este pasado repercute en el futuro. Iberoamérica ya está ahora en el mestizaje, lo que quizás será la situación de Europa dentro de varios siglos, pues las razas blancas tratan de eliminar el riesgo, el sudor y la muerte y acaban por depender de razas para ellos inferiores, a las que ceden poder a cambio de comodidad. Esto no puede evitarlo América con intentos de supremacía artificial de hombres blancos. Una evolución lenta permitiría la creación de una raza autóctona americana, mestiza con matices, regiones y excepciones, que configure una especial identidad, y que también incluya europeos, negros y asiáticos, que tendrán especial influencia en la América de los próximos siglos, la que perderemos ingleses, españoles y otros europeos; pero ganará la humanidad, más «universal», no sólo en áreas geográficas y étnicas. El gran desafío, la gran incógnita, la gran esperanza, será el mestizaje.

La Iberoamérica postindependentista del siglo XIX tuvo en varios casos un objetivo «antimestizo», especialmente en su área austral. Es ahora indispensable una política de protección del indigenismo y preservación posible de sus pueblos, su cultura y características y, sobre todo, su lengua, literatura y costumbres. Sin volver a formulismos artificiales y de folklore, ni a objetivos radicales manipulados para fines ideológicos, debe llegarse a un reconocimiento de la cultura indígena y a una permanente extensión del mestizaje que es, en todo caso, inevitable. Sólo lo podrían impedir medidas racistas, como algunas del siglo XIX, aunque eso, incluso con genocidio brutal, sólo tendría duración limitada.

En los pequeños pueblos indígenas que van quedando, aislados o subsumidos en la nueva civilización, hay que despertar el orgullo de lo propio. En algunos casos esto será imposible, salvo en reconstrucciones teóricas y cosméticas, pero sí en México, en la zona nahuatl y la maya, en Perú y Bolivia, en Paraguay, quizás en alguna parte de Chile y Brasil y, sobre todo, en Centroamérica. En cambio parece que ni en Venezuela y Colombia ni, por supuesto, en la mayor parte de Angloamérica y Argentina, y más difícilmente en el ámbito amazónico y en Guayana.

La reconstitución de tradiciones, lenguas y características autóctonas no es contraria a la política de mestizaje que tiende a crear razas nuevas. En Paraguay (mestizo, el general Stroessner) se ha conservado la tradición guaraní y la tradición hispanoeuropea, y ahora se incorpora la asiática, de Corea especialmente.

Hay que determinar cómo se puede estimular la defensa de los indígenas, respetar su personalidad y evitar su aculturación. Mantener aislados en selvas a pequeños pueblos no parece solución, aunque sea interesante para museos y comodidad de antropólogos; otra de las responsabilidades futuras americanas. En cambio, sí conviene estudiar la aparición de nuevas razas con matices y grados de colores que adquieran orgullo en sí mismas, con recuerdo del pasado, pero más aún del presente y del futuro. Hay que ayudar a los indígenas, porque son personas, tienen derechos que se deben reconocer y debe evitarse su explotación y la de sus tierras y cultura; pero no es humano, ni equitativo, ni posible, subordinar sus necesidades y derechos a caprichos teórico-ideológicos. Vivimos en un mundo de misterios que no comprendemos, y éste es uno de ellos.

Cabría promover los idiomas indígenas, concediendo beneficios a quienes los utilizan y con sistemas especiales de educación; también promover su literatura a través de la prensa y ediciones subvencionadas, y proteger la cultura real que todavía subsiste. Es importante la colaboración de la Iglesia Católica que, desde el siglo XVI, se esforzó en conocer culturas y lenguas existentes, aportación histórica que permite volver, en lo posible, al pasado, ya que en épocas anteriores prácticamente faltaba una cultura escrita.

En Iberoamérica crecen permanentemente fricciones raciales, aun sin política claramente racista. Laten tensiones entre blancos, europeos y negros en algunas zonas, e indios en la mayor parte, aunque en Brasil se haya llegado a una aceptable integración y sea menor su problema futuro. De otro modo, acabarían creándose islas de raza blanca frente a océanos de raza mezclada o no blanca, como puede ocurrir en Europa y ha ocurrido en Sudáfrica, habitada primeramente por blancos, pero luego convertida en nación negra en la que los blancos tienen una posición cada vez más difícil.

La multirracialidad de Iberoamérica parece debilidad, pero es fuerza, símbolo de hermandad en los hombres. España y Portugal crearon o permitieron una cultura multirracial; los anglosajones no. Este hecho

histórico nos enaltece y quizás nos libera de otras culpas. El mundo no puede convertirse en un *ghetto* blanco superior, como subrepticiamente propugnan fuerzas políticas actuales que, afortunadamente, nunca formaron parte de la política colonizadora española.

La multirracialidad, con sus problemas y sus deficiencias, potenciará razas y pueblos, algunos menos adaptados a la era tecnológica, pero que, a pesar de ello, han de participar en la nueva faz del mundo, frente a naciones cuyo número de habitantes se reduce proporcional e incluso absolutamente.

En el siglo XXI, Iberoamérica va a estar mejor preparada que los países monorraciales, a los que perderá la propia defensa de sus conquistas materiales y derechos ilimitados, donde el «yo» aniquila al «tú», y el derecho al deber. En esto, influirá la antinomia «ciudadano-consumidor». El ciudadano exige niveles de comodidad, ambiente limpio, seguridad, salarios y pensiones con un coste social elevado, pero estos mismos ciudadanos, como consumidores, compran al precio más bajo. De ahí la oportunidad de naciones asiáticas con menos obligaciones sociales, como ocurrirá en México y otros países de nuestra cultura. En cambio, es peligro para Angloamérica y Europa, que exigen todo a costa del futuro, e incluso arriesgando su propia supervivencia, como en las próximas décadas se confirmará. En el diálogo Norte-Sur, que emergerá con fuerza, será básico este tema, en especial en las relaciones México-Estados Unidos.

4. El mayor problema de Iberoamérica es su desequilibrio sociológico, sombrío panorama que no se puede ocultar, pero tampoco describir con exageraciones, sectarismos y segundas intenciones. Sería difícil conseguir objetividad y que fuese generalmente creíble o que lo quisiesen creer los afectados o interesados, o aun creyéndolo, que fuese susceptible de impugnaciones farisaicas o fáciles críticas negativas. Hay aspectos en la situación social de Iberoamérica que son no sólo su principal problema, sino su tragedia, aunque varían de un país a otro o de una región a otra. En Brasil no tiene nada en común la región gaucha con el nordeste. Pero aun con salvedades, conviene una visión panorámica para conseguir una identidad común.

Desigualdad e igualdad absoluta son utopías para ilusos o paranoicos, que no buscan solución, sino destrucción. También lo es, y más peligrosa, la resignación, no sólo a la desigualdad, sino a su crecimiento. La desigualdad no sólo es mal mundial y ético, sino que tam-

bién crea una situación de desequilibrio que fomenta la envidia, por no decir el odio, y hace difícil encontrar fórmulas para combatirla, con probable explosión social y posible aniquilamiento indiscriminado de clases favorecidas.

Aspecto unido al anterior es la incultura, aun con algún grado de alfabetismo. La participación social en el conocimiento es indispensable, y más aún con comunicación instantánea de informaciones o situaciones. La falta de conocimientos impide participar activamente en el conjunto social, conduce inevitablemente al «no-yo». Vencer la incultura es una decisión irrenunciable, que falta hasta ahora en Iberoamérica. Exige definir qué es cultura y qué conocimientos es necesario distribuir en toda la población, no sólo la alfabetización, sino algo más amplio, que puede variar de una cultura a otra. Sobre todo, hay que saber cómo hacerlo de modo eficiente y práctico, sin complejidades utópicas, con tenacidad, que se hace más necesaria cuando, por edad, no es fácil asimilar nuevas ideas. Las grandes comunidades históricas se impregnaron de principios básicos religiosos que serán tan importantes en el futuro como lo fueron en el pasado. Agrava este problema la falta de estos principios ahora, e incluso la preocupación de algunos gobiernos para que no existan y hasta se prohíban. Los españoles dejaron en América una profunda concepción religiosa, que alivia sufrimientos a los pobres y miserables; por eso la tragedia psicológica de la situación actual.

Un aspecto que debe destacarse es el de las nuevas megápolis, concentraciones urbanas crecientes en las que chabolas, favelas, villas-miserias, o como se las quiera llamar, proliferan con hacinamientos increíbles que forman casi tribus, impenetrables desde el exterior, que viven de migajas de ricos, burócratas y del resto de la población «ciudadana», porque ellos no son ciudadanos. De ahí surgen los niños sin familia, escuela de hambrientos, presas fáciles de la droga, la prostitución y el crimen. Se desplaza a la gran ciudad la esperanza de aprovechar servicios sociales, instituciones colectivas y hasta subsidios, pero esta inmigración no es absorbida, no forma, al menos inicialmente, ciudadanos responsables, sino selva de luchas internas, de quienes sólo tratan de subsistir algunas horas más. Aun dentro de ello, también surgen «comunidades oficiosas» que aprenden, con dificultades, a convivir, respetarse y adoptar reglas de juego, alejadas de las oficiales y legales, como las que hace milenios fueron creando las primeras

comunidades humanas, hasta su evolución en tribus y etnias organizadas. Es necesario el aprovechamiento de lo que hay de aleccionador en esas escuelas naturales de vida, como también el modo de combatir lo que tengan de escuela de criminalidad y corrupción. Es el problema de Iberoamérica, del que depende su futuro. Si no se resuelve, no puede pensarse en la utopía de la Nueva América. No sé, ni creo que se sepa, de quién es la responsabilidad, pero los gobernantes no creen que sea suya y nada hacen para resolverla, salvo planes de inversión, de burócratas que promueven más burocracia y fácilmente se enriquecen con ella y con la desgracia de miles de desheredados.

Las carencias descritas contribuyen a generalizar la violencia, de por sí inmersa sin remedio en la naturaleza humana, como parte de su pecado original. A la admisión social de la violencia y desprecio de la vida del prójimo se llega fundamentalmente por dos motivos: necesidad de subsistencia y deseo de acercamiento al bienestar, lujo y despilfarro que se conoce en otras capas sociales o en otros países. Las dos causas aparecen en Iberoamérica, acentuadas con la proximidad de la sociedad anglosajona, que entroniza éxito y dinero como objetivos institucionales, con frecuencia por medios que directa o indirectamente implican violencia. No sólo los poderosos tienen derecho a ésta; los pobres también la reclaman, y con plena justificación.

Entre contradicciones y situaciones difícilmente comprensibles, relacionadas con una deficiente estructura sociológica, está la realidad común iberoamericana, de droga, guerrilla y violencia que las acompaña, convertida en ideología pragmática, para algunos símbolo de la Iberoamérica de hoy. Si se puede pensar que el SIDA es un castigo, también lo es la droga, arma para invadir, corromper y destapar la corrupción de la sociedad occidental y su prepotencia y teología del «yo, yo y yo». La droga es además, no hay que olvidarlo, un medio de vida y un símbolo de orgullo y poder para Iberoamérica, donde debería eliminarse la economía de la droga, de forma que dejara de formar parte de su estructura sociológica; otra piedra de toque simbólico para su contenido espiritual y ético.

Para un «equilibrio aceptable» es preciso un nivel de equidad y solidaridad entre ciudadanos y entre naciones. Sin ello, éstas perderán su independencia, por lo menos moral, y caerán en manos de dictaduras, aun con elección de gobiernos y parlamentos, pues no basta un aparentemente equitativo marco «jurídico-político», si no existe una sa-

tisfactoria estructura social. A este objetivo se opone la resistencia de los que tienen, y el radicalismo de los que piden imposibles para manipular, en su estrategia de conquista de poder, las reacciones de los pobres. Los intelectuales que así los utilizan están «explotándolos», aunque parezca otra cosa. La ayuda real «directa» de muchas órdenes religiosas, antes y ahora, con abnegación, sin protagonismo, con dureza y sacrificio, está paulatinamente desapareciendo entre los pueblos ricos, que no comprenden la solidaridad y desprecian o simplemente ignoran los sacrificios de quienes la practican.

Desgraciada o afortunadamente, sólo hay soluciones limitadas y parciales. Éstas exigen: *prudencia* en la acción, *caridad* con el prójimo y *respeto* a la persona. Esto afecta a Iberoamérica, pero también a España. De esto depende que consigamos una sociedad no basada únicamente en odio y envidia, y su consecuencia de insatisfacción y violencia.

Los niños abandonados a los que me he referido son lacra de Iberoamérica, quizás la más notoria para la conciencia humana, no sólo para los especialmente afectados, sino para la dignidad y honor de países, y en especial para sus clases dirigentes. No se produce este fenómeno del mismo modo en los países árabes ni, por supuesto, en China, aunque en ésta existan justificaciones de otra índole. Es indiscutible que el gran éxito de Cuba ha sido eliminar este problema, aunque sea a costa de otros, ejemplo que no debe subestimarse cuando se conozca con precisión y no sólo como consecuencia de propaganda política. No podrá ocupar Iberoamérica un puesto importante en la comunidad internacional mientras no lo resuelva, mientras sus «ciudadanos plenos» sean ciegos a lo que está ocurriendo y olviden que les concierne buscar soluciones, cuando éstas tienen que venir de aquéllos que, por circunstancias familiares o personales, han alcanzado preeminencia social, política o de otra clase.

Gran parte de Iberoamérica es muy pobre. No es fácil que esto se corrija, aunque sí que se suavice. El aumento de habitantes y la menor adaptación de muchos al mundo actual lo conforman como hecho presente y futuro. La pobreza, si es discreta, puede ser soportable, pues el hombre siempre la ha conocido, pero lo es menos con la difusión instantánea de imágenes y situaciones que muestran permanentemente riquezas ajenas. El mundo va a ser más pobre en el siglo XXI, aunque algunos pueblos se protejan de ello, quizás a costa de los otros. El crecimiento permanente de riqueza es imposible; hay que saber vivir con

medios limitados, como saben los iberoamericanos. Las instituciones sociales y políticas no deben esperar cambios traumáticos, milagros o loterías. Todos, y en gran parte lo digo por mi país, debemos renunciar a posiciones y derechos, a no considerar el «más» como principal objetivo individual y colectivo.

La pobreza, aun con diferentes características, se acentúa con los avances científicos y, en gran parte, es consecuencia de los últimos cambios sociológicos, a su vez derivación no deseada de avances científicos y tecnológicos. En ello está una «raíz» de los problemas del Tercer Mundo, consecuencia en parte de tres factores muy diferentes: la investigación, que lleva al progreso; la ignorancia de Dios, que aumenta la soberbia del hombre y hace olvidar sus límites; y la difusión instantánea de situaciones, que institucionalizan un factor de envidia. El «progreso» es bueno cuando sirve al bienestar y dignidad, pero malo en caso contrario. La «crisis» ha favorecido a unos y sobreaumentado su riqueza y, de algún modo, su poder, y ha dejado a otros atrás, distanciados de los primeros.

Egoísmo y corrupción son causa principal de la indiferencia ante la pobreza y miseria. Esta situación constituye una mancha para la Iglesia Católica, que necesita dar el gran paso adelante, no sólo por su propio deber, sino para librarse de ataques justificados que destrozan lo que su labor tiene de indispensable. Es farisaico hablar de justicia social o de justicia política sin resolver este problema.

Dentro de lo anterior y sin entrar en aspectos políticos, aparecen varios factores negativos para el equilibrio social, en especial la degradación de servicios públicos, para afrontar problemas del ciudadano, a quien se perjudica con organizaciones centralizadas lejanas que no viven casi nunca las realidades. Municipios, escuelas, servicios hospitalarios y transportes pasan a ser centros o posiciones de poder y medio de vida de empleados y burócratas, abusivos por supuesto; con frecuencia, en perjuicio del público, del usuario, del consumidor. Debe añadirse la ineficiencia, parcialidad o fraude impositivo, que favorece a los ricos e impide crear fórmulas de corrección de la miseria, y también la ineficacia de las agencias internacionales, que agotan en su cómoda burocracia los recursos que les llegan para combatir la miseria de muchos países del «Sur».

El panorama es sombrío, pero es real, y para contrarrestarlo sólo hay un instrumento positivo: la familia y, a través de ella, extender el

sentido de solidaridad y del honor en las relaciones personales y sociales. En Iberoamérica hay todavía, y esto es esperanzador, sentido de la alegría familiar, como factor casi único de equilibrio social. Los lazos familiares protegen de la indigencia y el desamparo, exigen amor y caridad y se basan en creer en el prójimo frente al individualismo, que centra el interés de cada hombre, y más aún de cada mujer, en el sólo «yo y lo que me divierte». El sacrificio por el prójimo es lo único que puede hacer persona a un individuo. El sentido de familia en los ricos (así llamo a toda clase de poderosos, aunque sólo lo sean relativamente), su «nepotismo», su influencia egoísta, ofrece factores antisociales, fuente de desigualdad. Pero no en los pobres, que en la familia ven su única posibilidad de consuelo, de protección y de salvación, porque en ella no sólo se recibe, sino se da, y quien no sabe dar o ha perdido la costumbre de ello no puede formar parte de una familia. En la sociedad de Iberoamérica, lo más positivo es la familia; atentar contra ella de modo directo o indirecto es crimen social fácil, cómodo y con poco riesgo [3].

En Iberoamérica, como consecuencia del sentido familiar, subsiste el sentido de ayuda recíproca del prójimo vecino, vinculado a la pobreza, que hace sentir solidarios a los hombres para compartir y renunciar al propio yo, en que se apoya la sociedad occidental. Del sentido de solidaridad surge también el amor y sacrificio por la patria y la comunidad, como algo siempre superior a lo estrictamente propio.

Las estructuras sociales con sentido de familia y de solidaridad son sociedades humanas en las que, de un modo u otro, está presente Dios.

5. El anterior panorama social o sociológico es el que Iberoamérica tiene que superar en su conjunto y en cada uno de sus países. Por desgracia han fallado y están fallando sus clases dirigentes, que se acostumbran a una situación de superioridad porque realmente se sienten superiores y no obligados a la comunidad, aunque viven de sus privilegios, de riqueza material o de cualquier tipo de cualidad de que Dios les haya dotado. La mayor integración con Angloamérica acentuará este factor. No podrían aspirar a ocupar puestos de responsabili-

[3] La excepción de esto son las bolsas de miseria en las grandes ciudades, y aun en ellas se advierten reacciones de solidaridad y auténtica construcción social, precisamente como consecuencia de una acción orgánica familiar.

dad en la sociedad quienes no hayan ido a Harvard o, por lo menos, tengan un M.B.A. aceptable, lo que acentuaría el régimen de castas y la opresión, como en la tragedia, hasta la apoteosis final.

Los problemas de cualquier área geográfica o sociopolítica son consecuencia fundamental de los egoísmos de sus clases dirigentes, y no se solucionan si éstas no se reforman con autocrítica o aparecen otras nuevas, de modo evolutivo, o con alguna clase de conmoción o revolución. En Iberoamérica se ha producido el anquilosamiento de los que tuvieron poder social, han adquirido recientemente o lo conservan y tratan de retenerlo, despreocupados de responsabilidades y obligaciones. Al mismo tiempo aumenta la distancia con otras clases, como ocurrió en Francia cuando el «antiguo régimen» perdió el contacto con la realidad, limitándose a defender pequeñas y frívolas costumbres, caldo de cultivo ideal para la Revolución Francesa. Ésta, con independencia de factores ideológicos, tuvo como principal efecto el cambio de sus clases superiores, arrinconando a la nobleza y creando otras con distintas justificaciones, pero que renovaron el país.

En Inglaterra no se llegó a la situación de las clases dirigentes francesas, quizás por la revolución de Cromwell, y han llegado hasta ahora, con cambios paulatinos, adaptándose y manteniendo su poder. Hasta hace poco tiempo ha sido clara la separación de clase alta y clase media; y ambas, de la clase baja. Quizás es el país que mantiene mayor diferencia de clases, siendo España donde se encuentra la menor distancia social, y no en estos años de gobierno socialista, con ascensión de nuevas capas al poder, sino aun cuando se creía país de clases muy diferenciadas. Japón, por su parte, conserva una estructura de arraigo feudal.

Las clases dirigentes, en Iberoamérica, proceden generalmente del poder económico, en parte de la tierra, en la época postcolonial; y en los últimos años provienen de la corrupción sociopolítica, que ha permitido núcleos con influencia ajena a los resultados de las urnas, e incluso al poder de las dictaduras, que se han mostrado limitadas en el tiempo y con menos penetración social de la que se suponía. En algunos países de Iberoamérica se ha llegado a un reparto racial: dirigentes económicos de claro origen europeo, dirigentes políticos y de la administración pública de origen principalmente mestizo, y clases muy humildes, sin influencia alguna en el poder, generalmente indios y ne-

gros. En algún país, la emigración europea, en su mayor parte española, con voluntad intensa de trabajo, permite con excesiva rapidez incorporarse a la «clase dirigente».

Estos factores –dinero, cultura, origen exterior– han creado un problema de arrogancia. Las clases dirigentes, al creerse superiores al resto de los ciudadanos, olvidan el trabajo con el sudor de la frente. Las segundas generaciones de quienes han trabajado brutalmente y contribuido de modo positivo a la riqueza y bienestar, se convierten en clase prepotente, que llega a creer que su destino sólo es mandar pero no trabajar, con desprecio al mestizaje e ignorancia de que los indios son personas.

La consecuencia sociopolítica de esta situación, explicada superficialmente, es que las clases dirigentes exigen participación excesiva en cualquier decisión que implique mejora general, y las boicotean en caso contrario, fenómeno generalizado en quienes suponen que poseen superioridad racial o económica, sindical o política y se sienten con derecho a impedir cualquier cambio si no se les concede una «comisión» excesiva, lo que impide la extensión a la comunidad del beneficio logrado.

Este problema es grave porque, mientras resulta fácil cambiar una clase muy regulada, como fue la rusa a comienzos de siglo, es difícil lograrlo en una clase amorfa con ramificaciones no homogéneas. La monarquía se justifica, en teoría, con la función de supervisar a las clases dirigentes en sus abusos y lucha interna de intereses. Ha sido argumento defensivo, pero en muchos casos real y siempre principal justificación histórica, aunque a veces se preocupa más del poder y prerrogativas, que de obligaciones y responsabilidades. No ha sido afortunadamente el caso de España en su reciente transición, envidia de países sin clase política estructurada, ni régimen monárquico oficial u oficioso, situación que produce total vacío, ante un cambio profundo, como en la actual Europa del Este y quizás también, por razones distintas, en numerosos países iberoamericanos.

El futuro de Iberoamérica y la posibilidad de conseguir los objetivos que le corresponden como conjunto humano, por la propia riqueza de sus países y por la propia capacidad de sus hombres, depende de la reforma de sus clases dirigentes; de que puedan por sí mismas hacer un cambio drástico que sería sin ellas muy difícil, salvo con revoluciones como en Cuba, que crean reducidas «nomenclaturas» (nue-

vas clases dirigentes) extraordinariamente potentes y no ofrecen continuidad, ni sirven para restaurar la normalidad.

Es necesario «reciclar» a las clases dirigentes de Iberoamérica para que constituyan base de un sistema social equilibrado y dinámico, y recuperar sentido de responsabilidad social. Es difícil el camino, pero necesario emprenderlo.

Nada será fácil sin esta transformación, que requiere una conversión que lleve al servicio y renuncia de privilegios y bienestar que la sociedad actual proporciona a los *yuppies* políticos, económicos y sociales, que necesitan latigazos éticos y espirituales.

En todo caso, la mejor forma de renovación es la lenta, país por país, unos estimulando a otros, acuciados por la consecuencia de sucesivas crisis. A esto puede ayudar una dosis prudente de inmigración de Europa y Asia, y la reincorporación de «emigrados al Norte» en México y otros países, que regresan con medios económicos y hábito de trabajo.

6. El ejército es otra institución generalizada en Iberoamérica, con alguna excepción como Costa Rica. En los Estados modernos los ejércitos son una necesidad, pero también un peligro y, en muchos casos, un *status simbol.* El ejército es teóricamente un medio de defensa exterior, y acaba siendo instrumento de política interior o simplemente, centro oficializado de exhibición vanidosa.

El ejército es necesario como representación principal del interés nacional y de lo permanente en una nación. Por encima de avatares políticos, representa lo inmutable de la patria, como la familia representa lo más digno de la persona. En Iberoamérica, los ejércitos son una realidad que forma parte de su geografía, en especial desde que se crearon para luchar por su independencia. No son, en general, herencia española, sino herencia de la lucha contra los españoles, aunque fueran influidos por los usos y prácticas de éstos. En los últimos cien años, los ejércitos han desempeñado un papel muy diferente en algunas repúblicas americanas, en que se suceden los «golpes», como en los *comics* de Tintín.

Pero también, junto a excesos, sangrientos o pacíficos, los ejércitos de Iberoamérica, de modo desigual, han mantenido el orgullo de la patria. En Centroamérica, y Cuba anteriormente, han sido en parte policía particular de los poderosos y, en algún caso, centro de corrupción. En México, su papel ha estado difuminado después de las guerras

con Estados Unidos y los ejércitos populares de Pancho Villa. Más importancia han tenido en Colombia, con Rojas Pinilla, y en Venezuela, con Pérez Jiménez, pero en ambos países están hoy muy oscurecidos. Esto no ha ocurrido en Ecuador ni Perú, donde su participación en la vida pública ha sido destacada, nunca tanto como en Bolivia, que podría pasar al *Guinness* de las asonadas militares, pero que ha ido cambiando paulatinamente, hacia formas constitucionales. Destaca el ejército chileno por su efectividad, heredero de una casta de indios valientes y de quienes contra ellos lucharon muy recientemente, y que fue hasta hace unos años efectivo y pacífico y cambió después bruscamente, pero que se ha ido reconduciendo últimamente.

En Argentina, el ejército se consideraba eje de la vida social, con participación sociológica activa en la nación, que ahora ha disminuido. Queda Brasil, caso especial, donde, por una parte, su carácter federalista da características «vivas» a la política y al parlamento, pero durante unos años, el gobierno militar ha tenido, no sólo supremacía, sino clara presencia en el entramado social y, sin duda, ha contribuido a aglutinarlo, aun favoreciendo con exceso los poderes económicos.

No veo una Iberoamérica sin presencia, aunque sea en la sombra, de sus ejércitos, que en los países más destacados han sabido dar paso voluntario al poder civil, aun con poco entusiasmo. Es necesaria una profunda reflexión del papel del ejército en países con poca o ninguna amenaza exterior, caso en el siglo XXI de ese continente, y estudiar la creación de ejércitos supranacionales respecto a las naciones que componen una unidad política superior, como la Comunidad Europea o sus diversas áreas orgánicas. Su papel debe ser de guardián imparcial del orden, coordinado con ejércitos de otras comunidades o federaciones políticas.

Las unidades políticas supranacionales deben tener ejército compuesto por personas que hacen del riesgo la profesión de su vida y el sacrificio a agresiones exteriores. Iberoamérica necesita ejércitos y debe exaltar la virtud de quienes subordinan su profesión y vida familiar a la defensa de intereses patrios. Es otro gran desafío, que además exige romper con un pasado de desviaciones, abusos, arrogancias y pequeños objetivos endogámicos. Pero este ejército debe adquirir respeto y entusiasmo por su nueva patria, más extensa que la que hasta ahora le conmovía y en la que participan algunos que recientemente consideraban enemigos. Es difícil, pero no más que hacer posible el ahorro interno,

transformar favelas en centros de vida ciudadana y otras que exige la utopía de la Nueva América.

7. Los problemas de Iberoamérica son, fundamentalmente, sociológicos, pero con repercusión política; no es sólo importante el grado de dictadura o democracia, sino el equilibrio social y nivel de explotación de los menos afortunados. Obviamente, esto se relaciona con la estructura de decisión de los gobiernos de cada nación y de la generalidad del continente, o sea, con la estructura política de sus países. La alternativa parece ser o gobierno parlamentario o gobierno de fuerza. En el vestir femenino hay períodos de faldas largas y faldas cortas; en Iberoamérica hay períodos de dictaduras y de democracias, éstas en pocos casos puras y típicas, en su mayor parte *light*. Como tal hay que analizarlas, en busca de un óptimo de continuidad política, sin la que los pueblos iberoamericanos no podrían participar de modo activo y positivo en la Nueva América del próximo milenio, ni exigir plena representatividad en la gran comunidad humana de la Edad Universal.

Las dictaduras no son causa, sino consecuencia, de una situación social y sociológica, aunque en parte proceden de la tradición española y del caudillismo que dentro de ella comenzó a crearse. No cabe detenerse sólo en decir «es bueno porque es democracia», «es malo porque es dictadura», sino analizar sus consecuencias reales, por qué se produce una dictadura, cuándo resulta indispensable y hasta qué punto la democracia, sin límite ni principios superiores, conduce de modo rápido o lento a una situación de dictadura. También hay que reflexionar sobre el caso del partido político que se instala plenamente en el poder social, con lo que acaba creándose un régimen de dictadura parlamentaria.

El ensayo comunista ofrecía una fórmula de «dignificación de la dictadura», y con el calificativo de «proletariado» justificaba sus fines, aun cuando en realidad sólo sirviese para crear una nueva clase de amos. Casi todas las dictaduras tienen una idea inicial que las explica o justifica, hasta que pasan a «propiedad de un grupo», que oprime de modo suave o menos suave a los ciudadanos. Salazar, en Portugal, ofreció una dictadura «eficiente-oprimente», pero menos injusta y cruel que otras. Cada dictadura tiene su modo de ser y características propias; por eso son difíciles las generalizaciones. La historia es, en gran parte, consecuencia de dictaduras. Éstas pueden repetirse, y hay que analizar si se pueden evitar o, en todo caso, cómo dulcificarlas.

Los regímenes democráticos, aun los mejores, no son perfectos ni, por supuesto, las personas que los representan. Perú y El Salvador son ejemplos de sistemas democráticos que pueden ganar elecciones, pero no resuelven problemas sociales.

Así es posible que en El Salvador coexista, por una parte, una pequeña participación de núcleos terroristas activos de influencia real y, por otra, un amplio triunfo no revolucionario en elecciones que resultan difíciles de falsificar. Lo mismo en Perú, con «Sendero Luminoso», donde núcleos mínimos, en sufragio universal, amenazan gravemente la estabilidad social. Ambos demuestran cómo la mitificación de la democracia impide analizar los problemas reales de los pueblos, que no siempre se resuelven con fórmulas jurídico-parlamentarias.

No existen soluciones precisas para el equilibrio satisfactorio de las comunidades humanas, pero sí existen fórmulas que dan lugar a situaciones más equilibradas, cuya aplicación, por tanto, parece conveniente.

Iberoamérica y cada uno de sus países necesitan encontrar fórmulas de convivencia política estable y equitativa, con alto grado de igualdad para sus habitantes y solidaridad dentro de cada nación. Es el verdadero objetivo, para el que no bastan, caso de Colombia, instituciones históricas respetables. El dogmatismo político, y más aún, el dogmatismo procedente de otros países o culturas, suele ser contraproducente.

El equilibrio político de Iberoamérica no depende de fórmulas teóricas, que con el hecho de aplicarse resuelven los problemas, si es que así ocurre. Sólo puede conseguirse creando una estructura política superior que evite en las mini o micronaciones actuales violencias, radicalismos y abusos de los gobernantes al pueblo, y haga posible y casi inevitable, fórmulas de equilibrio político y, sobre todo, de protección de derechos e intereses de pueblos oprimidos por tiranos sociales. No es fórmula nueva ni caprichosa; ha ocurrido en los imperios occidentales, dentro de sistemas generalmente monárquicos, y está ocurriendo en Europa, la actual de los Doce, o la próxima, mucho más amplia, para la que deberán crearse fórmulas limitadas de soberanía política. Iberoamérica no logrará su equilibrio y estabilidad política, si no consigue un sistema orgánico de estructura piramidal que parece, en principio, posible y que debería transformarse en objetivo preciso, quizás muy diferente del que aquí se diseña, con limitaciones también piramidales de soberanía.

8. Iberoamérica debe ser una unidad. Actualmente es un conjunto casi abigarrado de países del que puede surgir, al menos teóricamente, alguna clase de unidad a través de agrupaciones políticas territoriales, como podrían ser las siguientes.

—Los Estados Unidos Australes, principalmente Argentina y Chile, con Uruguay y Paraguay y posiblemente Perú y Bolivia [4], que pueden constituir una unidad orgánica que se ayude entre sí, completando deficiencias o limitaciones de cada país, y transformando una vieja región natural, que los españoles crearon como virreinato del Río de La Plata, en una unidad política federal con propia vida económica y cultural, frente al resto de América y del mundo, con riquezas y recursos bastante compensados. No es fácil, puede exigir siglos, pero parece inevitable. En ella, se creará un aceptable *mixing* de razas, indígenas, europeas e incluso orientales, entre los dos más importantes océanos del mundo, y podría conocerse como «Estados Unidos Australes», con constitución común, legislación coordinada y ejército propio para evitar las desviaciones de los ejércitos postindependentistas. Con la aviación del futuro que facilite sus comunicaciones internas y con el exterior, se podría integrar su potencia económica. Su población en 1992 será de más de 81 millones de personas, y posiblemente, en el año 2025, será de 138 millones.

—Los Estados Unidos de Brasil, «pioneros» de esta nueva fórmula para América, requieren pocas alteraciones estructurales, aunque sí internas para hacer más homogénea su sociedad, en la que existe un aceptable equilibrio mestizo, pero grandes desigualdades sociales. Brasil será el gran motor de Iberoamérica, cuyo ejemplo arrastre a sus vecinos para que en los próximos siglos participen todos en la Nueva América. En Brasil conviene un equilibrio político-geográfico, pues el actual dificulta las medidas para salvar sus problemas, y además necesita un equilibrio social que hoy no ha logrado y que exige reducción de la inflación, instrumento de dominación de poderosos y sumisión de débiles. Para acercarse y coordinarse con sus vecinos, le puede servir castellanizarse en áreas periféricas o en élites tecnológicas, y así aprovechar la potencia intelectual de países vecinos y crear conjuntamente

[4] Estos dos países, de gran tradición histórica, tienen ahora difícil encuadramiento estructural y puede convenir que se integren en el área austral, con riqueza y recursos humanos que ayuden a sus problemas.

centros de conocimiento e investigación que permitan competir con Europa y Angloamérica. Su número de habitantes en 1992 será de más de 150 millones, que pueden ser 246 en el año 2025.

— Los «Estados Unidos Bolivarianos», con los tres básicos, Venezuela, Colombia y Ecuador, y quizás las Guayanas. Debe ser otra unidad política, aprovechando las mejoras de comunicación, enfrentando con éxito sus problemas, en especial la droga, y creando una conciencia común. Sus posibilidades son más limitadas que las de Brasil y quizás que las de la Austral. Su proceso de unidad será difícil por el complejo nacionalista, que exige superar antagonismos históricos. Con ello se reconstruiría otro virreinato español, el de Nueva Granada, que quizás no deba prescindir de Panamá, país que le concede un valor estratégico que compensa otras limitaciones. Sus habitantes en 1992 serán más de 62 millones, que pueden llegar a 115 en el año 2025, incluyendo las Guayanas y Surinam.

— Los «Estados Unidos de México», pieza básica de la Nueva América, por su gran riqueza humana y de recursos físicos, pero sobre todo por su papel de frontera y punto de encuentro con la cultura anglohispana, y punta de lanza y en cierto modo invasión culturo-racial de toda Angloamérica. México es ejemplo de mestizaje para exportar al Norte, y recibir de él beneficio tecnológico y empresarial. También podría tener influencia en algún país de Centroamérica. México es la avanzada Norte de Iberoamérica, y será ejemplo y campo de experimentación para llegar a la Nueva América. Sus habitantes en 1992 serán más de 87 millones, y pueden llegar en el 2025 a 150.

— Los «Estados Unidos Centroantillanos», área geográfica dispersa y compleja donde en estos últimos lustros se han producido fuertes convulsiones de repercusión futura. Deben dejar de ser campos de batalla, para convertirse en unidad coordinada con Angloamérica por el sur de Florida, casi hispánico, con Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y otras islas y países centroamericanos. No serán fáciles de integrar, y requerirán colaboración exterior de Angloamérica, de España y de México, sin imperialismos ni intromisiones colonialistas, como obligación moral que, al menos respecto a nosotros, surgió hace cinco siglos. Sólo es posible si se supera la etapa castrista de Cuba, se consigue equilibrio social en Centroamérica, se aprovecha la simbiosis Anglohispana de Puerto Rico y el sur de Florida, y se encuentran fórmulas de convivencia con las islas de influencia anglofrancesa. Los habitantes en 1992

serán más de 54 millones, que podrían llegar a 98 en el año 2025. Esta cifra sería de más de 29 millones para Centroamérica, sin contar Las Antillas, para 1992 (26,5 sin Panamá), cifra que se convertiría en 63 millones en el año 2025 (59 sin Panamá). Las Antillas tendrían más de 26 millones en 1992, y en el 2025 casi 41 millones.

9. Cualquiera que sea la fórmula política o la estructura de sus países, para Iberoamérica es indispensable la recuperación de su capacidad de ahorro interno y autoformación de capital, que permita financiar sus necesidades de subsistencia interna digna y expansión normal, con crecimiento económico para equilibrio de su población. Es la clave de su futuro, necesidad imperiosa, pero difícil, dentro de ese abanico de situaciones y objetivos para que Iberoamérica alcance su mayoría de edad en una nueva etapa que cierre la postindependencia. Para ello es indispensable una estabilidad política aceptable, más factible hoy que en las últimas décadas, pero no suficiente para el equilibrio económico; y si éste no se consigue, peligra la estabilidad política y es imposible la sociológica. Para ello es indispensable:

— Desarraigar la inflación y no sólo la hiperinflación, llegando a los términos ahora normales. La hiperinflación, más que un fenómeno económico, ha sido un símbolo de injusticia social de gobiernos, más preocupados de la protección de los que tienen que de las clases desamparadas, aunque en apariencia se hiciera en su interés [5]. No se puede detener la inflación cuando las medidas económicas buscan en primer lugar proteger a los poderosos, empresarios o de otra clase, que tienen medios y dominan técnicas para sortear sus inconvenientes y viven más de la inflación que en la inflación. Hace falta, sobre todo, energía moral y alto sentido de responsabilidad política, incompatible a veces con la política partidista, que vive en gran parte de la demagogia. Otra incógnita sociopolítica que hay que despejar.

— Cancelar la deuda externa, con las fórmulas de equidad que procedan, para evitar beneficios a los ya enriquecidos, individual o corporativamente, pero sin restricciones para la deuda de gobiernos o instituciones públicas, salvo situaciones muy excepcionales. Hay que lo-

[5] Ocurre en España con las peticiones de los sindicatos, en «beneficio» de los trabajadores, de crecimientos salariales que impiden el restablecimiento económico, que siempre exige empezar perdiendo, presa fácil para los populistas que mantienen su poder prometiendo lo imposible o contradictorio.

grarlo, aun con injusticia distributiva, de modo continuado, y compensar de los perjuicios legítimos que en algún caso se pudieran admitir a las instituciones de crédito o financieras de países ricos y protección coyuntural para algunos sistemas bancarios nacionales de países acreedores. En otra «reflexión» de este libro se trata más ampliamente este tema.

– Conseguir la formación de ahorro real interno para capitalizar el equilibrio sociopolítico y el crecimiento de la población. Este ahorro interno necesita ahorro individual y familiar estable, y esto exige instituciones jurídicas y sociales que lo favorezcan, lo premien y lo transformen en hábito social. Es un proceso para el que no bastan panaceas arbitristas. Podría ayudarse con la promoción, equilibrio y arraigo del seguro de vida, cajas de ahorro y otras fórmulas de ahorro de segundo grado, enmarcadas en un ámbito financiero saludable. Sin inflación esto es posible, aunque lógicamente sea lento y requiera más de una generación para que sea efectivo. Estas instituciones, si son eficientes y socialmente responsables, se transformarían a su vez en instrumento antiinflacionario y de equilibrio social.

– Eliminar la evasión de capitales que se produce cuando a las clases dirigentes les falta conciencia ética, de responsabilidad social y confianza en el país en que viven, incluso con traición a la nación, lo que se ha justificado hasta moralmente, y en Argentina se había convertido en hábito sociológico común en la vida normal.

Para lograr estos objetivos son inconvenientes las actitudes radicales de privatización e internacionalización. No es posible que Santo Domingo u Honduras, por poner ejemplos, logren un satisfactorio grado de formación de ahorro interno, dentro de un marco de internacionalización salvaje de su economía. Pronto quedaría ésta sometida a grupos exteriores que la subordinarían a sus propios intereses, los cuales, aun siendo éticos y responsables (será muy difícil que esto ocurra), tendrán objetivos que permanente o coyunturalmente pueden ser diferentes a los de los citados países. Se facilitarán los objetivos con mayor ámbito geográfico político que el de las naciones actuales, y de ahí la necesidad de concentraciones regionales que, a su vez, se federen o confederen entre sí y se subordinen a otras superiores.

Es indispensable también para estos objetivos la lucha implacable para eliminar el cáncer burocrático que esteriliza a la administración, la lleva al fracaso nacional y favorece la creación de clases parásitas. La

causa fundamental de la desintegración política de la Unión Soviética no ha sido ideológica, sino que su ideología ha llevado al total burocratismo de la sociedad, y ese burocratismo ha hecho perder el sentido del trabajo responsable, ha empobrecido el país y ha creado condiciones para esa desintegración. Por razones muy distintas y afortunadamente menos profundas, ha sido también éste el caso de Argentina, otro país oprimido por el burocratismo, a pesar de sus riquezas naturales y calidad de sus hombres. Es incierto que la privatización sea panacea que todo resuelve, pues la burocracia, igual que a organismos públicos, afecta a empresas mercántiles no sometidas a un suficiente régimen de «competencia», aunque el carácter limitado de sus recursos, a diferencia de las estatales, hace más fácil la detección y corrección de sus desviaciones.

Los problemas se agravan en Iberoamérica, al menos en gran parte, con los monopolios de servicios creados en nombre de la «autarquía nacional», que los aseguradores conocemos muy bien. Sus actividades han impedido la creación de mercados potentes y, sobre todo, que los usuarios reciban el servicio a que tenían derecho en sus contratos. Los monopolios son, social y económicamente, contrarios al interés de los ciudadanos y al general del país; sólo sirven para crear burocracias potentes y permanentes, protegidas por dirigentes políticos, económicos y sindicales (no sólo por los gobiernos), olvidando el interés general. Eliminar el burocratismo es difícil; exige técnicas adecuadas para el trabajo y enfrentarse con intereses personales, pero es indispensable, pues no sólo con él se despilfarran recursos, sino que se dificulta la prestación normal de servicios de cualquier naturaleza.

La corrupción, relacionada con la burocracia, es también lacra de muchas naciones americanas, donde burocracia, falso nacionalismo y desequilibrio económico crean caldo de cultivo para una corrupción generalizada, que afecta sobre todo a clases dirigentes, o que han dejado de serlo y quieren continuar con hábitos que no pueden mantener, forzando «negociados» o fórmulas de *dinero fácil,* que acaban extendiéndose e impiden el desarrollo equilibrado y ético de la sociedad. La corrupción ha llegado a admitirse socialmente; los titulares del poder omnipotente la aprovechan y fomentan para su supervivencia política. Habría que conocer si es superior la corrupción de Iberoamérica a la de otros países, y en cuál de sus naciones ha logrado mayor penetración. Preguntas difíciles de contestar, que exigirían definir lo que

es corrupción y sus diferentes variedades, por qué aparece y en qué situaciones o momentos casi se justifica. Puede calificarse como corrupción el fraude fiscal, la excesiva influencia pública y jurídica de narcotraficantes o similares, pero también la financiación de partidos políticos con fórmulas de cosmética corporativa contable.

Todas las fórmulas de corrupción se dan en todos los países, pero con diferente intensidad y diferentes consecuencias; en algunos casos, incluso se estimulan o premian socialmente. Las que aparecen en Iberoamérica se inician por algún error sociopolítico, pero fácilmente se generalizan. Son, principalmente, las siguientes:

– Tráfico de influencias en decisiones socioeconómicas, con o sin corrupción económica específica, que priva a los empresarios eficientes de igualdad en sus actividades.

– Empleo público politizado para favorecer a personas de la propia familia o amigos de ésta, etcétera.

– Utilización de poder sindical, en beneficio de los dirigentes y connivencia con las empresas, en contra de los trabajadores.

– Utilización de bienes de propiedad pública con despilfarro o enriquecimientos particulares.

– Concesión de contratos públicos, nacionales o locales, por favoritismo o soborno.

Alguna corrupción es inevitable y soportable, pero la corrupción irresponsable tiende a ampliar sus efectos y ahoga la vida económica y social. Así ha llegado a ocurrir en Iberoamérica, que aun corrigiendo grandes errores, sólo tiene futuro si reduce a un mínimo la corrupción, y esto no sólo depende de gobernantes y políticos, sino del conjunto social y, *sobre todo,* de sus diferentes dirigentes: la jerarquía eclesiástica, cuya acción sería decisiva; gobernantes y políticos nacionales y locales; sindicalistas; miembros del ejército; y, sobre todo, empresarios, que son en la mayoría de los casos vehículo de fuentes de corrupción.

10. Iberoamérica necesita en el siglo próximo una serie de logros, con unidad política completa o sin ella, que permita su participación activa en la Nueva América y en el concierto mundial. Es indispensable el equilibrio ético de su sociedad civil y el económico de sus ciudadanos. Expongo a continuación ideas de algún modo ya comentadas, pero que es necesario subrayar:

* *Hacer posible una estabilidad política,* con sistemas equilibrados de participación ciudadana, que puedan eliminar sucesivas dicta-

duras, golpes de Estado o fenómenos populistas, con objeto de arraigar fórmulas de equilibrio político y, sobre todo, sociológico, que aún resulta más importante.

* *Restablecer el equilibrio económico interno,* con eliminación de la deuda *pública* externa; creación de instituciones potentes de ahorro individual y familiar, de carácter principalmente nacional; fórmulas para hacer imposible la evasión de capitales y, sobre todo, sistemas efectivos de transparencia social y económica que detecten fácilmente desviaciones individuales y colectivas.
* *Eliminar en lo posible poderes fácticos* de diferente naturaleza, que en cada país influyen en los poderes regulares, impiden la estabilidad y promueven el abuso de los poderosos, y que en su mayor parte son manejados por desconocidos. Sólo el de la Iglesia puede ser totalmente útil.
* *Eliminar la explotación de las clases desprotegidas,* con dignificación e incorporación plena como ciudadanos y sin bolsas de esclavitud o servidumbre, aspecto indispensable para desarrollo y estabilidad permanentes. Quizás sea el objetivo más difícil, gran desafío y batalla para la Iberoamérica del siglo XXI.
* *Exigir sentido de responsabilidad social* a sus clases dirigentes, en cualquiera de sus manifestaciones, evitando que la posición adquirida en la evolución social lo sea para propio bienestar, a costa del conjunto de la nación. Sin clases dirigentes responsables dispuestas al sacrificio por su país, no es posible la renovación, ni eliminar la explotación de los humildes.
* *Conseguir confianza general en la justicia,* creando o restableciendo instituciones adecuadas para que pueda ser ejercida en todos los niveles con independencia y rapidez.
* *Renovar sistemas educativos,* orientados con diferentes estructuras al conjunto de los ciudadanos para la enseñanza primaria, secundaria, profesional y superior, y que eviten la servidumbre de la ignorancia y la dependencia exterior en este aspecto, básico para la dignidad nacional.
* *Crear sistemas de auditoría exterior* independientes, verdaderos tribunales de cuentas continentales, confederales o federales, facultados para auditar las situaciones de gastos públicos y sociales de cada nación, como elemento de análisis para los

ciudadanos, a quienes se debe ofrecer realidad *transparente* en la actuación de sus gobernantes y clases dirigentes.

* *Concentrar naciones en áreas homogéneas* para mantener su equilibrio interno, con ejércitos y economías comunes. Resulta difícil por su tradición de enfrentamientos, violentos o no violentos, pero Iberoamérica necesita un sistema estructural de federaciones y confederaciones que olvide el postindependentismo y, en cierto modo, se acerque a la estructura colonial española, más lógica que la creada por reacciones individuales o colectivas durante una independencia a veces cruenta.
* Y, para terminar, *conseguir paulatinamente la unidad continental,* con fórmulas federales y confederales [6], que pueda coordinarse con Angloamérica y contribuya a la Nueva América, a la que se dedica este libro.

Ésta es una visión utópica, pero posible si la adopta el pueblo iberoamericano que, por sí mismo, con su esfuerzo y con su sacrificio, es el único que puede hacer real lo que ahora es sólo visión idealista, aún constante en su historia, que ya proponía hace casi dos siglos el Libertador Bolívar:

> Una sola debe ser La Patria de los americanos [...] Nosotros nos apresuramos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de nuestras repúblicas un cuerpo, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza, sin ejemplo en las naciones antiguas. La América, así, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse reina de las Naciones y la madre de las repúblicas. (Texto de Bolívar citado por Arturo Uslar Pietri en su libro *Bolivariana,* Caracas, 1972, página 95).

Los patriotas iberoamericanos de hoy deben conseguir en el siglo XXI lo que no fue posible en el XIX. Si entonces los españoles eran los enemigos, hoy no faltará su participación y ayuda generosa para esta gran obra, que debería ser la de todos los pueblos que han creado

[6] Los términos de federación y confederación tienen interpretación jurídica en algún caso contradictoria, y aquí se utilizan de modo «profano», considerando federación la estructura de una nación con gran autonomía dentro de sus estados nacionales, y confederación, a la asociación de federaciones.

América, y muy especialmente de los indígenas, cuyos antecesores la poblaban antes de que Cristóbal Colón llegase a sus tierras.

Iberoamérica es hoy y será mañana desafío de futuro. Gran región mundial, con problemas imposibles de resolver, por dificultades inmediatas y necesidad de reacción profunda interna que despierte el motor de su alma generosa. Debe adquirir identidad común para asociarse con Angloamérica, con menos problemas pero más egoísmo, hasta convertirse en la Nueva América, la unidad política más potente de la Edad Universal. Para ello, parece indispensable una reestructuración político-geográfica en diversos «Estados Unidos» y renovación espiritual, más probable en los pueblos del Sur, que sufren, que en los del Norte, que gozan.

VI

ESPAÑA E IBEROAMÉRICA

América es una creación europea, no sólo española, del Norte y del Sur, aunque principalmente de nuestra Península, y de modo también decisivo de Inglaterra. En el siglo XV, el mundo occidental, el mundo civilizado si se quiere, era Europa, y América pasó a ser su proyección, su continuación, su hija querida, y Portugal y España se convirtieron en su madre patria.

España es importante todavía en Iberoamérica, y lo seguirá siendo, aun de modo decreciente; en especial, por el vínculo del idioma y de la religión católica. En cambio, aumentará la influencia de Iberoamérica en España y, en parte por ella, en Europa; por eso una alianza, una acción continua, es no ya conveniente, sino inevitable.

1. La Europa que se proyectó en América era una Europa periférica y marinera, que contemplaba el mar, fronteriza con el Nuevo Mundo a través del Atlántico, protagonista del Descubrimiento. Posteriormente, pasó a serlo el Pacífico, en otra aventura: la circunvalación del mundo. Hace más de 2.000 años, el Mediterráneo era protagonista del mundo, como centro neurálgico de comunicación de todos los países que se consideraban civilizados; el Atlántico pasó, 1.500 años después, a ser el nuevo centro mundial, que ahora comparte con el Pacífico, que puede ser el principal del futuro y que, durante algún siglo, fue un mar español.

Cada uno de los tres grandes «creadores» de América tenía una característica especial.

PORTUGAL, el pionero. Sin sus descubrimientos, sin sus geógrafos, sin sus navegantes, no hubiese sido posible la gesta de Cristóbal Colón. Prepararon el camino, aun indirectamente, porque el Almirante aprendió de las gestas de navegantes portugueses que se dirigieron al verdadero Oriente, para llegar a África y después a Asia, con lo que perdieron protagonismo inicial en América. Conservaron únicamente Brasil, por el Tratado de Tordesillas, pero descubrieron el estrecho de Magallanes. Y, con ello, el paso por otra vía a los países a que habían llegado por el cabo de Buena Esperanza.

ESPAÑA, que había acabado su Reconquista, con presencia y experiencia mediterránea en las islas Baleares y en el sur de Italia, incluso en Turquía, con preparación marinera, dirigida fundamentalmente al mar de dentro y no al de fuera. Cristóbal Colón hizo, no sin dificultad, cambiar esta actitud, y con sus conocimientos y los recibidos de los portugueses tuvo la valentía de cruzar el mar ignoto y llegar a lo que ahora es América.

INGLATERRA comenzaba a ser una república o monarquía marinera; más que España, y más tarde que el propio Portugal. Llegó con retraso por la lucha con su enemigo, que lo amenazaba con la Armada Invencible, y también para dar ocupación a sus hombres que querían participar, legalmente o no, en las nuevas riquezas que se ofrecían a los españoles.

Son los tres principales protagonistas de la Europa periférica vinculados al mar, como también lo habían sido los vikingos, precursores sin enlace con posteriores descubrimientos, pero con participación en la aventura americana pues, además Groenlandia, la mayor isla de nuestro planeta, puede considerarse América, y a ella llegaron mucho antes que al continente.

En realidad, el Descubrimiento no fue de España, sino de Castilla. Hasta hace poco se llamaba «los Castilla» a los españoles, como recuerdo, enraizado en las tradiciones orales indígenas, de aquellos hombres venidos de allende los mares, hirsutos, más bien pequeños, valientes y duros, actores sin miedo de una de las gestas más importantes de la historia de la humanidad.

Pero Castilla no era solamente lo que hoy denominamos con ese término. Tampoco era sólo Castilla la Vieja, que se extendía desde el

País Vasco y Cantabria, de la que se fue «desenrollando» la Reconquista; también era Extremadura y era Andalucía, sus dos creaciones, y por eso también de los vascos, durante la Reconquista.

El protagonismo de Castilla en nada enturbia el de Andalucía y Extremadura, aunque hoy parecen regiones o comunidades muy diferentes. Dentro de esa semántica, Andalucía fue el más directo actor del Descubrimiento, previo a la conquista, por lo que interesa conocer cómo era la Andalucía en el siglo xv [1].

El Descubrimiento fue una hazaña andaluza. De Andalucía salió, en ella se fraguó y preparó. Procedentes de las playas y puertos andaluces, se construyeron sus barcos y reclutaron marineros y pilotos. Andalucía es grande, y más ahora que incluye el Reino de Granada y el de Jaén; pero la de América, es Andalucía la Baja, la del Guadadalquivir y el Guadiana; Cádiz, Sevilla y Huelva; y en el siglo xv, los grandes señores de Medinasidonia, Medinaceli y Arcos. Desde entonces ha sido grande la influencia de Andalucía en América; ha dado coherencia lingüística y algunas de sus características humanas. Andalucía, formando parte de Castilla, pero ya entonces con fisonomía propia; se diferenciaba de la adusta y vieja Castilla y de la seriedad de Vasconia. Los hispanoamericanos se sienten en ella como en su patria, más en Sevilla, donde encuentran el famoso Archivo de Indias, tesoro de sus orígenes.

Tras el «Descubrimiento», la acción pasó a los extremeños, de tierra pobre y dura, hidalgos sin medios económicos, que dedicaron su energía, consumida en la inacción, y sus condiciones personales a hacer posible la «conquista» de América.

Extremadura es la conquista. Ya en el siglo xv afirmaba su personalidad respecto a la Castilla que la había formado. Extremadura es pobre; tierra de fronteras, de lucha, de hidalgos sin recursos, y sin porvenir para sus hijos. Por eso su gente es dura, sin miedo a la vida, ni a lo desconocido, ni a la muerte. Del Duero, que le dio su nombre, al Guadiana, que la consagra al Sur, con el Tajo en medio, perdió su justificación histórica y necesitaba expandirse sin perder su talante; estaba preparada para conquistar milagrosamente un Nuevo Mundo. Fray Nicolás de Ovando, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Alvarado, Valdi-

[1] La Fundación MAPFRE América ha incluido un libro sobre este tema en las Colecciones MAPFRE 1492: *Andalucía en torno a 1492,* de Miguel Ángel Ladero.

via, son nombres decisivos para América, con hazañas, errores, crímenes y triunfos; hombres que imprimen carácter a sus empresas y acrecientan la historia de sus tierras de origen. Extremadura dejó algo más que esos conquistadores en América; dejó el legado de la Virgen de Guadalupe, que domina México y extiende su manto a gran parte del continente, de forma que une un viejo monasterio extremeño y la historia hispanoamericana.

España, entonces, era la suma, no completamente integrada, de los reinos de Aragón y Castilla. Los castellanos, con Isabel, recelaban de los aragoneses de Fernando, y se llegó a dificultar, incluso prohibir, su entrada en América. Sin embargo, la financiación de la conquista también se hizo con caudales aragoneses, catalanes y valencianos, en parte de banqueros judíos.

España, en el siglo XV, se dividía en dos áreas: la que miraba al Mediterráneo, Aragón a través de Cataluña, que hacía de Barcelona refulgente faro de ese mar, como puede seguir siendo en el futuro, y Castilla que, a través de su Andalucía, miraba al Atlántico. Este nuevo reparto surgió de la realidad política española. Posteriormente, Aragón y Cataluña sí participaron, como lo hicieron todas las comunidades o regiones españolas, con mayor distinción en diferentes momentos, unos en el siglo XVII, otros en el XIX y XX, dejando un resto cultural destacado. Catalanes y levantinos han creado en los últimos 150 años imperios económicos, y aportado con laboriosidad y bien hacer valores preciosos para la América actual. Los canarios, en los últimos 250 años, constituyen la principal base emigratoria de Venezuela y Cuba. La declaración de independencia de Bolívar se dirigió a canarios y españoles, por la presencia que ya entonces tenían allí. Los habitantes de estos dos países casi se confunden con los de las Canarias españolas, con modo de hablar muy semejante y aportaciones personales muy destacadas.

Los gallegos, con menor participación en la colonización inicial, han ofrecido posteriormente gran aportación dura y tenaz en Cuba, Argentina y Brasil, trabajando brutalmente (hay que utilizar esta expresión) y contribuyendo a su mejora. En realidad, no hay región de España sin participación destacada en Iberoamérica, y algunas también en Angloamérica. Todas han contribuido a la gran Hispanoamérica de hoy, la mayor obra de nuestra España, la que nos hará trascender en el próximo milenio, aunque en él nos «asimilase» la Nueva Europa,

que siempre nos ha considerado periféricos. Tampoco hay que olvidar que, hasta el siglo XIX, los españoles, en especial vascos y catalanes, participaron en la más odiosa de las actividades que jamás ha emprendido el hombre; la trata de esclavos africanos, genocidio directo, más que cualquiera, perpetrado con los indígenas americanos.

2. La descripción de lo que aportó España a América será errónea y difícil, pero resumo lo fundamental antes de entrar en detalles:

* Religión, que, con avatares y problemas, se ha mantenido más que en la Madre Patria.
* Lengua, que permite crear una identidad y una cultura propias.
* Sentido de solidaridad, indispensable para el desarrollo equilibrado del siglo XXI, sin lo que la humanidad sería más áspera, más difícil para la convivencia de los ciudadanos medios, que no tienen cualidades para el éxito a cualquier precio a que lleva la sociedad competitiva.

En estas aportaciones destacan aciertos y errores. Los comento dentro de las dificultades de toda generalización y sólo como pincelada panorámica de grandes rasgos.

Cabe considerar *aciertos:*

* Profundo sentido religioso, de sumisión del hombre a Dios, que ayuda a soportar la vida de los que menos tienen; principal instrumento social para hacer difícil que gobernantes y dirigentes utilicen el poder para su propio provecho, olvidando el interés de la colectividad.
* Sentido de la igualdad de las gentes y los hombres, que no existía previamente; sin endiosar a los invasores, ni menospreciar a los indígenas. No fue siempre así en la práctica, como ha sido, es y será inevitable en la historia humana, pero sí en los principios, que ni aun ahora acaban de estar generalizados en el mundo. Su testimonio son las Leyes de Indias, sin equiparación con las creadas por los anglosajones ni por otros pueblos del mundo, ni en el pasado ni en la actualidad.
* Valor individual de sus hombres. Apenas conoce la historia actos tan heroicos como los de los pocos españoles que se lanzaron a América, que en cien años, desde 1492, iniciaron la América actual, la del Norte, en gran parte de los Estados Unidos, y la del Centro y Sur; cordilleras, selvas y grandes ríos fueron dominados por españoles, sin conocimiento geográfico, sin expe-

riencia de lo que podía ocurrir, completamente aislados, pero con extraordinario valor personal, fenómeno que, desgraciadamente, está desapareciendo, aunque existen algunas excepciones individuales y colectivas que compensan la mayoría mediocre y chata.

* Evangelización de los indígenas, justificada para implantar la fe cristiana, pero también vehículo trascendente de impregnación cultural y de evolución de lenguas y pueblos. Los españoles trataron de evangelizar a los indios y darles lo más precioso para ellos, a fin de lograr un continente cristiano. Los dos procesos mundiales de evangelización de nuevos territorios son la islamización, de los siglos VII y VIII, a partir de la península Arábiga, y la cristianización de América, en los siglos XV y XVI.

No se puede concebir Iberoamérica sin este objetivo generoso de evangelización. No hay nada parecido en otro imperialismo europeo. De ahí, que existan problemas y debilidades en la Hispanoamérica actual, pero también virtudes humanas que, en general, ha sabido preservar. Los españoles se preocuparon desde el primer momento de la defensa y protección indígena; no de su explotación, aunque ésta no se pudiese evitar. Las leyes de protección a los indios constituyen por sí mismas, y por lo que representan, uno de los grandes hitos de la «historia digna» de la humanidad. Los españoles deberíamos estar a su altura cuando llegue el momento de preferir el plato de las ventajas de Europa, a la dignidad de defender a nuestros hermanos hispanoamericanos en el exilio de su pobreza. Los ingleses, por el contrario, no trataron de evangelizar; sólo de conquistar, de ocupar o de administrar con fines comerciales, pero sin acercarse a los hombres como hermanos, e igualarse a ellos. Esta diferencia entre la actual América anglosajona y la América hispana tendrá proyección en el siglo XXI, con ventajas e inconvenientes de ambas actitudes.

* Mestizaje, consecuencia de su preocupación por los indígenas y por otras causas más materiales. Los españoles iniciaron una política, por lo menos práctica, de mestizaje, de enormes consecuencias presentes y futuras. Fue posible no solamente por escasez de mujeres españolas, sino por respeto a los indígenas, inculcado y remachado en el proceso de difusión del Cristianis-

mo. Desde el primer momento, indios y mestizos participaron en la vida política y en la vida social, sin desprecios, no como sujetos de segunda categoría, al menos ante la Ley, entrando en las clases dirigentes, aun cuando obviamente existía vanidad y consideración de superioridad entre los que sólo así podían hacerse notar. Es el mestizaje la gran aportación de los españoles a América, pues su futuro en los próximos siglos depende precisamente de que una sociedad de esta naturaleza domine el conjunto de sus naciones.

Todos los pueblos son mestizos; ninguno tiene raza pura, aunque algunos lo pretendan. Pero hay una diferencia entre mestizaje de razas próximas y el auténtico mestizaje, en que razas blancas se unen con razas cobrizas y negras, ejemplo de América que se extenderá incorporando a las razas amarillas, como también ocurrió con las ocres, árabes, en los fines de los siglos XIX y XX. México, Brasil, Perú, Bolivia y Paraguay son países eminentemente mestizos. Paulatinamente irán siéndolo los restantes, y la propia Angloamérica.

* «Segundones», procedentes del sistema de transmisión de herencia patrimonial y heráldica de mayorazgos que existía en Castilla. Los primogénitos quedaban con las propiedades familiares; los que no lo eran, tenían que abrirse camino por sí mismos en la Iglesia, las armas o simplemente la aventura. Hispanoamérica fue poblada y dirigida por segundones. La jefatura de las familias quedaba en España con el primogénito, y también permanecían los miembros de menos capacidad, iniciativa o valor individual. Los que tenían estas cualidades cruzaban los mares llenos de ambición, unos religiosa, buscando evangelizar, otros por orgullo personal o deseos de hacer fortuna, y siempre con la voluntad de crear su propia estirpe o de servir a su Dios. Pasado siglo y medio las emigraciones fueron diferentes; pero la gran conquista estaba hecha y el riesgo corrido, y en ello dejaron los segundones una impronta difícil de borrar.

* Sentido de legalidad y derecho, que los españoles tuvieron, por lo menos en esa época, llevando a América un sistema trasplantado de sus propias leyes, no sólo de Indias, con tribunales, fundamentalmente audiencias, y defensa de intereses de los débiles, con «visitadores» para descubrir abusos de los poderosos.

En las condiciones en que se hacía la conquista y colonización, con grandes distancias y grandes riesgos, se mantenían con firmeza juicios de residencia a personas a las que se había otorgado mando y poder sobre otros pueblos. Como ejemplo, el que se hizo a Cristóbal Colón, que a algunos puede sorprender, pero del que el senador Paolo Emilio Taviani, el más grande colombinista italiano y entusiasta lógicamente de él, piensa que fue necesario porque «para que haya justicia es indispensable ley dura para grandes y poderosos».

* Preocupación documental. Todo lo registraban por escrito. Los archivos españoles de la Edad Moderna son más importantes que los de ningún otro país o imperio. Por eso, también un objetivo del próximo siglo será el análisis de archivos, para que el siglo XXI pueda conocer aspectos de la historia de América y de España, en ellos escondidos. Esto ha movido a la Fundación MAPFRE América a prestar especial atención a la preservación de documentos históricos, no solamente con actividad directa limitada, sino con acción promotora para despertar la atención de este tema en todo el mundo, y que la conservación y fácil acceso de documentos históricos se convierta en gran tarea de Iberoamérica y de nuestra península [2].

* Interés por la enseñanza a través de misioneros y promoviendo estudios superiores, en que la Universidad de Salamanca fue muy activa, fundando y orientando instituciones a su imagen desde los primeros momentos. Se creó una excelente red de universidades que, desgraciadamente, por motivos de diferente naturaleza, en las últimas décadas está sufriendo grave crisis, de la que es de esperar se recupere. Cuando acabó la dominación española, existían 31 universidades en el conjunto de Hispanoamérica [3].

[2] El día 16 de abril de 1991 la Fundación MAPFRE América, con la Fundación Casa Ducal de Medinaceli, constituyeron el Instituto de Documentación Histórica Cardenal Tavera, con objeto de promover la preservación y difusión de archivos privados, en especial relacionados con América.

[3] Universidad de Santo Domingo, 1538; Universidad de San Marcos (Lima), 1553; Universidad de México, 1553; Universidad de Santiago de la Paz (Santo Domingo), 1558; Universidad Tomista de Santa Fe (Bogotá), 1580; Universidad de San Fulgencio (Quito,

* Reconstrucción de lenguas indígenas, apenas escritas antes de 1492, casi sólo con tradiciones orales que fácilmente se hubiesen perdido, como se perdieron bastantes de ellas antes de la llegada de los españoles. Esto fue consecuencia de su vocación evangelizadora, con espíritu científico cultural, que llevó a los misioneros a dedicar especial atención a estudiar y propagar las que iban conociendo, traduciendo a ellas el catecismo y preparando gramáticas y diccionarios. El proceso de renovación, urgente, de las lenguas indígenas de América se tiene que apoyar en documentos misionales, algo tan necesario para el futuro como la protección del patrimonio documental. Si Iberoamérica quiere participar en la aventura americana del futuro, necesita reconstruir en lo posible sus lenguas indígenas para que no se pierdan, como algunas especies a extinguir en la naturaleza, y que vuelvan a adquirir vivencia. Esta consideración ha movido a la Fundación MAPFRE América a prestar atención a este tema en su campo de actuación [4].

Ecuador), 1603; Universidad de San Carlos (Guatemala), 1620; Universidad del Rosario (Santiago de Chile), 1622; Universidad de San Gregorio Magno (Quito), 1622; Universidad Javeriana de Santa Fe (Bogotá), 1623; Universidad de San Francisco Javier de la Plata, 1623; Universidad de San Miguel (Santiago de Chile), 1623; Universidad de Córdoba (Argentina), 1634; Universidad de Popayán (Nuevo Reino de Granada), erigida originalmente como colegio seminario, 1643; Universidad de San Ignacio de Loyola (Cuzco), 1648; Universidad de Caracas, 1675; Universidad de San Cristóbal de Huamanga (Perú), 1682; Universidad de Santo Tomás de Quito (Ecuador), 1683; Universidad de San Nicolás (Santa Fe), 1694; Universidad de San Antonio del Cuzco, 1696; Universidad de San Jerónimo de La Habana (Cuba), 1721; Universidad de Concepción (Chile), 1724; Universidad de la Asunción, 1733; Universidad de San Felipe (Santiago de Chile), 1738; Universidad de San Francisco Javier de Panamá, 1749, refundada en 1841; Universidad de Oaxaca (México), se piden informes en 1751, sin concluirse su fundación; Universidad de Mérida (Yucatán), 1778; Universidad de Guadalajara, 1791; Universidad de Mérida (Venezuela), 1795; Universidad de León (Nicaragua), 1812; Universidad de Buenos Aires, 1821, aunque la erección se realizó desde finales del siglo XVIII; hasta aquí, las universidades mencionadas por sor Águeda Rodríguez en su libro de las Colecciones, *La Universidad en la América hispánica*. Personalmente, me consta de una más, se trata del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado en Santa Fe de Bogotá en 1653.

[4] Se ha iniciado la preparación de un programa a este efecto (ver Cap. I, nota 5). Este programa, como decíamos antes, intenta detectar información documental de carácter etnográfico en archivos europeos y americanos, poniendo especial énfasis en la divulgación de gramáticas y diccionarios indígenas, escritos por los religiosos en las misiones americanas.

* Urbanismo. España fue urbanizadora sistemática; no se crearon ciudades como consecuencia de la «especulación capitalista», sino para que fuesen habitables y dignas para sus ciudadanos, hoy ejemplo para cualquier país. Algunas han llegado a ser megápolis, con problemas graves de futuro, pero esto no empaña el acierto urbanizador, quizás recuerdo de acción semejante del Imperio Romano, aunque en circunstancias más hostiles y distantes.
* Idioma castellano, su principal aportación. Hispanoamérica y el continente americano logran con él un gran elemento de identidad y aglutinación continental, que permite mirar al resto del mundo con orgullo. Igualmente ocurre con el portugués, en su área propia. Por eso conviene promover todo aquello que contribuya a mejorarlos, mantenerlos, coordinarlos y unirlos, en lo posible, con su Madre Patria. El castellano, afortunadamente, es uno; el más puro y mejor no está hoy en Castilla, ni en España, sino en Colombia. Se han podido crear acentos especiales e introducir palabras y conceptos con distinto significado, pero siempre de modo aislado y específico, sin afectar a su subsistencia unitaria [5]. El lunfardo de Buenos Aires carece de valor para eliminar el excelente castellano que se escribe en Argentina; ni el acento cubano, ni el venezolano, tan vinculado por otra parte al de las islas Canarias, representan factor degenerativo del idioma. De otro modo, no sería posible la maravillosa literatura hispanoamericana, que está llevando al mundo la herencia de España. El idioma castellano apenas ofrece diferencias; menos que el portugués, que por el gran crecimiento de Brasil ha pasado a tener contextura algo distinta del idioma peninsular, hasta pensarse en un «nuevo portugués», en tanto no cabe imaginar un «nuevo castellano» para España y pueblos hispanoamericanos.

3. Los anteriores han sido factores «positivos». Algunos de los «negativos» son los siguientes:

[5] Recuerdo haber recibido hace bastantes años una petición de traducción al «mexicano», como si el castellano de Iberoamérica fuese diferente al de Castilla. La Fundación MAPFRE América ha sido consciente de la importancia del dominio de las diferencias léxicas de los distintos países de lengua castellana.

* Violencia, pues los españoles, por razones étnicas o culturales, tienden a ella, sin lo que no hubiesen podido llevar a cabo la gesta americana, y han dejado una tradición de este defecto. No eran posibles grandes conquistas, con muy pocos medios, sin violencia, propia o mezclada con la de los pueblos indígenas, tan heroicos y valientes como los españoles. Los hombres que arriesgan su vida y su dolor físico no es fácil que se preocupen excesivamente de los demás. Es difícil contestar si ha sido superior la crueldad española que la de otros países, pero posiblemente lo ha sido. Esta violencia es antecedente de la de la América hispana y uno de los problemas de este continente.
* Caudillismo. En España siempre ha habido caudillos, como Viriato y el Gran Capitán. De esta manera se concibe que los conquistadores lucharan entre sí por el poder, por mucho que respetasen el de un rey lejano.

Desde muy pronto surgieron dentro de la colonia española estas tendencias; el excelente libro del profesor John Lynch [6] ofrece ejemplos de ello. Eso se trasladó, e indudablemente se incrementó en la postindependencia, pues la auténtica presencia de España no acabó el año 1821 o por aquella época, sino que se prorrogó durante ella, realmente hasta el siglo XX, ya que las nuevas élites y fuerzas políticas eran continuidad de las criollas al fin de la colonia. El caudillismo no existió entre portugueses ni ingleses, pero tiene veta indígena, en cierto modo porque españoles e indígenas tenían ya entonces características comunes.

* Centralismo, pues centralista fue el imperio español, gracias a lo cual existen innumerables archivos cuyo estudio permitirá reconstruir la creación de un «Nuevo Mundo». La tradición centralista ha dado lugar a repúblicas con megápolis como capitales a las que acuden, si les es posible, los campesinos y habitantes de medios rurales, hecho sociológico que ha contribuido a la identidad de los países iberoamericanos, de modo más negativo que positivo.

[6] El libro se titula *Caudillos in Spanish America*, y será próximamente editado en las Colecciones MAPFRE 1492.

* Preocupación administrativa, con lentas autorizaciones, aumentadas en su decadencia y con influjo en los nuevos gobiernos independientes. Es expresión o símbolo del poder adquirido y origen de una excesiva burocracia, de la que es difícil desprenderse, y que oprime el desarrollo de las repúblicas iberoamericanas.
* Corrupción, iniciada por los dirigentes locales españoles, por buenas que fueran las intenciones de leyes y preceptos de la Iglesia. La administración española, bastante eficiente en aquella época, con su preocupación por el cumplimiento de la Ley y los juicios de residencia, no ofrecía característica especial de corrupción. Pero alguna existió, como en toda estructura dirigida a gran distancia, y posiblemente se acrecentó en su final y con la Independencia, que eliminó algunos controles jurídicos propios del imperio español. No es que la corrupción sea fenómeno exclusivo de Iberoamérica, pero su herencia es española y en cierto modo católica, pues en general ha sido menor en los países protestantes. No juzgo las causas, pero es la realidad.
* Avaricia, preocupación excesiva por adquisición de riquezas. Procede de los españoles que abandonaban la pobreza de la clase a que pertenecían en su país para buscar el mito del oro, tan importante en la colonización, que llevaba a «hacer las Américas» o sea, a enriquecerse; en ocasiones, como consecuencia de trabajo serio y digno, pero en otras, con utilización de picaresca, abusos, explotación e irregularidades.

4. Esto es el pasado. Queda el futuro, lo que importa: el siglo XXI y la Edad Universal, objeto de este libro. Lo histórico, con aciertos y éxitos, errores y fracasos, tiene interés como antecedente, pero sin olvidar el futuro que se abre al mundo y al continente americano.

España debe ofrecer mucho a América, no con restos o excedentes, sino con sacrificio y renuncias, con solidaridad, sin palabras pomposas y vacías. Naturalmente, lo que quiera hacer depende de lo que se pueda hacer y de lo que España vaya a ser, a lo que me refiero en este libro con pesimismo que desearía equivocado, pero con optimismo en cuanto que aún no ha muerto la auténtica España, capaz de

sentir en su ser solidaridad real por sus hermanos americanos, y con arrojo para «hacer posible lo necesario».

5. ¿Qué puede ofrecer, en concreto, España a Iberoamérica en el próximo siglo? Hago algunas sugerencias:

* Asesorar en aspectos institucionales. Nuestras culturas y modos de ser son semejantes, y la historia nos une. Los consejos de hermano, no siempre acertados, pero desinteresados, pueden ser valiosos. España, además, los dará con independencia, al no ser parte integrante del continente. Incluso puede ejercer función de arbitraje, como de algún modo se está produciendo y podrá ampliarse en el futuro, y hasta alguna función más directa en áreas con problemas específicos. No hay, en todo caso, duda de que el prestigio de la Corona es capaz de ejercer una función discreta, pero efectiva, con bastante aceptación general.
* Colaborar en la preservación y difusión del castellano de modo más activo que hasta ahora, como idioma aglutinante de Iberoamérica y su principal símbolo de identidad y diferenciación con Angloamérica. Un instituto de la lengua castellana, con la forma y denominación que proceda, podría ser organismo de acción *común*, de gran utilidad para ambas partes, dentro de una estructura institucional conjunta.
* Participar en actividades y proyectos científicos, y sobre todo tecnológicos, necesarios y de los que dependerá la formación de cuadros en empresas y administración pública, y la posibilidad de investigación en universidades. Iberoamérica depende hasta ahora, principalmente, de Estados Unidos, lo que es insuficiente, pues exige un brutal esfuerzo previo de dominio de la lengua inglesa. Casi cada nación de Iberoamérica se beneficiaría de una acción sistemática de reciclaje para adaptar tecnología exterior, principalmente de lengua inglesa, casi fuera del alcance de la mayoría de ellas, salvo México. Por ello sería conveniente una amplia acción continua, en la que España se integrase de modo efectivo, como en algunos casos ya está haciendo [7], pero con

[7] La Fundación MAPFRE, independiente, pero antecedente de la Fundación MAPFRE América, se dedica en exclusividad, desde 1980, a la prevención de accidentes, protección de riesgos y medicina laboral y traumatología, organizando centenares de semina-

mayor alcance y magnitud, con intercambio de personas en centros de formación, buscando la mayor «productividad» que pueden dar el idioma y mentalidad común. Durante muchas décadas, ésta podría ser nuestra colaboración más importante con Iberoamérica, incluyendo Brasil, en donde está haciéndose técnicamente comprensible el idioma castellano.

* Ayuda coyuntural o permanente a problemas o situaciones en alguna zona o país, empresarial o desinteresadamente; por ejemplo, cuando se produzca el fin del régimen castrista. Es interesante que en Puerto Rico, bancos, aseguradores y empresas de servicios públicos abandonan la órbita anglosajona para incorporarse a la española, aunque a algunos esto les parezca paradójico. También ocurre algo semejante en Santo Domingo.
* Iberoamérica tiene que relacionarse con la Comunidad Europea y enfrentarse con ella, en especial en la emigración e inmigración de sus hombres. En ésa y otras materias, España se encontrará en una encrucijada, entre Europa, que nos querría absorber y de algún modo hacer perder nuestra peculiar identidad y, de otro lado, Iberoamérica, con la que tenemos vínculos indestructibles. Nuestra obligación es representar a Iberoamérica en todo lo que nos pida, y defender sus derechos e intereses, como lo haríamos con los nuestros propios, hasta justificar lo de que «América comienza en los Pirineos» y, en todo caso, luchar al máximo por americanizar puntos de vista europeos, y viceversa.
* Lo más importante, y en mi opinión indispensable, es admitir errores y abusos de nuestra conquista y colonización, sin tratar de compensarlos con aciertos, y ofreciendo con generosidad una compensación durante el próximo siglo. Esto podría establecerse por medio de un canon histórico de unos mil millones de dólares anuales, ajustables, incorporados a nuestro presupuesto nacional y destinados a proyectos específicos de ayuda real a

rios y otorgando crecientemente becas de diferente naturaleza: unas 70 en 1992, y probablemente más cada año, principalmente en centros españoles. Desde 1990, el área relacionada con la Medicina se ha traspasado a la Fundación MAPFRE Medicina, y ambas continuarán con intensidad su labor en los próximos años y en el próximo siglo. No parece dudoso que esta acción deba generalizarse, como ya ocurre en algunas áreas del sector público, aunque más en lo cultural que en lo técnico-científico.

países o situaciones concretas, de modo absolutamente desinteresado, sin compensación empresarial o de otra clase, sin burocracia o cooperación española que lo desnaturalice. Debería orientarse principalmente a países muy desfavorecidos y con culturas indígenas o africanas. Puede que esto escandalice en España, pero es signo de sentido responsable y de confianza en lo propio, que nos dignificará, al tiempo que ayudará a que nos honren como herederos de nuestra cultura e historia. Debe estimular la mejora y enseñar a lograrla; no a satisfacer necesidades inmediatas.

* Si España no tiene voluntad para hacerlo con sacrificio de sus hombres y mujeres, carecería de dignidad y sentido responsable para convertirse en una gran nación y para mostrar al mundo un ejemplo de solidaridad Norte-Sur, que igualmente deberán ofrecer otros países del Norte, si quieren ser respetados en la Edad Universal. Cuando he comentado esta idea he recibido críticas, en especial por lo que hace admitir de error o culpa. No estoy de acuerdo; nada es tan digno en la vida de hombre y nación como admitir la responsabiliad negativa de sus actos, aunque es cierto que es poco frecuente. Considero que ésta es la propuesta más importante de este libro, como verdadero esfuerzo de solidaridad no sólo histórica sino, Norte-Sur; de la que todo el mundo habla, pero nadie practica.

6. Pero no sólo España puede dar a Iberoamérica; también recibe, por varias razones.

Adquiere dimensión nuestro idioma y nuestra cultura, pues de otro modo el castellano sería una lengua de segunda clase, como acabará ocurriendo con el francés, el italiano e incluso el alemán, recluidos en límites específicos y con amenaza de invasión externa. Es para nosotros ayuda valiosa que cientos de millones de hombres se expresen en nuestro idioma, y también esto podría justificar el canon histórico mencionado.

Iberoamérica ofrece campos de ensayo y prueba para nuestros sistemas formativos en áreas científicas y tecnológicas, posibilitando mayores inversiones comunes e intercambio regular de métodos, experiencias y personas, extendiendo acciones gerenciales para sus ciudadanos y para los españoles, con claro beneficio recíproco.

Con Iberoamérica nos llega un viento de humanismo, seguridad y sencillez que compensará la arrogancia decadente de los europeos, ayudando a mantener nuestra herencia, con sentido de responsabilidad y culpa. Esto cabría considerarlo como devolución de la deuda cristiana adquirida por Iberoamérica cuando estamos próximos a perder el sentido solidario de la vida colectiva.

También nos beneficia que Iberoamérica ofrezca a muchos españoles posibilidad de emigración temporal o permanente que facilite una demografía positiva y, del mismo modo, que muchos iberoamericanos se dirijan a nuestro país para participar en actividades científicas y tecnológicas, aumentando recíprocamente el abanico de posibilidades profesionales o académicas, con un puente aéreo de intercambio cultural y científico que, posiblemente, ha de ser una de las características del siglo XXI.

Además, nos beneficia y enriquece ante el mundo la aportación artística, literaria y musical iberoamericana, que supera nuestras propias realizaciones; otra «devolución de deuda» que requiere especial referencia, pues ha de ayudar a que nuestra identidad se conozca en naciones con distinto sentido de la vida artística.

En conjunto, y desde un punto de vista pragmático y egoísta, Iberoamérica es un «tesoro» para el futuro, tanto de Portugal como de España, que debemos conservar y estimular, cualquiera que sea el esfuerzo que esto nos exija, y que ha de ayudarnos en nuestra vinculación a Europa, pues nos dará un respaldo de innegable importancia, que no debemos ignorar y que nos envidiarán naciones colegas, reforzando nuestra extraordinaria posición estratégica para el próximo milenio, como centro neurálgico de la conjunción norteafricana e iberoamericana.

7. Sería injusto hablar sólo de España en esta reflexión, aunque yo sólo sé de ella. Por eso me limito a algún comentario sobre Portugal, nuestro país hermano.

Si Castilla, con el resto de España, va primero, Portugal no queda a la zaga, y quizás hubiese sido justo anteponerla. Pequeña nación, pobre y marinera, que llenó el siglo XV con sus navegaciones, que le hicieron descubrir y poblar primero la isla de Madeira, después las Azores, e iniciar, en busca efectiva del Oriente, la ruta de África para llegar por ella hasta la India. Son empresas de valor primordial para el Descubrimiento de América y aventura de Cristóbal Colón, pero poco conocidas fuera de su entorno, y menos aún en España, que tiende a ignorar éxitos y aciertos vecinos. En todo caso, Portugal, con sus pocos

habitantes, no ha difundido acertadamente la contribución que ha dado a la historia de la humanidad.

El siglo XV vio el apogeo marinero de los portugueses, que pusieron las bases para la futura América. Dos conceptos diferentes de Portugal y Castilla: llegar a las Indias directamente, convencidos de la redondez de la Tierra, y llegar a ellas navegando por África con informaciones y deducciones concretas. Los portugueses eligieron el camino más correcto, pero menos espectacular; y seguros de él, no participaron en el Descubrimiento en el grado que correspondía a sus méritos. Tampoco llegó el gran navegante Magallanes a ser el primer hombre que dio la vuelta al mundo, misión encomendada con su fallecimiento al ilustre vasco Juan Sebastián Elcano, *primum circumdedisti me*. Pero estas circunstancias exigen recordar a americanos, españoles y mundo occidental las contribuciones decisivas de Portugal [8].

Al referirse a Portugal hay que hablar del Tratado de Tordesillas, en que el Papa dividió entre Castilla y Portugal el mundo nuevo que se iba a descubrir. Portugal conservó Brasil, ese gran país creado por uno muy pequeño. Esta aportación portuguesa se ha convertido en la principal nación de toda Iberoamérica, que se acercará algún día, al menos en número de habitantes, a la dimensión de los Estados Unidos, y con la ciudad de São Paulo, que acabará convirtiéndose en la capital efectiva del subcontinente.

[8] Las Colecciones MAPFRE 1492 preparan la publicación de once libros sobre Portugal y el Mundo, que a continuación se transcriben. Con ellos, se materializa el deseo de que en este aniversario del Descubrimiento la humanidad no olvide la importante contribución portuguesa al mundo moderno, reconociendo también la importancia de Brasil, publicando nueve libros relacionados con este país que igualmente se transcriben. Libros relacionados con Portugal: *Portugal en el Mundo,* de Joaquim Veríssimo Serrão. *Portugal entre dos mares,* de Luis Adão Da Fonseca. *La ciencia náutica portuguesa,* de Luis de Albuquerque. *Portugal en las islas del Atlántico,* de Alberto Vieira. *Portugal en el Magreb,* de Antonio Dias Farinha. *Portugal en el África negra atlántica,* de Jorge Couto. La trilogía *Portugal y Oriente,* de Luis Filipe Thomaz, João Paulo Oliveira e Costa, Victor Rodrigues, Conceição Flores, Fernanda Correia, Manuel Zolato y João Pedro Marqués. *Navegantes portugueses,* de Luis de Albuquerque y Alberto Vieira. *Lisboa,* de Fernando Castelo Branco. *Los judíos en Portugal,* de María José Pimenta Ferro Tavares. Libros relacionados con Brasil: *Los indios de Brasil,* de Roque de Barros Laraia. *Lenguas indígenas del Brasil,* de Aryon Dall'Igna Rodrigues. *Historia de la Iglesia en Brasil,* de Arlindo Rubert. *Río de Janeiro,* de Ciro Flamarion Cardoso y Paulo Henrique Araujo. *São Paulo,* de Suely Robles Reis de Queiroz. *Independencia de Brasil,* de María Odila Leite da Silva Dias. *Historia política del Brasil,* de Francisco Iglesias. *El Brasil Filipino,* de Ricardo Evaristo dos Santos. *Los portugueses en Brasil en el siglo XX,* de Eulalia María Lahmeyer Lobo.

Destaca la diferencia entre la colonización portuguesa y la castellana. Castilla primó el espíritu religioso, y de ahí las Leyes de Indias; Portugal, el espíritu aventurero, conquistador, que tuvieron los bandeirantes. No hay que olvidar que durante algún tiempo Brasil fue español, el Brasil filipino, tema tratado en las Colecciones MAPFRE 1492, con impacto en el desarrollo de la nación; sobre todo, porque hizo posible una expansión territorial que impedía el Tratado de Tordesillas y que ha contribuido a su engrandecimiento. En Brasil se creó un imperio, el primero de Iberoamérica, no por segregación, sino por traslado allí de la metrópoli, que los portugueses concibieron como mejor sistema para la continuidad de su cultura. Es una honra para ese imperio que en parte fuera derribado como consecuencia de su política antiesclavista, antes de la abolición en Estados Unidos.

Portugal, a través de Brasil, afronta el problema de su lengua, más limitada que la castellana, rodeada tanto en su metrópoli como en Iberoamérica de pueblos de «otro hablar» que influyen en él, con ósmosis entre castellano y portugués. El de São Paulo, es fácilmente inteligible para los argentinos y uruguayos, más que el de Lisboa para los españoles, salvo los gallegos. Siendo São Paulo metrópoli eminentemente cosmopolita, próxima al área gaucha del país, no es difícil prever mayor influencia del castellano. La evolución del «brasileño» frente al portugués se refleja en las últimas reformas de su ortografía y origina polémicas, que surgen de que el «brasileño» se habla por un número de habitantes casi catorce veces superior al de su antigua metrópoli.

España y Portugal han sido y son piezas incrustadas indisolublemente en Iberoamérica, y aún han de seguir siéndolo, pues sus hábitos, sus lecturas y su forma de ser se entrelazan y complementan, y se benefician recíprocamente. España debe compensar, aun simbólicamente, a Iberoamérica por los errores, avaricia y violencia propia y de sus hombres, y además debe considerarse con Portugal guardián en Europa de los intereses iberoamericanos, y de los intereses ibéricos e iberoamericanos a lo largo de los próximos siglos. Esto puede ser muy fructífero recíprocamente, y para ello deberíamos prepararnos.

VII

ESTADOS UNIDOS

El país más potente del mundo, conductor inevitable de la humanidad, enigma y misterio en su historia y en su ser ingenuo, prepotente y generoso, incapaz de comprender a sus vecinos del Sur, que necesita y lo necesitan, enemigo de España en un largo período y ahora gendarme del mundo, será protagonista principal de la Nueva América que surgirá en la Edad Universal. Conocerlo, penetrar en su íntimo ser, prever su futuro, o posibles futuros, es una tarea no por difícil renunciable, a la que dedican su esfuerzo los más potentes «tanques» del conocimiento de la actual sociedad occidental o japonesa, y a la que el autor quiere contribuir en esta «reflexión».

1. Estados Unidos es el nombre de un país, pero hay que conocer su herencia, cómo se ha creado, lo que ha sido y quiere ser, y hasta lo que los demás creen que es.

Estados Unidos es la más potente nación del mundo en lo económico, aunque este aspecto va declinando, en lo bélico y potencial acumulado de poder y, sobre todo, en capacidad científica y de investigación. Su estructura social está aceptablemente equilibrada, a pesar de dificultades étnicas y bolsas de pobreza y desigualdad.

Es indispensable conocer lo que el país representa para sus propios ciudadanos y para el resto, en particular para Iberoamérica, su vecino, con quien tiene que coexistir, convivir y ampliar su participación socioeconómica recíproca.

Estados Unidos es pieza clave de la Nueva América. Es la primera potencia militar e industrial del mundo, con ningún rival visible que pueda igualar su capacidad nuclear disuasoria, con autorización de Rusia y Europa para ejercer la función de «más alto policía mundial» o «gendarme de la humanidad». También es pieza clave de América, la Vieja y la Nueva, y sin ella sería difícil, aunque no imposible, que Iberoamérica recuperase su equilibrio. Sobre esta unidad recae mayor responsabilidad que nunca, de modo absoluto o de modo relativo, ha pesado sobre otra nación o imperio de la Tierra, a pesar de que su volumen de habitantes es menos del cinco por ciento del total de los que pueblan nuestro planeta. Se identifica a Estados Unidos con Norteamérica, pero también componen ésta algunas áreas de Iberoamérica, México sobre todo, y El Caribe, con Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo.

En la evolución de Estados Unidos ha mantenido impacto especial su herencia inglesa, la de los primeros emigrantes que dominaron la época colonial hasta la Independencia y que después, manteniendo su orgullo racial, convicción religiosa y sentido de la Ley, influyeron en su evolución, hasta la época actual y probablemente en la futura. Esa herencia dificulta el mestizaje, por convencimiento de propia superioridad, como ocurre en toda la actuación imperial de Inglaterra: los demás hombres eran distintos, y lo suyo era mejor.

A pesar de su presencia inicial, lo hispánico ha tenido, hasta ahora, reducida influencia en Estados Unidos. En el siglo XIX estuvo prácticamente de espaldas a este país, aunque ahora cambia por razones diferentes a las históricas, con emigración de mexicanos, puertorriqueños, centroamericanos, colombianos, etc., generalmente con justificación económica, pero también política, directa o indirecta. Los cubanos han elevado la imagen de los hispanos, que hasta ahora ocupaban las capas más bajas de la sociedad, al instalarse en el sur de Florida e influir en su vida social, quizás sin saber que muchos volvían a su patria de origen, pues los españoles que residían en Florida, al abandonarla España en el siglo XVIII, se asentaron principalmente en Cuba.

Para comprender a esta nación hay que conocer su proceso de formación histórica. No se creó con una independencia después de un proceso de descubrimiento y colonización «habitual» en estos casos, sino a través de un proceso paulatino de expansión, no acabado hasta tiempos recientes con la incorporación de los Estados de Hawai y

Alaska. No hubo y sí hubo conquista. No como en la América española, con irrupción de tropas, derrota de ocupantes anteriores y sustitución de poder por los europeos. Los emigrantes ingleses crearon una «Nueva Inglaterra», con guerras y luchas con «invasores» —franceses, holandeses y españoles—; emigración masiva al gran Oeste, ocupado por los indios; emigraciones centroeuropeas y escandinavas, que poblaron parte de los nuevos territorios; oleadas emigratorias de irlandeses e italianos; antiguos esclavos del Sur, que ya libres marcharon al Norte; emigración de hispanos, que pasaron a ser creciente minoría, y por último, emigración no masiva, pero de gran vigor, de filipinos y ciudadanos de países convulsos del Lejano Oriente. Este proceso fue lento, de más de dos siglos, y a él fueron incorporándose los diferentes inmigrados, creando ellos mismos la sociedad, no adhiriéndose a la ya existente.

Destaca en este largo proceso el puritanismo religioso inicial, muy inglés y protestante; la utilización de «ganado negro» en las plantaciones, origen de la población actual de esta raza; y la emigración europea del siglo XIX, que pobló el Medio Oeste y participó en la marcha del Oeste. También la parte hispanomexicana de su territorio: Florida, California, Luisiana, Nuevo México y Texas, sobre todo después de la Guerra de Secesión, que acabó uniendo la cultura yanqui del Norte con la señorial esclavista del Sur, distanciadas por dos conceptos diferentes de la vida, y sólo recientemente integradas casi plenamente.

Estados Unidos ha tenido espíritu de frontera, zonas intermedias en que se mantenía lucha e inseguridad contra los indios, que defendían lo propio; y contra los aventureros, que iban a hacer fortuna en nuevos territorios e imponían su ley, no muy ortodoxa ni preocupada por la legitimidad; hasta que paulatina, pero implacablemente, llegaron a imponerse la ley y el derecho.

En este proceso sólo hay protagonistas europeos, pues los indígenas, aunque respetados si eran pacíficos, no se integraron en la estructura activa social, ni tampoco los negros, ni los primeros inmigrantes orientales.

2. Se juzga a los Estados Unidos como un todo homogéneo, macizo y sin fisuras. Pero su conjunto es vario y disperso, aunque unido en un ideal, compartido prácticamente por todos los americanos, de respeto a las instituciones nacionales, aspecto envidiable para los españoles.

Lo compone un verdadero crisol de costumbres, de razas semejantes, pues las heterogéneas no se han integrado, aunque tengan presencia digna e importante en el contexto del país. Hay versiones diferentes de Estados Unidos, cada una con sus propias características, que componen su actual mosaico, de doble perspectiva, según se analice horizontalmente, con visión geográfica, o verticalmente, con visión étnica.

Los Estados Unidos horizontales comprenden:

– *Ciudad de Nueva York*, parte especial de Estados Unidos. Nueva York es Nueva York, nación por sí misma, aunque sólo sea ciudad. La más importante del mundo, no por número de habitantes, ni por superficie, ni por riqueza, sino por su vitalidad, por su mezcla de culturas activas, y por ser símbolo de la libertad de que carecían previamente sus nuevos habitantes [1]. Alcaldes italianos, judíos, irlandeses, la fabulosa máquina de Tammany Hall, barrios raciales, centro financiero; todo la hace ciudad irrepetible que en nada se asemeja al resto de la nación. En Nueva York hay vicio, hay corrupción, hay opresión, hay violencia, pero también arte, cultura y, en definitiva, vida [2].

– *Costa Este*. La originaria, que proviene de las Trece Provincias y del Boston Tea Party, cuna del país, al que ha dado su espíritu, donde la influencia inglesa ofrece un nuevo concepto de nación. Las grandes finanzas y los primeros magnates con sus audacias, no siempre escrupulosas, crearon la industria de los Estados Unidos del siglo XIX, al que ofendía cualquier relación española, en especial nuestra presencia en Cuba y Las Antillas. Hoy ya no es lo mismo; los irlandeses la dominan, también italianos y hasta portugueses, pero no hispanos ni negros. No es la *deep America*, pero sigue siendo la cuna del gran país, mezcla de sajones y europeos.

– *Medio Oeste*. Sólido, rural, bastante centroeuropeo, expansión del área yanqui, posible por el medio de transporte que ofrecían los Grandes Lagos y los nuevos ferrocarriles del siglo pasado. Su gran capital es Chicago, y destaca su cinturón rural. Ofrece la mejor agricultura del

[1] Si hubiese que elegir capital del mundo, ésa sería Nueva York, como São Paulo lo sería de Iberoamérica, y la Ciudad de México de la Nueva América.

[2] Nunca olvidaré un día de paso por ella, en que los periódicos vespertinos ofrecían un gran titular: «Quiebra de la ciudad en muy pocas horas». Ésta no se produjo, se levantó con la «manzana» como símbolo, renaciendo a su esplendor actual.

mundo, tras el genocidio de bisontes. Es el Estados Unidos de los granjeros [3], clima excelente, *combines* y grandes rascacielos, los más altos del mundo. Chicago fue la capital de los negocios del país durante el siglo XIX, los más influyentes, fuera de los monopolios de Nueva York y los relacionados con políticos de Washington.

– *Costa del Pacífico*, California principalmente. Hacia ella se dirige la nación y se vuelcan los emigrantes. Crece en habitantes y en «congresistas», cuando disminuyen en la costa Este. Está siendo reinvadida por los mexicanos y también por comunidades «heterodoxas», que hacen de San Francisco una capital que exagera el concepto de libertad. Nueva comunidad «beduina» que aprovecha todo lo que el océano Pacífico representará en los próximos siglos, como mar interior de la Edad Universal, aunque pocos recuerdan que durante varios siglos fue un mar español, como el Atlántico lo ha sido de la época Moderna y Contemporánea, y el Mediterráneo de la Antigua y Media. Es probablemente el área más dinámica de la Nueva América, que a través de México se unirá con toda Iberoamérica y ambas con el Nuevo Oriente, si así puede llamarse a la futura civilización de ese océano.

– *Desierto*. Arizona, Nevada, Utah, parte de California y Nuevo México, que integran un grandioso desierto, orgullo de la nación, que está todos los días conquistándose, colonizándose, urbanizándose y cultivándose, con esfuerzos titánicos de «nueva frontera», y que necesita a sus vecinos mexicanos para avanzar su transformación en red de oasis con aire acondicionado.

– *Golfo de México*, de antigua dominación española, territorio no realmente homogéneo por su costa, con Texas, Luisiana y el Mississippi en su centro, y en su norte, Florida, que se acerca a Iberoamérica, también invadida por hispanos con propia dinámica y orientación futura. El resto se aproxima crecientemente a México, su país de origen, y a toda Iberoamérica, creando centros de encuentro y relación con Las Antillas, Venezuela y Colombia.

Todo esto son los Estados Unidos, con sus dos vertientes, el Atlántico y el Pacífico; y dos caras, una hacia Europa y otra hacia Asia,

[3] En Bloomington, un pequeño pueblo del Estado de Illinois, nació y se mantiene la más destacada aseguradora No Vida del país y del mundo, la State Farm Mutual. Fue creada por granjeros y es ejemplo de bien hacer profesional, no afectado por las corrientes de moda financiera, ni las grandes especulaciones, y con poco afecto a *yuppies* y *masters* de negocios.

que necesitan ya menos un canal de comunicación, pues tienen vida propia integral en sus respectivos océanos.

3. Los Estados Unidos verticales, con diferentes etnias y culturas, coexisten a lo largo del país, pero sobreviven cada uno con carácter propio y más o menos rápida integración:

— *Wasps*. Proceden, con orgullo, de los primeros emigrantes ingleses, y los posteriores, incluyendo holandeses, con familias que todavía mantienen espíritu, cultura y disposición antiespañoles. Se repartieron el país, unos al Norte y otros al Sur. Aportaron el sistema inglés de justicia, redactaron la Constitución, y fueron protagonistas de la Independencia y de la abolición de la esclavitud al triunfar en la Guerra de Secesión. Los financieros han sido principalmente *wasp*, hasta que llegaron los judíos. Ofrecen orgullo de raza blanca, incapacidad para comprender el mestizaje y distanciamiento de cualquier tez oscura. Dominan el país, aunque su influencia declina lentamente, pero se han incorporado nuevos *wasps*, irlandeses y europeos continentales, e incluso judíos. Serán obstáculo para la Nueva América, pues son liberales en teoría, no así en la práctica, y con buenas formas evitan influencia de los pueblos del Sur. Sus principales instituciones son las universidades de la IVY League, en especial Harvard, Yale y Princeton, que dominan la formación de élites y lo seguirán haciendo, aun con nuevos centros académicos con el mismo objeto para europeos, negros, hispanos y judíos.

— *Europeos*. La nación del siglo XIX se creó con emigraciones centroeuropeas, escandinavas, irlandesas e italianas. Con dificultades y explotación inhumana en ocasiones, se abrieron paso en el éxodo al Oeste y zonas del camino, los lagos principalmente y el Medio Oeste, introduciéndose plenamente en la nación actual, avanzada de nuestro continente, con ciudadanos que encontraron en ella lo que no tenían en sus países de origen: oportunidades y libertad. Estados Unidos ha sido hasta ahora principalmente europeo, pero empieza paulatinamente a dejar de serlo.

— *Negros*. Originarios de las plantaciones del Sur, extendidos al Norte tras la abolición de la esclavitud. Salvo en casos aislados y limitados, como el Ejército, el Harlem profesional y núcleos de Washington y de alguna gran ciudad, no se han integrado en la vida nacional, tragedia interna, que no ha sabido absorber a esos ciudadanos, con integración racial e integración cultural. Su población, alrededor del diez

por ciento de la total, constituye un núcleo extraño, con todos los derechos, pero separada del resto. Representa un castigo del gran pecado de la esclavitud. Hubo en toda América esclavitud; la española fue más humana, el esclavo tenía derechos como persona y posibilidad de manumisión. No ocurría en el de plantación, inicialmente en Las Antillas inglesas y traspasado al continente. Las mujeres negras se han integrado, pero menos los hombres, salvo en el campo del espectáculo y el deporte y el menos destacado de la administración pública. Por dignas y brillantes que sean algunas excepciones, no ocupan puestos semejantes a sus «paisanos» blancos. Hay en ellos más criminalidad, y abundan familias, con hijos sin padre, que no alcanzan vida normal y se hacinan en *ghettos* aprovechando beneficios sociales.

—*Hispanos.* A pesar del pasado, España no ha tenido, hasta hace poco, presencia destacada ni influencia en los Estados Unidos, que por el contrario recibió una herencia inglesa de antagonismo en tiempos de la Armada Invencible, afortunadamente ya olvidada. En los últimos treinta años, los hispanos invaden América, del Caribe y México principalmente, pero también de Centroamérica. El sur de Florida ha pasado a ser hispano, como parte de California. Los hispanos son ya el área étnica no europea más importante, y seguirán siéndolo en los próximos siglos, hasta conseguir una aceptable influencia social e incluso política. Los Estados Unidos de dentro de doscientos años serán más hispanos, más mestizos y también más bilingües. Las medidas para evitarlo serán incluso contraproducentes. La utopía de la Nueva América en la Edad Universal será posible, en parte, por la creciente participación de *Hispanics* en Estados Unidos, contribución de población indígena que nos debe enorgullecer a los españoles.

—*Judíos.* Su influencia es importante. Las persecuciones y progromos y el holocausto en Europa produjeron durante cien años una emigración judía centroeuropea a Brasil, a Argentina y sobre todo a Estados Unidos, donde recibían facilidades que hasta entonces no habían encontrado. Nueva York fue su centro de llegada y donde muchos permanecieron, creando, posiblemente, la mayor ciudad judía del mundo, más que Tel Aviv y Jerusalén. La emigración rusa y polaca fue, en parte, judía. Como era lógico, por su capacidad intelectual, de trabajo y sentido de la especulación, los judíos, aun situados en todas las capas sociales urbanas, han logrado extraordinario éxito en el campo científico. Paulatinamente se les abrieron las barreras cerradas por los *wasps*;

han triunfado en Wall Street, en el espectáculo, el arte y la política municipal. La recuperación del Nueva York, casi en quiebra, fue obra de un alcalde judío, el famoso Edwin Koch. Hoy constituyen una fuerza y grupo de presión con influencia en la política exterior, en especial con el Oriente Medio, que afecta a la función objetiva de Estados Unidos respecto al equilibrio mundial. Salvo en la España del siglo xv, en ningún otro país ha alcanzado la comunidad judía mayor influencia sociopolítica. Es de esperar que, por su propio interés y el del mundo, la administren prudentemente, evitando reacciones que acaben acusándoles de cualquier problema nacional, como en el siglo xv les ocurrió en España.

4. Para una visión panorámica, quizás idílica, de los Estados Unidos, debe contestarse a varias preguntas que afectan a su relación con los hispanos y posibilidad de la Nueva América: si hay algo de cierto en su imperialismo, por qué con tantos aspectos favorables los consideran odiosos tantos países, y por qué la izquierda internacional es su enemiga visceral, sin apenas conocer el país.

Estados Unidos ejerce en este fin de siglo una función imperial; es cabeza de la humanidad, y tiene que prepararse, aunque no lo deseen sus ciudadanos, para ese cetro o manto asignado por los hechos de la historia. La ha «ganado», si así puede decirse, sin sangre, sin lucha, por repentina e inesperada desaparición de su adversario, la Unión Soviética, cuyas antiguas repúblicas piden ahora ayuda, sin rendición, sin victoria, como miembro de una comunidad que acude a otra en un momento difícil. Ha pasado a ser el país más poderoso del mundo, sin posibilidad de cambio previsible en varias décadas. Estados Unidos, de modo consciente o inconsciente, con legitimidad o sin ella, adopta últimas decisiones en conflictos y pone orden a díscolos.

Este poder es causa permanente de resentimientos y problemas, pues, sin autoridad espiritual superior, quien ostente la calidad de «gendarme» adquiere poder material ilimitado.

Odios y venganzas, justificados o no, por envidia, complejo de inferioridad, abusos o atropellos, arrogancia o miedo, son el «peso de la púrpura» en dimensión universal. Se justificará ese resentimiento por culpas propias, pero también por algo íntimo en la naturaleza del hombre; el odio al que posee, al que triunfa y domina, y más si en su función actúa con «majestad arrogante» no disimulada.

El carácter imperial de Estados Unidos no está vinculado a la geografía ni a la vecindad; es intransmisible a Iberoamérica, a Europa y a cualquier nación o país. Es positivo para la estructura política mundial, pero negativo para la utopía de la Nueva América, al menos en su plenitud.

A pesar de la falta de contrapeso y de su sentido de superioridad, ha ejercido con corrección este poder, aun con innumerables errores de concepción y ejecución, que irritan o hieren a otras naciones, que sin posibilidad de ser líderes mundiales se ven dependientes, cuando quizás no habían abandonado alguna clase de vocación imperialista.

Una consecuencia de la responsabilidad universal es el «complejo militar industrial» tan discutido en los últimos años; o sea, el conjunto de actividades que necesita una gran potencia para la defensa militar: mantenimiento de fuerzas armadas permanentes y capacidad de reacción rápida convencional y nuclear ante un eventual acto de agresión exterior. Este conjunto industrial, de propiedad privada, pero servicio público, evita burocracia, mantiene tensión en época de paz y agiliza la reacción militar en caso de emergencia, como la reciente del Golfo. También crea problemas por la acumulación de poder, corrupción y arrogancia. Es una situación de fuerza económica ilimitada que hace fácil el abuso y difícil la corrección de desviaciones. En todo caso, es un hecho que aparece en toda situación imperialista, como hasta ahora se podía considerar la soviética, cuyo complejo militar industrial era su única actividad eficiente, en la que participaban más de 25 millones de personas.

La prudencia en su superioridad bélica es el gran desafío de Estados Unidos, a lo que puede ayudarle colaborar e integrarse con Iberoamérica, si llega a ser ésta más rica y Estados Unidos más pobre, y juntos se deciden a afrontar problemas de la Edad Universal. Desgraciadamente, la prepotencia de gran parte de norteamericanos ofende a sus vecinos del Sur, aun generalmente sin ánimo de hacerlo.

Estados Unidos es la ultimación del ideal occidental creado en Europa, que, a su vez, es el de la raza blanca como etnia dominante en la génesis y futuro de la humanidad. Su imperialismo carece de vinculación a una iglesia de cualquier clase, consecuencia de los diferentes credos de sus primeras poblaciones y en línea con la práctica del Imperio Británico, a diferencia de otros imperios, y por supuesto del español. A pesar de ello, se humilla ante Dios, en el día de Acción de

Gracias, con familias reunidas en una conmemoración, esencialmente religiosa, del nacimiento del país.

Estados Unidos es continuación o transferencia de Europa, de la Europa anglosajona, de la Europa central y de Italia; no de España, Francia y Portugal; ni del África de los antiguos esclavos, ni de los indígenas. En el futuro esto no continuará, salvo con actuaciones jurídicas o bélicas para lograrlo, contrarias a su propia tradición como gran receptor de perseguidos de todo el orbe, símbolo de su generosidad real e inimitada hasta ahora.

Estados Unidos, dentro y fuera del país, es objeto de aversión de la izquierda hóstil, que con armas psicológicas ha tratado de compensar la inferioridad bélica y moral de la Unión Soviética, aun en contra de sus aparentes ideales, y le atacaba porque no ofrecía suficiente libertad; en cambio, ensalzada regímenes policíacos que habían eliminado hasta el más remoto vestigio de ella. Como España en el siglo XVI y por razones quizás paralelas, Estados Unidos está sometido a una leyenda negra, alentada por sus antagonistas externos, que encuentran a cualquier hecho interpretación negativa. El Imperio Británico, el más explícitamente egoísta, no sufrió esta misma reacción frente a su poder.

5. Cualquier impacto cultural de cualquier país, ciudad, época o tendencia, ofrece simultáneamente aspectos favorables y desfavorables, aunque predomine uno u otro. Para Estados Unidos podríamos citar:

— Su preocupación por la libertad, procedente de los primeros inmigrantes, e incluso de los siguientes, anglosajones y europeos. Habían sido perseguidos y buscaban *lo que no habían conseguido en su país de origen;* de ahí la obsesión por la libertad de que habían carecido, con preocupación que caracterizó a las Trece Colonias y a los emigrantes al Oeste y primera zona de asentamiento, y a los holandeses que la fundaron, hoy Nueva York. Este hecho «marcó» al país, como marcaron a los españoles ocho siglos de reconquista, que moldearon nuestro carácter. Esta libertad se institucionaliza en la constitución de Estados Unidos, y se reafirma en sus sucesivas enmiendas y en la «autoridad» del Tribunal Supremo.

— Su exaltación de la democracia, otra gran aportación al *American way of life,* igualmente consecuencia de su tradición británica. La democracia como gobierno del pueblo, con el pueblo y para el pueblo —o colectividad humana de un país— tiene muchas interpretaciones aceptables. La entronización de la democracia como derecho ab-

soluto de los pueblos —arrastrados, seducidos o coaccionados como en muchos casos ha ocurrido, y no sólo con el triunfo democrático de Hitler—, conduce a fórmulas de absolutismo, no limitadas por principios superiores, éticos o espirituales. En cambio, es casi indispensable la democracia cuando realmente ofrece participación, no aparente o manipulada, de los ciudadanos en las orientaciones de gobierno y en la designación de dirigentes a todos los niveles. Con ella se ayuda a la convivencia dentro de un país y a la convivencia entre países.

— Su efectivo estado de derecho y respeto a la Ley, con limitaciones y defectos, aportación que podría desvirtuarse por presión de los abogados, subordinando a sí mismos intereses generales, y no a la inversa, como realmente corresponde. Cuando los «narcos» colombianos no quieren ser objeto de extradición, admiten la eficacia de una justicia no manipulable, porque es alto su nivel, aun para gobernantes y hombres prominentes. Existe respeto a la Ley y convencimiento de que los abusos serán corregidos a largo plazo, con perennidad, no «justicia para hoy» que mañana permita despotismo de gobiernos, aun elegidos democráticamente. Son ejemplos los juicios de especuladores y personajes destacados de Wall Street, e incluso grandes políticos y presidentes de la nación.

— Su generosidad, con los inmigrantes, con sus vecinos y con otras naciones, especial aportación histórica como pueblo y cultura sociopolítica. Pocos imperios o grandes poderes hegemónicos han sido tan generosos con los que con ellos se relacionan. En el último siglo, ha ayudado a pueblos muy diversos. Es excepción la situación de Cuba, con origen en el antiespañolismo yanqui del siglo XIX, fomentando núcleos independentistas para después manipularlos, hasta la situación actual que ha podido crear, espero que no sea así, resentimientos irreversibles, aun sin Fidel Castro.

Esta cualidad en lo científico, tecnológico y social prodiga instituciones voluntarias y fundaciones que, coordinadas con estructuras políticas, crean un denso entramado social que escapa de gobernantes y políticos y permite que actúe aceptablemente el sistema democrático, para el que sería trágico que se destruyesen.

Son aspectos desfavorables los siguientes:

— Es arrogante, lo que estimula críticas externas e internas e ignora a sus vecinos; y como consecuencia es odiado, no sólo por ser fuer-

te y triunfar. Es su principal dificultad para integrarse con Iberoamérica, a cuyos hombres no puede comprender, aunque lo intente realmente.

—Ofrece espectáculo de hedonismo ilimitado, con el dinero como único dios, y objeto social al que subordina cualquier otro valor o principio. El bienestar egoísta del momento impide la reacción contra las adversidades, y en muchos casos sólo la droga permite soportar la dureza social que antepone a todo derechos y comodidad. El hedonismo lleva a la derrota en la competencia de pueblos que admiten el sacrificio, por eso sus vecinos «hispanos» podrían humanizar la convivencia social y ayudarle a competir con otros pueblos.

—Es materialista, a pesar de generaciones que han creado y engrandecido la nación. Se subordinan a este materialismo valores éticos y espirituales. Los ingleses rompieron antes que cualquier otro país occidental su religación a Dios, su subordinación a algo superior, y lo traspasaron a los Estados Unidos. No afecta a todas las capas de la vida americana, pero sí a las que se orientan al exterior y se relacionan con los pueblos iberoamericanos, a quienes instintivamente repele este modo de ser.

—Está orgulloso de su propia libertad y la tradición en ella de generaciones, aunque para esto sea necesario que otros pueblos la pierdan, de lo que apenas se da cuenta, como también ocurre a los europeos.

—Mantiene un alto grado de autosatisfacción generalizada y sentido de superioridad de sus costumbres sobre las de los pobres «oscuros», a quienes desprecia, con la actitud inglesa hacia los *dagos* trasladada a hispanos y católicos, hasta considerarlos seres inferiores que pueden utilizar para sus intereses.

6. Estados Unidos es el origen primero del capitalismo «duro y puro», que ahora se quiere transformar, con dificultades, en economía social de mercado, del mismo modo que a la inicial «ley de la selva» en la frontera del Oeste, acabó sucediendo un sistema aceptable de justicia nacional y orden municipal. Los Estados Unidos han creado el capitalismo, y éste los ha creado como nación. No se puede saber qué es primero, pero cualquier análisis del país lleva a esta recíproca relación. La economía de mercado es casi derecho natural de los hombres, con matices, especializaciones y exageraciones sectoriales, y ha estado admitida a lo largo de la historia, con excepción en alguna comunidad

primitiva. A veces el mercado es para todas las naciones, pero con frecuencia sólo para algunas de ellas y algunos ciudadanos. El «mercantilismo» de los ingleses podría considerarse «capitalismo *light*». El capitalismo total, inhumano, surgió en Estados Unidos, quizás con el antecedente de la esclavitud anglonegra, de tanta presencia en territorios del Sur.

El capitalismo fue decisivo para la creación nacional americana en el siglo XIX; en ferrocarriles y grandes especulaciones en terrenos, en utilización parcial de influencia política, en métodos poco ortodoxos para captar ahorro ciudadano a través de la Bolsa, etc. Este capitalismo se apoya en principios de una constitución individualista, ha sido la fuerza de los Estados Unidos, pero también su debilidad, al llevar a los últimos extremos abusos e injusticias, que han producido graves escándalos en Wall Street: «bonos basura», *insider trading* y crisis de «cajas de ahorro y préstamo», bancos e incluso algunas compañías aseguradoras.

Pero existe justicia; es su gran fuerza nacional. Los culpables están en la cárcel; se ha deshecho el «tinglado» que habían creado, al menos por el momento, y existe conciencia de necesidad de reformas radicales en el sistema financiero.

La repercusión de abusos y errores en la actividad industrial y financiera puede crear una crisis nacional por causas diferentes, no todas suficientemente estudiadas, pero que podrían resumirse en las siguientes:

—Competencia exterior que opera legítimamente con costes más bajos, sólo en parte por salarios inferiores, por haber logrado más adecuada estructura organizativa en el trabajo, eficacia directiva y, sobre todo, mayor adhesión de los trabajadores a su empresa, a la que consideran amiga y no enemiga a combatir, y en la que se trabaja no sólo por una retribución, sino por propia dignidad personal.

—Repercusión del déficit presupuestario y deuda externa, que obligará a reducir el nivel de ingresos reales de la población. Sus causas son múltiples; las básicas son que se gasta más dinero del que se ingresa, y que el coste de la función de «gendarme mundial» es excesivo para la economía de un país sometido a exigencias de aumento constante del nivel de vida.

Esta situación, tan someramente descrita, es normal en cualquier imperio sobreextendido: España, Gran Bretaña y, recientemente, la

Unión Soviética. En Estados Unidos se ha creado por necesidad de equilibrio mundial, como la superpoblación ha sido consecuencia de los avances científicos.

Cabe la duda de si ofrece voluntad y posibilidad de superar la crisis por sus propios medios, con esfuerzo y sacrificio de sus ciudadanos, que aceptasen reducir su nivel de vida, con renuncia a ventajas y privilegios, no sólo para convertirse en país competitivo de futuro, sino para absorber pérdidas y déficits acumulados en las últimas décadas. Serían alternativas: la «dimisión» de obligaciones exteriores para concentrarse en el propio país; la utilización de la fuerza militar y nuclear para mantener una supremacía que, sociológica y económicamente, había perdido; y la de sacrificio individual, con reducción de ingresos reales. Esta última no es fácil de implantar en una sociedad arrogante y llena de derechos, pero serviría para disminuir la distancia con sus vecinos y aceptar con humildad mayor igualdad.

Estados Unidos es rico, es Norte, y tiene el egoísmo de los ricos y de los del Norte. No puede fácilmente admitir límites espirituales ni casi éticos; siempre encuentra un precepto de su constitución que lo impide, dificulta la solución de problemas y facilita su decadencia, pues sólo principios espirituales y religiosos ayudan a admitir el sacrificio permanente de los que sufren con dignidad y están dispuestos a engrandecer, con ello, su comunidad local, nacional o continental.

7. La fuerza principal de Estados Unidos ha sido su capacidad de investigación y su alto nivel científico. Científicos y universitarios americanos han conseguido más de 140 premios Nobel, que representan un 30 por ciento del total de los concedidos en esa área. Es la razón de su liderazgo en el mundo y la que ha hecho posible su potencia bélica y nuclear. Hay que detenerse en sus causas, y resumiré las más destacadas.

— Vigor inicial del espíritu de frontera para la creación del país en el siglo XIX, con heroicidad, tensiones de superación, en parte egoístas, pero también de ambiciones semejantes a las de los conquistadores españoles, con estado exaltado de ánimo que se extendió incluso al trabajo científico.

— Herencia inglesa para la educación superior en facultades y universidades creativas, efectiva para los muy dotados, con preocupación científica y para la formación de élites de toda clase y especialización.

—Inmigración de científicos de todo el mundo, pero especialmente judíos, con su cualificación de siglos en investigación. De los premios Nobel antes mencionados, una gran parte eran de etnia judía y de origen centroeuropeo.

—Atracción para destacados intelectuales y científicos que buscan reconocimiento a su labor sin barreras burocráticas, con medios materiales adecuados para ejercerla por el poderío y dinamismo de la nación. Ocurrió en la época de oro española, en las artes más que en las ciencias; en Roma y, de uno u otro modo, en todos los países en su momento de esplendor político y económico.

—Como consecuencia de lo anterior, superioridad, aun con declive, en el nivel de educación general, fenómeno mundial salvo en Oriente. Cabe dudar si podrá continuar siendo foco de atracción de «inteligencia», necesaria para su futuro, de Iberoamérica y del mundo. Con la Nueva América podría revitalizarse con la incorporación de investigadores mexicanos, chileno-argentinos y de otros países, colaborando en verdaderas universidades, no máquinas de títulos igualitarios.

—Capacidad de organización rápida y reacción en circunstancias adversas, útil para la guerra, pero también para la paz. Esa cualidad ha dado sorpresas en las dos guerras mundiales, quedó en entredicho en Vietnam, aunque se ha rehabilitado en la Guerra del Golfo. Puede despertar de nuevo, ante la agudización de problemas no bélicos, cuando la batalla parezca perdida, con reacción vigorosa que cambie la situación.

8. En Estados Unidos es interesante el pasado y su proceso de formación nacional, y el futuro lejano para crear la Nueva América. Pero es más importante lo que puede ofrecer en este siglo, que condicionará las próximas décadas para todos los hombres. Estados Unidos ostenta el poder mundial, y lo que ocurra en el país, en su sociedad, en su estructura política, afectará a la paz y a la guerra, a argentinos, españoles e hindúes, aunque ninguno de ellos, ni el resto de la humanidad, tenga voz, voto o influencia en su gestión política, jurídica o administrativa. Es otra realidad que lleva a la necesidad de estructuración piramidal de la Nueva América y del mundo, para que el Nuevo Orden Universal sea efectivo, aunque el gran gendarme acabe decidiendo por sí solo.

La sociedad mundial, occidental y no occidental, depende de los Estados Unidos, y más que nunca desde el 22 de agosto de 1991; por

eso todos estamos interesados en sus problemas, en cualquier aspecto que pueda acelerar su decadencia, en sus fisuras internas o en los golpes de timón de sus políticos y de los que manejan su capacidad nuclear. En los acontecimientos del Kremlin, de agosto de 1991, pareció que no se sabía en qué manos estaba la decisión nuclear, ni aun hoy esto se ha resuelto. El resultado ha sido satisfactorio, pero hay que pensar en el caso contrario y, sobre todo, si podría ocurrir lo mismo en Estados Unidos.

Con modesta y poco especializada aportación personal, voy a comentar lo que piensa un distante extranjero de algunos problemas próximos que afectan a la estabilidad de la nación, que al tiempo es *mi* estabilidad, la de España, Europa y la humanidad. Con independencia de los problemas normales en toda comunidad sociopolítica, ampliados y reducidos según los casos, existen algunos propios que proceden de una excelente Constitución, pero obra de hombres, que se ha deificado, y en ocasiones hasta desviado de su intención inicial, en algunos casos por grupos sectoriales de presión que, apoyándose en sus principios, la desnaturalizan.

Con unos u otros orígenes, quiero citar varios casos:

– Sistema bancario de ahorro, inspirado hace unos 60 años por la crisis de 1929, inadecuado para este momento y que está reorganizándose. Pero se dilatará y esto constituye un lastre pesado, incompatible con la ultranecesidad de eficacia que impone la competencia internacional. No es difícil cualquier solución inspirada en sistemas bancarios europeos, que pueden mejorarse, pero que han permitido potentes bases nacionales de formación de ahorro interno. Afecta al seguro, pero en menor grado. En los bancos, la causa es una deficiente legislación federal, creada como reacción a la depresión de 1929; en los seguros, una excesiva administración estatal, que exige dependencia de cada Estado e impide gestión simplificada.

– Obsoletas leyes de defensa de la competencia, igualmente consecuencia de la crisis de 1929, con «complejo de monopolio» que impide a las empresas industriales la optimización de esfuerzos y es *una* de las causas que han permitido a los japoneses, con principios más pragmáticos y de sentido común, eliminar casi del mercado nacional de autómoviles a los fabricantes que lo crearon, en parte frenados por el temor a una colusión entre ellos, dudosamente peligrosa aun en circunstancias que han desaparecido.

—Exigencias de responsabilidad civil, llegando a situaciones absurdas y fuera de cualquier realidad de culpa, que sólo favorecen a los abogados, quienes reciben una parte de la indemnización que consigan para su cliente, algo prohibido en muchos países, y en España, por sentido de dignidad profesional [4].

—Tenencia prácticamente libre de armas de fuego, derecho «humano constitucional» que necesita revisarse y que va erosionando el equilibrio interno, en que lo accesorio acaba pareciendo principal.

—Histerias psicológicas que irrumpen en la vida social, como la que condujo a la Ley Seca y ahora a la prohibición de fumar, con exageración risible que da más importancia a un hábito bastante inocuo en lo colectivo, cuando se considera socialmente admitido el consumo de drogas, auténtica lacra, con efectos sociológicos en el propio país y en la cultura, economía y estructura social de Iberoamérica.

—Extensión del crimen organizado y violencia subsiguiente, infiltrado en las entrañas del país, que no se ha sabido desarraigar; se extiende y se considera parte de la estructura social, de algún modo protegido por la constitución que, en cambio, considera contraria a su espíritu la oración en las escuelas.

—Tendencia a la degradación del sistema escolar y universitario, símbolo un día del éxito de la nación y que, igualmente por imperativo de principios discutibles, no se ha podido combatir y se extiende con velocidad creciente.

En cualquier nación del mundo, y por supuesto en España, encontraríamos ejemplos con mayor repercusión negativa que los expuestos, pero en ellos no se acumula ningún poder, ni afectan a ciudadanos de terceros países que soportan consecuencias de sus errores.

Por todas, o algunas de las causas anteriores, o por otras distintas, Estados Unidos ve debilitarse los símbolos que en los últimos 50 años la han hecho grande, como han sido las industrias de ordenadores y semiconductores, las de automóviles, las de bienes de consumo y otras varias que pueden sufrir proximas «turbulencias». Sólo quedan, como

[4] Ningún letrado de calidad la utiliza nunca en el Colegio de Abogados de Madrid y, en todo caso, el pacto de «cuota *litis*» ha estado tradicionalmente prohibido en el sistema español. Lo prohibían *Las Partidas* por inmoral (ley XIV, título VII, partida 3) y lo sigue prohibiendo expresamente el vigente Estatuto de la Abogacía, del 24 de julio de 1982, en su artículo 56.

realmente competitivas, las industrias de armamento y aviación, ambas protegidas por interés nacional y ajenas al régimen de mercado libre, propio de la Edad Universal. Igualmente en Rusia, sólo el complejo militar industrial ha logrado índices satisfactorios de eficacia operacional.

Este conjunto de problemas y situaciones nos afecta a todos, pues sería grave que la sociedad americana no soportase el deterioro de su modo de vivir, a que estaba acostumbrada, y aparezcan tensiones interiores de descontento y desmoralización tan grandes como su arrogancia y prepotencia anterior. Rusia ha necesitado un cambio drástico, casi único en la historia de mundo; también ocurrirá en Estados Unidos, agudizado con la acelerada velocidad con que se producen ahora los cambios.

La sociedad humana actual, libre o esclava, depende de Estados Unidos, más aún Iberoamérica y la futura Nueva América. Por eso es necesario conocer y analizar este país, como se hace en esta «reflexión», parcial e insuficiente, pero espero que, de algún modo, útil.

Estados Unidos, con su orgullo y poder, debería integrarse en la Nueva América del próximo milenio, como país mestizo, aun con predominio *wasp,* que se aproxima a Iberoamérica en el proyecto histórico más noble y generoso que se abre a la humanidad, en que pueblos de razas y colores diferentes se integren en un mundo universal. Va a ser un paso lento y con obstáculos, pero es irremediable; mostraría la necesidad de adaptación a situaciones difíciles, que corresponden a una nación para mantener su liderazgo y utilizarlo en beneficio de la humanidad.

VIII

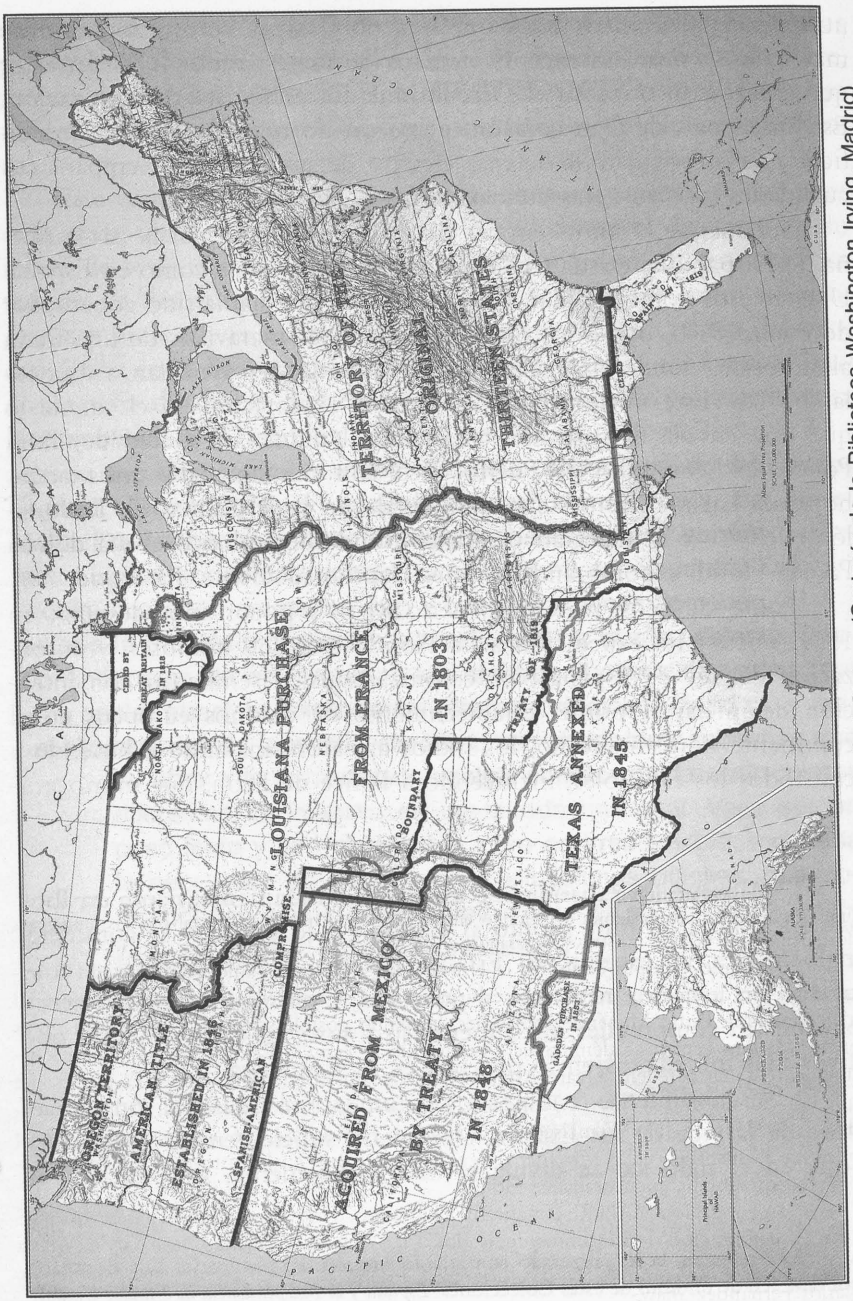
ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA [1]

Este libro busca, en general, conocer el presente y hacer observaciones «utópicas» sobre el futuro de lo que puede ser, y en algunos casos debería ser, la relación entre Iberoamérica y Angloamérica; pero también pretende resaltar las contribuciones de España a Estados Unidos, de las que nos podemos sentir orgullosos y que en alguna parte son importantes para lo anterior. España descubrió y exploró el que es hoy país más importante del mundo, y de un modo limitado lo pobló y colonizó durante varios siglos, dejando raíces profundas que ahora, por procesos distintos, afloran y fructificarán en los próximos siglos.

1. Aunque los españoles se asentaron fundamentalmente en Iberoamérica, llegaron muy pronto al Caribe y a lo que hoy se considera Angloamérica, en especial los Estados Unidos, a cuya historia contribuyeron en aspectos negativos y positivos, y en algunos casos decisivos, aun sin comprender inicialmente su futuro, obsesionados por objetivos más inmediatos en lo que hoy es Iberoamérica.

El Descubrimiento, conquista y colonización española, son un capítulo de la vida de los Estados Unidos no suficientemente conocido y que en el siglo XXI se divulgará más ampliamente, si se facilita la

[1] Esta reflexión la he preparado con la colaboración del historiador Eric Beerman, autor también de un libro de estas Colecciones, *España y la Independencia de Estados Unidos.*



«The Historic-Geographic Growth of the United States» (Cortesía de la Biblioteca Washington Irving, Madrid)

utilización de archivos a los que hoy no se tiene acceso por motivos materiales o simplemente psicológicos de los españoles [2]. Es un error que enlaza con otros en el Descubrimiento, conquista y colonización. España es país de gran corazón, pero con un nivel de envidia que dificulta su objetividad, la defensa efectiva de sus intereses y empaña sus cualidades más positivas y elogiables [3].

Solamente 21 años después del Descubrimiento, en la isla caribeña de Hispaniola, existían 17 ciudades donde se vivía como en España. Uno de esos hombres, Juan Ponce de León, que había sido gobernador de Puerto Rico, oyó a los indígenas referir las maravillas de una tierra al noroeste, donde las aguas de un manantial rejuvenecían a quienes las bebían. Este mito impulsó la primera exploración en el sur de lo que hoy en día es parte de los Estados Unidos. En marzo de 1513, Ponce de León salió de Puerto Rico con tres barcos y unos pocos hombres hacia el noroeste y, después de un viaje de más de 1.500 kilómetros, llegó a una gran península donde desembarcó el día de «La Pascua Florida», nombrando esa tierra apropiadamente: La Florida [4].

Ponce de León regresó a Puerto Rico, y pocos años después, en 1521, inició otra expedición a La Florida con 260 hombres, y autorización del rey de España para colonizarla. Al desembarcar con intención de iniciar el primer establecimiento de colonos europeos en el continente norteamericano, los indios atacaron, matando e hiriendo a casi todos los españoles, incluyendo a Ponce de León, que murió pos-

[2] Que los prefieren retener con posesión casi exclusivista, aunque esto impida difundirlos entre los investigadores del mundo entero para estudiar la historia real con los numerosos documentos que dejaron nuestros antepasados.

[3] Ha dado ejemplo contrario la Universidad de Florida, que ha financiado la microfilmación de archivos americanos e hispanos que se refieren a ese Estado, en especial a su fundador, Pedro Menéndez de Avilés, haciendo posible su análisis por historiadores en más de un centro académico del Archivo de la Familia Revillagigedo, en poder actualmente de su heredero Álvaro Armada Barcaiztegui, conde de Güemes. Es interesante que esta familia enlaza hoy La Florida del siglo XVI con la del siglo XVIII, Pedro Menéndez de Avilés con Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, que acabó siendo, con su hijo que le sustituyó en el virreinato, figura trascendente en la historia de la Nueva España en que estaba encuadrada La Florida.

[4] La Fundación MAPFRE América tiene previsto, dentro de las Colecciones MAPFRE 1492, la publicación de tres libros dedicados a La Florida: *La Florida, siglo XVI*, de María Antonia Sáinz, *La Florida colonial*, de Robert L. Gold, y *La Florida contemporánea*, de Carlos Fernández-Shaw.

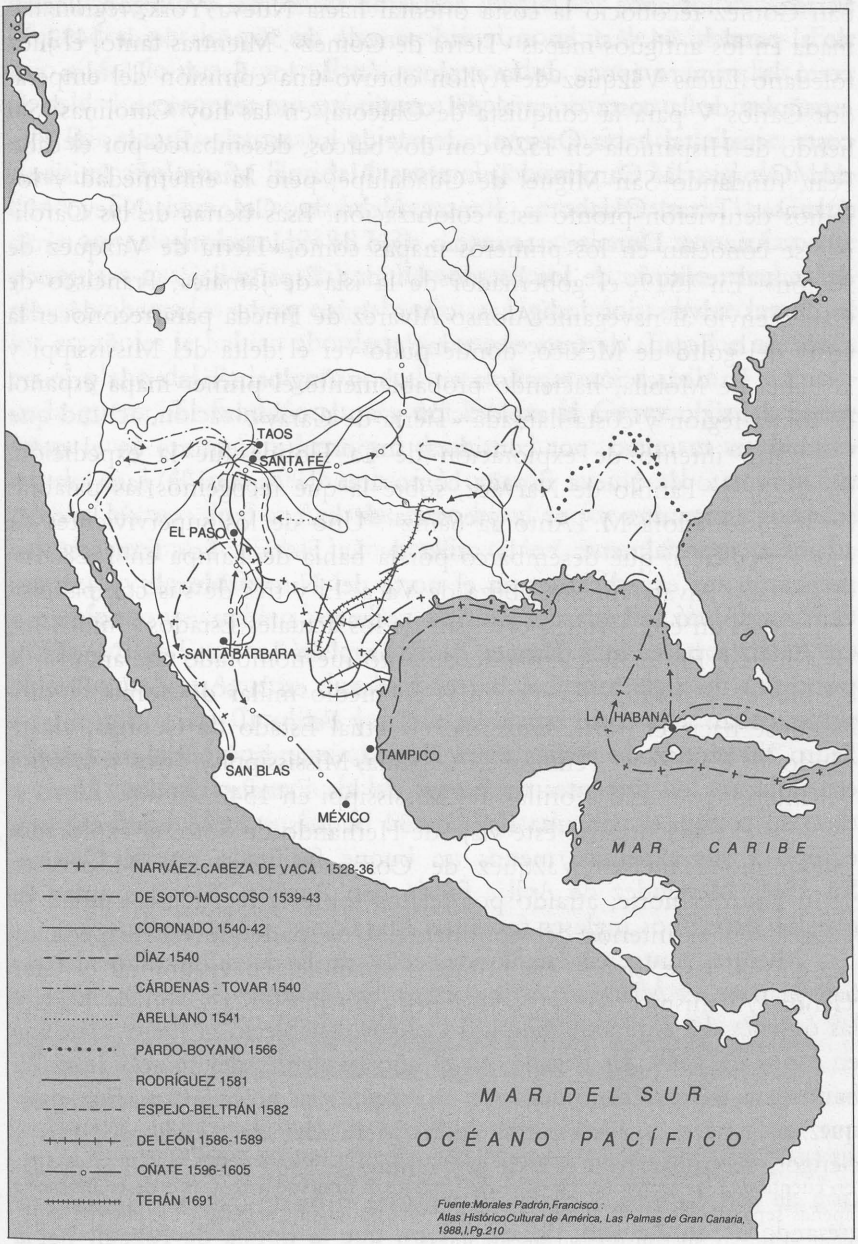
teriormente en La Habana. Cuatro años más tarde, el navegante Esteban Gómez reconoció la costa oriental hacia Nueva York, región llamada en los antiguos mapas «Tierra de Gómez». Mientras tanto, el juez toledano Lucas Vázquez de Ayllón obtuvo una comisión del emperador Carlos V para la conquista de Chicora, en las hoy Carolinas. Saliendo de Hispaniola en 1526 con dos barcos, desembarcó por el cabo Fear, fundando San Miguel de Guadalupe, pero la enfermedad y los indios detuvieron pronto esta colonización. Esas tierras de las Carolinas se conocían en los primeros mapas como «Tierra de Vázquez de Ayllón». En 1519, el gobernador de la isla de Jamaica, Francisco de Garay, envió al navegante Alonso Álvarez de Pineda para reconocer la costa del golfo de México, donde pudo ver el delta del Mississippi y la bahía de Mobila, haciendo probablemente el primer mapa español de dicha región y costa llamada «Tierra de Garay».

Otro intento de exploración de La Florida fue la expedición, en 1528, de Pánfilo de Narváez, sobre la que recogemos las palabras de la historiadora M.ª Antonia Sáinz [5]. Uno de los supervivientes de esta expedición, que desembarcó por la bahía de Tampa en 1528, fue el jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Él y tres de sus compañeros realizarían un épico viaje por el sur de los actuales Estados Unidos hacia México. En 1539, Hernando de Soto fue nombrado adelantado de La Florida y desembarcó con más de medio millar de hombres, dirigiéndose hacia el norte, cruzando el actual Estado de Georgia, alcanzando las Carolinas, Tennessee, Alabama, Mississippi y otros territorios del interior, y murió a orillas del Mississippi en 1542.

En el transcurso de este viaje de Hernando de Soto, el explorador salmantino Francisco Vázquez de Coronado partió de México en 1540 hacia el norte, atraído por relatos sobre la legendaria ciudad de Cíbola, en el interior del continente. Una parte de esta expedición marchó al oeste, siendo los primeros españoles en vislumbrar el Gran Cañón. Al mismo tiempo, una expedición marítima zarpó de México

[5] En su libro *La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista,* Editorial MAPFRE, 1992, en que dice: «Se puede afirmar que el viaje del vallisoletano Pánfilo de Narváez a La Florida constituyó la primera exploración en los actuales Estados Unidos, si se tiene en cuenta que las anteriores expediciones se habían limitado a costear o desembarcar sin apenas separarse de la orilla. El interior suponía un enigma, y hacia él se dirigirá expectante el nuevo Adelantado con sus hombres».

EXPEDICIONES ESPAÑOLAS EN EL ACTUAL TERRITORIO DE LOS ESTADOS UNIDOS. SIGLOS XVI-XVII



Fuente:Morales Padrón,Francisco : Atlas Histórico Cultural de América, Las Palmas de Gran Canaria, 1988,I,Pg.210

hacia el Norte. Los navegantes Juan Rodríguez Cabrillo y Bartolomé Ferrelo, en los años 1542-1543, costearon California y Oregón, llegando al paralelo 44. Así, en un corto período de 50 años desde 1492, se cerró la primera época de la exploración de los Estados Unidos por españoles de la costa oriental del continente norteamericano, y de la costa occidental hasta Oregón, además de los actuales Estados de Florida, Georgia, las Carolinas, Tennessee, Alabama, Mississippi, Luisiana, Arkansas, Texas, Oklahoma, Kansas, Nebraska, Colorado, Nuevo México y Arizona. Durante este medio siglo de exploraciones en un tercio del actual territorio de los Estados Unidos, España dejó su «sangre» y la de sus adversarios indígenas, como único poder europeo, décadas antes de la llegada de franceses e ingleses.

2. La dedicación española en la hoy Angloamérica en la primera mitad del siglo XVI era la exploración y no la colonización, actitud que cambió en su mitad, por considerar importante asentarse en el norte del virreinato de Nueva España como área de expansión para los numerosos emigrantes y por la presencia de barcos franceses en la costa atlántica, especialmente en la orilla de La Florida. Los franceses comenzaron sus expediciones en el norte del Nuevo Mundo, y Jacques Cartier exploró la boca del río San Lorenzo, aunque no se asentaron en América hasta que Samuel de Champlain lo hizo en Canadá, a principios del siglo XVII. Los barcos franceses en la costa de La Florida preocupaban a la corte española, y el rey Felipe II envió al asturiano Pedro Menéndez de Avilés a La Florida, creando la primera colonia española en los presentes territorios de los Estados Unidos. Llevó a cabo su conquista con una flota de 34 buques y 2.646 hombres, que equipó a sus expensas, menos un buque facilitado por la Corona. En 1565, Menéndez de Avilés fundó San Agustín, 55 años antes de que los peregrinos ingleses fundaran Mayflower, en Massachusetts.

Mientras tanto, en La Florida, cerca de la desembocadura del río San Juan en el Atlántico, el hugonote francés René de Laudonnière, a las órdenes del almirante Gaspard Coligny, estableció el fuerte Caroline en junio de 1564. La llegada, en el año siguiente, del francés Jean Ribault para reforzar esa guarnición no mejoró su precaria situación, porque seis navíos españoles, con Pedro Menéndez de Avilés, soldados y clérigos, desembarcaron el 8 de septiembre de 1565 y fundaron la población de San Agustín, y el día 20 atacaron el fuerte francés Caroline, regresando a San Agustín, donde oyeron que la flotilla de Ribault había

naufragado a unos 20 kilómetros al sur, en un brazo del mar. Los supervivientes franceses fueron ejecutados a sangre fría por los hombres de Menéndez, por lo que esa área recibió el nombre de «Matanzas». Este acto sí fue lo que hoy se llama un genocidio, pero no de indios, sino de soldados europeos tan próximos a España, como eran los franceses.

Por razones personales quiero señalar un incidente del primer período español en La Florida durante el gobierno de Manuel de Montiano y Sopelana, antepasado directo mío, protagonista de la «Guerra de la oreja de Jenkins (1739-1742)». España, en el siglo XVIII, solamente permitía a sus colonias utilizar barcos propios, quedando muchos ingleses embargados como contrabandistas. Un patrón inglés reclamó que los españoles le habían abordado y cortado su oreja. Ésta fue mostrada en el pleno del Parlamento, por lo que Inglaterra decidió la mencionada guerra. El fundador inglés del Estado de Georgia, James Oglethorpe, juró tomar San Agustín o dejar sus huesos ante sus muros, partiendo en 1740 con 900 hombres. Montiano les esperaba en el fuerte de San Marcos de San Agustín, cuyo bloqueo fue roto con ayuda del capitán general de Cuba, Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, futuro virrey de México.

Montiano estableció en Florida la primera población libre de esclavos en los Estados Unidos, Santa Teresa de Mose, a tres kilómetros al norte de San Agustín, donde esclavos escapados de las plantaciones de Georgia y las Carolinas levantaron un fuerte ocupado por negros libres bajo la Corona española, con derecho a tener propiedad [6-7].

Al concluir la Guerra de los Siete Años, en 1763, los habitantes españoles de San Agustín fueron sorprendidos al oír que, según el Tratado

[6] La historiadora Jane Landers comentaba este hecho en su artículo titulado «Gracia Real de Santa Teresa de Mose: «A free black town in Spanish colonial Florida», *The American Historical Review*, febrero, 1990, distinguiendo así el trato de ingleses y españoles con los esclavos. «Carolina tenía también una economía de plantación, propietarios distantes o ausentes y severos códigos de esclavos para mantener una mano de obra fija y servil. Al contrario que sus homólogos de los Estados hispánicos, los esclavos de Carolina eran considerados como ganado, desprovistos de derechos. El propietario podía disciplinar o maltratar al esclavo. Los esclavos no podían recurrir a la Ley ni a la Iglesia en busca de protección, y mucho menos a la sociedad blanca.»

[7] Esta vinculación personal con don Manuel de Montiano inició mi interés histórico por La Florida y América que fue origen de las Colecciones MAPFRE 1492, y me hizo crear lazos de amistad con la Universidad de Florida, la actual ciudad de San Agustín y la Fundación San Agustín.

de Paz de París, España cedería La Florida a Gran Bretaña y, a cambio, los ingleses evacuarían las plazas de La Habana y Manila, tomadas el año anterior, y que los residentes de San Agustín sólo tenían 18 meses para abandonar esa ciudad o se convertirían en súbditos de Su Graciosa Majestad. Casi todos escogieron marcharse; los últimos, en enero de 1764, por barco, con el gobernador Melchor Feliú. Gran Bretaña dividió la península en Florida oriental y Florida occidental. Cuando James Grant, primer gobernador inglés de aquélla, llegó a San Agustín, vio la necesidad de más habitantes. En Londres, el comerciante Andrew Turnbull consiguió una concesión de terrenos a unos 130 kilómetros al sur de San Agustín, para construir un establecimiento de colonos, que denominó Nueva Smyrna en honor del pueblo de su esposa, y reclutó en el Mediterráneo colonos de Grecia, Italia e isla de Menorca, empobrecida por una sequía de varios años. En la primavera de 1768, ocho barcos llevaron a esos colonos a La Florida oriental. Casi 150 personas perecieron durante la travesía, y 300 murieron en el primer invierno; a los ocho años, sólo quedaban 600 colonos, que el mismo año de la Declaración de Independencia de las Trece Colonias enviaron una delegación para protestar al gobernador Patrick Tonyn sobre sus difíciles condiciones. Casi todos salieron, y quedaron en San Agustín especialmente los menorquines, siendo desde entonces la élite de la ciudad.

Así, España no solamente entró en La Florida, sino que continuó en ella más que en cualquier otra zona del país, y sobre todo en San Agustín, estableciendo la ciudad de los Estados Unidos donde se levantó la primera escuela de la nación y el primero de sus fuertes modernos, el de San Marcos.

3. La presencia de España se extendió a Nuevo México, California, Arizona y Texas, Estados en los que España ha dejado profunda huella histórica. Sobre todo, hay que detenerse en California, donde la acción de España no sólo creó una zona de penetración y presencia muy anterior a la de los anglosajones, sino que sirvió de paso para aventuras ulteriores, con intento de llegar al famoso Paso del Noroeste durante varios virreinatos de Nueva España, en especial del virrey segundo conde de Revillagigedo y del también virrey Antonio María Bucarelli [8].

[8] La Fundación MAPFRE América tiene previsto publicar dentro de las Coleccio-

Aparte de los paseos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Francisco Vázquez de Coronado, la primera verdadera colonización del oeste se debe a Juan de Oñate, oriundo vascuence y natural de Zacatecas, en México. Aparte de la necesidad de poblarla, se cree que ese área tenía importancia estratégica, como comienzo del legendario estrecho para comunicar al norte los océanos Pacífico y Atlántico [9] y como estrategia para detectar incursiones inglesas en el oeste del continente. En 1595, el Rey comisionó al extremeño Sebastián Vizcaíno para reconocer la costa californiana, como había hecho Rodríguez Cabrillo medio siglo antes [10].

La conquista de Nuevo México se encargó a Juan de Oñate, que salió de México en 1598, con 400 soldados, mujeres, clérigos, campesinos y pastores, cruzó el Río Grande y tomó posesión de Nuevo México, cuya capital, Santa Fe, fue creada por Pedro Peralta, representante del Rey, que la bautizó como «La Villa Real de la Santa Fe de San Francisco de Asís». En 1680, los indios pueblos de Nuevo México se rebelaron y desplazaron a los españoles a El Paso, en Texas, durante más de una década [11].

4. La colonización de California se inició en la última mitad del siglo XVIII, pero había comenzado en siglos anteriores por los piratas que trataban de apresar el *Galeón de Manila,* con ricos cargamentos del Oriente. Los años desde 1763 a la independencia de los Estados Unidos fueron importantes en California. El Imperio Francés decayó en América, y el Inglés ascendió. Francia perdió Canadá, y España entregó La Florida a Gran Bretaña. Esto hizo a Carlos III reformar su Imperio en América, creando la Comandancia General de las Provincias

nes MAPFRE 1492 un libro del profesor Donald E. Chipman dedicado a Texas, y otro de la profesora Sylvia L. Hilton sobre California.

[9] Los frailes Agustín Rodríguez y Antonio de Espejo iniciaron una expedición misionera en la década de 1580.

[10] Aunque no en las condiciones que se pensaba, sí existe un Paso muy distinto entre los dos océanos, que precisamente mi hijo Ramón, autor del libro titulado *Esquimales,* que se incluye en estas Colecciones, está recorriendo en sentido inverso a los intentos españoles, con partida en el sur de Groenlandia y llegada en 1992 a Valdés, en Alaska, prácticamente el punto más alto al que llegaron españoles en sus intentos del siglo XVIII.

[11] Dentro de la Colección «España y Estados Unidos» la Fundación MAPFRE América publicará un libro titulado *Nuevo México* del profesor Donald C. Cutter.

Internas de México, con las adjuntas provincias de Nuevo México, Texas y las Californias, éstas para impedir tanto la esperada expansión rusa desde Alaska, como la británica.

Los rusos habían llegado al Pacífico al comenzar el siglo XVIII. En 1725, Vito Bering exploró el estrecho que lleva su nombre, entre Siberia y Alaska, y pronto los rusos establecieron asentamientos comerciales en Alaska, aspirando llegar a California. En 1773 y después de informar a San Petersburgo, el monarca español ordenó al virrey de México, Antonio María Bucarelli, expulsar a cualquier ruso que se encontrase dentro de los dominios españoles de Nueva España, para lo que fue enviado el mallorquín Juan Pérez, que llegó al paralelo 50, cerca de Vancouver. Se iniciaron expediciones a Alta California con objetivos militar y de colonización, con 21 misiones. El jefe militar, el catalán Gaspar de Portolá, recibió instrucciones para establecer presidios en San Diego, Monterrey, Santa Bárbara y San Francisco. Y el franciscano y balear fray Junípero Serra fundó misiones en San Diego, Carmel, San Antonio de Padua y San Gabriel.

5. El primer español que tuvo noticias del Gran Cañón fue el capitán Pedro de Tovar, quien, como lugarteniente de Francisco Vázquez de Coronado, recibió la orden de explorarlo en julio de 1540. Los indios hopi le hablaron del Gran Cañón, y envió hombres al mando de García López de Cárdenas, siendo los primeros europeos en divisarlo. Otro español, el padre Francisco Garcés, lo cruzó en sentido oeste-este años después, en 1776. En 1604, 64 años después de la expedición de Tovar, el adelantado Oñate cruzó Arizona hacia la desembocadura del río Colorado. En el mismo Arizona se habían realizado otras exploraciones desde 1680, tras la rebelión de los indios pueblos de Nuevo México.

El gobernador español de Sonora, Diego Ortiz Parrilla, ordenó en 1752 el establecimiento del presidio de Tubac. Designó comandante a Juan Bautista de Anza, que inició expediciones a California, para explorar una ruta desde Sonora al Pacífico, y en 1774, para conducir colonos a San Francisco. En 1767 se ordenó el traslado de la guarnición de Tubac a Tucson, emplazamiento elegido en 1775 por Hugo O'Connor, gobernador de Texas de 1767 a 1770.

En 1779 se fundó una misión en Yuma, Arizona, regida por los franciscanos Francisco Garcés y Juan Díaz, con un presidio y un establecimiento de colonos. En 1781, irritados por las caballerías expediciona-

rias, los indios yuma mataron a Rivera, Garcés, Díaz y cien personas más. El futuro gobernador de Alta California, Pedro Fages, dirigió contra ellos expediciones punitivas. Pero en todo caso, las autoridades españolas suprimieron la vía terrestre a California, a través de Arizona.

6. Texas es el mayor de los 48 Estados originales, y tiene una presencia española muy profunda. El puerto de Galveston, que debe su nombre al general Bernardo de Gálvez, fue donde en 1528 desembarcó Alvar Núñez Cabeza de Vaca con sus compañeros, náufragos de la expedición de Narváez. Al principio fueron tratados bien por los indios, pero más tarde se les detuvo. Tras seis años, Núñez Cabeza de Vaca escapó con los capitanes Andrés Donantes y Alonso del Castillo Maldonado y el esclavo Estebanico, rumbo al oeste de Texas y a Nuevo México, y de ahí surgieron sus apasionantes comentarios, publicados en Valladolid en 1542.

Vázquez de Coronado, en su viaje de ida y vuelta a la Quivira por el actual Estado de Kansas, pisó probablemente tierras de Texas. Medio siglo después, Juan de Oñate recorrería análogo trayecto en busca de territorios al norte. Pero ninguna de estas expediciones se propuso establecerse de modo permanente.

Intervinieron en Texas los franceses de René Robert Cavelier, Sieur de La Salle, que desembarcó en la isla de Matagorda en 1684 para construir el fuerte Saint Louis, colonización que terminó con la repentina muerte de La Salle.

Como reacción antifrancesa, el gobernador Alonso de León, conocido como *el conquistador de Texas,* despachó varias expediciones y promovió la colonización española y la organización de una red de misiones y presidios en puntos estratégicos. En 1716 el capitán Domingo Ramón fundó varias misiones, en especial la de los Adaes, en lo que es hoy Luisiana. Abandonadas temporalmente, las restableció en 1721 el marqués de San Miguel de Aguayo, gobernador de Coahuila.

Texas quedó erigida en gobierno independiente, y Adaes en su capital, hasta la transferencia del gobierno provincial a San Antonio en 1773, en tiempos en que Luisiana era española. En 1718, para no dejar aislados aquellos establecimientos, se fundó como ciudad intermedia San Antonio, por Martín de Alarcón, gobernador de Texas, que levantó el fuerte de San Fernando de Béjar y la misión de San Antonio de Valero, conocida más tarde como el famoso «El Álamo».

Del «palacio del gobernador español» en San Antonio, salió Miguel Ramos de Arizpe para representar en las Cortes de Cádiz la provincia de Coahuila-Texas. El gobernador, Manuel Salcedo, contempla la rebelión de José Antonio Gutiérrez de Lara, quien, entusiasmado por los discursos del padre Miguel Hidalgo, tomó, a fines de 1810, San Antonio e hizo prisionero al gobernador, pronto liberado. Gutiérrez de Lara acudió a Washington para obtener auxilio, y en 1813 logró sitiar de nuevo San Antonio, donde Salcedo y 16 oficiales fueron asesinados. En abril, se creó la primera República independiente de Texas, hasta que, cuatro meses después, las fuerzas reales, al mando del general José Joaquín Arredondo, vencieron a los rebeldes en la batalla de Medina, el 18 de agosto de ese año. El Tratado de La Florida de 1819 con los Estados Unidos confirmó a España la posesión de Texas, aunque ésta fue de corta duración.

7. Aparte del área fronteriza mexicana y de La Florida, existe una gran zona donde los españoles se enfrentaron contra indios, ingleses y franceses. El Tratado de Utrecht en 1713 concluyó la Guerra de Sucesión española. Pero los franceses que querían seguir en América, desde el golfo de México hasta los Grandes Lagos, dieron a esta inmensa tierra el nombre de Luisiana, con capital en Nueva Orleans.

Con la Guerra de los Siete Años, España recibió en 1763 las tierras de la orilla derecha del río Mississippi. Luisiana fue aceptada como enorme faja de protección del virreinato de Nueva España contra las incursiones inglesas. Con esta cesión se dividía el continente en dos grandes esferas de influencia, separadas por el río Mississippi: inglesa y española. Los años de gobierno español fueron un período de organización, de repoblación, de inmigración, de construcciones como el canal de Carondelet, fortificaciones, diques, alumbramiento de calles, la construcción del Real Hospital, colegios y la conversión de la ciudad de Nueva Orleans en una de las más importantes del continente.

En la independencia norteamericana, los españoles de Nueva Orleans expulsaron a los ingleses del Mississippi. Inglaterra intentó cercar a los revolucionarios americanos por medio de un arco, pero fracasó en parte por el abastecimiento a los colonos desde Nueva Orleans y por las grandes operaciones militares españolas.

Luisiana fue cedida a Francia por el Tratado secreto de San Ildefonso, de octubre de 1800, pero París no tardó en venderla a los Estados Unidos por el Tratado de París de 30 de abril de 1803, si bien

España consideró esta venta ilegal, pues Francia se había comprometido a no cederla a otra tercera potencia, y menos venderla.

8. Los virreyes de Nueva España fueron importantes dentro del actual territorio de los Estados Unidos. En especial los dos Revillagigedo. El primero había sido capitán general de Cuba, provincia de la que dependía La Florida, donde llevó a cabo grandes reformas y en cuya época ocurrió el ataque del almirante inglés Edward Vernon a Guantánamo, con 5.000 hombres. Por sus éxitos fue nombrado conde de Revillagigedo, teniente general y virrey de México, donde fortificó Veracruz y Acapulco, creando el reglamento para milicias de Cuba y La Florida.

El segundo conde de Revillagigedo, Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla, hijo del anterior, nació en La Habana en 1740 cuando su padre ostentaba el título de capitán general de la isla. Con seis años de edad fue con su padre, el virrey, a México, donde vivió hasta los 15 años de edad, y vino a España en 1756. Durante la guerra con Gran Bretaña de 1779-1783 intervino con distinción durante el largo sitio de Gibraltar, escribiendo unos valiosos informes sobre esa campaña. Fue nombrado virrey de Nueva España en 1789 y zarpó de Cádiz el día 26 de mayo a bordo del navío *San Ramón*, acompañado por siete jóvenes oficiales de la Armada, que ganarían fama por sus viajes al Noroeste: Juan Francisco de la Bodega, Salvador Fidalgo, Manuel Quimper, Jacinto Caamaño, Francisco de Eliza, Ramón Saavedra y Salvador Menéndez. Revillagigedo, preocupado por las incursiones rusas e inglesas al norte del virreinato, envió varias expediciones marítimas a California, Canadá y Alaska, incluyendo el respaldo de la de Alejandro Malaspina. En uno de estos viajes a Alaska se denominó Revillagigedo, en honor de este virrey, a un canal y una isla al norte de las islas canadienses de la reina Carlota, hacia el paralelo 54.

9. Conviene destacar la acción de España con los indios de Estados Unidos, y en especial los indios pueblos. Desde que Juan Ponce de León vio indios en La Florida, España había tenido una larga relación con los de ese continente, preocupándose de su salud física, de su conversión religiosa y moral al Cristianismo, y de su encuadramiento económico en la sociedad española. San Agustín no fue abandonada a comienzos del siglo XVII, entre otras razones, por los indios conversos que la habitaban. El rey de España, por derecho de Patronato, tenía una intervención decisiva en el nombramiento de los cargos ecle-

siásticos. Y la evangelización de los indios se hallaba incluida en el plan de la conquista y la colonización, sin que pueda pensarse la una sin la otra. Aunque hubo rivalidad entre las autoridades civiles y religiosas, e incluso diferentes puntos de vista en relación con la política a seguir, ambos fueron indispensables para la civilización del Nuevo Mundo.

La verdadera razón de la presencia de España en los territorios de Nuevo México a lo largo del siglo XVII se centra en el mantenimiento de sus misiones, a fin de proteger a los conversos y promover la expansión de la fe. No fue buen negocio material, pues este propósito costó a España, entre 1609 y 1680, la cantidad de un millón de pesos, muy considerable en aquella época.

En la región de Nuevo México los españoles se encontraron con indios y en especial con las tribus de moquís, pimas y maricopas. Los exploradores españoles los llamaron indios «pueblos» porque estaban distribuidos en pueblos de especial situación y estructura, que parecían una sola casa y una sola familia. A los indios pueblos se deben los famosos edificios comunales de cuatro pisos; la primera planta, de cuatro habitaciones; la segunda, de tres; la tercera, de dos; y la cuarta, de una, con terrazas escalonadas y con pequeñas puertas o ventanas, a las que había que entrar por una escalera móvil [12]. Estas edificaciones de adobe todavía se contemplan en Taos, y surgieron para defenderse de tres poderosos enemigos —comanches, apaches y navajos— que los atacaban incesantemente, incluso en época española. Sus relaciones con España fueron buenas, y todavía algunos indios pueblos reconocen, simbólicamente, al rey de España, y mantienen expresiones en castellano [13].

10. Un hecho importante, pero poco reconocido, es la ayuda de España en la independencia de los Estados Unidos. En 1775 España se planteó la alternativa de la política a seguir: se alegraba de ver a su

[12] La explicación de esta originalidad, así como del tipo masivo de su construcción, se halla, por razones de defensa, en las condiciones climáticas, en los recursos naturales y en la organización social basada en el matriarcado.

[13] El historiador Carlos M. Fernández Shaw, en *La Florida Contemporánea*, lo describe así: «Debido a las generosas y firmes leyes dictadas por España hace tres siglos, los indios pueblos de Nuevo México gozan hoy de completa tranquilidad en sus propiedades. La sublevación de aquellos indios contra España en 1680 no tuvo otra causa que su deseo de zafarse de la molesta presencia de unos extranjeros en sus tierras».

rival, Gran Bretaña, envuelta en una guerra colonial lejos de la metrópoli; pero, por otro lado, comprendía el peligro de este levantamiento para la estabilidad de sus propias colonias americanas. Al principio, España ayudó ocultamente a los colonos americanos a través de casas de comercio, como la del bilbaíno José de Gardoqui e Hijos. Esta clandestinidad hizo que no recibiera suficiente reconocimiento por sus auxilios, en especial porque oficialmente España y Gran Bretaña todavía no estaban en guerra.

Inglaterra quiso prevenir la entrada de España en el conflicto de las Trece Colonias. Si pudiese concentrar sus esfuerzos militares únicamente en el frente de la rebelión —pensaba— la sublevación se terminaría pronto. El gobierno inglés fue a tal extremo en sus esfuerzos que incluso prometió ceder a España las dos Floridas, Gibraltar y los derechos de pesca por las aguas de Terranova.

El rey Carlos III se dio cuenta de que tarde o temprano España entraría en la guerra respaldando la independencia norteamericana. Los puertos españoles en las Américas, así como en la Península, prestaron toda clase de auxilio a los barcos americanos. Pero el monarca no quiso entrar en el conflicto sin tenerlo todo preparado y envió a sus agentes oficiosos al cuartel general de Washington para administrar ayuda no oficial e informar a la Corte española sobre la guerra. En 1777, Benjamín Franklin, representante americano en París, nombró a su ayudante Arthur Lee, enviado en España, para conseguir su apoyo. Reuniones clandestinas tuvieron lugar en Burgos y Vitoria, con el marqués de Grimaldi y Diego de Gardoqui como intérprete. Lee consiguió el pleno reconocimiento a la causa americana.

En junio de 1779, España declaró la guerra a Inglaterra, y recientes estudios históricos han dado luz sobre operaciones militares españolas en Luisiana y La Florida, al mando del general Bernardo de Gálvez. Aparte del golfo de México, los ingleses estaban empeñados en operaciones ofensivas o defensivas en India, Sierra Leona, Galápagos, islas de Juan Fernández, Arkansas, Filipinas, América meridional, Honduras, Guatemala, Michigan, Nicaragua, las Bahamas, Jamaica, bahía de Hudson, Gibraltar, Menorca, Illinois, e incluso necesitaban proteger las propias Islas Británicas de una esperada invasión hispano-francesa. Unidades terrestres y navales españolas combatían en el mundo, ocupando incesantemente tropas inglesas en beneficio de las Trece Colonias, lo que fue vital para la causa americana. Los colonos americanos lucha-

ron hasta su victoria sobre lord Cornwallis en Virginia en otoño de 1781; pero los españoles continuaron durante dos largos años la guerra en las Bahamas, Menorca, Gibraltar, Honduras, Nicaragua, etc., con grandes pérdidas de vidas, hasta firmar la Paz de París en septiembre de 1783, que beneficiaba a la naciente nación americana a costa, en parte, de esfuerzos bélicos y diplomáticos españoles.

Es destacable el papel desempeñado por Diego de Gardoqui en la ayuda a los Estados Unidos, quien era en España lo que Pierre Caron de Beaumarchais en Francia; esto es, el enlace de la ayuda a los rebeldes norteamericanos. Y su propia casa de comercio, José de Gardoqui e Hijos, auxiliaba también a los norteamericanos. La historia de Gardoqui, primer embajador en los Estados Unidos, no es suficientemente conocida fuera de España [14].

Y a pesar de esta gran aportación, las relaciones entre las dos naciones fueron conflictivas en el resto del siglo y en el siglo XIX. El gran diplomático español y negociador del Tratado de Paz de París de 1783, el conde de Aranda, aragonés testarudo pero realista, veía con increíble precisión las futuras relaciones entre ambos países, según una memoria secreta presentada a Carlos III, después de firmar el tratado de paz [15].

[14] Hay que destacar que dos de los españoles más importantes en la historia moderna de los Estados Unidos, el gobernador de La Florida, Manuel de Montiano, y Diego de Gardoqui, nacieron en Bilbao y los dos fueron hijos de priores del Consulado en aquella ciudad, su máxima institución comercial.

[15] «Las colonias americanas han quedado independientes: esto es mi dolor y recelo [...] El dominio español en las Américas no puede ser muy duradero, fundado en que las posesiones tan distantes de sus metrópolis jamás se han conservado largo tiempo [...] La nueva potencia formada en un país (Estados Unidos) donde no hay otra que pueda contener sus proyectos, nos ha de incomodar cuando se halle en disposición de hacerlo. Esta república federativa, ha nacido, digámoslo así, pigmea, porque la han formado y dado el ser dos potencias como España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente. Mañana será gigante [...] y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias y no pensará más que en su engrandecimiento [...] Engrandecida dicha potencia anglo-americana debemos creer que sus miras primeras se dirijan a la posesión entera de las Floridas (¡1819!) para dominar el seno mexicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con México siempre que quisiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio (¡1846!), el cual no podremos defender desde Europa contra una potencia grande, formidable, establecida en aquel continente y confinante con dicho país. Éstos, Señor, no son temores vanos, sino un pronóstico verdadero de lo que ha de suceder infaliblemente dentro de algunos años [...] El que tiene poder y facilidad de adqui-

La idea general detrás de esta Colección de «España y los Estados Unidos», y en particular el libro *España y la independencia de los Estados Unidos* [16] es ayudar a corregir la falta de conocimiento norteamericano de esta gran aportación española a la Guerra de las Trece Colonias. Muchos historiadores de universidades del nordeste de los Estados Unidos se han visto influidos por el punto de vista inglés y anglicano [17].

Es interesante especular que si La Florida se hubiese unido a las Trece Colonias en la rebelión de 1776 contra Gran Bretaña, hubiera sido el decimocuarto Estado, en lugar del vigesimoséptimo en 1845; los colonos de La Florida, con su herencia española, católica y mediterránea, y relación con el Caribe y Cuba, habrían suavizado el puritanismo y anglofilismo de las Trece Colonias, en beneficio mutuo de España y los Estados Unidos.

11. Las noticias de la cesión de los reales dominios de México por el virrey Juan O'Donojú y el coronel Agustín de Iturbide (emperador de México, 1822-1823), que comprendía Centroamérica, California, Nuevo México y Texas, llegaron a Nuevo México el 26 de diciembre de 1821. El 6 de enero de 1822 el gobernador Melgares presidió el nacimiento de una nueva nación. Aunque su permanencia bajo la bandera mexicana fue corta, sirvió para abrir *Santa Fe Trail.*

Texas es el único Estado norteamericano que puede presumir de haber tenido vida independiente casi durante una década. Cuando la

rir no lo desprecia, y supuesta esta verdad, ¿cómo es posible que las colonias americanas cuando se vean en estado de poder conquistar el reino de México se contengan y nos dejen en pacífica posesión de aquel país? [...] Que Vuestra Majestad se desprenda de todas las posesiones del continente de América, quedándose únicamente con las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional y algunas que más convengan en la meridional, con el fin de que ellas sirvan de escala o depósito para el comercio español. Para verificar este vasto pensamiento de un modo conveniente a la España se deben colocar tres infantes en América: el uno de rey de México, el otro del Perú y el otro del restante de Tierra Firme, tomando Vuestra Majestad el título de Emperador [...]».

[16] Beerman, Eric, *España y la independencia de Estados Unidos*, en prensa.

[17] Por ejemplo, un texto clásico, Blum, John M. y otros, *The National Experience: A History of the United States,* Nueva York, 1977, pp. 111-112, apenas reconoce el papel de España en su historia, ni su ayuda a la armada francesa en 1781. Es conveniente revisar en las próximas décadas la historia de los Estados Unidos con relación a España, su aportación a su independencia y los esfuerzos españoles en la toma de la «poco defendida» Florida occidental.

región cayó bajo el gobierno mexicano y aumentaron los inmigrantes anglosajones, surgieron conflictos hasta culminar en guerra abierta. El Álamo, defendido por los tejanos, fue tomado por el general Antonio López de Santa Anna el 6 de marzo de 1836. Mes y medio después, el general Sam Houston ganó la batalla de San Jacinto y la guerra. En octubre fue declarada la República independiente de Texas, con Houston como capital, en honor de su primer presidente. Su sucesor, Mirabeau Lamar, intentó una política de expansionismo, tratando de incorporar a Texas el territorio de Nuevo México.

La anexión de Texas a los Estados Unidos, en 1845, contribuyó a la guerra abierta con México, en parte por el conflictivo problema de Oregón, en que México esperaba la ayuda de Inglaterra, que no se produjo, y quedó solo frente a los americanos.

Los Estados sureños favorecían la entrada de Texas en la Unión, por considerarlo a favor de la esclavitud. Para los tejanos, su frontera occidental era el Río Grande; y para los mexicanos, el río Nueces, a 160 kilómetros al este. En 1845, esta cuestión fronteriza continuaba sin resolverse, y el presidente James Polk ordenó al general Zachary Taylor avanzar sobre el Río Grande, sin declaración de guerra; y con ello, la guerra comenzó. Taylor invadió México, con victorias en Palo Alto, Monterrey y otras. Winfield Scott tomó Veracruz y avanzó sobre la ciudad de México, con victorias en Cerro Gordo y Chapultepec. En Nuevo México, Stephen Kearny tomó Santa Fe, en agosto de 1846, y el mismo año, California, por breve tiempo independiente, con el nombre de República de la Bandera del Oso, que fue ocupada posteriormente por John Frémont y fuerzas navales.

En el Tratado Guadalupe-Hidalgo, de 1848, México cedió a los Estados Unidos, por 15 millones de dólares, la mitad de su territorio, que hoy son los Estados de Nuevo México, California, Arizona, Nevada, Utah y parte de Colorado; y más tarde, por 10 millones de dólares, una faja de tierra en el valle de Mesilla.

Las relaciones entre las dos potencias norteamericanas después de la guerra fueron relativamente aceptables, hasta los disturbios revolucionarios en 1910. Los Estados Unidos ocuparon Veracruz en 1914, hubo una incursión mexicana en Nuevo México, y dos años más tarde John Pershing invadió el norte de México en persecución de Pancho Villa. Estos precedentes de las actuales relaciones Norte-Sur, hispanos y anglosajones en América, son parte de la historia es-

pañola en Estados Unidos, aunque ocurrieron después de su independencia.

12. La doctrina de Monroe estaba dirigida a proteger la seguridad del país, previniendo cualquier intervención ajena en el hemisferio occidental, fundamentalmente europea. Destacan cuatro puntos: 1) Los países independientes del continente americano no pueden estar sujetos a futuras colonizaciones por parte de ninguna potencia europea; 2) Cualquier tentativa realizada por los Estados europeos, de extender su sistema político a cualquier porción de las Américas será considerada un peligro para la paz y seguridad americanas; 3) Los Estados Unidos no intervendrán en los asuntos relacionados con cualquier colonia o dependencia existente de los países europeos; 4) Es ajeno a la política norteamericana intervenir en las guerras de las potencias europeas por cuestiones que sólo a ellas conciernen, y sólo será posible cuando supongan una amenaza para las Américas.

En 1848, durante la guerra con México, el presidente James Polk reafirmó dichos principios, señalando que cualquier protectorado en el Yucatán sería contrario a la doctrina Monroe. Como consecuencia también de esta doctrina, al menos en parte, se produjo la guerra entre España y Estados Unidos en 1898, y la pérdida de las últimas posesiones españolas en América y posesiones insulares en el Pacífico —Filipinas, Marianas y Carolinas—, convirtiéndose los Estados Unidos en un poder colonial.

Por otra parte, los Estados sureños vieron con alarma el aumento del territorio de los Estados «libres», y buscaban territorios próximos para añadir a la Unión como «estados esclavos»; pensaron en Cuba, solicitando en el Manifiesto de Ostende de 1854 que España vendiese Cuba a los Estados Unidos, amenazando con la ocupación mediante protestas mundiales, que forzaron al secretario de Estado, William Marcy, a anular dicha declaración. Existía un sentimiento norteamericano a favor de la intervención, y refugiados cubanos formaban juntas para una «Cuba libre», con respaldo de los periódicos, en especial los de la cadena Hearst.

El hundimiento del *Maine* en la bahía de La Habana, en 1898, fue un pretexto para la entrada en guerra de los Estados Unidos, atribuido quizás erróneamente a una bomba española. El presidente William McKinley ordenó el 1 de mayo a la flota norteamericana en Asia atacar la bahía de Manila, y en junio, el sitio de Santiago de Cuba,

que se rindió el 17 de julio. Ocho días más tarde, el general Nelson Miles comenzó la invasión de Puerto Rico, y al cabo de pocos días la ciudad de Ponce capituló. Tras contactos diplomáticos, las hostilidades finalizaron en agosto y España otorgó a Cuba la independencia, cediendo a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y Guam, y aceptando la ocupación de las Filipinas, cedidas en el Tratado de Paz de París del 10 de diciembre de 1898.

13. El redescubrimiento de La Florida comenzó en la ciudad de San Agustín, al crearse hace más de cien años el primer núcleo turístico en ese Estado. Al terminar la Guerra Civil, en 1865, San Agustín cumplía tres siglos y, con su reconstrucción, recuperó su antiguo esplendor, pero necesitaba mejores hoteles y transportes. En 1871, un primitivo ferrocarril llevado por dos mulas unía a Tocoi con San Agustín, y a los dos años cambió las mulas por máquinas de vapor. En 1883, se terminó la línea de Jacksonville a San Agustín, y con ello surgió una nueva época promovida por Henry Flagler, uno de los fundadores de la Standard Oil y colaborador de Rockefeller. Flagler llegó a San Agustín para descansar, pero quedó impresionado con las posibilidades turísticas, y proyectó un «escape» para los crudos inviernos de los yanquis, como alternativa a las Rivieras francesa e italiana. Pronto se llamó esa costa de La Florida «La Riviera Americana», y se construyó como primer hotel de lujo el «Ponce de León». Continuó el ferrocarril, primero a Palm Beach en 1894, y en 1896 a lo que sería la ciudad de Miami.

La historia se repite, y por ello las relaciones de Cuba y La Florida son estrechas, y lo han de ser aún más en el futuro. Y Cuba, quizá con otras islas como Puerto Rico y Santo Domingo, podría crear un núcleo antillano, cuyos vínculos pueden ser de nuevo importantes para España y área común con los Estados Unidos.

14. La influencia de los italianos en Nueva York, a costa de España, surge de la Sociedad Tammany, fundada en 1789 por el soldado William Mooney. Su nombre deriva de Tamanend, jefe legendario de los indios delaware, conocido por su sabiduría y amor a la libertad. Su fundación se debió en parte a la reacción contra otras sociedades aristocráticas y elitistas que, como contraste, utilizaban títulos y maneras indias. *Tammany Hall* contaba con 13 directivos que recordasen los 13 Estados originales, llamados *sachem;* y el presidente de Tammany, «el gran *sachem*».

En los primeros años del siglo XIX, Tammany Hall ya estaba en la política neoyorquina, buscando el voto para todos los ciudadanos. En el primer siglo y medio, los jefes eran generalmente irlandeses, como *Honest John* Kelly, Charles Murphy y el famoso alcalde de Nueva York, James Walker, pero luego la influencia pasó a los italianos, con Carmine De Sapio. Con su llegada al poder, los italianos utilizaron el *Columbus Day* del 12 de octubre como conmemoración propia, eludiendo el papel de España. Por esto, muchos norteamericanos consideran el Nuevo Mundo como un hecho italiano.

Puede pronosticarse que el papel de los hispanos dentro de la sociedad de los Estados Unidos será aún más influyente en el futuro, con 25 millones de personas, natalidad más alta y proyección de superar a los negros como la más numerosa minoría étnica. Los negros están unidos por su raza, y los hispanos por su idioma y, generalmente, por la fe católica. Los hispanos de los Estados Unidos proceden de muchos países del Caribe y de otros de Iberoamérica. Los chicanos, los más numerosos, se concentran generalmente en el sudoeste y en California; los «boricanos» (puertorriqueños), en Nueva York y en otros Estados del nordeste; los cubanos, en La Florida; dominicanos, ecuatorianos y procedentes del Cono Sur, dispersos por todos los Estados del país. El porcentaje aproximado de estos hispanos, es de 60, chicanos; 15, boricanos; 7, cubanos; y 18, de los restantes países de origen hispano. Los hispanos, con su rico recurso humano, pueden actuar como puente entre los Estados Unidos, Las Antillas, Iberoamérica y Europa, con España ofreciendo experiencia histórica, conformando las palabras de hace un siglo, del gran historiador norteamericano Charles Lummis: «Si no hubiese existido España hace 400 años, no existirían hoy los Estados Unidos».

España y Estados Unidos no son antagonistas sino complementarios. La utopía de la Nueva América necesita integrar la cultura y la raza anglosajona con el gran mosaico iberoamericano. Será difícil que esto se produzca sin la participación y, en cierto modo, profunda labor de reciclaje de la península Ibérica, puente natural de los iberoamericanos con Europa, si tenemos entereza para defenderlos como hermanos. En áreas especiales, como Las Antillas y Centroa-

mérica, la acción española puede ser útil. La historia de las relaciones políticas entre España y Estados Unidos no se ha cerrado sino que se intensificará próximamente.

IX

LA NUEVA AMÉRICA: UTOPÍA PARA UN MILENIO

La Nueva América, utopía y gran protagonista de la Edad Universal, necesita hacer comunes los intereses de las actuales Ibero y Angloamérica, con sus diversas culturas, autóctonas o invasoras, ambas muy importantes. Será penosa y difícil, inviable en algún caso, su integración y la de las tradiciones de los muchos pueblos que en cada una existen. Quizás sea sólo un sueño, un deseo ahora poco realizable, pero que, con o sin violencia, algún día vivirán los americanos. Con objetivo y necesidad se eliminan obstáculos, aunque lentamente, y se abren cauces a la deseable unidad continental que necesita siglos, traumas internos y mundiales, avances y retrocesos discontinuos, y hechos hoy impredecibles.

1. América será una gran unidad, como Europa lo va a ser antes. América se compone de modo básico, con pequeñas excepciones, de Iberoamérica y Angloamérica. Entre ambas tienen casi 40 millones de kilómetros cuadrados y 705 millones de habitantes, frente a los 786 millones de la Gran Europa y los más de 3.000 millones de la Gran Asia y el Islam. Si han estado hasta ahora muy diferenciadas, lo estarán menos en el futuro, tendencia ineludible que se reflejará en la estructura mundial del nuevo milenio, como igualmente en la Nueva Europa.

No es probable que esta situación llegue a consolidarse hasta los siglos XXII y XXIII. La historia es lenta. A los protagonistas temporales

nos parece que gira exclusivamente sobre nuestra época, que creemos el ombligo del mundo, cuando es sólo breve espacio, casi un segundo, en la trayectoria de nuestro planeta habitado.

América ha estado dividida en los dos últimos siglos por realidades políticas, culturales y raciales, que han creado sus naciones como conjuntos independientes, aunque existió integración dentro del amplio Imperio Español, que llegó a parte de los actuales Estados Unidos. Ibero y Angloamérica, separadas o unidas, pueden ser base importante de la humanidad de la Edad Universal, con la Gran Europa y la Gran Asia, ésta en unidades muy independientes entre sí.

En 1992, conviene reflexionar sobre estas dos unidades americanas y ver sus relaciones, sus diferencias, sus aspectos comunes, y cómo podría prepararse el camino hacia la Nueva América, esa unidad para la que ambas necesitan conocerse y comprenderse. En el mundo de *megablocks,* América necesita concentrar sus recursos para competir con Europa y Asia. Las dos Américas han sufrido 150 años de incomprensión recíproca, aun inicialmente unidas por sus procesos de independencia y deseo de separarse de las «madres patrias»; cuando podría pensarse en mayor integración, se ha producido lo contrario. Iberoamérica mira a España más que en períodos anteriores, y más que a Angloamérica. España siente a las repúblicas iberoamericanas como hermanas, habiendo perdido el complejo de paternidad inherente a su largo período de fundación y ocupación. En las repúblicas iberoamericanas han disminuido las situaciones de fricción con la mayoría de edad, y hoy contemplan con objetividad la realidad que las une, olvidando lentamente los antagonismos de estos dos últimos siglos.

Las razones de esta incomprensión recíproca entre ambas Américas podrían resumirse así, en cuanto a Angloamérica:

—«Convencimiento arrogante de superioridad», por lo heredado de Inglaterra, a lo que se unían éxitos en lo económico, en tanto fracasaban sus vecinos iberoamericanos, y completado por el mito, acuñado en Francia en el siglo XVIII, de la superioridad de los pueblos germanos sobre los latinos.

—«Sentido racista blanco». Angloamérica es fundamentalmente blanca, *wasp,* y considera inferiores a los pueblos oscuros, *dagos,* en parte los de Iberoamérica. Aparece esto especialmente en México, donde la cultura y raza indígena predominan, siendo al mismo tiempo el país físicamente más próximo a Angloamérica.

—«Sentimiento antiespañol», originado por antiguas fricciones entre Inglaterra y España, precisamente en relación con América, y porque al mantenerse la influencia «no americana» de España, padecía el orgullo de Estados Unidos, origen de la doctrina Monroe y de la participación yanqui activa contra la presencia española al final del siglo XIX.

—«Diferencia económica entre ambos conjuntos». Aunque durante algún tiempo Argentina disfrutaba de posibilidades económicas bastante semejantes a las de Estados Unidos, hoy la situación es distinta, y la diferencia se agrava, como todas las de Norte y Sur.

—«Sentido de lo económico, triunfo en la vida material», que en parte procede de la diferente herencia cultural y religiosa: la católica española, preocupada del hombre como tal, del alma y de Dios en la vida social; y la anglosajona, basada en frío protestantismo, éxito de los fuertes y del trabajo intenso y metódico.

Iberoamérica, respecto a los anglosajones, ofrece:

—«Rencor por las guerras en que fue vencida» y resentimiento de los que pierden ante la fuerza, pues aunque existan otras razones, es la que más fácilmente reconocen.

—«Reacción ante la actitud de los anglosajones», que ha hecho olvidar o reducir en ellos el sentimiento antiespañol desde la época de la independencia y que aumenta la admiración por lo propio, que se identifica más con lo español que en el siglo y medio anterior.

—«Complejo racial de inferioridad», inevitable, aunque sea inexacto, en muchas razas de color o mestizas.

—«Incomprensión del mundo duro e insolidario», que confía en lo material inmediato y carece de trascendencia espiritual.

En el momento actual, por primera vez, se abre en el mundo posibilidad efectiva e indispensable de diálogo Norte-Sur, ricos arrogantes y pobres humildes. Europa ha estado 70 años obsesionada —parece que con razón— por el Imperio Soviético, amenaza para su libertad que representaba infiltración ideológica y finalidad de anexión con estrategia precisa, ahora confirmada, desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los poderes políticos del Norte, aun deseando lo contrario, si es que así ocurría, se despreocupaban del «Sur», de su responsabilidad para los más pobres y a los que iba haciendo relativamente más pobres el desarrollo científico-económico. Además, se ha disipado la amenaza comunista, falacia de déspotas hábiles en utilizar la mentira como ins-

trumento de gobierno. Esto ha ocurrido de modo sorprendente, casi prematuro, y aún no ha reaccionado Angloamérica ni Europa, como ocurrirá próximamente, cuando se consolide la desaparición de esa amenaza [1] y, sobre todo, los peligros y problemas de su desintegración, y sea necesario dedicar atención al verdadero problema del mundo actual: la relación de ricos con pobres, que en América se identifica como diálogo Angloamérica-Iberoamérica, especialmente ante el empobrecimiento de ésta última.

No se preveía hace unos años que, simultáneamente, se iniciase también el proceso de decadencia de Angloamérica, que puede perder su predominio económico mundial y que le obliga a un examen interno de conciencia para analizar las razones que hacen probable ese riesgo para el liderazgo, que durante casi cien años mantuvo de modo incontestado, con la justificación en casos semejantes de que sus habitantes han exigido y considerado indispensable un nivel de vida siempre creciente, sin estar dispuestos a pagar con su esfuerzo el precio que esto requiere. Quizás esto la dotará de mayor comprensión hacia sus vecinos del Sur, a los que ha de necesitar para mantener, si no su claro predominio, por lo menos un equilibrio aceptable de poder político y socioeconómico.

Los momentos de reflexión llevarán a la convicción de que existe en ambas Américas un destino común que complementa su respectivos intereses; esperemos que se convierta en realidad, aunque ha de serlo midiendo las unidades de tiempo por siglos y no por décadas, y mucho menos por años, como en nuestra ansiedad y curiosidad nos gustaría que ocurriese, como si lo que se concibe en 1992 ya deba ser realidad en el año 2000.

2. La discrepancia de Estados Unidos e Iberoamérica, primera fricción después de coincidencias en el período independentista, comenzó sus guerras con México, para ocupar lo que este país había heredado de los españoles, parte importante del sur de Estados Unidos, donde estaba implantada su cultura, identificada en bastantes aspectos con la del México actual, tanto la indígena como la heredera de Espa-

[1] El 23 de agosto de 1991, estando este capítulo redactado, se ha confirmado, de modo inesperado, la desaparición completa del comunismo ruso a manos de la gallardía de un valiente Boris Yeltsin y de los propios trabajadores, que han derrumbado el marxismo mítico que deslumbró a científicos e intelectuales durante casi un siglo.

ña. Estas guerras se convierten en hito importante, comienzo de desprecio por unos y rencor por otros, que se borra con dificultad en los pueblos orgullosos y nobles. Para España, en el siglo XIX, en su extraordinario esfuerzo en América, el área de Estados Unidos actual era periférica, desprendida de una lejana capital que, a su vez, dependía de una muy distante metrópoli. Con la independencia, esto se agravó, y en la nueva nación no había medios ni existía voluntad de atender lo periférico, y esto empeoró la situación de sus territorios del norte, Nuevo México, California, Texas, etc., en el momento en que los angloamericanos y nuevos emigrantes europeos iban a conquistar y colonizar la Costa Oeste como un nuevo «Dorado».

La segunda fricción se relaciona con la comunicación entre océanos, canal de Panamá y conjunto centroamericano, que Estados Unidos consideraba propio y manejaba como gran señor feudal, preocupado por los derechos, pero no tanto por las obligaciones, y con presencia física que creaba resentimientos, aunque estuviese justificada estratégicamente, como la apertura del canal, sólo posible, o así se quiso, desmembrando Colombia de su natural extensión en Centroamérica. El canal representó un gran avance en la humanidad, pero dio lugar a una situación permanente de inestabilidad, con política de cañoneras y promoción de repúblicas bananeras, relativamente fáciles de manejar con corrupción. Sus clases superiores no supieron asumir su responsabilidad y se entregaron al hedonismo yanqui, también factor decisivo para comprender las causas del mayor problema de Iberoamérica, que necesita resolver de modo definitivo y en breve plazo de tiempo.

Inmediata o simultáneamente se produjeron las guerras de Cuba y liberación de España de esta república y de Puerto Rico, con ocupación de las dos por Estados Unidos hasta la completa independencia de la primera, en la que los Estados Unidos, habían actuado con prepotencia y explotación coactiva, dando lugar a un resentimiento que llevó a la Revolución, con sus consecuencias, aún no terminadas, que en parte han hecho que el pueblo cubano vuelva sus ojos a los españoles, de los que se había alejado después de la cruenta guerra de independencia. Fue España, a pesar de sus profundas diferencias ideológicas, el país que nunca abandonó a la Cuba de Castro.

En el siglo XIX se inició una invasión económica en Iberoamérica a través, en parte, de las grandes aseguradoras de vida que, al implan-

tarse, trataban de acercar la vida socioeconómica de países iberoamericanos a la de Estados Unidos y que, al finalizar el siglo, con decisión estrictamente interna, se retiraron de los mercados exteriores, no sólo de Iberoamérica, sino de Europa y España.

Los Estados Unidos, en su penetración económica, no han sabido, en ningún momento, adaptarse a la mentalidad de Iberoamérica, ni han tratado de crear instituciones orientadas hacia el bienestar del país en que se instalaron; sus empresas se mantuvieron distantes y sin entender aspiraciones, necesidades y psicología.

Después, vinieron las guerras mundiales, en que Estados Unidos se preocupó por Europa, interviniendo de modo eficaz y en cierto modo salvador. Pero siguió olvidando a sus vecinos del Sur y enfriando sus relaciones; se les dejaba de considerar América y casi se olvidó la doctrina Monroe. Esto cambió cuando la penetración revolucionaria comenzó a preocuparlos de modo egoísta, porque creían que, a partir de Cuba, cabía amenaza militar para su propio territorio. Surgieron después las guerrillas centroamericanas, crisis militar en Chile y Argentina, guerrillas y drogas en Perú y Colombia, con que se ha llegado al momento actual de examen de conciencia por ambas partes en cuanto a obligaciones recíprocas, y lo que debe ser una política constructiva de responsabilidad social para países con dificultades económicas y profundas contradicciones internas.

También aparece otro fenómeno: la invasión cultural a través de la tecnología. Los países de Iberoamérica se alimentan tecnológicamente, y en la formación de sus hombres, de Estados Unidos, algunos por mayor proximidad y otros por el interés que este país despierta. Por este medio se produce una clara influencia cultural, ya que esta formación y educación sirven al mismo tiempo para atracción de élites y cuadros. Esto se asemeja a la influencia en esa área de Estados Unidos en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, menos importante en la actualidad, pero grande en los años 50.

Angloamérica ofrece estructuras políticas estables, con tradición profunda, que funcionan de la manera relativamente aceptable de cualquier institución humana. Aunque no se imiten, pueden ser útiles en bastantes aspectos para la reestructuración social y política que permita una autonomía estable y total, tanto interna como externa. Será un proceso que requerirá prudencia, pero servirá para abrir camino a la nueva etapa del continente.

También ha de ser importante su aportación tecnológica y científica. Aunque en la actualidad Estados Unidos atraviese momentos industriales difíciles y no parece probable que recupere la situación anterior, todavía continúa y ha de continuar bastante tiempo su superioridad científica, sin duda la primera del mundo, su principal aportación a la Edad Universal y a la Nueva América. Todos los países, incluidos por supuesto los iberoamericanos, deben agradecerla, pues además en el futuro favorecerá más a los vecinos, una vez se agudice la lógica competencia comercial, financiera e industrial entre Europa y América, no sólo con Angloamérica.

También importa la exportación de costumbres y hábitos de vida, la civilización de la Coca-Cola, «luncherías», «lanchonetes», y otras denominaciones relacionadas con McDonalds y cadenas de comida rápida. Esta influencia, y los hipermercados, son claramente de origen angloamericano, aunque actualmente Brasil y México exportan cultura alimentaria típica o rápida con Vips, Bobs, Jumbos, Prycas y Pan de Azúcar, que son, al menos en España, más iberoamericanos que europeos o angloamericanos.

Hace 30 años algunas grandes compañías aseguradoras americanas y canadienses estaban implantadas a lo largo del continente iberoamericano. Por razones distintas, las canadienses, que en cierto modo continuaban la presencia en el seguro de vida que en su tiempo tuvieron las de Estados Unidos, dejaron de preocuparse de estos mercados, porque la inflación hacía imposible su desarrollo. En los seguros diversos, en que la presencia americana, a través especialmente de la AFIA y AIU, llegó a ser importante, se ha producido un claro retroceso, y aseguradores europeos, algunos españoles, están sustituyendo esa influencia al comprender mejor las necesidades iberoamericanas, incrustarse en su sociedad, promover entidades que adopten decisiones *in situ* y mantengan un carácter verdaderamente nacional. Ésta es la razón de su mayor éxito respecto a las simples filiales manejadas centralizadamente desde Nueva York, con desconocimiento de cada situación nacional.

En la industria del automóvil ya se ha desplazado la influencia americana, para pasar a la europea y después a la japonesa, surgiendo como propia la brasileña y comenzando la de México. Pero estas grandes industrias, unidas a algunas que requieren especial utilización de capital, como las petroleras y las mineras, no han implicado pre-

sencia real y sociológica de Angloamérica en Iberoamérica, sino simplemente presencia económica, generalmente justificada por el desarrollo científico y aportaciones útiles de capital y tecnología, otra característica inevitable de la Edad Universal.

También cabría citar la invasión de los medios de comunicación, televisión principalmente, aunque ésta es recíproca y los «medios» mexicanos y brasileños, incluso los venezolanos y argentinos, están penetrando en Estados Unidos y en Europa más que los americanos en Iberoamérica. Una misma tecnología, al difundirse por países que no la han iniciado, crea «polos de desarrollo» distintos a los originales.

En los últimos años, por razones diversas, fundamentalmente de incomprensión y psicosociológicas, los Estados Unidos se están retirando de Iberoamérica. Se dan cuenta de que necesitan concentrarse en sus propios problemas, más profundos de lo que hasta hace poco podían prever. En conjunto, está claro que Iberoamérica está lejos, demasiado a veces, de la «sombrilla» angloamericana, uno de sus problemas actuales, aunque parezca paradójico. En gran parte, ha sido consecuencia del fenómeno de la «deuda», de la que fueron más responsables los bancos americanos para reciclar los petrodólares que los asfixiaban, que los propios gobiernos o empresas iberoamericanas, que se dejaban tentar por dulces que al final estaban envenenados.

Siguen aumentando las necesidades de educación técnica y, por lo tanto, la influencia de países en condiciones de aportarla. Europa no parece que pueda sustituir ni desplazar fácilmente a los Estados Unidos, como tampoco, al menos por el momento, Japón. Sí puede hacerlo en parte España, y debería ser su gran objetivo promover y ayudar a instituciones educativas con alta integración nacional, con aporte de tecnología propia, pero, sobre todo, ayudando a reciclar la que en el mundo existe. España, con su conocimiento del idioma y su presencia activa en Europa, puede ayudar a transformar la anglosajona y europea en tecnología comprensible para los luso-hispano-hablantes y, sobre todo, *colaborar* en los esfuerzos propios de cada nación iberoamericana, pues sólo de ellas mismas puede surgir implantación tecnológica equilibrada y permanente.

Otro aspecto de influencia angloamericana es el idioma; las «élites» superiores de Iberoamérica hablan inglés y se educan en Estados Unidos, como muchas personas de vocación tecnológica. Esto pro-

mueve clases con liderazgo, que defienden el idioma y la cultura anglosajona, como símbolo de superioridad sobre otros ciudadanos. La relación del español y el inglés ha de ser principal área de fricción o de entendimiento en que se plasme la posibilidad de una unidad aceptablemente integrada. Por eso son importantes los movimientos en ese sentido, desde la política brasileña de declarar en ciertas áreas el castellano primer idioma extranjero, hasta las diversas manifestaciones de política bilingüe de los Estados Unidos.

En las próximas décadas, no años, se intensificará la comunicación entre Estados Unidos y México, en especial en su norte, con el Tratado de Libre Comercio ahora previsible u otro que lo sustituya, que puede modificar las relaciones entre ambos países y Canadá, ayudando a integrar no solamente sus economías, sino sus personas y sus culturas. Es el gran paso de este final del siglo xx, verdadero comienzo de la Nueva América. Es de esperar que sea fructífero, con repercusión recíproca positiva, pues unos y otros tienen que hacer un esfuerzo de comprensión. Este fenómeno, además, se extenderá a otras zonas de Iberoamérica, para ir creando áreas de integración y mejor conocimiento.

3. No existe sólo penetración o invasión de Estados Unidos en Iberoamérica, sino implantación de Iberoamérica en Estados Unidos. Se produce de modo imperceptible, como los movimientos sociológicos no bélicos, pero ofrece un avance «implacable». Una cabeza de puente es el sur de Florida, con amplia y prestigiosa presencia cubana, que ha creado una cultura recíprocamente comprensible. Florida es punto de encuentro de Anglo e Iberoamérica, más incluso que la frontera mexicana, donde tiene un carácter más local y limitado. Un «efecto perverso» de la revolución de Castro fue la expulsión de muchos cubanos, su asentamiento en Florida y creación allí de una cultura propia que inicie fórmulas de integración de la Nueva América.

Venezuela, Colombia y Ecuador ven en Florida su cabeza de puente en Estados Unidos. En este Estado americano se mantendrán y extenderán las raíces sociológicas implantadas en estas décadas, que facilitarán su posición como centro de intercomunicación de toda la costa atlántica de América, al tiempo que crece y se hace más sólido el papel del sur de California, como nexo y enlace entre las dos Américas del Pacífico.

La segunda área de ese avance implacable de Iberoamérica es la presencia, a lo largo de todo el territorio, de los «hispanos», centro-

americanos y colombianos, pero sobre todo chicanos, que de México emigran en verdadera invasión, legal e ilegal, con presencia sólida y acreditada en todos los Estados limítrofes y en la costa Oeste, extendiéndose hasta Chicago y Canadá, en tanto la costa Este se ve invadida por puertorriqueños principalmente y por dominicanos, haitianos y oriundos de países con problemas y revoluciones, de Centroamérica especialmente.

Todo esto, de uno u otro modo, va a producir una paulatina mezcla de razas. Los iberoamericanos se han de adaptar más a la cultura y modo de vida de Estados Unidos, antes quizás que los propios negros de origen africano. Si ya los hispanos son la minoría más importante, lo han de ser más en el futuro. Durante algún tiempo el término «hispano» o *hispanics* era despectivo, pero esto cambia; ahora está revalorizándose, y al mismo tiempo lo hace la presencia de España, con los cubanos que en gran parte eran españoles de segunda o tercera generación.

Otra invasión de Iberoamérica es el idioma castellano, que había casi desaparecido, y paulatinamente penetra en los últimos cincuenta años. En amplias zonas de las costas Este y Oeste, el castellano se mantiene como segundo idioma. Cabe la duda de si Estados Unidos va a ser un país casi bilingüe. Esto ayudará a compensar la influencia del inglés en Iberoamérica y hará más iguales las relaciones de Ibero y Angloamérica, en cuanto bastantes ciudadanos de ambas áreas hablen los dos idiomas. Con esta hipótesis se podría acabar implantando una política recíproca o conjunta de comunicación idiomática, prevaleciendo en cada área el principal, seguido del otro idioma, aparte de los indígenas, donde esto sea posible.

El papel de los hispanos ha de ser creciente en la economía de Estados Unidos, en cuanto representan una «ola» de personas dispuestas a sacrificarse de modo brutal, como lo hicieron anteriormente los procedentes de países europeos, que dieron vida y crearon en el siglo XIX el país actual, trabajando sin limitaciones para crearse un «nicho» en la sociedad y para igualar su nivel social con el del resto de los ciudadanos. Esto además dotaría de una ética del trabajo, considerándolo como una creación y no como un mal inevitable, muy arraigado en el espíritu católico. La economía de Estados Unidos los necesita; ésta es la causa de su presencia y una de las formas de lo que debería ser el interracismo del futuro.

La aportación hispana tendrá efectos sociológicos, puesto que aumenta el número de personas educadas en nuestra tradición, y en cuanto que esas personas ofrecen una cultura de solidaridad profunda, que está faltando en Estados Unidos. También contribuirá, en siglos, a crear razas americanas que refundan las originarias de ese crisol que será el conjunto de la Nueva América, con procedencia de indígenas, españoles, portugueses, ingleses, europeos, negros y orientales. Por eso en Estados Unidos no sólo es inevitable, sino necesaria, la invasión mexicana, que ofrece ejemplo de raza indígena integrada.

Tiene repercusión sociológica la elevación social de originarios hispanos, que ocupará en las próximas décadas un lugar semejante al de hace noventa años los italianos e irlandeses, aunque esta evolución se «ralentice» durante algunas décadas por las olas de emigración europea procedentes de países del conjunto eslavo, ruso y Europa del Este, que hará que de nuevo estos pueblos se incorporen a América y traten de rehacer sus vidas. Es un nuevo factor con el que hay que contar, que en el siglo próximo será en parte simultáneo a la presencia oriental. Así, han de surgir en este gran continente las «razas de la Nueva América», cualesquiera que sean las decisiones, orientaciones o voluntades del momento actual.

Iberoamérica ofrece a Angloamérica innumerables personas deseosas de trabajar, y experiencia y cultura de solidaridad y humanismo, indispensables para evitar prepotencia y arrogancia y añadir igualdad, solidaridad y buenas relaciones entre todos los hombres. México es la clave de la Nueva América y podría ser su capital, como lo fue de Nueva España. De la responsabilidad social de los gobiernos de Estados Unidos y México depende que esto sea, o no, un hecho positivo, inicio de la utopía que representa este libro.

4. Para que la influencia recíproca Iberoamérica-Angloamérica sea realidad es indispensable, como ya he comentado, acabar con el «fantasma de la deuda», uno de los grandes errores de los pueblos ricos en la década de los 70. La situación de la deuda ha sido mal enfocada, puesto que desde el principio era *absolutamente imposible* su pago [2] y en

[2] Hace más de siete años expresé en público en varias ocasiones que ningún país Sur pagaría, ni principal ni intereses sobre la deuda, si no se le prestaba de nuevo por lo menos el doble del importe de esos intereses, como en general así ha ocurrido.

muchos casos mantenerla no pasaba de amenaza que atenazaba a los débiles ante la coacción de los ricos y que les impedía el desarrollo, a pesar de que éste hubiese favorecido a los ricos. Será aspecto decisivo el diálogo Norte-Sur en la Nueva América (y por supuesto en otros continentes), sin cuya solución no cabría crearla. Sólo cuando se liquide la deuda en su totalidad, espero que próximamente, comenzará la renovación continental. Son los Estados Unidos los más interesados, no sólo como protagonistas destacados de este problema, sino porque así se obligarían a una reestructuración de su sistema financiero, aún más profunda que la prevista, pues incomprensiblemente en una nación con admirables instituciones públicas y privadas, su ordenamiento bancario es absurdo, y lastre pesado en las dos próximas décadas. En los años 78 y 79, o en alguno de ellos, más de un tercio de los beneficios mundiales del Citibank procedían de Brasil. Supongo que otros bancos estaban en la misma situación; o sea, que la contabilización de operaciones irregulares en Iberoamérica fue una de las razones de su aparente éxito, y estímulo para seguir una línea errónea.

Esta cancelación de la deuda externa parece una propuesta demagógica, pero no lo es, sino una decisión indispensable y urgente. Hasta deja de ser un acto de solidaridad para ser un acto egoísta de los países acreedores, que ponen así fin a una situación irreal, como la de algunas empresas que, por no atreverse a afrontar la realidad por cobardía o egoísmo de sus directivos, permiten mantener ocultas situaciones de pérdidas, con inevitable estallido final, que hubiese podido evitarse.

En la cancelación de la deuda serán necesarias medidas de equidad para evitar abusos, pero la solución es sencilla para un político valiente con sentido de futuro, que sepa hacer posible lo necesario. Una decisión de esta clase es mundial (y por eso sería un buen comienzo de la Edad Universal) y no sólo de un continente. Pero en esta «reflexión» me centro en lo que ocurrirá en Iberoamérica, donde se despejarán situaciones que impiden el relanzamiento, no ya de su economía, sino de su equilibrio sociopolítico. Lo que por otra parte será inevitable es que los países acreedores necesitarán medidas internas para evitar la excesiva repercusión en su sistema bancario y financiero, y proteger su equilibrio. Pero, aun para ellos, será hecho positivo, porque los hace recobrar la realidad, sin los maquillajes ni las fórmulas falsas de gran parte de la banca mundial en los últimos años. También hay

que prever que surjan problemas por repercusión en las medidas artificiales para el «mercado» de venta o compra de deuda, pero aun sin conocer su mecanismo, no dudo de que se solucionarán sin excesivo perjuicio para unos y posibilidad de abuso para otros, afectando activa o pasivamente. Habrá que tener en cuenta el beneficio injusto para algunos deudores, empresas privadas, pero esta situación es abordable, pues los importes liberados de esta deuda pueden pasar a cuenta de las naciones beneficiadas, siempre con déficit público para que recuperen lo que consideren equitativo.

Una medida de esta naturaleza podría ser comienzo de una etapa nueva en la humanidad, la de la Edad Universal, pero no puede hacerse sólo con tecnócratas, que buscarían fórmulas para neutralizar sus efectos, cuando hacen falta medidas secas e inmediatas, más como Yeltsin que como Gorbachov, que igualmente podrían calificarse de *perestroika* de un período de errores y responsabilidad, que así se olvidaría, en beneficio de los ciudadanos de países pobres, que son quienes precisamente lo están sufriendo.

Lo urgente para una acción de esta clase es exigir medidas para que no se repita una situación semejante, y para que los gobiernos y las empresas públicas a ellos vinculadas no reciban fondos irresponsablemente, que acaban en manos de intermediarios o en despilfarro público. Los mecanismos financieros mundiales, tipo Fondo Monetario Internacional, podrían tener una función no sólo de vigilancia sino de supervisión de auditoría de gastos públicos, estableciendo normas de contabilización que faciliten su análisis, impidiendo el acceso al crédito público a quienes no se sometan a ello.

Despejado el problema de la deuda, el equilibrio real de Iberoamérica puede lograrse con ayuda económica muy limitada, si simultáneamente se elimina el despilfarro de gobiernos y burocracias públicas y se crean estructuras útiles para la formación de ahorro interno, objetivo primordial de cada unidad política realmente independiente. Una excepción es la necesidad de grandes capitales para algunos proyectos, en especial de extracción de materias primas, gran activo de Iberoamérica, y modernización de algunas infraestructuras colectivas. Para ello sí serán convenientes transferencias de capital, en general del Norte, que hoy ofrece mayor formación de ahorro interno para proyectos concretos, más fácil de ejecutar con acierto con auditorías en los gastos de los gobiernos.

5. Además de comentarios históricos e ideas generales, la interrelación de las dos grandes unidades americanas necesita medios concretos que orienten o sirvan para el futuro, al que se debe ir caminando, por lejanos que sean el horizonte y meta final. Podría ser propósito de 1992, aportación a una efeméride (a la que como español y en recuerdo de mis antepasados de hace cinco siglos me gusta sumarme en este libro utópico) de propuestas sólo realizables con dificultades y sacrificios, aunque ahora llene a muchos de sorpresa y en algún caso de indignación. Por eso comento aspectos que considero importantes, aunque parezcan temerarios a corto plazo:

—México y el sur de Estados Unidos, ése que algún tiempo fue hispano, han de ser ejemplo y clave de la utópica Nueva América, con la integración de *tres* culturas, indígena, española e inglesa, crisol o campo de batalla donde ha de fraguarse la posibilidad del equilibrio futuro. Es un papel que la geografía y la historia asignan y al que no debe renunciarse, con búsqueda incansable de soluciones o salidas a problemas y dificultades, sobre todo por recíproca incomprensión. El o un Tratado de Libre Comercio, aun con imprecisiones y limitaciones, puede ser detonante, pero la base sólida que lo hará posible son los millones de emigrantes, muchos «espaldas mojadas» que han acudido y encontrado una nueva vida en Estados Unidos, quizás sencilla y humilde, pero digna y ennoblecida por el trabajo; embajadores Sur en una nación Norte.

Estados Unidos y México se necesitan; deben lograr acuerdos para competir con los mercados mundiales, pero también de cooperación educativa y formación tecnológica y gerencial, y mejor utilización de recursos físicos. Estados Unidos puede contribuir a estabilizar sociológica y políticamente a México, y a intercambiar métodos y sistemas de gestión pública que aumenten la transparencia y mejoren las garantías para la protección ciudadana.

Pero, a su vez, tiene mucho que aprender en solidaridad familiar y humana, en humildad de actitudes y eliminación de arrogancia. Es una labor de décadas y centurias, pero también así parecía en este siglo la eliminación de algún antagonismo europeo.

—No será área de encuentro el amplio espacio de Centroamérica; sólo México por su proximidad y también el sur de Florida y Las Antillas por sus diferentes culturas e idiomas, lo que hace que sean zonas conflictivas, donde quizás más crudamente se han expuesto los errores

históricos de Estados Unidos y España, tan distintos unos de otros. Ambos tienen en ellos responsabilidad directa, y deben afrontarla y contribuir sin paternalismos, pero con efectividad, para que se transforme en zona de política coordinada, en parte multilingüe, con vinculación a Europa a través de España, pero también de Gran Bretaña y Francia. Podría ser ejemplo para un proyecto político con soberanías compartidas que, al estar unidas, alcancen voz potente en el concierto americano y en el del mundo, con «estatuto novoamericano» por la participación simultánea de Ibero y Angloamérica.

—Las relaciones Iberoamérica-Angloamérica no deberán ser sólo en lo próximo geográficamente, sino en lo más lejano, pues América es y debe ser una, del estrecho de Bering e isla de Ellesmere hasta la Tierra de Fuego. La América Austral debe convertirse en una gran potencia, una Australia americana. Argentina y Chile son polos futuros de desarrollo intelectual y gerencial, contribución destacada para la Nueva América y la cultura y tecnología «castellana». Por razones diferentes no se ha logrado en esta área un desarrollo paralelo entre capacidad intelectual y técnica, con la política y económica, y cuentan con excedentes de profesionales de muy diferente naturaleza, frustrados y desaprovechados, al tiempo que se deterioran sus centros de educación y formación. Podría incluso pensarse en un puente aéreo científico e intelectual entre Estados Unidos y América Austral para ayudar a transformarla en uno de los «viveros» científicos de la Nueva América, posiblemente con participación de España, igualmente interesada en esta actuación.

—Brasil siempre será muy autónomo, dependiendo poco de Estados Unidos. En realidad tratará de ser su competidor y será el país que mejor aprovechará las ventajas de la Nueva América, como está siendo Alemania la que más puede aprovechar las de la Nueva Europa. La colaboración científica y tecnológica de Brasil con Argentina y Chile ha de ser decisiva; ambas se complementan, aspecto trascendental para la evolución de la Nueva América.

—La relación con los países bolivarianos podría coordinarse con el problema del canal de Panamá, con colaboración, que no necesita ser colonialista ni prepotente, sino pacificadora, y garante de la libertad de un gran paso interoceánico, que por otra parte ha perdido importancia estratégica. La alternativa sería vinculación de Panamá a su antigua Colombia o integración con Centroamérica y el Caribe. Pero en todo caso, si eso no fuese aceptable, Venezuela, Colombia y Ecuador

(y quizás las Guayanas), con sus recursos humanos y de materias primas y con muchos de sus dirigentes educados en Angloamérica, han de ofrecer un vínculo sólido para la Nueva América.

En esta visión de futuro parece que las influencias históricas ibéricas y sajonas quieren repartirse el continente, olvidando áreas como la francófona, tan destacada en Canadá. Francia ha desempeñado un papel protagonista en la creación de América y debe participar con la función que corresponda en la creación de la Nueva América, manteniendo lazos privilegiados con sus principales áreas culturales. Por grande que pueda ser su futuro, América es principalmente una creación europea, y así se debe reconocer.

6. La Nueva América comenzará a ser una realidad cuando sea posible una confederación de los diferentes «Estados Unidos», o similares, que la compongan, que adquieran conciencia continental, para crear una estructura política propia de poder, protección y cooperación, establecer instituciones jurídicas comunes en los casos que proceda, y crear foros de intercambio de ideas y expresiones. Esto permitiría coordinación en sus sistemas políticos y administraciones públicas, y en los Estados autónomos de cada uno de sus miembros evitaría desequilibrios sociológicos y abriría vías de solidaridad.

Para ello sería necesario transformar actuaciones e instituciones, para lo que no bastan acuerdos de buena voluntad ni relaciones frágiles, sino acuerdos realmente políticos con pérdida de soberanía, específicos de las naciones afectadas; también se necesitará disminuir la influencia de instituciones mundiales, que teóricamente gobiernan democráticamente, tipo ONU y UNESCO, pero con características estructurales que reducen su efectividad.

Conviene distinguir entre lo que son relaciones entre los dos subcontinentes, pasadas, presentes y de futuro muy inmediato, y el objetivo de la utopía de la Nueva América como hipótesis especulativa, cuya perspectiva necesita investigación prospectiva sociopolítica, no como producto de laboratorio, sino como instrumento de construcción social en que participen todos sus hombres y mujeres.

La Nueva América existirá si se llega a un gran acuerdo continental, de su Norte y su Sur, para construir una unidad política común con principios, objetivos y medios de acción unitaria. Pero esto no sería posible si previamente no se hubieran creado dos unidades políticas geográficas en el ámbito de subcontinente, cada una confederación de

las federaciones existentes; en *Angloamérica*, de Estados Unidos y Canadá; en *Iberoamérica*, de los diferentes «Estados Unidos», agrupaciones políticas Austral, Brasileña, Bolivariana, Mexicana, y Centroantillana. Para esto es indispensable renunciar a parte de la soberanía de las naciones que las componen, como en las federaciones que en algún momento integren la gran unión europea.

Es un proceso lento, con centenares de obstáculos. Casi será un milagro. Pero también lo parece la construcción de la Europa de los Doce, y lo será igualmente la de los 25 o más, a que posiblemente sólo se llegará si existe miedo al futuro, miedo a la competencia empresarial o a la invasión física, demográfica o comercial de otros pueblos, que obliga a reducir costes superfluos con ayuda de unos a otros, sin desperdiciar para ello ninguna posiblidad de mejora y de esfuerzo.

Todo esto se produce igualmente en la Nueva América, en forma y justificaciones diferentes si se olvidan argumentos de violencia y guerra, para compensar errores, limitaciones, cobardías o heroísmos. Es difícil, quizás imposible, si se quiere una «Nueva América de tenderos» y no una digna de un Nuevo Orden Universal, creado por voluntad de mejora de una humanidad solidaria, con profunda preocupación espiritual.

Con independencia de una estructura, la Nueva América necesitaría fórmulas especiales de cooperación continental que incluso podrían extenderse a su exterior cuando así procediera, principalmente en áreas oprimidas o conflictivas o en áreas de interés general ecológico, aunque no tanto en lo económico. Toda unidad política *debe estar en condiciones normales de lograr por sus medios un equilibrio interno;* su falta es responsabilidad de sus gobernantes, como el empobrecimiento de las últimas décadas. Un objetivo, el principal, de este plan sería evitar la explotación, presión y abuso de los ciudadanos por sus propios gobernantes, siempre más peligrosos que los de los explotadores exteriores.

Las áreas conflictivas que requieren una cooperación continental son principalmente ahora las afectadas por la guerrilla o la violencia, o por las drogas, o por ambas combinadas, en especial Perú, Bolivia y Centroamérica. Para ello es obvia la necesidad de acción generosa continental, como ocurre en las familias con un hijo enfermo. En todos los casos esos problemas exceden de las propias fronteras, tanto en su origen como en sus consecuencias e, inicialmente, deberían soportarse también por Angloamérica, de modo pragmático, con colaboración

humana, evitando intermediarios burocráticos que esterilizarían esfuerzos generosos y bien orientados, como los de esas agencias internacionales de ayuda, que agotan sus fondos en compensaciones excesivas a sus directivos.

El área ecológica por excelencia es la Amazonia, cuyo futuro puede afectar a la climatología mundial y en que una cooperación podría ser ejemplo y símbolo de solidaridad de la Nueva América y universal. Uno de los aspectos más importantes de acción continental será la preservación de los recursos no recuperables de la naturaleza, que requiere soluciones mundiales si la humanidad no quiere debilitarse o incluso desaparecer.

La Nueva América que he comentado, consecuencia de la estrecha colaboración de Ibero y Angloamérica, es una utopía para los hombres actuales, pero una necesidad para la Edad Universal, a la que sus ciudadanos no deberían renunciar.

En la Nueva América, el éxito final será el éxito de lo autóctono, los indígenas o los indígenas de África violentamente importados, que en su origen habían estado oprimidos o eliminados por españoles, portugueses e ingleses y que, como consecuencia de su alta demografía, aumentarán su influencia futura. Será una satisfacción histórica para los que han mantenido su «orgullo de ser», lamentando que por circunstancias y culpas de todo tipo algunos pueblos hayan desaparecido. Se creará con esto una América más americana y menos europea; esperemos también que una América más solidaria y humana, con ideales y valores espirituales, en la que el recuerdo y el impacto de la herencia cultural española ofrezcan alguna contribución para el definitivo encuentro de culturas diferentes.

X

EL NUEVO ORDEN UNIVERSAL

La sociedad humana, aun en sus manifestaciones más limitadas necesita principios de actuación, órganos para dirigirlos y tribunales que los interpreten. Cuando incluye todas las naciones, esos principios deben ser universales. Esto será el Nuevo Orden Universal que incluye a todo hombre sin excepciones, situación hasta ahora inexistente. Además necesita «órdenes» para sus unidades políticas inferiores, en una estructura piramidal de naciones, federaciones, confederaciones y uniones continentales, con la denominación que en cada caso se utilice, dentro de un sistema jerárquico de soberanías limitadas.

1. Es necesario definir lo que se entiende por Orden Universal o mundial, entre sus varias posibles interpretaciones, ya que es un término acuñado con frecuencia arbitrariamente, como en este mismo caso, y cuya delimitación precisa es conveniente a medida que se perfilen las necesidades de reestructuración jurídica, pública y privada de la humanidad, para abrir camino a la Edad Universal. El ideal de ésta será globalizar las relaciones políticas con fórmulas a medida del hombre, y unidades en que pueda conservar posibilidad de influencia directa, lado utópico de mis reflexiones, pero sin lo que el mundo no sería vivible y retornaría no ya a la Edad Media, donde había orden por su dependencia de la Iglesia Católica, sino a la ley de la selva, que se su-

pone existía en la prehistoria de cada agrupación humana. Nada menos que afrontar esto, pretende esta «reflexión».

La utopía de la Nueva América en los próximos siglos necesita apoyarse en un orden que facilite el marco de su evolución paulatina y de su equilibrio de poder. Europa ha ido construyéndolo de modo aceptable, y con rectificaciones y adaptaciones puede ser suficiente, hasta transformar paulatinamente la actual Comunidad Europea en Unión de la que dependan sus propias naciones, la Federación o Federaciones de la antigua Unión Soviética, y las de los países de la Europa del Este. Pero en Europa hasta ahora sólo se regulan relaciones «Norte» y no «Norte-Sur», como las que en gran parte dominarán la Edad Universal.

La aspiración de América no debería ser convertirse en estructura monolítica y forzosamente «hegemónica», sino en «Unión» de Confederaciones Subcontinentales que agrupen Federaciones nacionales, algunas casi unitarias, como Brasil, México y Estados Unidos, que limiten y delimiten soberanías. Los problemas de soberanía nacional de la Europa y América no uniformes serán el gran problema «teórico» de la Edad Universal, ya que es necesario revisar ese concepto, tal como se ha entendido en las últimas décadas. Asia ofrece un problema distinto: India y China tienen dimensión unitaria superior a las de Nueva América y Nueva Europa; Japón es un caso especial y autónomo, y de algún modo también lo es el sudeste asiático; y el proceso de incorporación del resto no es todavía predecible. África está demasiado fragmentada e inmadura, y será inicialmente difícil su transformación en unidad política coordinada; incluso su área septentrional podría acercarse al Oriente Medio o a Europa.

El término «Orden Internacional» se usa profusamente, pero de modo vago e impreciso, para aspectos no siempre homogéneos, en libros profundos y superficiales, publicaciones periódicas, discursos políticos, refiriéndose generalmente a organismos internacionales, acuerdos de distribución de poder mundial, soberanía de países, conflictos de deuda externa, intervención en abusos de unos pueblos sobre otros, etcétera. Es uno de esos términos de los que no se conoce bien su significado; solamente se intuye. Procede de la realidad de las cosas, de abajo a arriba, del pueblo, que lo adopta instintivamente, pero del que se puede abusar, como ha ocurrido en este siglo, al aplicarlo indistintamente a situaciones nacionales de naturaleza heterogénea.

Es importante para la humanidad futura describir lo que debe ser un Nuevo Orden Internacional, ya Universal. A través del tiempo han ido creándose con proceso análogo diferentes instituciones jurídicas o de poder que sirven para regular la vida de relación de los hombres. No necesita estar materializado en un código único coercitivo que trate de reunir las normas aplicables, pero tiene que incluir una *institución de fuerza* superior para situaciones excepcionales; una *institución política*, vehículo para la legislación y para la administración de normas y principios; y una *institución judicial*, para dirimir diferencias e interpretar el conjunto de normas y estatutos, en unos casos formulados por los órganos correspondientes y, en otros, creados paulatinamente como consecuencia de situaciones, conflictos, fricciones e iniciativas de diferente naturaleza y procedencia, casi de la manera que se crea el derecho consuetudinario. A través de la historia, los países con potencia bélica para imponer criterios han buscado establecer un «orden internacional»: la *Pax Romana*, la *Pax Británica*, el Orden para mil años que proponía Hitler, o el que ha sido durante setenta años base del Imperio Soviético.

Durante toda la historia del mundo han existido normas formales o informales para regular relaciones entre pueblos, total o parcialmente. Unas nacían simplemente del sentido común y de la cortesía intuitiva entre los hombres, pero la mayor parte procedían de guerras e imposiciones del vencedor al pueblo o nación vencida, o de acuerdos para evitar guerras y hacer más difíciles las fricciones, en unos casos bilateralmente y en otros por varias naciones, normalmente próximas entre sí.

Han aparecido en la historia de Occidente ejemplos diferentes en la naturaleza y en el tiempo; voluntarios como las federaciones de ciudades griegas y la Liga Hanseática; otros, impuestos por una nación que, con o sin razón, se atribuía facultades de alta supervisión, caso de los imperios romano, carolingio e inglés. En la historia oriental existen casos similares, y también en pueblos precolombinos del continente americano. Estos proyectos o realidades, con ámbito geográfico preciso, pueden calificarse de prehistoria del orden mundial necesario para el futuro.

En el siglo XIX se produjeron procesos ininterrumpidos de independencia americana, que continuaron en el siglo XX en otros continentes, incluso en unidades geográficas reducidas y sin viabilidad polí-

tica, con «obsesión de soberanía». Para afrontar esa situación, también desconocida hasta ese momento, han surgido dos intentos de parlamento y casi gobierno universal, la Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas, antecedente para la estructura política del próximo siglo y milenio.

El Derecho Internacional Público, tal como se conoce, más por descripción que por definición institucional, es el conjunto de ordenamientos aceptados por la comunidad internacional, algunos procedentes del «Derecho Natural», para regular relaciones entre países soberanos que, hasta el siglo XVI, eran solamente europeos. Se considera «clásico y de gentes» el creado a partir del siglo XVI, con las lecciones de los teólogos dominicos Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, en la Universidad de Salamanca, centro académico más prestigioso de Europa en aquel momento, tras el Descubrimiento de América y el fin de la *Christianitas* Medieval o República Cristiana de la Edad Media. Ambos, y el propio fray Bartolomé de las Casas, intuyeron que algo trascendental había ocurrido en el mundo. El derecho internacional dejó de ser en esta nueva etapa estrictamente europeo y pasó a serlo de los «Estados de Civilización Cristiana». Con esto se llegó al que se suele denominar «Derecho Internacional Clásico».

La Edad Contemporánea se abre con la Revolución Francesa, declaraciones de derechos humanos y apertura al Oriente, y en ella se crea el «Derecho Internacional Contemporáneo», afectado por los importantes acontecimientos de los siglos XIX y XX, en especial las dos grandes guerras, la Revolución Soviética y las descolonizaciones. Casi simultáneamente a las independencias en América, se produjo un movimiento contrario a la etapa colonialista europea en África y Oriente, surgida de la desmembración atomizada del Imperio Otomano y de la desaparición del Imperio Austro-Húngaro, y con la consolidación y ampliación del Imperio Ruso, aun antes del soviético. Después de la Segunda Guerra Mundial, se desmembraron los imperios coloniales europeos del siglo XIX, principalmente británico y francés, pero también alemán, italiano, español y portugués, que se mantuvo hasta 1973. Con esto aparecieron numerosos países independientes, algunos sin posibilidad real de soberanía, que condicionan la situación actual. Esta explosión independentista se amplía últimamente con la producida en países del Este y del antiguo Imperio Soviético, y con fricciones y reacciones a acciones independentistas anteriores, en especial en Oriente Medio.

Su último período, el actual, está dominado por la Organización de Naciones Unidas y la confrontación artificial, afortunadamente efímera, Este-Oeste, en que normas y principios estaban influidos o procedían de la confrontación entre dos grandes potencias con pretensiones hegemónicas. Adolece de defectos y limitaciones, que recogen permanentemente sus especialistas y que proceden de su carácter voluntario y falta de poder coercitivo para su exigencia, generalmente derivada de acuerdos bilaterales no siempre efectivos.

Ahora, asistimos al comienzo de una etapa de la humanidad que podría extenderse, salvo alguna clase de cataclismo imprevisible pero no improbable, durante la mayor parte del próximo milenio, y en el siglo XXI, posiblemente tan dinámico como el XX, por supuesto con acontecimientos sociológicos y políticos absolutamente impredecibles. Para regular las relaciones internacionales en esta nueva etapa es indispensable un Nuevo Orden Universal que se apoye en un Nuevo Derecho Internacional y que sirva de límite a la situación de monopolio u «oligopolio hegemónico», por naturaleza inestable, en el que los habitantes del mundo de los próximos siglos alcancen un equilibrio aceptable.

2. El Derecho Internacional de las próximas centurias, que califico de «Nuevo», se relacionará con la globalización de la humanidad y problemas entre naciones próximas en el tiempo y en el espacio. Los conflictos o relaciones Norte-Sur iniciados en las últimas décadas quedaron relegados con los conflictos Este-Oeste, pero comienzan a resurgir con toda su crudeza. Al mismo tiempo, a lo largo de mi generación, se ha producido el gran salto adelante «científico-tecnológico» que ha roto el equilibrio sociológico que es necesario reconstruir con normas y principios que constituyan un «Nuevo Derecho Internacional» que dé contenido y marco institucional al «Nuevo Orden Universal» para la relación entre naciones en el Tercer Milenio.

Del acierto en ese objetivo puede depender que el mundo sea vivible, con aceptable posibilidad de equidad; que se salve de convertirse en dictadura hegemónica o permanente interdestrucción bélica nuclear; o que consiga equilibrio y estabilidad con un sistema de derecho que se aproxime a los actuales ordenamientos internos nacionales, aceptados por sus pueblos y con el soporte coactivo de gobiernos y jefaturas del Estado.

En el futuro, y con ámbito internacional, debe crearse un marco constitucional que haga posible el acceso directo e indirecto de los ciu-

dadanos a las decisiones de poder, con estructuras políticas no uniformes y con soberanías limitadas piramidalmente. Éste es el gran desafío de la Edad Universal, cualesquiera que sean las facetas, variaciones y modificaciones de la historia en las próximas décadas y centurias.

Ese Nuevo Derecho Internacional Público, como el actual, deberá regular y ordenar relaciones entre naciones soberanas que, por primera vez, abarcan a todos los hombres y mujeres interconectados instantáneamente. Si esto no fuese posible, la evolución lógica sería una proliferación ilimitada de situaciones de «mercado», nacionales y extranacionales, que exacerbarían diferencias Norte-Sur y crearían una mayoría mundial de desheredados e, inevitablemente, una explosión sociológica de carácter imprevisible, pero posiblemente catastrófica.

De modo muy especial, ese Nuevo Derecho Internacional hará necesario modificar el concepto actual de soberanía por haberse alterado *dramáticamente* las circunstancias que lo habían originado: colonizaciones, descolonizaciones y confrontaciones Estados Unidos-Unión Soviética, que hacían imposible afrontar libremente sus deficiencias. Además, hasta este siglo, lo normal era el aislamiento casi total de los habitantes de cada nación, salvo relaciones establecidas con fórmulas violentas o pacíficas en un entorno geográfico próximo, o consecuencia más o menos voluntaria del predominio de otra nación.

Sólo con un Nuevo Derecho Internacional será posible un Nuevo Orden Universal; aunque exija un gendarme que actúe por sí mismo, o dos o tres que se pongan de acuerdo, con la «dificultad» de que no se admita una autoridad espiritual y esté basado en una estructura orgánica política y en normas de derecho público y privado aceptadas y exigibles, de modo armónico, si esto fuese posible, y orientadas al servicio y defensa de intereses de los ciudadanos de todos los pueblos con alguna clase de participación en las decisiones generales. Es un ideal utópico, pero parece inevitable que de algún modo se acerque al de la humanidad, como ocurrió con las normas de convivencia en la «ciudad antigua».

Sus reglas serán diferentes a las que hoy conocemos, porque se aplicarán con una «escala de soberanías limitadas» dentro de estructuras supranacionales, en la línea iniciada por la Comunidad Europea. Algunas de sus normas pasarán al Derecho Comunitario, pero surgirán otras para regular las relaciones entre conjuntos de naciones federadas o confederadas y entre unidades continentales, como eventualmente la

Gran Europa y la Gran América. Además, quedarán o surgirán normas nuevas, con carácter directamente universal, que se superpondrán a las unidades políticas, como ocurre en el panorama internacional en que hoy nos desenvolvemos [1].

Las modificaciones futuras del Derecho no se limitarán al área Internacional, sino también al Derecho «Público Nacional» y «Privado Nacional», que requieren transformaciones derivadas de las modificaciones sociológicas en la vida de relación, como ocurrió con la transferencia del derecho de ámbito local al ámbito regional o nacional, en épocas con poco movimiento migratorio interno. Ahora, con un extraordinario movimiento migratorio entre todos los países del mundo, el Derecho Privado incluirá normas que hoy todavía se consideran de carácter «internacional privado». En Estados Unidos sus ciudadanos «nómadas» se ven menos afectados por las leyes y estatutos de los Estados, que por las federales. En todo caso, en la nueva humanidad no cesarán de aumentar las regulaciones locales —vivienda, urbanismo, circulación, salida, etc.—, con lo que lleva camino de ser tierra de promisión de juristas de todas clases, menos necesarios en las sociedades primitivas.

3. Aunque sea difícil, conviene describir el «Orden Internacional» hoy aceptado, que se diferencia sustancialmente de los anteriores, que se referían a ámbitos sectoriales de la humanidad. Su pieza básica es el «poder hegemónico», consecuencia de la potencia nuclear bélica y militar convencional, que ostenta Estados Unidos, casi en exclusiva, desde el desmoronamiento del Imperio Soviético. Este poder no llega a ser monolítico porque la CEI, Confederación de Estados Independientes, promovida por Rusia, conserva capacidad nuclear considerable, pero sin posibilidad de dominio unitario absoluto [2] ni, por supues-

[1] Esta previsible situación no perjudicará a los especialistas de Derecho Internacional; al contrario, serán más importantes sus servicios durante varios siglos de transferencia de normas de un área a otra, en cada caso fuente de estudios individuales y transacciones pragmáticas.

[2] Uno de los graves problemas del próximo futuro es que, con la desmembración del antiguo arsenal nuclear soviético, han quedado potentes armas nucleares en repúblicas independientes, con tentación inevitable de utilizarlas en algún momento o, la más grave, de ir vendiéndolas a países ricos para mitigar problemas económicos. Esto puede ocurrir no sólo con India y China, sino con Japón y algunos países islámicos para protegerse de Israel. ¿Podría alguien quejarse de que lo hiciese Kazajistán?

to, de contrabalancear a Estados Unidos, para lo que haría falta voluntad de acción imperial, ahora imprevisible. La misma es, con diversas variantes, la situación de otros países, como China, India, Gran Bretaña, Francia e Israel, que pueden usar su fuerza nuclear para defenderse de sus vecinos, pero no como instrumento disuasivo mundial.

La capacidad superior de coacción no es un orden internacional, sino instrumento para exigirlo o ejecutarlo, del que naturalmente se puede abusar, como a lo largo de toda la historia han abusado los fuertes sobre los débiles. La coacción atómica es tan poderosa que parece difícil que quien la posea pierda alguna vez su superioridad. Por eso, en teoría, cabría pensar en un milenio de *Pax Americana*, o sea, de poder americano para imponer la paz que desee o le interese.

Pero nada ha sido nunca eterno, ni lo será en el futuro, y hay que prever una constante lucha, con medios e instrumentos legales o ilegales, para que algunos países, e incluso núcleos humanos sectoriales, legítimos o ilegítimos, traten de conseguir capacidad bélica, nuclear o similar, que reduzca o elimine el monopolio actual, y que de algún modo y en algún caso lo consigan. Por eso sería conveniente, no sé si posible, establecer barreras externas e internas, jurídicas o prácticas, para evitar, primero la proliferación, y después, la tentación de abuso nuclear de cualquier nación o fracción política dentro de ella, como se temió pudiese ocurrir en el fallido intento desestabilizador de la todavía Unión Soviética. La fuerza nuclear y la situación de monopolio *eficaz* va a ser el gran riesgo de la Edad Universal y la permanente «espada de Damocles» de la humanidad, enigma o misterio de futuro que solamente Dios podrá desvelar.

4. Existen acuerdos reales de reparto de poder entre las naciones con capacidad para ejercerlo coactivamente, de modo general o en áreas geográficas y actividades parciales. Con frecuencia se considera este «reparto» de poder el Orden Internacional, como el que se estableció en Yalta después de la última Guerra Mundial. Los que creemos en el Derecho y en el Estado de Derecho, que ahora debe ser universal, consideramos que esta postura, cínica, no debería ser base del futuro, sino que, con prudencia y sin generalizaciones radicales, deben coexistir un orden jurídico nacional, uno comunitario y otro internacional, dentro de una estructura, a ser posible piramidal, que tenga como cumbre una «Comisión Coordinada de Estructuras Políticas Continentales», con la denominación que proceda.

En todo caso, cualquier clase de orden o estructura mundial va a depender de un «gran gendarme» (o de dos o tres, coordinados), poseedor de la fuerza brutal monopolística u oligopolística de las armas nucleares, y de una capacidad bélica convencional como la utilizada en la Guerra del Golfo. En estas condiciones será difícil, como antes se ha dicho, evitar abusos o, en otro aspecto, la repercusión de vaivenes políticos internos de los Estados Unidos, pues unas elecciones en Alabama podrían afectar al equilibrio del mundo, en tanto esto no ocurrirá con unas elecciones en Galicia, Sicilia, Escocia o Bielorrusia.

Partiendo de la hipótesis de un poder coactivo suficiente y justo, procede comentar aquellos principios, normas e instituciones de carácter internacional que podrían ayudar a construir un «Orden Universal», con reforma prudente y paciente, como la de la mayoría de las instituciones jurídicas y políticas que se consolidan en el tiempo:

— «Situación de poder», con la posibilidad de aplicar la fuerza para decidir. El 7 de enero de 1992 el poder mundial es unitario y parece firme, pero hasta hace pocos meses era bilateral, de dos naciones, cada una con capacidad disuasoria suficiente para necesitar negociar decisiones con la otra. En ocasiones, quizás sólo en teoría, el máximo poder ha sido multilateral, como ocurría al final de la Guerra Mundial, con las cinco naciones con derecho a veto en las Naciones Unidas, con lo que esto puede tener de «teóricamente impuro». Es un hecho sociológico indispensable para el equilibrio, y lo necesario es institucionalizarlo para reducir en lo posible desviaciones en contra del interés general de los ciudadanos, pueblos y de la humanidad en general.

— «Normas» aceptadas y exigibles de Derecho Internacional Privado, que regulen el tráfico externo de individuos y personas jurídicas, corporaciones industriales, financieras o de alguna clase de servicios, que operen directamente en diferentes naciones o tengan actividades en muchas de ellas, como en el caso de las líneas aéreas.

En la actualidad pueden confundirse algunas de estas normas con las que afectan a las relaciones entre naciones soberanas, situación casi inexistente en siglos anteriores. Una gran parte de ellas acabará integrándose en derechos nacionales o comunitarios, como algunos antiguos locales o regionales se integraron en derechos nacionales. Resulta difícil en este momento determinar hasta qué punto las normas fiscales y reguladoras de actividades de empresas, con operaciones extranacionales o de comercio exterior o de relación laboral, deben regirse por

este derecho civil patrimonial o de familia. En todo caso, habrá tendencia a traspasar normas al derecho comunitario de naciones agrupadas, resultando a veces muy tenue la barrera entre lo nacional y lo internacional.

— Las «instituciones de carácter supranacional» serán, sobre todo, importantes, con alguna posibilidad de exigencia efectiva sobre naciones o sobre individuos o corporaciones de diferentes naciones, de todas o algún sector de ellas. Este conjunto es cada vez más dinámico, en cuanto que tiende a abarcar más variedad de actividades, al tiempo que las mezcla y combina, haciendo difusas las fronteras entre una y otra clase, y sobre todo entre las internas de un país y las que afectan a varios, consecuencia de una humanidad en que las fronteras pierden su razón de ser. Por ello será necesaria una reestructuración internacional que afecte de modo especial a organismos internacionales, que en algún caso perderán su razón de ser, pero que podrían servir de punto de partida para las nuevas estructuras, si adquieren carácter piramidal, con núcleos superiores muy pequeños de coordinación mundial, y mayor adscripción a áreas geográficas coordinadas políticamente, que además facilitará la exigencia de responsabilidad en sus actividades, costes y resultados. Esto puede hacer variar muy sustancialmente el carácter y también la estructura de la actual ONU y de sus organismos especializados [3]. Es muy difícil, al menos para un no profesional de estos temas, caso del autor, indicar ni siquiera de modo especulativo y utópico cuál podría ser la función y, por consiguiente, la estructura de la ONU en el Nuevo Orden Universal, pero parece que tendrá que modificarse «dramáticamente», aunque es conveniente que lo nuevo surja precisamente de lo actual, y sobre todo no se dupliquen estructuras.

[3] Los organismos especializados de la ONU que pueden denominarse genéricamente «Agencias Internacionales», aunque hay otros no integrados en la ONU, son los siguientes: Organización Internacional del Trabajo (OIT); Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y Cultura (UNESCO); Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI); Organización Mundial de la Salud (OMS); Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO); Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo e instituciones con él relacionadas; Fondo Monetario Internacional; Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI); Unión Postal Universal (UPU); Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT); Organización Mundial Meteorológica (OMM); Organización de la Aviación Civil Internacional (OACI); Organización Marítima Internacional (OMI).

Entre las organizaciones dependientes de la ONU, destacan como las más importantes la UNESCO, que posiblemente sería mucho más efectiva con una estructura geográfica sectorial; el Banco Mundial, en que igualmente cabe análoga estructura, precisamente la de su origen para la «reconstrucción europea» en 1945; y el Fondo Monetario Internacional, que ha llevado a cabo una labor eficiente como vigilante de la actuación económica de naciones, que debería ser la base, con estructura regional, de esa misma función, ampliada con la de auditorías del gasto e inversión pública en naciones con soberanía limitada.

Por supuesto existen hoy y tendrán que potenciarse organizaciones regionales independientes, como las que con carácter heterogéneo hay en América: el Grupo Andino, el Mercado Común del Caribe, el Mercado Común Centroamericano, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Asociación Latinoamericana de Integración (ALIDA) y la Organización de Estados Americanos (OEA).

En Europa pueden citarse, entre otras, la OTAN, el Consejo de Europa, la propia Comunidad Europea, el Consejo de Países Nórdicos, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la Unión de Europa Occidental (UEO) y la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA). Lo que parece indispensable es que todas las instituciones, organismos o agencias de esta clase se desburocraticen al máximo, para que no sean lastre de carácter superfluo en la nueva humanidad.

5. En la actualidad, existe un cierto orden internacional con normas de carácter general para todos los países, aunque sean incompletas o «desordenadas», que parece indispensable comentar:

— Predominio de principios teóricos útiles en algún momento, pero no adecuados para las futuras relaciones normales entre naciones, que deberían adaptarse a la globalización de la humanidad, previsible en las próximas décadas.

— Principios que han surgido o adquirido importancia recientemente como consecuencia de cambios técnicos y tecnológicos, y que aún no son suficientemente conocidos o aceptados generalmente.

— Normas, creadas circunstancialmente y descoordinadas, para responder a necesidades perentorias o circunstanciales que a veces se solapan de modo contradictorio.

— Excesiva igualdad teórica entre naciones o países desiguales, en la práctica inviable y fuente permanente de conflictos. Esto afecta en

especial al término «soberanía», de que se ha abusado en las últimas décadas.

Bastantes principios internacionales actuales son producto de decisiones adoptadas en un mundo con dos potencias nucleares confrontadas, que buscaban atraer a países inviables en su lucha por la hegemonía, actuando a veces ingenua o maliciosamente con sofismas teóricos.

La confrontación hacía difíciles unos cambios, ahora viables. Este hecho, producido durante la preparación de este libro, ha desencadenado modificaciones imposibles en una situación de *statu quo* que aplazaba decisiones y exigía cautela.

La libertad económica y libertad de trabajo, absolutas o limitadas, pero muy amplias en la actualidad, exigen que la humanidad se estructure jurídicamente y se organice políticamente para hacer posible la «convivencia equitativa» de sus ciudadanos, evitando que puedan ser explotados, no ya por otras naciones, *sino por sus propios gobernantes,* que en ocasiones han superado ampliamente a los coloniales; así ocurrió en algún caso en la Iberoamérica del siglo XIX, en que se empeoró la situación de poblaciones indígenas al derrumbarse barreras que habían establecido España y la Iglesia Católica, hecho igualmente producido en la más reciente descolonización de África.

Sobre la posibilidad de implantación de principios universales, caben dudas, entre otras muchas, de si será posible regular:

— Principios de convivencia, en una sociedad puramente civil que mantenga que Dios no existe o, al menos, que no debe tener influencia en las relaciones humanas.

— Defensa y respeto a lo propio en cultura, costumbres y lengua, ante la invasión exterior, por generalización de comunicaciones y mayor facilidad migratoria.

— Normas de libertad económica, que protejan a comunidades con algún grado de soberanía de la invasión de capitales exteriores anónimos e irresponsables, con capacidad para influir y corromper a gobernantes locales.

Ante el mundo, se abren incógnitas, consecuencia de los cambios políticos, económicos y sociológicos producidos en las últimas décadas, que cada día se acentuarán, sin que se los pueda afrontar desde un ámbito nacional, ni de conjuntos regionales de naciones, sino que exigen perspectiva universal, aunque no tenga que ser unitaria, pues

sólo serán eficaces soluciones y decisiones que se adapten a las necesidades de cada situación, por lo menos regional.

Este futuro hace indispensable estructuras políticas con naciones coordinadas entre sí, *siempre con alguna renuncia de soberanía*, único modo de llegar a un «Nuevo Orden Universal» para las relaciones de todos los pueblos de nuestro planeta. No se puede hablar de la utopía de la Nueva América sin que se encuadre dentro de una hipótesis de Orden Universal. Por esa razón, sin este capítulo, el libro no tendría sentido, cohesión, ni posible justificación.

6. El Nuevo Orden Universal es más un deseo generoso que un objetivo concreto y preciso y, en todo caso, debe ser flexible y dinámico. Para su construcción, «idílica» en este momento, se requerirán varios siglos, en proceso lento, con avances, retrocesos y alteraciones contradictorias e incluso fricciones internas en las naciones más poderosas, y de unas naciones o conjunto de ellas con otras.

El Nuevo Orden Universal será un producto sujeto a errores, aciertos, culpas, pecados, pasiones y debilidades de los hombres, individualmente y en conjunto y, sobre todo, a sus demencias, genialidades y heroicidades.

El objeto de este libro es precisamente comentar el pasado y el presente, pero principalmente preocuparse del futuro.

Con esta base comento algunos aspectos que, en mi limitada opinión, podrían hacer más viable esta utopía y, al menos, algunos de sus pasos inmediatos, en especial políticos:

— *Cauces claros de poder mundial*, coordinados con los poderes de entes «regionales», de que es ejemplo la Comunidad Europea. No bastan «estructuras limitadas de intercambio» con predominio económico, como la EFTA o el Pacto Andino; son precisos gobiernos colectivos y formales de conjuntos de pueblos próximos entre sí, vecinos de otros más importantes o que carecen de viabilidad autónoma y, a través de ellos, llegar a un gobierno universal que actúe de modo permanente, estudie y proponga normas y preceptos, analice acciones de los gobiernos y prepare las reuniones del parlamento o foro universal. De ello dependerá que se pueda cumplir el objetivo de preservar la equidad en las relaciones de las diferentes naciones, y proteger a los ciudadanos contra la explotación y abuso de sus propios gobiernos.

— *Límites de soberanía nacional*, en función de la viabilidad autónoma de cada nación y de la necesidad de someter parte de ella a un

conjunto supranacional posiblemente de cuatro escalas, «federal, confederal, continental y universal», clave del orden, siempre difícil de lograr, pacíficamente o no. Para este «gran objetivo», habría que determinar qué áreas de soberanía son delegables y cuáles no lo son [4].

— *Uniformidad de sistemas políticos*; tendencia de la Comunidad Europea, hasta ahora compuesta sólo de países «Norte», que se desearía para Iberoamérica, pero que puede afectar a la tradición y estructura cultural de los países «Sur», que en gran parte la integran. Habrá que determinar fórmulas flexibles adecuadas, con margen de maniobra para cada nación, aceptable por pueblos, como los islámicos, con sistemas diferentes a los occidentales. Entrar en ello no es propio de esta «reflexión», pero no es posible eludir su existencia, y el peligro, error e injusticia de imponer a pueblos que no la tienen la cultura política occidental, y considerar indispensable «blanquear» a todas las naciones. Podría ser útil que cada comunidad superior, ya sea Federación o Confederación, tuviese una «constitución tipo» en la que, a su vez, cada nación pudiera introducir variaciones. Estas diferentes constituciones, con algunos aspectos comunes, darían flexibilidad, al ser más fácil coordinarlas con la estructura política de los muy diversos países del mundo.

— *Tribunal judicial mundial,* para dirimir conflictos entre naciones, con independencia de los que se dedican a juzgar conflictos individuales. Es necesario un tribunal del «Orden Universal» y otro para cada «orden territorial» inferior de la estructura política. Es objeto difícil de llevar a cabo, por problemas en la delimitación de jurisdicción, independencia de sus titulares, coactividad de sentencias y relación con tribunales paralelos e inferiores.

— *Protección de personas,* frente a abusos exteriores e interiores de sus gobernantes o fuerzas económicas con ellos relacionadas, que pon-

[4] La soberanía es un principio de Derecho Internacional Público, con alguna relación con el Privado, que constituye la base de la relación actual internacional. Este principio exige un análisis profundo de lo que es y debe ser, de lo que ha sido su historia, cuáles sus límites futuros y en qué condiciones pueden modificarse los actuales. Será tema de discusión, científica y profunda, del próximo siglo, hasta que se llegue por convencimiento o coacción a una sola doctrina de la soberanía nacional, sin lo que no sería posible construir un «Orden Universal» que facilite el equilibrio entre naciones y la protección de ciudadanos, que con frecuencia se sacrifican al subordinar sus intereses a los de una soberanía teórica, que beneficia a los gobernantes en detrimento de los pueblos.

gan en peligro derechos individuales en nombre de una soberanía, en ocasiones identificada con intereses sectoriales. Esto lleva a la regulación mundial de los derechos básicos de cada individuo, que deben respetar las naciones sin excepción. Se ha avanzado con las declaraciones universales, pero su aplicación estricta es discutible por fricciones con la soberanía nacional, en cuanto afecta a legislación penal y administración de justicia.

— *Circulación extranacional de hombres y mujeres*, por razones de turismo o de trabajo, regulándola sin imponerla ni prohibirla de modo absoluto, ya que una nación tiene que conservar algún derecho a proteger su identidad y su economía, pero con equidad y caridad en las decisiones de entrada y salida de personas. Es obvio el conflicto que originará a España su doble adscripción jurídica a la Comunidad Europea, y cultural y sentimental a Iberoamérica.

— *Protección de comunicaciones e informaciones*, en especial de televisión, telefonía y radio, que ofrecen ventajas de instantaneidad en la difusión de noticias, pero también originan pérdida de identidad cultural, con fricción entre derechos de soberanía nacional y derechos básicos culturales de pueblos y ciudadanos.

7. En el conjunto de relaciones económicas, aparecen aspectos importantes para el futuro del Nuevo Orden Universal:

— *Soberanía económica*, especialmente afectada por la libertad o regulación de inversión de capitales e implantación empresarial y libertad absoluta o limitada de transferencia de capitales, que pueden conducir a escándalos como los de 1991, BCCI y Maxwell, que son representativos de lo que podría ocurrir con mucha más extensión.

— *Libre comercio universal*, con repercusión contradictoria entre naciones con riqueza principal de productos o materias primas, y precios, que pueden empobrecer a sus ciudadanos e imposibilitar el ejercicio de la soberanía nacional. Debe regularse este factor, de modo que la limitación de soberanía se integre en unidades supranacionales, dentro de las cuales la nación afectada pueda alzar su voz con efectividad, no sólo de modo teórico, como en los actuales organismos internacionales. Esta regulación ayudará a que pequeños países se protejan directamente dentro de la estructura política en que estén integrados, que podría compensar deficiencias nacionales, como la Comunidad Europea, protege a sectores como el agrícola o a los países con menos capacidad económica.

— *Reglas de endeudamiento exterior,* para que las naciones respondan a las unidades supranacionales superiores, con intervención en la utilización de fondos procedentes de deuda exterior, en su justificación permanente, y en la calidad de su gestión en beneficio de los ciudadanos.

— *Transferencia exterior de personas y mercancías,* especialmente por comunicación aérea, con lo que representa la obsesión de bandera nacional para el orgullo de cada nación, pero con exceso de coste en perjuicio colectivo. Afortunadamente, va abriéndose camino la necesidad de su coordinación, dejando de ser juguete de lujo de gobernantes vanidosos. La regulación de los derechos en el tráfico aéreo (o marítimo), en comunidades políticas de reducida dimensión, también se facilita al integrarse en el ámbito de una unidad política superior.

— *Transparencia* en gastos y relaciones económicas nacionales, exigiendo y haciendo posible auditorías, como en las grandes corporaciones, con información regular comparable, que permita conocer la situación de cada comunidad (incluso regional, dentro de una nación). Para ello, convienen instituciones especializadas geográficamente, inspiradas o procedentes del Fondo Monetario Internacional, que comparen de modo fiable y comprensible la situación económica real de las distintas unidades políticas de su área, y aumenten la exigencia de acierto en las decisiones de gobernantes.

— *Normativa fiscal coordinada,* área futura del Nuevo Orden Universal en cuanto a personas individuales y corporaciones, porque en estas últimas décadas se han multiplicado picarescas de evasión impositiva, hasta llegar a actuaciones delictivas. Esta área será, sin duda, ampliamente tratada en las próximas décadas, por implicar fuente destacada de dificultades en la construcción de un «mercado» regulado por normas éticas y de equidad, que evite abusos de conglomerados anónimos con profesionales especializados en el fraude internacional.

8. Pieza básica de la Edad Universal son las instituciones y empresas multinacionales, que sirven para promover avances científicos y tecnológicos, y prestación de servicios a bajo coste. Pueden serlo no sólo empresas comerciales o individuales, sino asociativas o fundacionales, como federaciones y asociaciones deportivas, asociaciones sindicales o empresariales, ligas culturales y artísticas, y otras semejantes [5].

[5] Merecen mención las «fundaciones» de toda clase, que formarán en la Edad

La gama «multinacional» constituye un nexo social, aunque no oficial, entre naciones diferentes, verdadero entramado universal de la sociedad civil. Las multinacionales «típicas» son de propiedad privada, aunque en algunos casos las acciones estén en manos estatales, como ocurre con bancos y sociedades de seguros francesas, y muchas compañías aéreas. Sus normas y límites de operaciones han de integrarse en el Nuevo Orden Universal, pues su operación afecta de algún modo a cada soberanía nacional, en especial a la de países débiles, que necesitan medios de protección ante la presencia de instituciones exteriores en su territorio. Las multinacionales operativas necesitan estar sujetas a principios precisos de actuación, que no tienen por qué afectar, ni a su razón de ser básica, ni a su eficacia, ni a la calidad de sus servicios, ni a su equilibrio patrimonial. Hay multinacionales de diferente naturaleza y objetivos, cada una con peculiaridades y necesidades fuera del objeto de este libro, que exigirán en las próximas décadas estudios y análisis profesionales, académicos y gubernamentales.

Cada nación necesita conocer con precisión las entidades implantadas en su territorio y sus verdaderos propietarios, evitando fórmulas intermedias que ocultan el poder real o desnaturalizan sus resultados [6]. Es indispensable la regulación de sus obligaciones fiscales, que no deben ser discriminatorias ni confusas, sino consecuencia de normas equitativas universales. La regulación de la transferencia, libre o limitada, de sus fondos operativos o patrimoniales, es de especial interés para el respeto de la soberanía de pequeñas naciones, del mismo modo que la utilización de sociedades instrumentales cuya propiedad no se conozca con precisión, que deben ser permanentemente auditables.

También debe ser objeto de normativa universal la propiedad y tenencia multinacional de acciones de corporaciones, aunque su actividad sea estrictamente nacional. Esto puede afectar a la soberanía na-

Universal un entramado de estructuras intermedias con arraigo en la vida social nacional e internacional, pilares de equilibrio en diversos ámbitos, desde el simplemente municipal o de barriada, hasta el continental o de toda la humanidad, ahora en completa y constante comunicación inmediata. Un caso especial ha sido y es la Iglesia Católica, que podría considerarse como la más antigua y extendida de las instituciones multinacionales.

[6] Los recientes escándalos del BCCI y del Grupo Maxwell son representativos de esta situación, que hace indispensable una regulación que, de algún modo, afecte a la «soberanía» de conjuntos empresariales, en especial multinacionales.

cional, como así se considera en Suiza, y se han establecido títulos intransferibles a ciudadanos de otros países en algún sector industrial o de interés nacional.

Para los mercados internacionales y para las actividades multinacionales, son importantes las unidades monetarias regionales, que siempre implican pérdida de soberanía nacional, como está sintiendo Europa en su proceso hacia una moneda única. El ordenamiento político futuro conduce a agrupaciones de naciones con moneda única, en lo posible convertible con otras unidades, dentro de un marco de instituciones monetarias mundiales.

9. Para que sea efectivo un Nuevo Orden Universal, son indispensables, por encima de estructuras políticas, como ya se ha dicho, uno o quizás dos Estados gendarme, a los que acudir en invasiones caprichosas o en guerras civiles impuestas. Esta actuación es indispensable, aun en contradicción con principios ahora aceptados de soberanía e igualdad de naciones, mito que se derrumba. En un estado más avanzado de Edad Universal, deberá llegarse a un ejército mundial efectivo, sostenido por los poderes políticos continentales, Nueva América, Nueva Europa, etc., con gran potencia convencional bélica, no simples «cascos azules» aficionados y con acción coyuntural.

En este aspecto, parece conveniente regular la función, organización y límites de acción de las Fuerzas Armadas, al reducirse las necesidades de defensa nacional, su principal justificación, y quizás reducir también, paralelamente, su poder fáctico, influible y manejable por núcleos con intereses distintos al general de los ciudadanos. Pero lo que no puede eliminarse es la necesidad del ejército, como símbolo de sumisión a los intereses generales de los ciudadanos, aunque el derecho soberano a un ejército propio puede tener que modificarse, quizás reemplazado por un ejército federal o confederal. Esto cabe extenderlo a las fuerzas de orden público interno, aun con características y repercusiones de naturaleza distinta a las estrictas fuerzas armadas nacionales.

Habría que establecer normas de «injerencia» y limitación general de soberanía en caso de justificación especial, como debía haber sido el derrocamiento de Sadam Hussein después de la Guerra del Golfo, o conflictos entre soberanías nacionales o regionales, como el actual de los Balcanes.

Hoy esto no se puede abordar más que irregularmente, aunque no hacerlo acarree graves daños individuales. Hasta que esto sea realidad,

convendrían fórmulas provisionales que evitasen este vacío en la estructura de equilibrio mundial.

En el camino hacia la Edad Universal, hay situaciones especiales que no cabe resolver con absoluto *statu quo* de fronteras. Interesa a la humanidad la estabilidad de las existentes, y evitar que movimientos histéricos, por violencia y coacción directa o indirecta, alteren la estructura política, con desmembramientos o anexiones. Pero deben admitirse excepciones, como han sido los casos de Eslovenia y Croacia, que reduzcan la probabilidad de conflictos étnicos dentro de una humanidad que los verá acrecentarse, o aceptar reacciones contra claras injusticias históricas, en especial impuestas por países colonialistas en estos dos últimos siglos.

Para terminar esta «reflexión», aun suponiendo que la relación de temas haya sido completa, cabe la duda de si las normas jurídicas universales son, por sí solas, suficientes para un verdadero equilibrio de la humanidad. Hay riesgo de que sólo sirvan para acercar al hombre a la sociedad occidental. En ese camino no puedo adentrarme, pues este libro se limita a conjeturas sobre el futuro de estructuras humanas, pero espero que mis comentarios sirvan para que los lectores piensen en la incógnita, misterio y complejidad de cualquier área de la historia, por sencillo que parezca.

El aspecto más importante de esta «reflexión» es destacar la necesidad de crear una estructura política aceptable en los diferentes pueblos y naciones. Debería llegarse a ello por consenso, aunque hasta alcanzarlo se produzcan fricciones, e incluso fenómenos de fuerza, e imposición coactiva por un país o grupo de países, de modo drástico, autoritario o incluso dictatorial. Un milenio es largo plazo para que no admita altibajos, cambios y fórmulas diferentes o contradictorias.

En todo caso, el futuro presenta hechos tan absolutamente imprevistos y con lógica actual impredecibles, que todo lo anticipado o supuesto y cualquier aspecto de *futurología, aun con sentido común*, será tan diferente de la realidad que haga reír a nuestros descendientes.

El Nuevo Orden Universal es un gran objetivo, un ideal; meta que parece inaccesible, pero a la que debemos aspirar. Sin ella, la humanidad sería invivible. Este orden necesita un poder coactivo supremo, que no podemos evitar, pero sí buscar fórmulas para reducir abusos de poder en muchos

niveles, como hay peligro de que se produzcan con el hombre de siempre, ya sin la esperanza de un «hombre nuevo». En todo caso, debe proteger especialmente de la explotación de los pueblos, y de los hombres y mujeres que los componen, no solamente por otras naciones, sino por sus propios gobiernos.

EPÍLOGO

1. Es éste el tercer epílogo que escribo: el primero, en 1976, para mi libro *Anotaciones de Sociología Independiente;* el segundo, al conmemorativo por mí dirigido, *50 años, MAPFRE hacia el futuro;* y éste, para *Utopía de la Nueva América,* que justifica y es coronación de una vida personal y profesional que ha buscado, sobre todo, adquirir experiencia para pensar en el futuro, como contribución a la humanidad en su nueva andadura, que comienza en 1992, y no sólo porque lo deseemos los españoles para enaltecer nuestra historia.

No sé por qué comencé la técnica del epílogo, pero la creo útil, en especial para un trabajo sin método, a saltos, a borbotones, no sabiendo en cada momento lo que iba a aparecer en sus cuartillas, ni lo que se iba a alterar de lo ya escrito, ni el lugar en que debía estar enmarcado. El libro ha cambiado varias veces de nombre; comenzó como *Relaciones entre Iberoamérica y Angloamérica;* después se orientó al futuro, como *La Nueva América,* a lo que se incorporó en subtítulo: *Reflexiones para la Edad Universal;* posteriormente, se calificó a éstas de «utópicas»; y al final, casi en imprenta, se le bautizó como *Utopía de la Nueva América, Reflexiones para la Edad Universal.* Lo mismo ha ocurrido con el texto, por lo menos con cuatro estructuras, y cada capítulo revisado y alterado hasta diez veces en algunos casos. Es un libro «anticartesiano», que refleja mi propio modo de ser, pero también las mudanzas en los cerca de dos años transcurridos en su preparación, en que también personalmente he tenido alteraciones profundísimas por diversas razones.

Un epílogo permite justificar lo escrito, reaccionar a comentarios, criticarlo, añadir con desorden nuevos aspectos y sugerencias que ha-

bían quedado fuera de sus páginas y, con todo ello, aumentar su «viveza», que procede de desasosiego interno, insatisfacción del que quiere y no sabe exponer sus ideas y esconde algunas para el final, al que llegan pocos lectores, salvo excepciones, como la mía, que comienzo a leer normalmente por lo último. Quizás sea ésta la razón subconsciente de estos epílogos: pensar que otros hacen lo mismo.

Esta obra procede de sucesivas tempestades de ideas, generalmente sólo mías, pero también con personas concretas, como el gran catalán-venezolano Pedro Grases, que me ha orientado con su conocimiento profundo de la realidad de Hispanoamérica, y me honra prologándome. Las «tempestades» se han unido a conversaciones, encuentros y acontecimientos nacionales o internacionales, con impacto en lo individual y en lo colectivo, así como hechos relevantes en esos dos años: unificación alemana, Guerra del Golfo, desintegración soviética, desintegración y guerra de Yugoslavia, crisis antidemocrática en Argelia, tolerada y auspiciada por los demócratas, y bastantes etcéteras. Varias han anticipado mis predicciones, a que he tenido que renunciar, pero aportaban sugerencias sobre lo que *podría* ocurrir en el tercer milenio de la humanidad cristiana, o derivada de ella, aun acentuando la renuncia a sus orígenes.

Han sido curiosos los cambios en la «nomenclatura geográfica». Por ejemplo, Unión Soviética, Imperio Soviético, Rusia, Federación Rusa, CEI, Repúblicas ex-soviéticas, etc. Todos han ido desfilando, como igualmente el paso de la «crisis del Golfo» a la «Guerra del Golfo», a la «victoria del Golfo»; o de la «crisis yugoslava» a la «guerra civil (no declarada) yugoslava», la «guerra serbio-croata» y la «desintegración yugoslava». No ha sido período rutinario ni tranquilo, con otros temas más profundos, como la «crisis del marxismo», su desaparición tragicómica, único calificativo que cabe, y su completo olvido, incomprensible después del «complejo» que tenían algunos no marxistas por no sentirse «progresistas» y «científicos», en un entorno en que esto dominaba.

No resisto citar en este momento al reaccionario, olvidado y ridiculizado carlismo, todavía respetado, cuando no compartido en sus principios, en una sociedad hostil a su profundo sentimiento religioso. Por eso, me atrevo, con la informalidad de este epílogo, a transcribir un artículo escrito por mi padre en 1942 para una publicación clandestina de un grupo de jóvenes carlistas, que nos reuníamos en mi domi-

cilio de Velázquez, 100, y en la Academia Mella, en la calle Barquillo, y que no aceptábamos, ni lo hicimos nunca, la autoridad del general Franco, ni su régimen.

Un país en que nadie se siente unido al pasado, no es una Patria, es una inclusa.

Los desventurados expósitos dan testimonio de haber nacido, pero, ¿cómo podrán darlo de sus padres? [...]

Por eso las inclusas políticas modernas hace mucho tiempo que rehuyen sistemáticamente llamarse patrias; y se llenan la boca a todas horas llamándose naciones. Que no es lo mismo. Nación es cosa de nacer. Nacen los seres humanos, pero nacen también las bestias. Es decir, que las bestias tienen nación. Lo que no tienen las bestias es patria.

¿Qué les importa el pasado? Apenas nacidos, los irracionales se hacen independientes, pierden toda relación con sus padres, no los reconocen, ni son reconocidos por ellos. Se dispersan padres e hijos, sin ningún afecto ni vínculo duradero. Tampoco el futuro les importa. Viven brutalmente, para la satisfacción momentánea de sus instintos más elementales: comer, procrear, defenderse y campar individualmente.

No tienen nada racional que transmitir.

Pero los seres humanos, sí. Un lenguaje, y con el lenguaje, la fe de su origen y de su fin, las revelaciones divinas, la sabiduría acumulada por el esfuerzo de las generaciones precedentes, la historia de tanta abnegación y, con ellas, la veneración a los padres, y a los padres de sus padres, y a sus antepasados, de quienes, con la sangre, conservan tantos bienes que les distinguen en su dignidad superior de los irracionales y les obligan al deber y al honor de merecer, por su propio amor y abnegación, ser dignos de la admiración de las generaciones futuras.

Toda esa Tradición es una corriente espiritual, racional y política, que discurre por cauces naturales desde el pasado al porvenir, sobre vínculos de origen familiar, en el común y perdurable interés de la Patria.

Y ésa es la vida política natural, por ley inviolable. Cuando parece que se viola, los pueblos padecen o perecen, prueba de que la ley es inviolable o indefectible. Como que es legitimidad de origen divino.

Miserables incluseros políticos, que reniegan o desconocen a sus padres. Quieren ignorarlos, imitando a los irracionales. Y con esa ten-

dencia meramente animal, no se preocupan de la patria, sino sólo de la nación. No veneran la tradición de sus padres, pero se dejan domesticar o atropellar por cualquier amo, o arruinar o envilecer por cualquier padrastro o cualquier chulo aventurero. Como no traen en sí el espíritu de la patria, querrían haber nacido franceses, o ingleses o alemanes, o rusos, o ser híbridos de treinta sangres, según la moda.

Estas inclusas políticas son la ruina de la civilización; con su tendencia animal, vuelve de nuevo la humanidad a la fiereza de las selvas, retornan a la barbarie, pero no a la barbarie inocente y primitiva, sino la regresiva por corrupción.

¿Y qué podrá ser de los incluseros? Si en las inclusas de la caridad, la mortalidad pasa a veces del cincuenta por ciento, en las inclusas políticas mueren todos los miserables expósitos.

¿Qué queda en España de más de quinientos partidos políticos antitradicionalistas aparecidos en un siglo?

¿Quién se acuerda ya de quiénes fueron los Ayacuchos, los Fusionistas, o los Idóneos? Los hubo que parecieron arrollarlo y dominarlo todo durante un momento: el poder, la opinión, los triunfos y las ganancias...; pero no se salvaron jamás de la suerte común; apenas nacidos, perecieron sin dejar honra de memoria, así como incluseros o híbridos que vivieron sin honrar a sus padres.

Entre tanto, exonerado, proscrito, confiscado, en prisiones, combatido, fusilado, asesinado, perseguido, traicionado, calumniado, silenciado, y vendido durante más de un siglo, dado por muerto mil veces, sólo el Carlismo no ha muerto porque es la vida política española natural de origen divino, la tradición inaccesible de la España eterna.

Añado que en esos años, muy difíciles, mi padre sólo podía escribir en la clandestinidad, y un libro con esa misma línea de pensamiento, afortunadamente la que yo mantengo, sin dialéctica política inmediata, estaba desde 1938 prohibido por la censura, por su director en aquella época, cuyo nombre por caridad oculto, que pensaba que esas ideas eran peligrosas para el desarrollo de la doctrina «Nacional-Socialista», que él trataba de introducir en el pueblo español y algunos pocos queríamos evitar. Hasta 1951, mi padre aún con vida, no pudo publicarse, con el título de *Cristiandad, Tradición, Realeza.*

2. No sé si éste es lugar adecuado para una dedicatoria profunda, pero aquí va a ir, tímida, propia de persona poco proclive a exteriorizarse, a ofrecer al prójimo su interior, su «caudal» como recomen-

daba Baltasar Gracián, cuyo exceso de palabra sirve para ocultar lo íntimo personal.

Este libro, colofón de una vida, necesita ir dedicado a quien la ha hecho posible y a quienes ha sacrificado su autor, quizás con objetivo idealista encomiable, pero también egoísta, vanidoso y pretencioso, que «de todo hay en la viña del Señor». Por eso lo dedico a mi familia, a mis hijos y nietos, a quienes no he ofrecido el tiempo y comprensión a que estaba obligado, y no siempre con justificación ejemplar, y a quienes he privado de algo a que tenían derecho, pero que ciertamente no reclamaban, en la línea principalmente vasca de no exteriorizar lo propio y poner barreras para que nada lo franquee, como mi madre, extraordinariamente ejemplar, que en ningún momento de sus 91 años hizo una sola pregunta personal a ninguno de sus ocho hijos.

A los míos los he relegado para concentrarme en mi trabajo, con objetivo invariable que culmina en este libro, aunque ahora dudo de si es cargo del que debo dar cuenta a Dios cuando me juzgue. Para mi familia no ha sido en conjunto demasiado negativo, porque mi mujer, Lourdes, ha compensado mis limitaciones con entrega abnegada más allá siempre de lo razonable, de lo exigible, de lo imaginable; para suplir mis fallos, ausencias y faltas, dando a todos tanto, que no pueden quejarse de lo recibido de sus padres, aunque el reparto haya sido desigual. También a mí me ha atendido y dado su vida, sin compensaciones que yo sí he tenido, con ayuda muy activa desde hace más de 45 años —cuando revisaba los artículos que su novio le enviaba desde Londres, para entregarlos bajo su responsabilidad a la imprenta—, con comprensión y colaboración posterior permanente en la vida social y de pensamiento. Sin ella, no hubiese tenido el éxito empresarial, que me ha permitido relaciones y contactos humanos, con que he podido reflexionar sobre la humanidad futura, como en esta ocasión.

Por ello, este libro está sobre todo dedicado a ella, como símbolo de la familia para hombres y mujeres de todas clases en el próximo milenio, y como ejemplo de la más alta libertad, que es la elección sin reservas del compromiso generoso e irrevocable de amor, que es darse a los suyos sin pesar y por encima de todo interés personal. Soy torpe en mis palabras, la intensidad de acción seca la capacidad de sentimiento afectivo, pero mi intención no es superficial; este libro es más de ella que mío, porque es resultado de 50 años de participación acti-

va, permanente e intensa en mi propia vida, y así razón de ser de esta obra.

3. Hacia el año 1948, pensé, no llegué a más, escribir un libro sobre la Administración Pública, en que entonces trabajaba, señalando defectos y realidades de la vida pública española, no la circunstancial de un período. Pensé que su lema podría ser un conocido poema de Quevedo, que comenzaba:

> No callaré por más que con el dedo,
> ya tocando los labios, ya la frente,
> silencio avises o amenaces miedo,
> ¿no ha de haber un espíritu valiente,
> siempre se ha de sentir lo que se dice,
> nunca se ha de decir lo que se siente?

Era mi intención ingenua hablar claro de lo que veía y advertía en aquel momento; sólo lo comenté con un gran amigo mío, muy enfermo y que murió en 1952, Juan de la Cierva y Gómez Acebo, que tenía tiempo para escucharme, cuando por amistad y caridad le visitaba. Ahora, tanto tiempo después, con independencia personal y ausencia de ambición futura, hubiera podido utilizar ese poema para el libro, pero no lo hago porque no lo merece. No dice el libro todo lo que pienso, maquilla discretamente algo de lo que pienso y se refiere a aspectos de futuro en que no creo. Desgraciadamente, es una muestra, cortés y «civilizada», de la vida social, con respeto humano y hasta fariseísmo, aun escrito con «buena intención» y quizás menos preocupación egoísta de la habitual. Pero, aun con ello, es manifestación de falta de libertad y del miedo en el ser humano. Mi padre, hombre entero e incorruptible, al que debería extender la dedicatoria, no lo hubiera aceptado, pero por ello tuvo menos éxito material, y aun con todo, decía: «no conozco la conciencia de un desalmado, pero sí la mía, que paso por hombre honrado, y es muy poco edificante».

Al tiempo que expreso lo anterior, creo en lo que comento y anticipo, aunque sea con carencia de mil años. Parece paradójico, pero es manifestación del misterio de la humanidad y constante contradicción en que hombres y mujeres nos encontramos, principal razón por la que soy miembro sumiso de la Iglesia Católica, sin dejar de ver de-

fectos y limitaciones que, como las de todos, sólo Dios puede conocer y juzgar.

4. En este epílogo quiero comentar algún aspecto de mis «reflexiones», en que he advertido extrañeza u oposición.

— *Escandaliza* mi propuesta de cancelación total e inmediata de la deuda externa de los países iberoamericanos, que, por las mismas razones, se debería extender a países con renta *per cápita* inferior en 1991 a unos 3.000 dólares. Lo considero indispensable pero, sobre todo, inevitable; sin ello, no cabe afrontar los graves problemas de la gran crisis actual. Tiene poco valor material, pues nadie cree ni ha pensado nunca que esa «deuda» se vaya a pagar, pero sí tiene valor simbólico, como en su momento el Plan Marshall, esta vez para toda la humanidad, no sólo para Europa. Si esta «operación» se ejecuta acertadamente, será punto de partida de la *perestroika* del sistema de relaciones entre naciones, creado a lo largo del siglo xx. Además, será acto de justicia, equidad y solidaridad, por sí mismo y por lo que representa, al abrir camino a todos los pueblos, ricos y pobres, otra etapa: una Edad Universal, con mayor solidaridad y exigencia de responsabilidad sociopolítica para los gobernantes. Además, esa ejecución es sencilla; la mayor parte de la deuda es «soberana», o sea, pública, de organismos y empresas estatales, y su eliminación conlleva la de su carga de intereses y obligaciones exteriores, con mejora sustancial de la balanza de pagos, posibilidad de equilibrio interno, procesos de reconstrucción económica y acumulación interna de ahorro, que son indispensables en todos los países iberoamericanos. Los que «perdonan», sólo necesitan para ello un asiento contable.

Sus consecuencias negativas podrían ser que algunas empresas privadas se enriqueciesen injustamente, que algunas instituciones bancarias «Norte» viesen amenazada su supervivencia y que fuese injusto para los adquirientes de títulos de «deuda» en mercados internacionales. Pero es fácil eliminar esos efectos no deseados; la «deuda» realmente privada se puede transformar en deuda interna nacional; los países «Norte», con instituciones bancarias afectadas, pueden adoptar medidas para proteger sus sistemas financieros, y será fácil compensar con prudencia a quienes adquirieron a la baja sus títulos. Es obvio que, paralelamente a esta gran operación contable, deberían implantarse normas rígidas para evitar nuevo despilfarro y endeudamiento irres-

ponsable; entre otras, la exigencia de aval de países con una alta renta *per cápita.*

—*Escandaliza* mi propuesta de que España establezca un canon compensatorio de errores y abusos a pueblos indígenas en la conquista y colonización, con admisión de culpa y dando razón a los que nos atacan y se oponen a la celebración del V Centenario, generalmente activistas politizados. España obtuvo riquezas con sus posesiones americanas y favoreció a sus súbditos con propiedad comunal o individual de pueblos indígenas. Esto ha sido línea habitual en la mayoría de los imperios de la historia, de que procede nuestra sociedad occidental y, supongo, las no occidentales, como ocurrió con incas o aztecas respecto a otros pueblos indígenas. La justificación histórica no elimina hechos; y menos a España, que conquistaba y colonizaba por motivos espirituales, lo que aumenta su responsabilidad y obligación moral compensatoria material. Un acto así enaltece a quien lo promueve y sirve de ejemplo para las relaciones Norte-Sur y, por qué no decirlo, mejora nuestra imagen ante una comunidad humana, pronto 20 veces la nuestra, que habla nuestra lengua y comparte nuestra cultura, y de cuya existencia los españoles hemos de obtener ventajas futuras. No deseo «abaratar» el esfuerzo, pero sí explicarlo, porque lo creo importante para el futuro común de España y pueblos herederos de su cultura.

Esta aportación económica española, si se encauza a áreas con mayor necesidad y se administra con efectividad y sin burocratismo que desnaturalice y disminuya sus efectos reales, se podría «contabilizar» como activo financiado con *sacrificio* de los españoles actuales y futuros, y sólo así sería fructífero. Parece difícil que una sociedad como la española, únicamente preocupada por mejora material individual, lo acepte voluntariamente, como también que lo hiciese la sociedad europea o la angloamericana, pero ésta es la clase de esfuerzos que exige la solidaridad real entre pueblos, no la teórica farisaica. Sin ella, será inevitable el declive constante y creciente de la sociedad blanca, hedonista, con falta de caridad para el prójimo que sufre; caridad cristiana, y no la que acepta la herencia que beneficia, pero no sus obligaciones.

—*Escandalizan* mis comentarios sobre la necesidad de un «gran gendarme» para el equilibrio mundial, cuyo poder se modere con una estructura política piramidal con participación ciudadana. Reconozco que es deseable, conveniente, puede ser útil, pero no es suficiente, ni un solo gendarme, ni dos, ni un club de ellos. Es el gran riesgo de *este*

final del siglo xx en que vivimos, con posibilidad de proliferación indiscriminada de potencia nuclear, a que cerramos los ojos como las avestruces. Pero en cualquier alternativa actual (y futura), no es estable una estructura de máximo poder destructivo sin autoridad espiritual superior, sin que los que ostenten ese poder físico no tengan a quien rendir cuentas, ya que el poder del pueblo es manipulable, caso de Alemania e Irak, aunque evita abuso y explotación en comunidades políticas no completamente soberanas. No creo en el equilibrio ni en la equidad de una sociedad en que el poseedor de la «maleta del gran trueno», y su correspondiente botón, no se sienta, aun sólo moralmente, supeditado a una autoridad superior, aunque es ésa la situación a que conduce nuestra sociedad ideal occidental.

—*Escandaliza* que indique que cambiará sustancialmente, y se reducirá, el actual ámbito de la soberanía nacional, base del sistema de relaciones mundiales del siglo xx, en que cabe el principio «falaz» de pretender que la soberanía de las islas Seychelles o de San Marino sea exactamente igual que la de Alemania, ambos casos referidos al azar. Y también que se sientan con derecho a plena soberanía unidades políticas sin viabilidad, que necesitan ayuda no coyuntural sino estructural. Salvo casos casi anecdóticos, esto no ha existido hasta el siglo xx, como tampoco había existido un «Estado comunista». Éste ha caído porque no tenía lógica y el concepto de la soberanía absoluta también va a caer, como ya está ocurriendo en la Comunidad Europea. La alternativa es que esto ocurra con violencia, como la de Europa en la primera mitad de este siglo (yo era ex-combatiente de la Guerra Civil Española cuando se inició la última contienda), o que se haga de modo voluntario, prudente y paulatino; pero poca duda cabe de que ése es el futuro, pero no sé por qué razón, o quizás sí lo sé —nadie lo dice— pues aun sin ser erudito, no me parece que se haya expresado, como en este libro, de modo categórico y general.

Este comentario, en cierto modo sugerencia, resulta audaz, pues parece recomendar un poder espiritual con fuerza moral que dificulte el abuso del más alto dignatario mundial. Quizás mi prudencia en las «reflexiones formales» desaparece en este epílogo, desenfadado y personal, y en él afirmo que si no fuese posible un poder espiritual superior, como el de la Cristiandad de la Edad Media Europea (que todavía de algún modo subsiste), habría que inventarlo. A ningún ciudadano de ningún país satisface que el futuro de su entorno esté absolutamen-

te supeditado al resultado de unas elecciones en California, Nueva York, Minsk o Alma-Ata, como exactamente ocurre ahora, aunque mi punto de vista se califique de heterodoxo, como ocurrió con Galileo en el siglo XVI.

—*Escandaliza* que me haya atribuido el derecho, o atrevido a expresarlo, a hacer casi un nuevo mapa de Hispanoamérica, con agrupaciones de países que muchos se odian entre sí (como Alemania y Francia, hace 50 años). Pienso que las utopías siempre son estimulantes, aunque no se hagan realidad, pues para eso son utopías. Escandaliza especialmente que haya agrupado Perú y Bolivia en los posibles «Estados Unidos Australes» de América. Esta parte de escándalo la comparto plenamente, ha sido una «libertad irresponsable» que se me debe perdonar, y que me deben perdonar peruanos y bolivianos. La quiero justificar. A pesar de la grandeza histórica de Perú, indígena y castellana, cabeza de un gran imperio y de un gran virreinato, el Perú actual es el país con más problemas de América, y casi quizás del mundo, y requiere gran ayuda. Si me hiciesen caso los españoles con mi «canon histórico», una gran parte de él debería ir a Perú, junto a Centroamérica y Las Antillas. Por eso necesita encuadrarse en un entorno que pueda ayudar a su reconstrucción nacional, caso de los países australes, que serán poderosos en los próximos siglos y deberan ser también generosos. Es mejor la situación de Bolivia, pero en cambio es más obvia su vecindad con Paraguay, Argentina y Chile, y su gran distancia de Venezuela, por ejemplo. En todo caso, no hago una propuesta, sino que pienso en alto, aplicando lo que me parece lógico, en la creencia, recogida por la experiencia, de que lo que es lógico que suceda, acaba sucediendo.

También puede ser caprichosa la adscripción (teórica, como cuando se juega con garbanzos y no con dinero) de Surinam y las Guayanas a los Estados Unidos Bolivarianos. Si se extiende el principio de agrupaciones nacionales, sólo queda esa solución, o la brasileña; sus ciudadanos tendrán en algún momento que decidir.

Pero lo claramente más discutible es agrupar Centroamérica, con o sin Panamá, con Las Antillas, áreas heterogéneas y distanciadas. La unión casi parece «contra natura». Si en realidad es así, no será viable y se considerará uno de mis errores o desaciertos, pero tiene lógica. Son países con problemas, aun de diferente naturaleza, alguno vinculado con satisfacción a Angloamérica; pero otros, con reacciones vis-

cerales, pero reales, contra ella. Necesitan una fórmula especial que haga posible simultáneamente vinculación y aislamiento de los Estados Unidos, con participación, pero no excesiva, de otros países hispanoamericanos (México y bolivarianos), y muy posiblemente también de España y Europa, que deberán colaborar muy generosamente en la protección de la independencia de una federación, tan heterogénea y fragmentada. Sin una fórmula imaginativa y muy discutible, estos países acabarían en el área de México, de Venezuela y Colombia o de Estados Unidos. El tiempo y sus ciudadanos dirán la última palabra.

5. Las tendencias para la reestructuración político-geográfica son en algunos casos contradictorias e incongruentes. Son ejemplo de ello las siguientes:

— Concentración política de naciones, más o menos tenue, con alguna delegación clara y precisa de soberanía nacional, como la que nadie duda convendría a Europa, y algunos pensamos que a América y que podría denominarse «regionalización mundial».

— Disgregación política de algunas estructuras nacionales, dotando de más capacidad de decisión propia, y a veces autonomía o independencia, a áreas geográficas, regiones o comunidades dentro de un Estado.

— Coordinación de regiones afines, encuadradas dentro de Estados diferentes (caso en España de Cataluña, País Vasco y Galicia, con Francia y Portugal) y hasta extracontinentales (Andalucía con el Magreb).

— Desgarramiento por razones étnicas o religiosas de un área dentro de una provincia, región o comunidad autónoma, para adquirir alguna clase de poder político, como ocurre en Croacia, Eslovenia, Azerbayán y Armenia, y otras que se manifestarán próximamente, incluso en Argelia, con su Kabilya.

Tendrán las cuatro repercusión en la futura estructura política, están justificadas y deberían ser adecuadamente reguladas en la Edad Universal. No sé cómo puede lograrse; es más fácil describir un problema que resolverlo, pero supongo posible alguna solución pragmática.

Me detengo en la «regionalización mundial», que exigirá acercamiento de las burocracias internacionales políticas y administrativas a los problemas de los pueblos, con el mismo beneficio que produce que decisiones para Valencia se adopten en Valencia y no en Madrid. La UNESCO interamericana será más eficiente que la UNESCO mundial, y lo mismo otras agencias internacionales y la «super agencia» que son

las Naciones Unidas. Hasta el siglo xx apenas existían instituciones mundiales; lo eran de carácter imperialista en área geográfica limitada, o de carácter voluntario en zonas próximas, con la salvedad de la Unión Postal y alguna otra semejante. La eclosión de soberanías consecuencia de la descolonización, la actuación de la ONU y la confrontación hegemónica ruso-americana, han hecho crecer el problema fuera de cualquier límite previsible, aunque todavía no se reconoce su inmanejabilidad y necesidad de cambio drástico, como desde hace bastantes años existía en Rusia y exteriorizó Gorbachov.

Sólo la regionalización piramidal del mundo permite afrontar la Edad Universal. Las fórmulas políticas para ello utilizadas, siempre discutibles, obligarán a la transformación de las grandes Agencias Internacionales, «dinosaurios burocráticos» que han perdido sensibilidad para la función que tienen asignada, que siempre debe ser la mejora general o específica de derechos e intereses de los ciudadanos del mundo. Ahora, su mayor preocupación son los intereses endogámicos de sus funcionarios y dirigentes, con enorme coste social y «magro» servicio. La vía a la estructura integral política piramidal será lenta, el ejemplo de Europa, no mejorado en Maastrich, lo demuestra; necesita siglos para «institucionalizarse». En cambio, la reestructuración de las «Agencias Internacionales» y reducción al límite mínimo absoluto de sus «funcionarios mundiales» puede ser camino aceptable a plazo relativamente corto.

La estructura piramidal y la limitación de soberanía nacional sólo se conseguirán si existe fuerte presión negativa económica que imposibilite financiar el coste y despilfarro inherente a la «microsoberanía plena», y si existe presión para la universalización, curso inevitable para la historia futura, por sus cambios sociológicos, consecuencia de los científico-tecnológicos. Los orgullos nacionales y los intereses «profesionales» de dirigentes políticos, que perderán capacidad decisoria final, serán grave obstáculo para ese objetivo, precisamente porque contribuyen a dificultar sus propios abusos en perjuicio del ciudadano normal.

6. He abordado lateralmente una pieza clave del futuro: la coordinación y evolución política de Asia, y su vecina Oceanía, a lo largo del Tercer Milenio. El motivo es mi ignorancia; creo saber lo que son y hasta quizás lo que deben ser Europa y América, pero no me ocurre lo mismo con Asia, por otra parte con grandes unidades separadas cultural y políticamente. Si tuviese por delante 20 años de vida empresa-

rial, como los que me han permitido conocer América, los dedicaría a Asia, futuro «ombligo» del mundo, con mares que se transformarán en un nuevo Mediterráneo cultural y de poder, que deje en segunda posición a Europa, e incluso a Europa y América conjuntamente. Con nostalgia y orgullo debemos recordar que el Pacífico fue un mar español, al que las dos naciones de la península Ibérica llegaron con opuestos derroteros, y que este océano influirá en el próximo milenio en la evolución política de sus costas americanas.

Asia es heterogénea y en ella hay dos potencias con ambición hegemónica, permanente, no circunstancial —China e India— que no es fácil acepten renuncias de soberanía por integrarse en un conjunto continental, pues sus ambiciones y diferencias son insalvables, y además la dimensión humana de cada una de ellas es semejante a la de Europa y la de América.

Japón es algo distinto; con vocación casi occidental y aspiración de hegemonía universal, necesita alianzas, que no integración, con India, o con China, o con Europa, o con América; pero aún faltan más de 100 años para que pueda *comenzar* a concretarse cualquier tendencia de esta clase. Asia no se agota en esos tres grandes países, sino que contiene el conjunto del Pacífico Sur —Filipinas, Malasia, Indonesia, Tailandia— que, con la ASEAN, caminan hacia una coordinación que puede extenderse a Indochina y Taiwan, e incluso llegar a Corea.

Queda en el mundo otra gran unidad, la de los países islámicos, no exclusiva de un continente, sino afroasiática e incluso algo europea, próxima a nosotros, con número creciente de habitantes y con filosofía, religión y casi lengua común, al comunicarse en árabe clásico. Es otra incógnita a que no me he referido más que como amenaza racial para el continente europeo. Hoy son ciudadanos de segunda clase, despreciados por los occidentales; pero esto ha de corregirse, pues su debilidad tecnológica y dificultad sociológica se compensa con sentido de solidaridad, valor personal y entrega religiosa, factores que olvidan otros pueblos y que tendrá creciente importancia en la Edad Universal. Por eso, sus «movimientos fundamentalistas», más potentes y expansivos de lo que hoy creemos, serán decisivos para la humanidad, en la competición de pueblos espirituales con los egoístas y mediocres acomodados.

7. Puede haber duda del papel de España dentro de la trama euroamericana comentada. Si seguimos la corriente hedonista que hoy en-

tusiasma a los españoles, nuestro porvenir es limitado; vegetaremos, con éxito material durante varias décadas, pero al perder lo que ha conformado nuestra historia e idiosincrasia, no pasaremos de variedad de europeo decadente, sin unión con el pasado. Seremos lo que sea Europa, pero algo menos; en especial, si abandonamos responsabilidades con Iberoamérica y el Magreb para «hacer méritos» y buscar una vida de conformismo egoísta.

Si, *milagrosamente* —debo reconocerlo— reaccionáramos y nos convirtiéramos un poco en «reserva de dignidad», y Europa también reaccionara, en ese caso, sólo en ése, nuestra función principal sería servir de enlace de culturas (europeas, iberoamericanas y magrebíes, cabeza de parte de África), y con ello, sin avergonzarnos de lo propio, influiríamos en Europa, en especial en su Este ya incorporado plenamente, con pueblos más aptos para admitir ideas de solidaridad y espiritualidad. Nuestra posición «geo-socio-cultural» nos permite mayor presencia de la que merecemos. El tiempo y Dios dirán lo que pasa; a nosotros casi sólo nos queda rezar.

8. No podría olvidar en este epílogo a todos los autores, casi 400, que individual o colectivamente han colaborado en el gran proyecto de las Colecciones MAPFRE 1492, que espero contribuya durante el próximo y siguientes siglos a conocer mejor América, sus orígenes internos y externos, y hechos que contribuyen a su situación actual y futura, y ayudan a profundizar en su identidad y la de sus pueblos y naciones. En especial destaco a aquéllos que tratan temas relacionados con este libro: monseñor David Arias, *Las raíces hispanas de Estados Unidos;* María Antonia Sáinz, *La Florida, siglo XVI*; Robert L. Gold, *La Florida colonial;* Carlos Fernández Shaw, *La Florida contemporánea;* Sylvia L. Hilton, *California;* Iris Engstrand, *Arizona;* Donald C. Cutter, *Nuevo México;* Donald E. Chipman, *Texas;* Paul E. Hoffman, *Luisiana;* David J. Weber, *Veinticinco años de México en Estados Unidos;* Eric Beerman, *España y la Independencia de Estados Unidos;* Merle E. Simmons, *La revolución norteamericana en la independencia de Hispanoamérica;* Mario T. García, Gerald E. Poyo, Virginia Sánchez y Zaragosa Vargas, *Hispanos en Estados Unidos;* Germán Rueda, *Emigración española a Estados Unidos;* y especialmente, por su ayuda en lo etnográfico, al profesor Claudio Esteva-Fabregat, director de la Colección «Indios de América».

9. Como estrambote para este libro, me refiero a cuatro informaciones importantes que he conocido en este enero de 1992:

—Acuerdo posible de la Comunidad Europea para facilitar emigración de ciudadanos del Este para Iberoamérica. No lo había previsto, aunque sí para Angloamérica, pero sería revulsivo sociológico que ayudaría a la recuperación de Iberoamérica. Dios quiera que así sea y que lleguen otras noticias como ésta, para que la Edad Universal sea mejor para todos.

—Acaba de llegar a mis manos un excelente trabajo de Mario Suárez Melo, que se titula *Colombia, siglo XXI*, explicando el trabajo coordinado por Jorge Ramírez Ocampo de un importante elenco de colombianos de diversos sectores que, aun en las difíciles circunstancias actuales, han querido pensar, prever y «prospectar» el futuro de este gran país. Actuaciones como ésta, que personalmente no puedo juzgar en sus detalles, ni incluso en sus personas —pues a ninguno de ellos conozco—, son indispensables en cada país, como lo fueron en México y han sido base de su gran cambio reciente. Es necesario algo semejante en cada nación de Iberoamérica, con independencia y generosidad, alejada de proyecciones de gobernantes coyunturales, que piensan más en su carrera que en el futuro colectivo. Si se multiplican estas iniciativas, los iberoamericanos podrán ver el próximo siglo, si no con optimismo, por lo menos con esperanza. Quizás con inmodestia, pienso que algunas ideas y sugerencias de este libro pueden ayudar a reflexionar a quienes hagan estos esfuerzos, pues mi prospectiva camina por líneas diferentes a las suyas, pero no son contradictorias, sino que se complementan, como ocurre en el propio caso de Colombia, que necesita esos esfuerzos de pensamiento y análisis independiente, pero que aún necesita más para afrontar en el futuro la coordinación con sus vecinos, como nos está ocurriendo en Europa.

—Libro con título casi igual a éste, *La utopía de América*, de la profesora Beatriz Fernández Herrero [1]. Aun con casi coincidencia de nombre, es muy diferente al mío; se refiere al pasado, a lo que se creyó ver en América, y no al futuro. Pero es excelente; me ha sido útil y le deseo un gran éxito.

—Libro de Ramón Tamames con el título *Un Nuevo Orden Mundial* [2], aspecto clave del mío, aunque lo denomino «Universal», y al

[1] Anthropos, Barcelona, 1992.
[2] Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

que dedico una «reflexión». Ramón y yo somos viejos amigos, pero nuestros puntos de vista políticos son muy dispares. Así ocurre esta vez; su torrente de ideas e información es muy valioso, pero en parte cae en el error frecuente de creer que el futuro es la extrapolación «ajustada» del pasado, y que no cuenta lo espiritual. Con más tiempo, hubiese comentado sus opiniones, aunque también alguna comparto; sólo me queda desearle también mucho éxito. Está claro que la necesidad de un Nuevo Orden está difundiéndose y aumenta la conciencia general de su trascendencia, aunque haya ideas diferentes para definirlo.

Para terminar, comento por qué he denominado mi reflexión «Nuevo Orden Universal» y no «Mundial». Precisamente en este último día de enero de 1992, la cumbre de las Naciones Unidas ha formulado un Nuevo Orden Mundial, cuyo principal aspecto es el abandono del principio de no injerencia, primer paso para la limitación de las soberanías nacionales a que he hecho varias veces referencia en esta obra. Mi denominación «Universal», irresponsable, caprichosa, y más que discutible, que ofrece un «profano» en tema tan complejo, busca que el orden supere la naturaleza del acuerdo de reparto de poder político por capacidad coactiva, y llegue a ser fórmula de estructura orgánica universal, con poder participativo de los pueblos y basada en el Derecho y no sólo en la coacción, aunque ésta sea indispensable e inevitable (y no olvidemos todo eso del Pecado Original). Me parecía también que el nombre cuadraba mejor con la «Edad Universal» que ahora comienza y que debe basarse en un orden jurídico integral, que en mi opinión, para ser efectivo, tiene que ser piramidal. Reconozco que son cósmicas las dificultades para que esto se pueda lograr de modo equitativo y voluntario, con fórmulas de soberanía diferentes a las actuales, que ahora, precisamente en este día de hoy, empiezan a resquebrajarse.

Laus Deo

Ignacio Hernando de Larramendi
Madrid, 31 de enero de 1992

Después de preparado este epílogo, como postdata, añado cuatro comentarios:

—Sobre la limitación de las soberanías nacionales, acabo de conocer un estudio recién publicado en la *Revue de Droit International Public,* con el título «¿Derecho de injerencia?», principalmente por razones humanitarias, por el profesor Mario Betteti, antiguo decano de la Facultad de Derecho de París Sud. Comenta resoluciones de las Naciones Unidas en que incluso se habla de «deber de injerencia». Confirmo mi impresión de que será tema importante en este fin de siglo y en el próximo.

—Nueva área de «escándalo» por mis comentarios relacionados con el carlismo, que parecen desproporcionados en este epílogo. Me defiendo porque reflejan un profundo punto de vista personal, pero nunca los hubiese incorporado si el carlismo fuese una opción política actual y no recuerdo, ¿arqueológico?, del pasado, si bien clave para reflexionar sobre el futuro. En una «acción empresarial» como lo son aún de modo indirecto estas «Colecciones», no cabe defensa de una opción política; las empresas son instrumentos de gestión económica ante la sociedad y deben aislarse de las opiniones personales de sus dirigentes, clientes y colaboradores. El Sistema MAPFRE es respetado y aceptado entre personas de muy diferente pensamiento político o ideológico por haber mantenido esa postura, que incluso refleja en sus Estatutos, precisamente a propuesta mía. Ese espíritu no se conculca. Mis comentarios sirven para que se entienda al autor, ya que el carlismo es lo que ha justificado durante muchos años una actitud especial de independencia y respeto a empleados y a la sociedad, poco frecuente en el en-

torno español, y que es consecuencia de un poso carlista adquirido familiarmente.

—Casi no me atrevo a decir que también ha escandalizado la profesión de fe y defensa de la Iglesia Católica. Entristece que esto ocurra cuando constantemente se difunden sin escándalo manifestaciones contrarias a la dignidad humana. En todo caso, lejos de enmendar mi postura, me honra y la ratifico, aunque sólo sea como ejemplo de lo que corresponde a quien se considera católico, aun muy imperfecto. La sociedad actual puede considerarse que tiene las «vergüenzas cambiadas»; a mí no me ocurre.

—No me han comentado que escandalice el exceso de afirmaciones rotundas de futuro, de puntos de vista heterodoxos en que no está ausente la prepotencia. Las notas personales, quizás inoportunas e incluso discordes con otras, humanizan el libro, al facilitar su crítica y rebajar lo que en él puede haber de petulancia profética y tono «pontifical».

11 de febrero de 1992.

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92
INDIOS DE AMÉRICA
MAR Y AMÉRICA
IDIOMA E IBEROAMÉRICA
LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS
IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO
REALIDADES AMERICANAS
CIUDADES DE IBEROAMÉRICA
PORTUGAL Y EL MUNDO
LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS
ARMAS Y AMÉRICA
INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA
EUROPA Y AMÉRICA
AMÉRICA, CRISOL
SEFARAD
AL-ANDALUS
EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
INDIOS DE AMÉRICA

Los indios de México.
Los indios de Bolivia.
Los indios de Brasil.
Los indios de las Antillas.
Los indios del Paraguay.
Los indios de Colombia.
Los indios del Canadá.
Antropología del indio americano.
Los indios de Centroamérica.
Los indios de Venezuela.
Los indios de Argentina.
Esquimales.
Los indios de Ecuador.
Inmigraciones prehistóricas.
Los indios de Chile.
Los indios del Perú.
Los indios de los Estados Unidos anglosajones.
Los indios de Uruguay.
Los indios de Guatemala.
Los indios del Gran Suroeste de los Estados Unidos.
Los indígenas de Filipinas.

COLECCIÓN
MAR Y AMÉRICA

El Pacífico ilustrado: del lago español a las grandes expediciones.
Tráfico de Indias y política oceánica.
La Marina española en la emancipación de Iberoamérica.
Expansión holandesa en el Atlántico (1590-1800).
Astronomía y navegación en España. Siglos XVI-XVIII.
El mar en la historia de América.
Piratas y bucaneros.
Las naves del Descubrimiento y sus hombres.
España en la defensa del Mar del Sur.
Armadas españolas de Indias.
Cuatro siglos de cartografía en América.
Expediciones españolas del siglo XVIII. El paso del Noroeste.
Función y evolución del galeón para la Carrera de Indias.
La Marina en el gobierno y administración de Indias.
Navegantes portugueses.
Navegantes franceses.
Navegantes británicos.
Navegantes italianos.
Navegantes españoles.

COLECCIÓN
IDIOMA E IBEROAMÉRICA

Americanismos en la lengua española.
Historia cultural del portugués en el Brasil.
El español de América.
Los orígenes del español de América.
La crítica literaria hispánica, hoy.
El español en el Caribe.
Comunicación verbal y no verbal entre españoles e indios.
Diferencias léxicas entre España y América.
El español en tres mundos.
El español de los Estados Unidos. El lenguaje de los hispanos.
El lenguaje literario de la «nueva novela» hispánica.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de junio de 1992.

COLECCIÓN
IDIOMA E IBEROAMÉRICA

Americanismos en la lengua española.

Historia cultural del portugués en el Brasil.

El español de América.

Los orígenes del español.

La crítica literaria hispánica, hoy.

El español en el Caribe.

Comunicación verbal y no verbal entre españoles e indios.

Diferencias básicas entre España y América.

El español en tres mundos.

El español de los Estados Unidos. El lenguaje de los hispanos.

El lenguaje literario de la «nueva novela» hispánica.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Matías Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de junio de 1992.

El libro *Utopía de la Nueva América,* de Ignacio Hernando de Larramendi, forma parte de la Colección «América 92», que recoge temas generales de las áreas que integran las Colecciones MAPFRE 1492.

COLECCIÓN AMÉRICA 92

- La creación del Nuevo Mundo.
- El español de las dos orillas.
- La exploración del Atlántico.
- Por la senda hispana de la libertad.
- Literaturas indígenas de México.
- Relaciones económicas entre España y América hasta la independencia.
- Los judeoconversos en la España moderna.
- Los judíos en España.
- Utopía de la Nueva América.

En preparación:

- Rebeldía y poder: América hacia 1760.
- Europa en América.
- Caudillismo en América.
- Aventureros y proletarios. Los emigrantes en Hispanoamérica.
- La independencia de América.
- El Tratado de Tordesillas.
- Emigración española a América.
- Portugal en el mundo.
- El Islam en España.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 004635

Ignacio Hernando de Larramendi

UTOPÍA DE LA NUEVA AMÉRICA

COLECCIÓN AMÉRICA 92